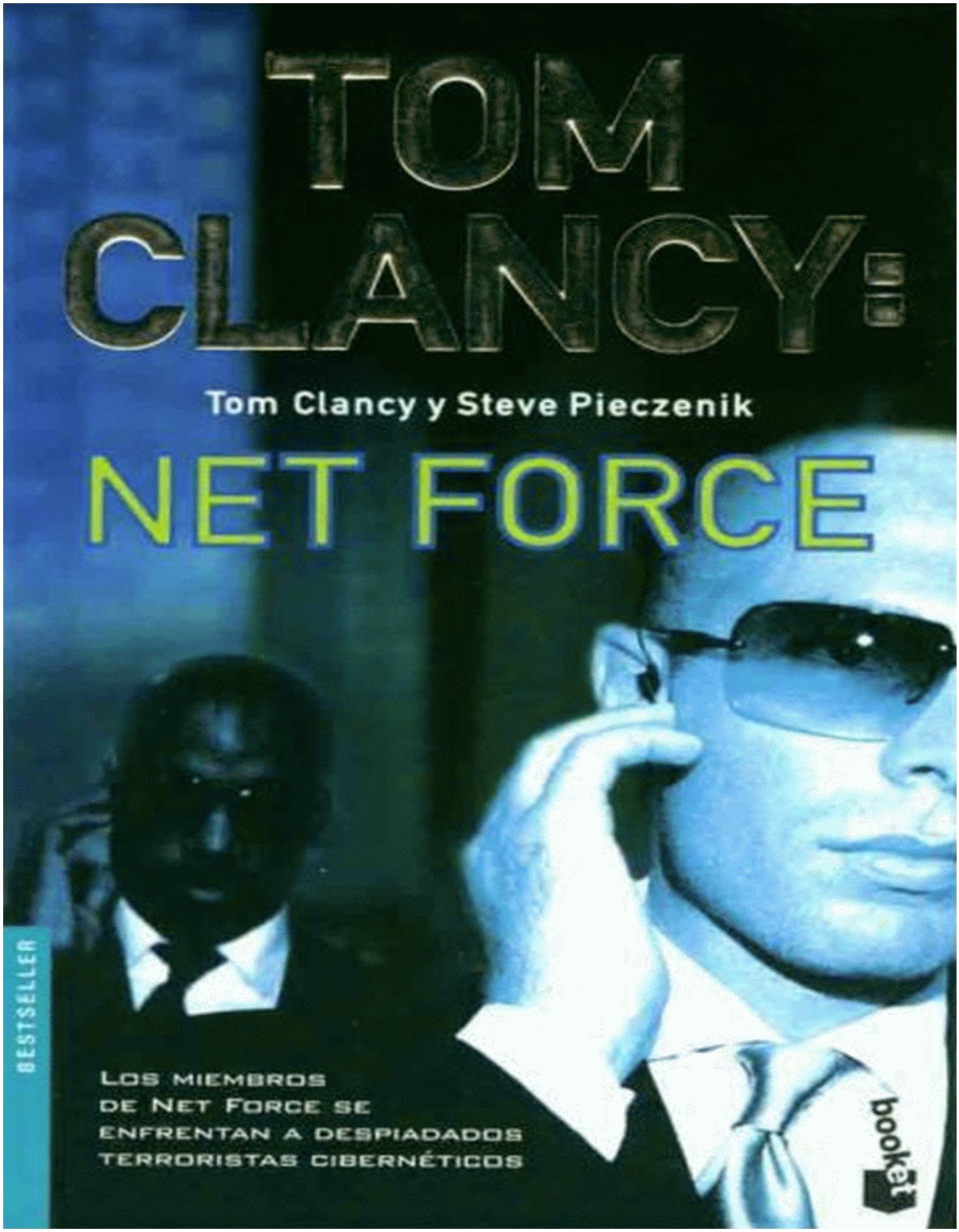
N E T F O R C E
TOM CLANCY Y STEVE PIECZENIK



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

UNO

Martes, 7 de setiembre de 2010, 23.24 horas
Washington, D. C.

-Bien, comandante -dijo Boyle. Todo despejado.

Steve Day salió del restaurante con aire acondicionado al bochorno de la noche otoñal, todavía rodeado de los exquisitos aromas de la cocina italiana. Ya en la acera, Boyle, escolta en jefe de Day, habló por su comunicador. La limusina estaba allí, pero Boyle era un joven muy cauteloso, uno de los mejores del FBI. Sólo después de que hubo hablado, se abrió el cierre eléctrico de la puerta trasera del vehículo. En todo momento, Boyle miraba a todas partes salvo a Day.

Day saludó con la cabeza al conductor, el nuevo individuo. ¿Larry?, ¿Lou?... algo parecido. Cuando se instaló en el asiento de piel sintética, se sentía muy a gusto. No había nada como una comida de siete platos y tres clases diferentes de vino excelente para poner a alguien de buen humor. Umberto's era un nuevo restaurante de por lo menos cuatro tenedores, o lo sería cuando alguien se decidiera a catalogarlo, aunque Day confiaba en que eso tardara en suceder. Nunca fallaba. Siempre que encontraba un nuevo lugar de comida decente, éste no tardaba en ser «descubierto» y era imposible obtener una reserva.

Ciertamente, él era el comandante de la recién fundada Net Force, todavía lo más espectacular en los círculos de poder de Washington, pero eso no tenía mucho peso cuando los que le precedían en la cola eran ricos senadores o diplomáticos extranjeros afín más adinerados. Incluso los propietarios de restaurantes en esta ciudad sabían a quién debían besarle el trasero, e indudablemente no encabezaba la lista alguien con un cargo político situado en un eslabón tan bajo de la cadena alimentaria como Day. Por lo menos, de momento.

No obstante, la comida había sido excelente: pasta al dente con gambas y una salsa obstructora de las arterias, ensalada y sorbetes para limpiar el paladar. Day se sentía agradablemente satisfecho y ligeramente embriagado. Menos mal que no tenía que conducir.

Su virgil soltó unos pitidos.

Boyle se sentó junto a Day, cerró la puerta y golpeo con los nudillos el cristal blindado que los separaba del conductor.

El coche arrancó en el momento en que Day levantaba el Virgil de su cinturón y lo miraba.

El icono de un teléfono parpadeaba en la parte superior derecha de la pequeña pantalla LCD de su Virtual Global Interface Link, conocido como virgil. Tocó el icono y apareció un número en la pantalla. Marilyn lo llamaba desde su casa. Consultó la hora: era poco después de las once; debía de haber regresado temprano de su reunión con las Hijas de la Revolución Norteamericana. Normalmente esas charlas solían durar hasta después de la medianoche. Hizo una mueca, tocó dos veces el número y esperó la conexión. El virgil, no mucho mayor que un paquete de cigarrillos -cuyo tamaño todavía recordaba a pesar de que había dejado de fumar hacía veinte años, era un juguete maravilloso. Era un ordenador, unidad de GPS, teléfono, reloj, radio, televisión, módem, tarjeta de crédito, cámara, explorador e incluso un pequeño fax, todo en uno. El GPS indicaba su posición en cualquier lugar del planeta, y por ser un funcionario de alto rango del FBI, su unidad era mucho más precisa que las comerciales, con un margen de error inferior a cinco metros. Le permitía conectarse con cualquier teléfono u ordenador, por un canal hiperdigital codificado de tal densidad que lo denominaban manguera y que un experto en criptografía tardaría una eternidad en descifrar. Esa unidad en particular, con la clave adecuada, permitía a Day acceder directamente a los ordenadores centrales conectados a la red del FBI y de Net Force, con sus enormes bases de datos. Si hubiera querido, Day podría haber espolvoreado la huella digital del camarero en el plato con una pizca de azúcar en polvo del pastel de queso que había comido de postre, haber comprobado la huella, identificado al individuo y obtenido su historial antes de acabar de cenar.

Era maravilloso vivir en el futuro, sólo una década después del cambio de siglo. Si el 2010 era tan asombroso, ¿cómo sería la vida dentro de otros veinte o treinta años? Esperaba

averiguarlo y, con el progreso de la medicina, probablemente lo haría.

-Hola, Steve -se oyó por el altavoz del virgil.

-Hola, Marilyn. ¿Qué ocurre?

-Poca cosa. Acabamos temprano. Me preguntaba si te apetecería una cena tardía.

Miró el virgil con una sonrisa, que ella no pudo ver porque la cámara estaba apagada.

-Acabo de salir de Umberto'srespondió-. Creo que no voy a comer en las dos próximas semanas. Ella se rió.

-Lo comprendo. ¿Vienes a casa?

-Estoy en camino.

Tenía un piso en la ciudad, pero a mayoría de las noches procuraba cruzar el río e ir a su casa. Sus hijos ya eran mayores, pero a Marilvn y al perro les gustaba verlo de vez en cuando.

Apagó el virgil y lo sujeto de nuevo al cinturón, que necesitaba un pequeño ajuste y aflojó la hebilla un par de agujeros y deslizó hacia el frente su pistolera Galco, con su SIG calibre cuarenta, para que no se le incrustara en la cadera derecha. Podía haber utilizado uno de los nuevos artefactos electrónicos supuestamente superiores a las armas de fuego, pero no le inspiraban confianza. Sí, su cargo actual era político, pero había trabajado durante mucho tiempo en el campo para alcanzar ese nivel. Confiaba en su vieja pistola.

Se sintió más cómodo después de reajustar el arma. Aprovechó también la oportunidad para despegar el velcro de los costados de su chaleco Kevlar y dejarlo un poco más holgado.

Junto a él, Boyle procuraba disimular su sonrisa. Day meneó la cabeza.

-Es fácil reírse a los... ¿cuántos, treinta años? Todavía haciendo ejercicio en el gimnasio tres o cuatro veces por semana, ¿me equivoco? Los viejos gordos que pasamos el día en el despacho no tenemos tiempo para mantenernos en forma.

Tampoco estaba en tan mala forma. Metro setenta y tres, ¿tal vez unos ochenta y seis kilos? Podría perder un poco de peso, pero, bueno, había cumplido cincuenta y dos años en junio y tenía derecho a un poco de exceso de equipaje. Se lo había ganado.

Circulaban por una calle estrecha detrás del nuevo grupo de viviendas subvencionadas, un atajo a la autopista. Era una parte oscura y lúgubre de la ciudad, con las farolas rotas y apagadas y coches desvencijados a lo largo de la acera. Otro barrio insalubre que se convertía rápidamente en una pocilga incluso antes de que acabara de secarse la primera capa de pintura. En su opinión, la filosofía actual del bienestar social necesitaba una revisión importante, aunque por supuesto siempre la había necesitado. Si bien mejoraba la situación, al futuro todavía le quedaba cierto camino por recorrer para trasladar a todos sus pasajeros. Había calles en Washington por las que no caminaría solo al caer la noche, pese a su pistola, su virgil y su chaleco antibalas. La limusina blindada hacía que se sintiera un poco más seguro...

Se oyó un estruendo terrible, un fogonazo anaranjado que iluminó de pronto el interior del vehículo. La sacudida levantó el coche por el lado del conductor, permaneció sobre dos ruedas durante lo que pareció una eternidad y cayó de nuevo con un duro golpe sobre la calzada.

-¡¿Qué coño?!

Boyle tenía ya la pistola en la mano cuando la limusina derrapó y se estrelló contra una farola. El poste de la farola era de fibra de vidrio. Se quebró a la altura del parachoques y cayó sobre el vehículo, con el sonsonete de una lluvia de cristales sobre el maletero.

Day vio surgir de la oscuridad a un hombre corpulento vestido de negro, que corría hacia el coche. Llevaba una gorra sobre la frente, pero no le cubría la cara. Tenía el pelo rubio, una cicatriz sobre la ceja derecha y sonreía.

Day percibió un ligero movimiento detrás del coche, pero volvió la cabeza y no vio nada.

-¡Arranque! -exclamó Boyle-. ¡Vamos, arranque!

El chófer lo intentó. Rugió el motor, chirriaron los neumáticos, pero el coche no se movió. El hedor a goma quemada llenó el interior del vehículo.

Day pulsó el botón de emergencia de su virgil, y se disponía a desenfundar su propia pistola, cuando el hombre de negro llegó junto al coche y pegó algo a la puerta. Fuera lo que fuese, hizo un ruido metálico. El individuo dio media vuelta, echó a correr y se perdió en la

oscuridad...

-¡Fuera! -chilló Boyle-. ¡Ha pegado una lapa a la puerta! ¡Salgamos!

Day agarró la manecilla de la puerta del lado del conductor, la levantó y se arrojó a la calzada rodando torpemente.

Se oyó el ruido repetitivo de una ráfaga de metralleta, seguida del impacto de las balas en la carrocería de la lesionada limusina.

Day rodó de nuevo sobre la calzada, en busca de refugio. Nada. ¡No había dónde esconderse!

Miró de nuevo hacia el coche. Vio y sintió que el tiempo se impregnaba de un espejismo de pesadez. Boyle salió del vehículo, disparando, con lenguas de fuego anaranjado que apuñalaban la oscuridad. Era como una película a cámara lenta.

Boyle se estremeció bajo el impacto de las balas y se desplomó al suelo.

En un recoveco de su mente, Day sabía que la mayoría de las metralletas utilizaban balas de pistola y que los chalecos que tanto él como Boyle llevaban puestos lograrían detenerlas. Siempre y cuando... ¡no se les ocurriera disparar a la cabeza! Un chorro de sangre y materia gris brotó de la sien de Boyle, por donde emergió una bala.

¡Maldita sea! ¿Qué ocurría? ¿Quiénes eran esa gente?

En la limusina, cuyo motor no dejaba de rugir, el conductor seguía intentando mover el vehículo. Day olía el escape, la goma quemada de los neumáticos, pero también su propio miedo, agudo, amargo, sobrecogedor.

En ese momento estalló la mina pegada a la puerta trasera del vehículo. Los cristales rotos del coche salieron despedidos en todas direcciones. Algunos alcanzaron a Day, pero apenas era consciente de que lo hubieran tocado.

El techo del coche se abrió parcialmente en la parte trasera hasta dejar un agujero del tamaño de un puño. Percibió una oleada de humo cálido, amargo y acre.

El conductor colgaba de su ventana, sin esqueleto. Muerto.

El conductor y Boyle habían perecido. Recibiría ayuda, pero no podía esperar; si lo hacía, él también moriría.

Se incorporó, dio dos o tres pasos rápidos, otros dos a la derecha y luego a la izquierda. Recordó sus días de fútbol americano en el instituto, hacía treinta y cinco años.

El fuego intentaba alcanzarlo, pero no llegaba a dar en lugar certero. Recibió el impacto de una bala en su chaleco, que lo perforó bajo el brazo izquierdo. Estaba escandalizado. ¡El maldito chaleco era de seda de Hong Kong y le había costado seiscientos dólares!

Otra ráfaga le alcanzó en el pecho, exactamente sobre el corazón. Nunca había llevado una placa protectora de titanio, hasta entonces siempre había usado un chaleco Kevlar de triple forro, con una protección especial sobre el corazón, como muchos otros agentes, y el impacto de las balas le dolió enormemente. ¡Como un martillazo en el esternón! ¡Maldita sea!

Pero eso no importaba. Seguía de pie y se movía...

Apareció delante de él una silueta negra, con una Uzi que despedía fogonazos. A pesar de la oscuridad y las tinieblas de su miedo, Day vio la gruesa armadura protectora de su agresor bajo su chaqueta negra. Le habían enseñado a disparar primero al cuerpo, pero de nada serviría eso ahora, ya que las balas de su SIG calibre cuarenta serían tan inofensivas para su agresor como las de la Uzi de nueve milímetros lo eran para él.

Sin dejar de correr, levantó su SIG y dirigió el brillante punto de tritio de la mira frontal a la nariz de aquel individuo. Enfocó el visor hasta ver sólo su cara. El punto verde se movía, pero apretó tres veces el gatillo tan rápido como pudo.

A su atacante acorazado le flaquearon las piernas y se desplomó.

¡Bien! ¡Bien! Se había librado de uno de ellos, había creado un agujero, igual que en los viejos tiempos, cuando jugaba de quaterback en un equipo de fútbol americano. ¡Ahora, aprovecha el agujero, rápido, hacia la línea de meta!

De reojo vio un movimiento, miró a la izquierda y vio a otro individuo, también de negro. Permanecía inmóvil como una estatua y sujetaba una pistola con ambas manos. Parecía que estuviera en el polígono de tiro, listo para practicar.

A Day se le formó un nudo en el estómago. Sintió simultáneamente el deseo de correr,

disparar y defecar. Quienesquiera que fuesen esos individuos eran profesionales. No se trataba de una pandilla callejera que pretendiera robar una cartera. Esto era un atentado en toda regla, un asesinato y eran buenos...

Ese fue su último pensamiento. La bala lo alcanzó entre ceja y ceja, aniquilando todo lo que pudiera haber pensado.

En el asiento trasero del Volvo de cinco puertas, Mikhayl Ruzhyó volvió la cabeza para contemplar el cuerpo de Nicholas Papirósa en la zona de carga. El cadáver yacía de lado, cubierto con una manta y el olor a muerte impregnaba el aire a pesar del envoltorio. Ruzhyó suspiró y meneó la cabeza. Pobre Nicholas. Tenían la esperanza de que no hubiera bajas, eso era siempre lo que se deseaba, pero el gordo norteamericano no era tan viejo ni tan lento como suponían; habían cometido el error de subestimarlo. Evidentemente, Nicholas había sido el responsable de la información acerca del comandante del FBI, de modo que tal vez era justo que él fuera la única baja. No obstante, Ruzhyó lo echaría de menos. Su amistad se remontaba a mucho tiempo atrás, cuando ambos pertenecían al SRV: el servicio de inteligencia extranjero. Quince años. Una vida entera en ese oficio.

Mañana, Nicholas habría cumplido cuarenta y dos años.

Winters, el norteamericano, iba al volante y Grigory Zmeyá, sentado junto a él, farfullaba en ruso.

Sus apellidos, incluso el de Winters, no eran los de sus partidas de nacimiento. Eran apodos bromistas. Así, por ejemplo, Ruzhyó significaba «rifle»; Nicholas se había autodenominado «cigarrillo»; Grigory había adoptado el nombre ruso de «serpiente».

Ruzhyó suspiró de nuevo. Lo hecho, hecho estaba. Nicholas estaba muerto, pero también lo estaba su objetivo. Por tanto, la pérdida era aceptable.

-¿Cómo estás, amigo? -preguntó el norteamericano al que iba en el asiento trasero.

-Bien.

-Me alegro.

El norteamericano había dicho que era de Texas y, si no era cierto, imitaba bastante bien su acento.

Ruzhyó miró la pistola que estaba junto a él en el asiento, con la que había abatido al individuo que había matado a Nicholas. Era una Beretta de nueve milímetros, una pistola italiana: un buen instrumento, bien fabricado, pero también muy grande, pesado, con demasiado retroceso, demasiado ruido y de un calibre excesivo para el gusto de Ruzhyó. Cuando pertenecía al spetsnaz y participaba en *mokrie dela*, asuntos turbios, usaba una pistola PSM de 5,45 milímetros. El tamaño de sus balas era quizá la mitad de las de la pistola italiana y el arma era también mucho más pequeña. Era cierto que el armero se la había ajustado, pero siempre le había bastado para sus necesidades. Nunca le había fallado. Habría preferido aquella pistola a la que utilizaba ahora, pero evidentemente no era posible. Esto debía parecer un asesinato cometido por alguien de este país y una pistola rusa habría disparado suficientes alarmas como para resucitar al muerto. Los norteamericanos no eran exactamente estúpidos, en lo concerniente a asuntos de esta índole.

Contempló la Beretta con el entrecejo fruncido. Los norteamericanos estaban obsesionados con el tamaño; para ellos, mayor equivalía siempre a mejor. A veces sus policías vaciaban el cargador de sus armas, que contenían dieciocho o veinte balas de gran calibre, cuando disparaban contra los delincuentes, sin dar una sola vez en el blanco; era lo que llamaban «rociar y rezar». Parece ser que no comprendían que un solo disparo de una arma de pequeño calibre en manos de un experto era más eficaz que una ráfaga de balas para matar elefantes en manos de un imbécil sin entrenamiento, como parecía ser el caso de muchos policías norteamericanos. Los judíos lo sabían. La pistola reglamentaria del Mossad israelí seguía siendo del calibre veintidós, la munición más pequeña del mercado. Y todo el mundo sabía que no se podía tomar el Mossad a la ligera.

Pero por lo menos el individuo del FBI había recibido una buena muerte. Se había llevado consigo a uno de los suyos y eso no estaba previsto. Le había disparado a Nicholas tres veces

a la cabeza; un solo disparo podría haber sido accidental, pero ciertamente tres eran deliberados. Se había percatado de que llevaba protección corporal y por eso le había disparado a la cabeza. Si hubiera sido un poco más rápido, tal vez podría haber eludido el ataque inicial.

En el asiento delantero, el Serpiente farfulló lo suficientemente alto para que Ruzhyó lo oyera. Le rechinaron los dientes. A Ruzhyó no le gustaba Grigory el Serpiente. Había estado en el ejército en 1995, en una de las unidades que habían invadido Chechenia, la tierra de Ruzhyó, matando y violando. Sí, claro, entonces Grigory sólo era un soldado que obedecía órdenes y su misión a largo plazo era más importante que cualquier rencor que Ruzhyó pudiera guardarle, de modo que lo soportaría. Pero tal vez uno de estos días se excedería hablando de la hermosa medalla a la acción que le habían concedido en Chechenia y si ese día estaba suficientemente cerca del fin de la misión como para no ser indispensable, Grigory Zmeyá se reuniría con sus antepasados. Y Ruzhyó se reiría cuando estrangulara a ese cretino.

Pero no hoy. Todavía quedaba mucho por hacer, ríos por cruzar, objetivos por alcanzar y el Serpiente aún era necesario.

Afortunadamente para él.

Alexander Michaels estaba medio dormido cuando se iluminó el pequeño monitor de su mesilla de noche. Sintió la presión de la luz a través de sus párpados cerrados, volvió la cabeza y abrió los ojos.

Apareció el fondo azul de la pantalla de Net Force y por el ordenador se oyó:

-¿Alex? Tenemos una orden prioridad uno.

Michaels parpadeó y miró la hora en la parte superior derecha de la pantalla, con el entrecejo fruncido. Era poco más de medianoche. No estaba despierto. ¿Qué...?

-Alex? Tenemos una orden prioridad uno.

La voz del ordenador era ronca, sensual, femenina. Independientemente de lo que dijera, parecía que le pidiera a uno que se acostara con ella. El módulo de personalidad, incluida la voz del programa, había sido programado por Jay Gridley, y Michaels sabía que la elección de la voz había sido una broma. Jay era un gran técnico, pero mejor cocinero que humorista, y aunque a Michaels aquella voz lo irritaba, no estaba dispuesto a darle a ese chico la satisfacción de pedirle que la cambiara.

El subdirector de Net Force se frotó la cara, peinó su corto pelo con los dedos y se incorporó. Enfocó la pequeña cámara sensible al movimiento, instalada sobre el monitor. La unidad estaba programada para mandar señales visuales, si no se le indicaba lo contrario.

-Bien, estoy levantado. Conecta la orden.

El sistema voxax (activado por la voz) obedeció sus instrucciones. Apareció en pantalla el rostro un tanto apresurado de la ayudante de subdirección Antonella Fiorella. Parecía más despierta que él, pero esta semana hacía el turno de noche y se suponía que debía estar despierta.

-Lamento despertarte, Alex.

-No importa, Toni. ¿Qué ocurre?

No lo llamaría si no fuera por una cuestión de vital importancia.

-Alguien acaba de asesinar al comandante Day.

-¡Cómo!

-Su virgil ha mandado una señal de alarma. La policía de Washington nos la ha transmitido. Cuando han llegado al lugar en cuestión, Day, su guardaespaldas Boyle y el conductor de la limusina, Louis Harvey, estaban todos muertos. Bombas y metralletas, por lo que parece. Hace tal vez unos veinte minutos.

Michaels exclamó algo que no solía decir en presencia de damas.

-Efectivamente -repuso Toni-. Y también en su madre.

-Voy inmediatamente.

-Virgil tiene la dirección -dijo, antes de hacer una breve pausa-. ¿Alex? No olvides los protocolos de asesinato.

No era preciso que se lo recordara, pero él asintió. En caso de un atentado contra un alto cargo federal, todos los demás miembros de la unidad debían suponer que podría no ser el

único atentado planeado.

-Comprendido. Desconecto.

La imagen de su ayudante desapareció de la pantalla, dejando el fondo azul de Net Force. Saltó de la cama y empezó a vestirse.

¿Steve Day estaba muerto? Maldita sea.

Maldita sea.

Dos

Miércoles, 8 de setiembre, 0.47 horas
Washington, D. C.

Las luces rojas y azules de la policía de Washington iluminaban la calle con el parpadeo de sus colores carnavalescos, creando un efecto apropiado a la actividad circense que tenía lugar en la zona. Era casi la una de la madrugada, pero había docenas de personas en las aceras, que los agentes de policía y la brillante cinta plástica mantenían alejadas. Había algo que ver: la malograda limusina, los casquillos desparramados y tres cadáveres.

Era un mal barrio donde morir, pensó Toni Fiorella. Aunque, pensándolo mejor, cualquier barrio era un mal barrio donde morir cuando la muerte la provocaba una inesperada ráfaga de metralleta.

-¿Agente Fiorella?

Toni parpadeó para alejar de su mente la idea de la muerte y miró al capitán de policía, que a juzgar por sus arrugas y sus ojeras, acababa de levantarse de la cama. Aparentaba unos cincuenta años, ya que estaba prácticamente calvo, y ciertamente en aquel momento se sentía muy desgraciado: despertar con agentes federales muertos en tu jurisdicción, durante tu período de guardia, era una mala noticia. Realmente mala.

-Sí, diga.

-Mis hombres han concluido su escrutinio preliminar.

Toni asintió.

-Deje que lo adivine. Nadie ha visto nada.

-Usted debería ser policía -indicó el capitán en un tono amargo-. Tiene ojo para los detalles.

-Alguno de los presentes debe de tener cuentas pendientes con la ley -respondió Toni, haciendo un gesto en dirección a la muchedumbre.

El capitán asintió. Conocía el procedimiento. Cuando mataban a un policía, independientemente de que fuera local, estatal o federal, se hacía lo que fuera necesario para encontrar a los responsables. Presionar a algún pequeño traficante para obtener información, o incluso a un ciudadano respetable con demasiadas multas de aparcamiento, estaba a la orden del día. Lo que fuera necesario. No se permitía escapar a los asesinos de policías.

Toni levantó la cabeza y vio que el nuevo Chrysler familiar se detenía junto a la barrera policial. Se apearon primero dos individuos, el guardaespaldas y el conductor, y escudriñaron el entorno. Entonces el guardaespaldas asintió al pasajero situado en el asiento posterior.

Alex Michaels se apeó, vio a Toni y se le acercó. Llevaba su placa en alto y los policías que bloqueaban la calle le indicaron que podía pasar.

Toni sintió la misma ráfaga de emoción que experimentaba todos los días, cuando veía a Alex por primera vez. Incluso en el seno de aquella carnicería sentía cierta alegría, admiración, incluso amor.

La expresión de Alex no era lúgubre, sino, como de costumbre, inescrutable. No permitía que se traslucieran sus sentimientos, aunque ella sabía que aquello debía de causarle un gran dolor. Steve Day había sido su mentor y su amigo, su muerte debía de ser como si le hubieran clavado una daga en el corazón, pero Alex nunca lo exteriorizaría, ni siquiera delante de ella.

Tal vez especialmente delante de ella...

-Toni.

-Alex.

Recorrieron en silencio el escenario del crimen. Cuando Alex se agachó para examinar el cadáver de Steve Day, Toni detectó una ligera tensión en los músculos de sus mandíbulas, pero eso fue todo.

Se incorporó de nuevo, se acercó a la limusina y observó los cadáveres de los otros dos agentes y el coche destrozado. Agentes del FBI y de la policía local circulaban todavía con focos y cámaras de vídeo, cubriendo toda la calle. Los técnicos forenses dibujaban círculos alrededor de cada uno de los casquillos de bala en la acera y la calzada, señalando su dirección antes de guardarlos en una bolsa. Alguien los sometería a la prueba de vapor de éster de cianoacrilato, que con la debida precaución permitía detectar una huella dactilar sobre papel higiénico; los someterían también a una exploración de actividad biológica, capaz de detectar un microbio en un océano. Pero Toni no consideraba probable que descubrieran ningún residuo de ADN. Casi nunca era tan fácil. Sobre todo cuando algo estaba evidentemente tan bien planeado como aquello.

-Bien, Toni, explícate -dijo Alex, después de haber visto todo lo que deseaba.

-Por lo que sabemos hasta ahora, se ha cometido un atentado y el comandante Day era el objetivo. Una bomba en el registro de una alcantarilla ha precipitado la limusina contra una farola. Una explosión, provocada probablemente por algún tipo de lapa marina, ha abierto la puerta trasera y los pasajeros han sido abatidos por varios agresores. A juzgar por la posición de los casquillos usados, eran tres o más atacantes. Porter realizará las pruebas balísticas, pero por lo que ha visto está bastante seguro de que se han utilizado por lo menos un par de metralletas y una pistola, con munición de nueve milímetros.

Mantenía un tono de voz uniforme, como si narrara estadísticas deportivas. Procedía de una expresiva familia italiana del Bronx, cuyos miembros ostentaban el corazón en los brazos, y no ocultaban su risa ni su llanto. No era fácil mantener sus palabras desprovistas de emoción, apreciaba a Steve Day y a su esposa, pero su trabajo la obligaba a hacerlo.

-Boyle y Day han devuelto el fuego. Boyle ha logrado hacer doce disparos y Day tres. Porter ha encontrado en la calzada un par de balas de pistola deformadas, cuyo estado indica que han rebotado de algo más duro que Kevlar. Deberá examinar las puntas en el laboratorio para estar seguro, pero...

-Los asesinos llevaban armadura -interrumpió Alex-, probablemente placas cerámicas o de seda de araña estilo militar. ¿Algo más?

-Aquí.

Lo condujo a un lugar tras el cadáver de Day. Los funcionarios del juzgado estaban recogiendo el cuerpo, pero Alex, concentrado ahora en su trabajo, no les prestó la menor atención.

-Las balas de Day se han encontrado aquí, ahí y allí -indicó Toni, al tiempo que señalaba los pequeños círculos de tiza pintados en la calzada, antes de dar un par de pasos y señalar nuevamente el suelo- Aquí hay una pequeña mancha de sangre coagulada y, un poco más allá, un reguero de sangre y tejido cerebral.

Esperó a que interpretara la información, consciente de que lo haría.

-Alguien aniquiló a uno de los asesinos, a pesar de su armadura -señaló Alex-. Day habría sabido que debía disparar a la cabeza. Pero los homicidas se han llevado el cadáver.

-La policía de Washington ha instalado controles de carretera.

-Esto ha sido un atentado profesional -repuso Alex, agitando una mano-. No atraparán a los asesinos en un control de carretera. ¿Algo más?

Toni negó con la cabeza.

-Hasta que tengamos el informe del laboratorio, me temo que esto es todo. No ha aparecido ningún testigo. Lo siento, Alex.

-De acuerdo -asintió el subdirector-. Steve, el comandante Day, se ocupó durante mucho tiempo del crimen organizado. Pon todo el aparato en funcionamiento, Toni. Quiero saberlo todo sobre todas las personas con las que habló Day cuando se ocupaba del crimen organizado, alguien que pudiera guardarle rencor. Además de todos los casos en los que estemos trabajando ahora. Esto parece una operación de la nueva mafia, es su estilo, pero no

queremos que se nos pase nada por alto.

-Ya he puesto equipos a trabajar en ello -respondió Toni-. Jay Gridley se ocupa de los archivos.

-Bien.

Observó la calle, pero su mirada se perdía en la lejanía.

Toni quería extender la mano, acariciarle el brazo, ayudarlo a soportar el dolor que sabía que sentía, pero guardó la compostura. Era consciente de que aquél no era el momento ni el lugar adecuado y no quería que le cerrara esa puerta, que le volviera la espalda si le ofrecía consuelo. Era un buen hombre, pero lo guardaba todo en su interior y no permitía que nadie se le acercara demasiado. Si tenía alguna esperanza de atravesar su telón de acero, debería hacerlo con suma cautela y sutileza. A cierto nivel, también era consciente de que sería injusto utilizar para ello la muerte de su amigo.

-Iré con Porter al laboratorio -dijo Toni.

Alex se limitó a asentir. Michaels permaneció en medio de la calle sombría aquella lúgubre noche, rodeado del olor a pólvora quemada, los focos de las cámaras, la muerte, los ruidos de las radios de la policía, ajetreados investigadores y el rumor de los curiosos, que aburridos policías mantenían a distancia. A lo lejos, se oyó el zumbido de un tren de pasajeros de levitación magnética que se dirigía velozmente a Baltimore.

Steve Day estaba muerto.

En realidad todavía no lo había digerido. Había visto el cuerpo de Day, los ojos de los que había desaparecido el brillo vital, dejando sólo una cáscara, un vacío en el que ya nadie moraba. Intelectualmente lo sabía, pero sus emociones estaban entumecidas. Había conocido a otras personas que habían muerto, algunas allegadas. La realidad nunca se convertía en certeza hasta transcurridos unos días, unas semanas o unos meses, cuando uno se percataba de que nunca volverían a llamar, escribir, o presentarse en la puerta con una botella de champán.

Maldita sea, alguien había apagado las luces de un buen hombre, había segado su vida como la de un fósforo extinguido y lo único que le quedaba a Alex Michaels en aquel momento era el calor de su propia ira. Se aseguraría de que quienquiera que lo hubiera hecho pagara por ello, ¡aunque fuera lo último que hiciera en su vida!

Suspiró. Allí no había más que hacer. Los asesinos estarían ya muy lejos, e ir de puerta en puerta y entrevistar testigos no reportaría nada útil de forma inmediata. Los tiradores no estarían escondidos en uno de aquellos edificios dilapidados y ni siquiera una descripción con precisión fotográfica de los asesinos sería de mucha utilidad a los investigadores; no eran gente del barrio. El público no lo sabía, pero raramente capturaban a los asesinos profesionales. Nueve de cada diez de los que atrapaban eran delatados por quienes los habían contratado y a Michaels eso no le parecía probable en una operación de alto nivel como aquélla. Los responsables sabrían que las autoridades no se contentarían con encerrar a los pistoleros. Nadie delataría a nadie en una operación de esa envergadura. Si se trataba de un trabajo de la mafia y los jefes se ponían nerviosos, lo más probable sería que los pistoleros desaparecieran en un pozo de cal viva en Mississippi, dos kilómetros más allá de la carretera que conducía a la nada. Y puede que también desaparecieran quienes los aniquilaran.

Net Force disponía de los recursos tecnológicos más avanzados del planeta, los ordenadores más rápidos de la red y una cantidad inconmensurable de información. Tanto sus agentes de la red como los de campo, seleccionados entre la flor y nata del FBI, la NSA, las mejores universidades del país y los cuerpos policiales y militares, eran también los mejores y más inteligentes. Pero de nada serviría todo eso si los asesinos no habían cometido algún error, si Net Force no tenía un poco de suerte. Michaels era demasiado veterano para creer otra cosa.

Por otra parte, ni siquiera los asesinos profesionales eran perfectos, de vez en cuando cometían alguna equivocación. Y silo habían hecho en este caso, aunque se tratara de algo tan diminuto como para poder verlo sólo con un microscopio electrónico, Alex Michaels removería cielo y tierra para encontrarlo.

Sonó su virgil.

-Diga.

-¿Alex? Habla Walt Carver.

Michaels soltó otro pequeño suspiro. Walter S. Carver era el director del FBI. Esperaba su llamada.

-Diga, señor.

-Lamento lo de Steve. ¿Alguna novedad?

Michaels le comunicó a su jefe lo que sabían.

-De acuerdo -respondió Carver cuando concluyó-. Tenemos una reunión con el presidente y su equipo de seguridad nacional, a las siete y media en la Casa Blanca. Reúna todo lo que sepamos. Usted hará la presentación.

-Sí señor.

-Por cierto, a partir de ahora usted es el director en funciones de Net Force.

-Señor, yo...

-Lo sé, lo sé -interrumpió Carver-, pero necesito a alguien al timón y ése es usted. No pretendo restarle importancia a la muerte de Steve, pero Net Force es responsable de muchísimo más que el destino de un hombre, sea quien sea. Todo el mundo ascenderá un peldaño, Toni ocupará su cargo anterior. Necesitaré la firma del presidente, pero en unos días debería confirmarse su nombramiento como director.

-Señor...

-Lo necesito aquí, Alex. ¿No irá usted a fallarme, verdad?

Michaels contempló su virgil. No tenía otra alternativa.

-No, señor -respondió, moviendo la cabeza-. No voy a fallarle.

-Buen chico. Lo veré por la mañana. Procure dormir un poco, no querrá parecer un zombi cuando lea el informe. Son plenamente vigentes los protocolos de asesinato, ¿entendido?

-Sí señor.

-Váyase a su casa, Alex.

Michaels miró hacia su coche, junto al que esperaba y vigilaba su guardaespaldas y conductor. Disponía de poco más de seis horas para redactar el informe para el presidente de Estados Unidos y sus cerriles asesores de seguridad, sin olvidar a su propio jefe del FBI, además de tomarse supuestamente un descanso. Indudablemente esto último no sucedería.

Meneó la cabeza. Cuando uno creía tenerlo todo bajo control, la vida encontraba la forma de aclararle a uno la situación. ¿Creías estar al mando, amigo? Aquí tienes algo para digerir: tu jefe inmediato acaba de ser asesinado, probablemente por la mafia, acaban de ascenderte y mañana debes presentarle un informe al hombre más poderoso del planeta, que probablemente decidirá tu futuro. ¿Cómo te sientes?

-Como una mierda -dijo Michaels en voz alta.

-¿Usted perdone? -preguntó un policía de tráfico cerca de él.

-Olvídelo -repuso Michaels, antes de dirigirse a su coche.

-¿A casa, comandante? -preguntó el conductor. Comandante.

El conductor estaba ya al corriente del ascenso. De una cosa no cabía la menor duda y era de que Michaels lo utilizaría para ocuparse de aquel asunto. Steve Day era su amigo.

Falso. Day había sido su amigo. Michaels no iba a ir a su casa, por cansado que estuviera.

-No. Al despacho.

TRES

Miércoles, 8 de setiembre, 11.19 horas
Grozny, Chechenia

Vladimir Plekhanov limpió un poco el polvo del interior de su ventana y contempló la ciudad. A pesar de la instalación del aire acondicionado y de la visita semanal de la mujer de la limpieza, todo parecía estar permanentemente cubierto de una delgada capa de polvo, fino como el talco, pero mucho más oscuro. Evidentemente, el polvo ahora no era más que suciedad. Recordaba la época en que gran parte del mismo era hollín de los crematorios, los

restos de soldados, paisanos e invasores rusos. Había transcurrido mucho tiempo desde entonces, casi veinte años, pero conforme envejecía pasaba quizá más tiempo del debido en esa sala de los recuerdos. A pesar de que todavía le quedaba mucho por lo que vivir y de que auguraba un futuro sumamente gratificante, pensaba que a sus sesenta años podía permitirse rememorar el pasado de vez en cuando.

Desde la posición estratégica de su despacho, en el sexto piso del ala informática del edificio de ciencias, que anteriormente y durante un breve período había albergado el cuartel general de las fuerzas armadas, tenía una buena vista. Ahí estaba el nuevo puente del centro de la ciudad sobre el río Sunzha y mucho más allá los enormes oleoductos Makhachkala, por los que se transportaba el preciado oro negro a los petroleros que esperaban en el mar Caspio. Justamente allí se encontraban los cuarteles donde Tolstói había servido, cuando era un joven soldado. Y allá, a lo lejos, la sierra Sunzha de la formidable cordillera del Cáucaso.

A nivel de ciudad, ésta no estaba mal. No era exactamente una aldea, allí vivía casi la mitad de la población de todo el país, pero a pesar de ello, con menos de tres cuartos de millón de habitantes, su tamaño no era desmesurado. Y su entorno era hermoso.

El petróleo seguía siendo el lubricante de la economía de Grozny, pero se agotaba, decrecía a un ritmo que no podría haber sido reemplazado por la muerte diaria y la descomposición instantánea de diez mil dinosaurios, cosa que ni siquiera Steven Spielberg y toda su magia cinematográfica podrían haber resuelto. Las torres de la refinería ardían día y noche, escupiendo llamas y humo al cielo, pero se extinguirían en un futuro no muy lejano. Chechenia necesitaba una nueva base para su economía. Una base que él, Vladimir Plekhanov, iba a suministrar, ya que, a pesar de haber nacido en Rusia, era tan checheno como el que más...

El sonido del programa telefónico de su ordenador interrumpió las reflexiones de Plekhanov sobre su gran plan. Se alejó de la ventana, se acercó a la puerta de su despacho y sonrió a Sasha, su secretaria. A continuación cerró con suavidad pero firmemente la puerta, antes de conectar su terminal de última tecnología.

-Ordenador, activar amortiguador de sonido.

La máquina despidió un zumbido y obedeció la orden oral.

-Amortiguador activado -respondió el aparato.

Plekhanov asintió, como si el ordenador comprendiera su gesto. No era el caso, pero podía programarlo para que lo hiciera si se le antojaba.

-Adelante -dijo en inglés.

Aquella línea no tenía modo visual, ni deseaba que lo tuviera. Evidentemente la comunicación era segura, tan segura como podía serlo con el mejor programa de codificación del ejército ruso. Plekhanov lo sabía porque él mismo había escrito el programa por encargo del ejército ruso y no había nadie que pudiera oír aquella comunicación que fuera remotamente capaz de descifrarla. Puede que algunos técnicos de Net Force lo lograran, pero en estos momentos tendrían... otras ocupaciones. Sonrió. No obstante siguió hablando en inglés, porque tanto Sasha como cualquiera que pudiera pasar por allí no comprendían una palabra en dicho idioma.

-Misión cumplida -dijo una voz a miles de kilómetros de distancia.

Era Mikhayl, que se divertía utilizando el nombre de Ruzhyó, Mikhayl el Rifle. Era un hombre violento, pero leal y sumamente hábil. La herramienta idónea para la misión.

-Bien. No esperaba menos. ¿Algún problema?

-Nicholas ha decidido jubilarse inesperadamente.

-Muy lamentable -repuso Plekhanov-. Era un buen empleado.

-Muy bien. ¿Os trasladáis a los nuevos aposentos?

-Sí.

A pesar de que la comunicación estaba codificada, no era fácil prescindir de las viejas costumbres. Su época en el spetsnaz era ya remota, pero seguía firmemente inculcada. Plekhanov sabía que el lugar donde se ocultarían era San Francisco, por consiguiente no era necesario decirlo en voz alta. Así, aunque algún nuevo genio de las matemáticas informáticas obtuviera milagrosamente una grabación de aquella conversación y aún más milagrosamente lograra descifrarla, ¿qué obtendría? Tan sólo un diálogo inocuo entre dos individuos no

identificados, transmitido a través de tantos satélites y repetidores como para ser localizable, repleto de generalidades tan vagas que no significaban nada. ¿Una misión? ¿Alguien llamado Nicholas que se había jubilado? ¿Un traslado? Nada de interés.

-Bien. Sigue según lo previsto. Me pondré en contacto contigo cuando surja otro trabajo. -Titubeó unos instantes, al recordar que quedaba algo por decir, ya que aunque el comunismo estuviera justamente difunto, los obreros todavía necesitaban aprobación para sentirse realizados, y un buen director lo sabía-. Buen trabajo -agregó Plekhanov-. Estoy satisfecho.

-Gracias.

Así concluyó la conversación.

Plekhanov se reclinó en su butaca. El gran plan progresaba exactamente como estaba previsto. Como una bola de nieve que rodara cuesta abajo, había empezado pequeña, pero al final sería enorme e imparable.

Pulsó el botón del intercomunicador en su mesa. Transcurrieron unos segundos y no ocurrió nada. Lo pulsó de nuevo. Siguió sin obtener respuesta alguna. Suspiró. El intercomunicador se había averiado de nuevo. Si quería un té, debería salir y pedírselo a Sasha. Estaba en camino de convertirse en el hombre más poderoso del mundo y trabajaba en un despacho donde los aparatos más sencillos estaban averiados. Meneó la cabeza. Eso cambiaría.

Y ése sería el menor de los cambios...

Miércoles, 8 de setiembre, 7.17 horas
Washington, D. C.

Alexander Michaels se había sentido mejor. Mientras su chófer conducía hacia el 1.600 de Pennsylvania Avenue, él examinaba una vez más las copias impresas y procuraba ordenar sus pensamientos. Su coche iba precedido y seguido de vehículos con guardaespaldas, unos coches oficiales de color gris cuyos conductores y pasajeros llevaban suficientes armas para librar una pequeña guerra. Los protocolos eran muy claros en cuanto a lo que se debía hacer en caso de un asesinato federal de alto nivel. El origen de dichas medidas de protección se remontaba a la época de Lincoln. La mayor parte de la gente no sabía que el presidente asesinado no era el único objetivo de Booth y sus conspiradores.

Michaels había estado varias veces en la Casa Blanca, pero siempre como asistente de Steve Day y nunca dando personalmente la cara. Tenía toda la información de la que disponía el FBI sobre el asesinato en cuestión, toda por duplicado en un pequeño disquete con una capacidad de varios gigabytes, codificada en el interior de una caja de plástico y lista para cargarla en el sistema de seguridad de la Casa Blanca. En caso de que algo le sucediera, quien intentara abrir la caja del disco se llevaría una buena sorpresa cuando estallaran diez gramos de Thermoflex, que generarían suficiente calor como para fundir la caja, el disco y los dedos de alguien que fuera tan estúpido como para tenerlos en la mano.

El sistema de seguridad de la Casa Blanca consistía en un conjunto de ordenadores especiales, sin conexión con el mundo exterior, dotados de los antivirus y reparadores más avanzados, por lo que su información estaría a salvo una vez introducida en los mismos.

Pero estaba cansado, había tomado demasiado café y lo único que anhelaba era encontrar una cama lejos de todo aquello, donde pudiera dormir una semana entera.

Bueno, ¿qué le vamos a hacer? Después de todo, es esto para lo que uno se ha alistado.

Sonó su virgil.

-¿Alex? ¿Está listo? -preguntó el director.

-Sí señor. Llegaré dentro de unos cinco minutos.

-¿Alguna novedad que yo deba saber?

-Nada importante.

-De acuerdo. Desconecto.

La caravana llegó a la puerta oeste. Alex se apeó, pasó por el detector de metales, el detector olfativo de explosivos y el HOS, de objetos duros, capaz de detectar armas blancas y

de fuego de cerámica o de plástico. Entregó su arma, le devolvieron un recibo y una tarjeta de visitante, y pasó frente a una serie de marines en la puerta que comprobaron su identidad. La sala donde se había organizado la reunión era una de las antiguas, en el sótano, debajo del Despacho Oval.

Otros dos marines inspeccionaron su tarjeta al salir del pequeño ascensor y un trío de agentes del servicio secreto de paisano lo saludaron cuando se dirigía a la sala de reunión. Conocía a dos de ellos, uno de los cuales había pertenecido al FBI, cuando Alex estaba destinado en Idaho.

-Buenos días, comandante Michaels -dijo su viejo amigo de Idaho.

-Hola, Bruce -respondió Alex, que todavía se sentía incómodo con el título de «comandante».

Ni siquiera aspiraba a aquel cargo, y mucho menos a costa de la vida de Steve Day. Lo más positivo era que estar al mando le brindaba la mejor oportunidad de atrapar a los asesinos de Day. Y estaba completamente decidido a hacerlo.

Una última comprobación, la de la huella de su pulgar, y se abrió la puerta para que entrara.

En la sala, el director Carver estaba ya sentado junto a una larga mesa ovalada, tomando café en una taza de porcelana. De pie a su izquierda estaba Sheldon Reed, subdirector de Seguridad Nacional, llamando por su virgil. A un lado, junto a una mesilla, había una secretaria madura con falda de mezclilla y blusa de seda blanca, que tenía delante un cuaderno de taquigrafía, un magnetófono que se activaba por la voz y un ordenador. Un marine uniformado sirvió un café de una cafetera de plata en una taza perfectamente equilibrada en su plato y lo colocó sobre la mesa, a la derecha de Carver, donde Alex se sentaría; sabía que lo tomaba solo. Sobre la mesa, frente a cada silla, había un sobre sellado con copias impresas idénticas a las de Michaels.

Carver le brindó a Alex una sonrisa profesional y le indicó que se sentara junto a él. Alex estaba a medio camino cuando se abrió la puerta y entró el presidente, acompañado de Jessel Leon, su jefe de personal.

-Buenos días, caballeros -saludó el presidente, dirigiéndole una sonrisa a la secretaria-. Y señora Upton. Hoy tengo una agenda muy apretada, de modo que manos a la obra. ¿Walt?

-Señor presidente. En torno a la medianoche, Steve Day, comandante de Net Force del FBI, fue asesinado. Ya conoce usted a Alex Michaels, lo he ascendido al puesto de Day. El expondrá la situación, tal como la conocemos.

-Menuda forma de conseguir un ascenso -comentó en un tono ligeramente nervioso el presidente, mirando a Michaels, tal vez temiendo que él pudiera ser el próximo objetivo-. Bien, oigámoslo.

Michaels respiró hondo, tan silenciosamente como pudo. Se acercó al ordenador, abrió el paquete codificado que llevaba consigo y le entregó el disco a la secretaria. Ella lo introdujo en el ordenador y lo analizó con el antivirus. La operación duró cinco segundos.

-Orden oral activada -anunció la señora Upton. Gracias -respondió Michaels-. Ordenador, primera imagen, por favor.

Se activó un proyector holográfico instalado en el techo y en medio de la mesa apareció una imagen tridimensional del escenario del asesinato, fotografiado desde un helicóptero de la policía hacía menos de ocho horas.

Michaels empezó a dar explicaciones: la explosión, el ataque, los muertos y las supuestas víctimas mortales. Lo hizo metódicamente, sin apresurarse. Mandó al ordenador mostrar otras imágenes mientras hablaba. A los diez minutos hizo una pausa y miró a su alrededor.

-¿Hasta aquí, alguna pregunta?

-¿Alguna otra actividad inusual anoche, relacionada con funcionarios federales? -quiso saber el presidente.

Si, era una pregunta prudente. ¿Quién podría ser el próximo?

-No, señor.

-¿Ha asumido alguien la responsabilidad del atentado, algún grupo terrorista, o algo por el estilo?

-No, señor presidente.

-¿Algo sobre las bombas? -inquirió Reed.

-La carga bajo el registro de la alcantarilla era una mina antitanque del ejército estadounidense, y los componentes identificadores del explosivo indican que pertenecía a un lote que supuestamente se utilizó en el suelo de Iraq durante la guerra del Golfo. Probablemente, fue desenterrada por algún agricultor con un detector de metales y vendida en el mercado negro. 0 tal vez desviada por algún oficial de intendencia antes de que llegara a Iraq. En este momento no tenemos forma de saberlo.

»La lapa de la puerta carecía de componentes identificadores, pero según nuestro laboratorio es un excedente marino israelí y tiene unos cinco años.

-Probablemente se puede conseguir uno de esos artefactos en una buena feria de armamento -sonrió Reed, para indicar que se trataba de una broma.

También parecía nervioso. No realmente asustado, pero sí un poco inquieto. Era comprensible.

-Ninguna huella ni restos de ADN en los casquillos usados, todos ellos idénticos -prosiguió Michaels-. A juzgar por las balas extraídas de las víctimas y los coches, parece tratarse de munición de punta redonda federal de 147 gramos, Luger FMJ de 9 mm, subsónica, para pistola o metralleta. Las marcas de extracción de los casquillos indican que se utilizaron ambos tipos de arma. Hasta ahora, los identificadores recuperados de la pólvora indican que formaban parte de remesas mandadas a Chicago, Detroit, Miami y Fort Worth.

-Buena suerte para localizarlo -dijo Reed-. Y esas armas probablemente ya están en el fondo de la bahía.

-Bien, tenemos los hechos, por lo que son indicó el presidente-. ¿Qué teorías hay? ¿Quién lo ha hecho, señor Michaels? ¿Quién será su próximo objetivo?

-Ordenador, imagen duodécima -ordenó Michaels.

Apareció otra imagen holográfica, proyectada también desde el techo, pero de un escenario diferente, grabado a la luz del día.

-Esta es una imagen de los archivos del FBI, del lugar del asesinato de Thomas O'Rourke el Gran Rojo en la ciudad de Nueva York, en setiembre pasado. El método de ataque fue asombrosamente parecido. Estalló una bomba bajo la limusina blindada del mafioso irlandés, abrieron las puertas con lapas y O'Rourke y sus guardaespaldas fueron asesinados con múltiples ráfagas de pistolas y metralletas de nueve milímetros.

-Ha habido otros asesinatos como éste, ¿no es cierto? -preguntó el presidente.

-Sí, señor. Joseph DiAmmato, de la mafia Dixie, en Nueva Orleans, en diciembre del año pasado, y Peter Heitzman, en Newark, en febrero. La unidad de crimen

organizado del FBI cree que fue Ray Genaloni, el jefe de las cinco familias de Nueva York, quien dio la orden de cometer los atentados, pero todavía no se ha cerrado la investigación.

-Lo que significa que aún no tienen nada concreto -apuntó Reed.

-No, nada con lo que un fiscal federal esté dispuesto a ir a juicio.

-¿Podría decirse entonces que no hablamos de ninguna actividad terrorista, sino de algo relacionado con la mafia? -quiso saber el presidente.

-A primera vista, señor -respondió cautelosamente Michaels-, parece bastante probable.

-Si no le importa que tome la palabra, Alex... -intervino Carver.

Michaels asintió, contento de que su jefe tomara el relevo, con la esperanza de no exteriorizar excesivamente su alivio.

-El comandante Day fue jefe de la unidad de crimen organizado del FBI durante varios años -expuso Carver-. A lo largo de dicho período, fueron detenidos muchos de los dirigentes de las principales familias neoyorquinas, la mitad de los cuales fueron condenados y encarcelados. El padre y el hermano mayor de Genaloni se encontraban entre los encarcelados. La mafia no se inmutaría en absoluto por la muerte de Steve. Y suelen tener muy buena memoria.

-«La venganza es un plato que se sirve frío» -apostilló el presidente-. ¿No es éste un proverbio siciliano?

Parecía un poco más relajado. La mafia no iría a por él.

Se puso en pie y consultó su reloj.

-Lamento tener que abreviar la reunión, caballeros, pero debo ocuparme de otros asuntos importantes. Parece ser que esto es cosa de la mafia, y aunque lamento la pérdida del comandante Day, no veo que peligre la seguridad nacional -dijo con una fugaz mirada a Reed, que asintió.

Ni sus propios pellejos, pensó Michaels.

-Bien, Walt, me gustaría que esto se aclarara. Manténgame informado. Caballeros, señora Upton.

Dicho esto, el presidente y su jefe de personal se retiraron.

Carver se acercó al ordenador, donde se encontraba Michaels.

-Bueno, no ha sido tan difícil, ¿no le parece?

-No, señor.

-Bien. Empezaremos a presionar en dirección a Genaloni -anunció Carver-. No podrá siquiera orinar sin que alguien lo vigile desde el interior de la taza. Quiero que sus informáticos se pongan a investigar.

-Sí, señor.

-Hable con Brent Adams, del Centro de Comunicaciones. Se le ordenará que coopere. No habrá ninguna disputa sobre jurisdicciones, el caso es suyo. El presidente de Estados Unidos acaba de decirnos que quiere que lo aclaremos, y no parecía una petición.

-No, señor.

-Eso es todo. Quiero un informe diario, o antes si se averigua algo. ¿Se le ocurre algo más?

-No, señor. Lo mantendremos informado.

-Buen chico.

Michaels no se permitió relajarse hasta que estuvo de nuevo en su coche y lejos de la Casa Blanca. Estos asuntos de alto nivel eran arriesgados. Preferiría trabajar en el campo, entrenando a nuevos agentes, o hacer cualquier otra cosa, en lugar de tratar con políticos y asesores de seguridad. Aquí, si daba un paso en falso o pronunciaba una palabra fuera de lugar, podría pasar el resto de su carrera matando sellos. De modo que ahora, además de su agenda personal, había recibido la orden de la cúspide: encontrar a los asesinos de Steve Day.

Encontrarlos, o de lo contrario...

Bien. Ningún problema. Eso era exactamente lo que se proponía hacer y disponía de los recursos para ello.

Cuatro

Miércoles, 8 de setiembre, 9.30 horas
Quantico, Virginia

Toni Fiorella se encontraba en el pequeño gimnasio practicando djurus, cuando entraron dos nuevos reclutas de la rama principal del FBI. Había tal vez una docena de personas haciendo ejercicio: levantando pesas, pedaleando en las bicicletas estáticas o golpeando el saco de arena, pero en su mayoría eran habituales, instructores o personal destinado al cuartel general de entrenamiento. Los estudiantes solían quedarse en su propio gimnasio, lo cual a Toni no le importaba. Los recién llegados, en su mayoría procedentes de la Facultad de Derecho o de Economía, solían creer que lo sabían todo y que el FBI debía sentirse privilegiado de que hubieran decidido honrar a la organización con su maravillosa presencia.

Toni cambió a una posición frontal, con la mayor parte de su peso en el pie adelantado, la rodilla doblada, agitó los brazos al estilo de un limpiaparabrisas para controlar el centro, la izquierda, la derecha, y a continuación levantó rápidamente el codo derecho, como si golpeara en la cabeza a un contrincante imaginario. Se golpeó el codo con la mano izquierda para simular el impacto, colocó la mano izquierda bajo el brazo derecho, lista para cubrir el puñetazo de contraataque del contrincante, seguido de un directo de derecha y otro de iz-

quierda.

Este era el primer djuru y una secuencia muy simple.

Uno de los novatos, un individuo alto, musculoso, con un pantalón corto de ciclista de tela azul elástica y una camiseta del FBI del mismo estilo, miró a Toni, soltó una carcajada y le dijo algo a su compañero.

El segundo recluta era bajo y compacto, ligeramente relleno, con una gruesa ceja única. También se rió.

Sin prestarles atención, Toni lanzó un directo de izquierda, llevó el brazo junto a la cadera, adelantó el pie izquierdo y repitió los movimientos que acababa de realizar.

La muerte de Day la había afectado más de lo que suponía y también le preocupaba enormemente el estado mental de Alex. Había acudido al gimnasio para librarse de su frustración, por no poder acercarse a Alex como lo deseaba. El ejercicio le proporcionaba escaso alivio y en aquel momento no se sentía particularmente compasiva.

Concluyó la serie de pasos y golpes, hizo el giro de puño y volvió al principio, para iniciar la serie del segundo djuru. En Bukti había ocho formas cortas, o djurus, numerosos sambuts, o secuencias de lucha preestablecidas, e innumerables técnicas basadas en dichas simples rutinas.

El forzudo y el cejudo habían iniciado una especie de danza, de entrenamiento para el boxeo. A pesar de que Toni sabía que debía concentrarse en su propia forma y que a su gurú le molestaría su falta de atención, los observaba de reojo. El forzudo hacía muchos giros con puntapiés al aire, en su mayoría dirigidos a la cabeza, mientras el cejudo lanzaba frecuentes kias, los gritos guturales del kárate para la concentración, al tiempo que retrocedía y esquivaba o paraba los golpes.

Toni pensó en el forzudo para uno de los estilos coreanos y en el cejudo para una forma de lucha japonesa o de Okinawa. Ambos parecían tener bastante potencial, aunque el forzudo era mejor.

Vio que el forzudo sonreía, antes de lanzar un puntapié volante de espaldas.

Parecen salidos de una mala película de acción, pensó Toni. Mantenía su ritmo regular, intentando fingir que no les prestaba atención alguna. Pero su expresión la delataba, porque no lograba disimular completamente su sonrisa.

El musculoso se percató de ello y no le gustó.

Hizo una breve reverencia al cejudo para indicar que había terminado y se dirigió a Toni.

-¿Ha visto algo gracioso, señora? -preguntó con un fuerte acento sureño, tal vez de Alabama, Mississippi.

Señora. Bueno, no estaba paranoico porque se riera de él, por mucho que intentara disimularlo. Aunque, a decir verdad, ella no se había esforzado demasiado en ocultarlo. No podía evitar la sensación de superioridad que sentía cuando veía uno de los otros estilos de lucha oriental. Todo el mundo creía que el suyo era mejor, pero ella sabía que el suyo lo era.

En cualquier caso, Toni estaba a punto de finalizar sus ejercicios. Sabía que su aspecto no era particularmente imponente con su viejo chándal negro, zapatillas deportivas y una cinta sudada en la cabeza. Y con su metro sesenta y cinco de altura y sesenta y un kilos de peso, era casi treinta centímetros más baja que el forzudo y probablemente unos treinta kilos más ligera. Pero su tono le resultó irritante.

-No -respondió-. No he visto nada gracioso.

-¿En serio? Pues parecía que se riera de mi estilo, o algo parecido.

-No, no me reía.

Toni empezó a volverles la espalda, cuando el cejudo decidió que era el momento de intervenir:

-Mi amigo tiene un cinturón negro de segundo nivel -dijo, con un gesto como si parodiara los ejercicios que Toni había estado haciendo-Apuesto a que podría enseñarle un par de cosas.

-Estoy segura de ello -replicó Toni.

Sí como moverse indebidamente. Pero mantuvo la boca cerrada, mientras iba a por su toalla. Lo mejor sería darse una ducha. No podría concentrarse con esos dos sujetos mostrando músculos y presumiendo de hombría. Se había criado en una familia repleta de

hermanos y sabía que cuando empezaba a fluir la testosterona era tan imparable como la marea de luna llena. Esos dos no tardarían en escupir al suelo y ajustarse la entrepierna, o lo que más se le pareciera en un local cerrado.

La virilidad era un asunto delicado. A estas alturas, Toni debería saber cómo evitar esa clase de provocación.

-¿Qué son esos pequeños desplazamientos que hacía? -preguntó el musculoso, mientras compartía una sonrisa con el cejudo.

Pequeños desplazamientos. Válgame Dios.

-Se llama djuru -respondió, después de volverse para mirarlos-. El estilo es Pukulan Silat Bukti Negara Serak.

El forzudo le brindó una radiante sonrisa.

-Suena a comida tailandesa con salsa de cacahuetes. ¿Tiene algún nivel particular en esa disciplina?

-No tenemos cinturones. Uno es estudiante o profesor. Yo soy estudiante.

-Bueno, es bonito -declaró el forzudo-. Aunque nunca había oído hablar de ello.

Bonito.

Toni sonrió. Había muchas cosas que generalmente dejaba pasar cuando procedían de sujetos repelentes y la condescendencia debía ser una de sus prioridades, porque ocurría con mucha frecuencia. Tenía sólo veintisiete años, eso provocaba comentarios, era mujer, más comentarios, e italiana, lo que habitualmente desencadenaba tres o cuatro chistes sobre la mafia. Se preguntaba por qué los hombres sentían la necesidad de comportarse con ella como a veces lo hacían. No todos los hombres, naturalmente, pero los suficientes como para que eso se convirtiera en una molestia. A su parecer, con excesiva frecuencia.

Otro día en que hubiera estado de mejor humor, les habría sonreído, habría movido la cabeza y vuelto la espalda; habría dejado que los chicos se divirtieran. Pero en este momento, lo que fluía por sus venas no era exactamente el néctar de la bondad humana. Había pasado una noche larga y desagradable y el día que empezaba prometía ser también largo y desagradable. No necesitaba esas bobadas. ¿Y ahora qué? No tenía por qué aguantarlo.

-Lamento que su educación haya sido tan limitada -dijo Toni.

El forzudo frunció el entrecejo. Reconocía un insulto cuando lo oía.

-¿Qué quiere decir?

Toni le brindó la más radiante de sus sonrisas.

-¿Cuál es la parte que no ha comprendido?

-Oiga, señora, no hay ninguna razón para ponerse altanero.

-Estoy perfectamente de acuerdo. De modo que tiene un cinturón negro, ¿no es cierto?

-Efectivamente.

-Bien. ¿Por qué no se acerca e intenta golpearme? Le mostraré cómo funcionan mis pequeños desplazamientos.

El musculoso y el cejudo intercambiaron miradas. El forzudo titubeó y Toni sabía por qué. Para él ésta era una situación en la que no podía ganar. Si la vencía, sería un grandullón que abusaba de una débil mujer. Si era ella quien lo vencía, su virilidad habría sufrido un duro golpe.

-Creo que no, señora. Soy un experto. No querría lastimarla.

-Yo no me preocuparía por eso -repuso Toni-. No lo creo probable.

Toni sabía que no era una buena idea lo que hacía. A su gurú le irritaría enormemente saber que incitaba a aquel muchacho, pero no parecía poder evitarlo. Tanta era la soberbia de aquel individuo, que manaba de él como el vapor de un perrito caliente recién cocido, en un día de invierno en el Bronx.

El cejudo miró al forzudo mientras movía su franja pilosa.

-Oye, no tienes por qué golpearla fuerte. Puedes hacerlo. Limítate a mostrarle un par de movimientos.

El forzudo sonrió. ¿Se le brindaba la oportunidad de lucirse? ¿Cómo podía no aprovecharla?

-De acuerdo, señora.

Se acercó. A unos tres metros se detuvo. Hizo una reverencia. Dobló las rodillas y avanzó lentamente con las manos levantadas, una alta y otra baja.

-¿Lista?

Toni estuvo a punto de reírse. Era como si le mandara un telegrama.

-Desde luego.

El forzudo era rápido y más listo de lo que parecía. No intentó ninguna de las ostentosas y estúpidas patadas elevadas. Avanzó agachado y le lanzó rápidamente un duro derechazo al pecho, con la pierna derecha adelantada. Fue un buen golpe, equilibrado, dirigido a una parte del cuerpo donde no le produciría daños graves si no lograba eludirlo. Mantuvo la otra mano levantada para cubrirse.

Perfecto.

Probablemente esperaba que ella retrocediera para esquivarlo, pero eso no era lo previsto en su versión de silat, no en esta situación. Toni paró el golpe con ambas manos abiertas, avanzó hacia su contrincante, adelantó el pie izquierdo y se agachó bajo su brazo extendido, al tiempo que le propinaba un codazo bajo el sobaco con su brazo derecho, que produjo un bonito sonido a hueco. Dejó al forzudo paralizado.

Y también muy sorprendido.

Los pies de Toni estaban ya en posición. Base...

Se situó velozmente a su espalda y le golpeó el hombro izquierdo con su mano izquierda. Angulo...

Levantó y extendió simultáneamente su mano derecha y le agarró la frente, con el codo bajo. Palanca...

Hecho esto, empujó hacia adelante, luego tiró de su hombro hacia abajo y hacia atrás, al tiempo que le doblaba la cabeza.

Base, ángulo, palanca. Si se utilizaban los tres, la técnica siempre funcionaba. Sin excepciones.

Y Toni lo hacía.

El forzudo se desplomó de espaldas sobre la lona, como un pino recién talado. Toni podía haber rematado el ataque con los codos, las rodillas y otros golpes, pero en su lugar retrocedió dos pasos. No pretendía lastimarlo. Sólo dejarlo en ridículo.

La secuencia completa, desde el primer puñetazo del forzudo hasta que Toni retrocedió, había durado menos de dos segundos.

-¡Zorra! -exclamó el forzudo, cuando se levantaba, decidido a atacarla.

¿Qué había ocurrido con lo de «señora»?

Probablemente tenía una secuencia de ataque preparada, una combinación predilecta de patadas y puñetazos, giros y falsos golpes, antes de descargar el golpe definitivo, que solía funcionarle cuando luchaba por puntos. Si ella permanecía quieta y le permitía emprenderla, podía ser peligroso.

Toni no lo hizo.

Cuando el forzudo lanzó un corto de izquierda para apañarla, Toni se echó a un lado, paró el golpe con ambas manos, le agarró el brazo entre los suyos por encima del codo, giró, se dejó caer con todo su peso sobre una rodilla y lo obligó a dar una voltereta. En algunos estilos de lucha se enseñaba a los estudiantes cómo agarrarse un poco y cómo caer, pero al parecer éste no era el caso del forzudo.

Dio media voltereta y cayó nuevamente de espaldas sobre la lona, con fuerza suficiente para quedarse sin respiración. Aquello era todo muy sencillo, parte de su primer djuru. ¿Para qué trabajar más de lo necesario?

Toni se levantó, a la espera de comprobar si lanzaría un tercer ataque.

El forzudo no era imbécil. En esta ocasión, cuando se incorporó, levantó una mano para indicar que ya bastaba. La lección había concluido. Sabía cuándo el contrincante lo superaba.

Toni se sintió bastante satisfecha, a pesar de saber que no debería hacerlo. Entonces miró hacia la puerta del gimnasio.

Apoyado en la pared, Alex Michaels la observaba.

Michaels se acercó. Estaba en buena forma. Corría cinco o seis kilómetros casi todos los

días, volaba un poco con ultraligeros y en su piso tenía un aparato Bow-flex para ejercicios de resistencia, pero había transcurrido mucho tiempo desde su época de combate cuerpo a cuerpo en el ejército y luego al ingresar en Net Force. Los profesionales de la informática no pasaban demasiado tiempo en situaciones duras de la vida real. Creía poder defenderse en la mayor parte de las situaciones contra un contrincante, pero no le habría apetecido enfrentarse al grandullón que se levantaba de la lona, y después de comprobar cómo Toni manipulaba a ese pobre payaso como una veleta, con toda seguridad no habría querido enfrentarse a ella. Conocía por su ficha el estilo de lucha que practicaba, pero no sabía mucho acerca del mismo. Asombroso.

-Muy interesante -dijo Alex-. ¿Se llama silat? ¿Dónde lo has aprendido?

Toni se secó la cara con la toalla.

-Cuando yo tenía unos trece años, en mi barrio vivía una pequeña anciana holandesa de origen indonesio. Se llamaba Susan DeBeers. Tenía sesenta y tantos años, estaba jubilada y hacía poco que había muerto su marido. Le gustaba sentarse en la entrada del edificio al otro lado de la calle, fumar su pequeña pipa de espuma de mar labrada y disfrutar del sol de la primavera. Un sábado, cuatro gamberros decidieron que querían instalarse en aquel lugar. Ella se levantó para marcharse, pero no con la rapidez que ellos deseaban. Uno de ellos intentó acelerarla con una patada en el trasero.

Toni se echó la toalla al hombro.

-Aquellos jóvenes tenían entre dieciocho y veinte años, y llevaban cuchillos y destornilladores afilados en los bolsillos. Yo esperaba el autobús y lo ví todo. Duró unos quince segundos y todavía no sabría decirte exactamente lo que les hizo. Aquella pequeña anciana rechoncha, que fumaba como una chimenea, golpeó y arrojó a los cuatro gamberros como si fueran pelotas de tenis, sin soltar en ningún momento la pipa de sus labios, ni sudar lo más mínimo. Los mandó a los cuatro a urgencias. Yo decidí que quería aprender lo que ella sabía.

-¿Tenía una escuela?

-No. Al cabo de un par de días, que fue el tiempo que tardé en armarme de valor, crucé la calle y le pregunté si estaría dispuesta a enseñarme. Se limitó a asentir con una sonrisa y a responder «por supuesto». Me entrené con ella hasta que me licencié en la universidad y me trasladé a Washington. Cuando voy a mi casa para visitar a mis padres, me entreno con ella.

-Ya debe de ser bastante mayor -señaló Michaels.

-Ha cumplido los ochenta y dos -respondió Toni-, y todavía no me atrevería a enfrentarme a ella.

-Asombroso.

-Es un arte muy científico, basado en palancas y ángulos. Se supone que la lucha tendrá lugar contra varios contrincantes, todos ellos más fuertes y más corpulentos. Por consiguiente, se basa en la técnica, no en los músculos, lo que en mi caso es una suerte. Normalmente las mujeres no suelen especializarse demasiado, pero el marido de gurú DeBeers viajaba mucho y quería que su esposa pudiera protegerse -concluyó Toni-. Pero no quiero aburrirte con más esoterismo.

-No, si me interesa. ¿Cómo es eso comparado, por ejemplo, con el boxeo o con el judo?

-La mayoría de las viejas artes proceden de países con antiguas civilizaciones. Disciplinas como el kung fu chino, el taekwondo coreano o el jiujitsu japonés han dispuesto de centenares de años, e incluso milenios, para perfeccionar sus técnicas. A lo largo de los tiempos, algunas de sus facetas más desagradables han sido sustituidas por aspectos más espirituales. Luchar hasta la muerte suele ser inaceptable entre gente civilizada. Lo cual no significa que un experto en cualquiera de esas artes no sea peligroso. Un buen especialista en kung fu o kárate puede cobrarse tu cabeza, si no sabes cómo impedírselo.

-Me parece distinguir un «pero» -dijo Michaels.

Toni sonrió.

-Gran parte del silat salió de la jungla hace sólo dos o tres generaciones. Hay centenares de estilos, pero no se solía practicar en público hasta que Indonesia consiguió su independencia en 1949. Es una técnica realmente primitiva, diseñada para una cosa: lisiar o matar al contrin-

cante. No es civilizado. Es tan mortífero y eficaz como pudieron elaborarlo. Si una técnica no funcionaba, el luchador que la utilizaba acababa lisiado o muerto y la misma no sobrevivía.

-Interesante.

-¿Lo que has visto? -sonrió Toni-. Eso era el bukti, lo más sencillo. El arte central, el serak, es harina de otro costal. Realmente horrible y con muchas armas: palos, dagas, espadas, arpones, e incluso armas de fuego.

Y se supone que tú eres una buena chica italiana del Bronx. Recuérdame que no debo hacerte enfadar.

-Por cierto, Alex.

-Dime.

-No me hagas enfadar -dijo Toni, con una carcajada-. Bueno, ¿qué sucede? No creo que hayas venido para ver cómo daba una paliza a los reclutas.

-No, es por un asunto de trabajo. Tenemos otro problema -respondió Michaels-. Alguien acaba de hacer estallar el servidor principal de la red, en la sede de Net Force en Frankfurt, Alemania.

-¿Te refieres al puesto de la CIA?

-Efectivamente. Dado que Net Force sólo está autorizada a actuar en este país, salvo en el caso de una emergencia internacional y con permiso del presidente, me refiero evidentemente al puesto de escucha de la CIA.

-Recuerdas de memoria los estatutos, ¿no es cierto? -sonrió Toni.

¿Qué insinúa usted, subdirectora Fiorella? Net Force no haría nunca nada ilegal.

Su sonrisa creció. A Michaels le gustaba hacerla sonreír. La idea de que la unidad del FBI destinada a controlar ordenadores estuviera confinada a Estados Unidos era bastante absurda. La red no tiene fronteras, se extiende por todas partes, y aunque se puede acceder a casi toda ella desde cualquier lugar, cierta proximidad facilita la conexión a algunos sistemas. La CIA estaba dispuesta a prestarle el nombre a Net Force de vez en cuando, a cambio de ciertos favores. Se suponía que la CIA no debía actuar dentro de Estados Unidos, pero nadie creía realmente que no lo hiciera.

-Deja que me asee y vamos a ver -repuso Toni.

Cinco

Miércoles, 8 de setiembre, 16.00 horas
Sarajevo

Un proyectil antitanque alcanzó el edificio situado a la espalda del equipo de ataque de Net Force del coronel John Howard, a unos seis metros por encima de sus cabezas. El misil estalló al hacer impacto, y formó un oscuro cráter en la estructura de ochenta años de antigüedad. Una lluvia de fragmentos de ladrillo y cristal roció la zona donde se encontraba la media docena de soldados, agachados tras un contenedor de basura abollado. Era una lluvia dañina, pero en aquel momento la menor de las preocupaciones de Howard. ¡Debían eliminar cuanto antes al cretino del lanzamisiles!

-¡Reeves y Johnson, flanco izquierdo! -ordenó Howard sin levantar la voz, puesto que todos llevaban receptores LOSIR incorporados en sus cascos, que les permitían comunicarse por infrarrojos sólo si estaban al alcance de la vista y ello impedía que los detectara el enemigo-. ¡Odom y Vasquez, fuego de contención! ¡Chan y Brown, a la derecha! A la de tres: uno, dos, tres, ¡ahora!

Odom y Vasquez empezaron a disparar sus subfusiles de asalto H&K, rociando la zona con las balas de nueve milímetros del tambor de sus metralletas.

Reeves y Johnson salieron hacia la izquierda, cruzaron cautelosamente la calle y se refugiaron tras el remolque de un gran camión. Hacía tiempo que el vehículo estaba muerto, con sus neumáticos quemados y fundidos, y la carrocería acribillada de viejos balazos,

oscurecida por el hollín y cubierta de graffiti.

Chan y Brown salieron hacia la derecha, disparando también sus fusiles mientras cruzaban la línea de fuego.

Los trajes SIPE modificados que llevaban los miembros del equipo deberían de ser resistentes a casi todo lo que la fuerza local podía lanzarles. Los chalecos y los pantalones eran de seda de araña sintética, con placas cerámicas superpuestas a prueba de balas de pistola y de fusil, con la condición de que no llevaran cargas antiblindaje. Los cascos y las botas eran de Kevlar, con titanio incorporado. Los CPU que llevaban a la espalda eran a prueba de golpes, e iban protegidos por una doble capa de cerámica. Sus radios tácticas cifradas, con conexión interactiva vía satélite, ofrecían imágenes esquemáticas, con sensores de movimiento, detectores de infrarrojos y ultravioleta, planos del terreno, e incluso polarizadores instantáneos incorporados a la visera retráctil de sus cascos. Los trajes de Net Force no eran tan pesados como los del ejército regular, porque no llevaban respirador artificial, destilador, ni bioinyectores. Para esta clase de asalto, de entrar y salir en un solo día, no necesitaban toda la parafernalia de la infantería. No obstante, el traje aumentaba en diez kilos el peso de su usuario.

Howard se asomó, levantó su ametralladora Thompson sobre el contenedor y disparó tres ráfagas al agujero donde se escondía el individuo del lanzacohetes. La metralleta era definitivamente de baja tecnología, una antigüedad construida en 1928, cuyo primer propietario había sido un sheriff de Indiana en la época de la «ley seca». El bisabuelo de Howard, por ser negro, no podía pertenecer oficialmente al cuerpo en aquellos tiempos, pero el sheriff blanco para el que trabajaba reconocía a un buen hombre cuando lo veía, independientemente de su color, y por consiguiente hubo un negro que durante veinte años se ganó bien la vida extraoficialmente haciendo cumplir la ley, aunque no constara en los archivos. A su muerte, el sheriff dejó la metralleta al abuelo Howard. En aquella época, la llamaban máquina de escribir de Chicago.

¡Ahora no es momento de añoranzas, John! ¡Agáchate!

El individuo del lanzacohetes también mantenía la cabeza agachada, pero alguien junto a él en el pozo de la escalera disparó una ráfaga de metralleta que acribilló el contenedor, cuyo acero abollado resistía todavía el impacto de las balas. A pesar de la protección que les brindaban los trajes, Howard se alegraba de estar a resguardo del contenedor.

¡Fuego en el agujero! anunció la voz de Reeves por el comunicador de Howard.

Estalló la granada que Reeves acababa de arrojar al pozo de la escalera. La metralla alcanzó el contenedor y el olor a pólvora quemada envolvió a Howard, junto al humo y el polvo.

Transcurrieron dos segundos. Cesaron todos los disparos.

-¡Despejado! -exclamó Johnson.

El coronel Howard se puso en pie. Vio que Johnson le sonreía y levantó el pulgar en señal de aprobación, al tiempo que le devolvía la sonrisa. Sus hombres, bueno en realidad cinco hombres y una mujer, se incorporaron en estado de alerta, con sus armas listas para disparar, mientras escudriñaban la calle y los edificios en busca de otros objetivos. Habría sido sumamente estúpido que algún habitante local se asomara en aquel momento, para saludar con la mano a los amables norteamericanos.

Howard activó la pantalla de su casco y consultó el reloj digital. Normalmente la mantenía desconectada cuando había mucha acción, para no disparar contra fantasmas generados por su ordenador. Se suponía que, con suficiente práctica, uno debía hacer caso omiso de los mismos, pero en situaciones de fuego real, era sorprendente cuántos soldados bien entrenados disparaban contra los iconos o las señales del temporizador en la pantalla de su casco.

-Buen trabajo, muchachos, pero sigamos. Disponemos de seis minutos para llegar al punto de encuentro.

El equipo empezó a avanzar...

De pronto se esfumaron los hombres, la calle, los edificios. Adquirieron un aspecto fantasmagórico, transparente y desaparecieron.

-Llamada prioritaria, John -dijo una decidida voz militar.

Howard parpadeó, levantó la visera de su casco y suspiró.

Estaba en su despacho del cuartel general de Net Force y la escaramuza en Sarajevo no había sido una batalla real, sino un simulacro por ordenador. No podía seguir jugando cuando en la línea había una llamada prioritaria.

-Conéctala -ordenó a su ordenador.

El busto del comandante civil de Net Force, Alex Michaels, apareció sobre el escritorio de Howard.

Howard saludó con una inclinación de cabeza a la proyección holográfica.

-Comandante Michaels.

-Coronel. Tenemos una situación que tal vez quiera vigilar de cerca.

-¿La explosión en Alemania? -preguntó Howard.

-Sí.

-Mi personal ya está al corriente. ¿Hablamos de una intervención? -quiso saber Howard, sin ocultar el interés en su tono de voz.

-No, no en Frankfurt -repuso Michaels-, es demasiado tarde para eso. Pero hemos puesto en estado de alerta todos nuestros puestos de escucha y servidores de la red, especialmente en el escenario europeo. Será mejor que se asegure de que sus equipos de intervención estén listos.

-Mis equipos de intervención siempre están listos, comandante -replicó, con una dureza inevitable en su tono de voz.

Debía acostumbrarse a recibir órdenes de un civil, un hombre cuyo padre había sido suboficial del ejército, pero que no había prestado servicio personalmente en las fuerzas armadas. Era cierto que el presidente de Estados Unidos era el comandante en jefe de las fuerzas armadas y que el presidente actual tampoco había servido en las mismas. Pero era suficientemente listo para permitir que los generales hicieran su trabajo. Steve Day había pertenecido a la armada y eso ya era lo bastante terrible. Howard todavía no estaba seguro de Alexander Michaels.

-No he pretendido sugerir lo contrario, coronel.

-Lo siento, comandante. Estamos en nivel de alerta dos. Mis diez mejores equipos pueden estar en el aire en una hora; media hora, si pasamos a nivel de alerta uno.

-Espero que no lleguemos a tanto.

-Sí, señor -respondió Howard, aunque lo que realmente deseaba era que eso sucediera.

Cuanto antes pudieran demostrar sus tropas de lo que eran capaces en una zona peligrosa, más feliz se sentiría. Si uno iba a ser guerrero, necesitaba una guerra de vez en cuando, o como mínimo una acción policial.

-Lo mantendré al corriente -dijo Michaels-. Desconecto.

-Sí, señor,

Pero eso a Howard no le preocupaba. Disponía de su propio personal escudriñando las redes. Si el equipo de Michaels lo averiguaba antes que él, no sería por mucho.

Más valía que los pusiera a trabajar, para asegurarse de que no les pasara nada por alto. Cogió de nuevo el comunicador.

Cuando Plekhanov se conectaba a la línea, utilizaba todavía un antiguo casco y unos guantes, a pesar de que con los sistemas más recientes nada de ello era necesario. Actualmente, las imágenes de proyección holográfica podían abarcar todo el campo de visión del observador, con una simple banda ocular de la anchura de un lápiz, y el software de lectura de la cámara holográfica de un ordenador podía captar las órdenes del movimiento de los dedos e interpretarlas con tanta precisión como los mejores guantes. Pero le gustaban los guantes, estaba acostumbrado a ellos. Asimismo, aunque ahora la mayoría de los teclados seguían la pauta Dvorak en lugar de Qwerty, él tampoco había cambiado de sistema. No le importaba lo que dijeran los demás. La memoria muscular de cuarenta y cinco años no se limitaba a desaparecer y resignarse a ser reemplazada por otra, sencillamente porque el nuevo método era más eficaz.

Indicó con un gesto que se activara la red y dijo: -Olympic Peninsula Trail.

Se activó el mecanismo de realidad virtual y apareció la imagen de una selva tropical templada, con un estrecho camino a ambos lados limitado por grandes pinos, frondosos helechos y parcelas de hongos varios: setas comestibles, venenosas, etcétera. El sol de la tarde de principios de julio se filtraba por entre las densas copas de los árboles de hoja perenne y los alisos, decorando la selva con franjas claras y oscuras. Zumbaban los insectos, piaban los pájaros y reinaba un agradable calor, no excesivo a la sombra.

Plekhanov llevaba el equipo propio de un excursionista: camisa y pantalón corto color caqui, calcetines gruesos hasta las rodillas y botas de montañismo. Llevaba también un gorro irlandés para la lluvia, un sólido bastón de su propia altura y una pequeña mochila con un poncho impermeable, una botella de agua, una bolsa de plástico con provisiones, una brújula, una linterna, fósforos, un pequeño botiquín, una navaja suiza y un teléfono móvil de emergencia con GPS incorporado. Aunque no se proponía abandonar el camino, siempre era preferible ser prevenido.

En su mochila llevaba también el paquete sellado que debía entregar.

Caminaba junto a la orilla de un riachuelo, escuchando el borbotear del agua fría y clara sobre las lisas piedras. Aquí y allá veía algún pequeño pez en los remansos. Disfrutaba del olor a pino, la tierra mullida del bosque bajo sus botas y el camino desierto sin ningún ser humano a la vista.

Después de caminar un rato a paso ligero, se detuvo y tomó un trago de agua. Mientras descansaba, consultó su reloj, idéntico al que llevaba desde hacía más de quince años: un reloj ruso, mecánico, de bolsillo. Era un Molnija, grande, pesado, casi todo de acero, con una máquina de dieciocho rubíes. Este modelo, conmemorativo de las victorias rusas en la guerra de 1941-1945, tenía la hoz, el martillo y la estrella en la tapa posterior y una grabación del Kremlin en la tapa frontal. Después de la desintegración de la Unión Soviética, los rusos faltos de liquidez habían vendido todo lo que no estaba sujeto al suelo a cualquiera que tuviera el dinero para comprarlo, y aquellos relojes se habían vendido por cantidades insignificantes. De haber podido encontrar un reloj no digital tan bien hecho y sólido como aquél en Occidente, lo cual era imposible, le habría costado fácilmente diez veces más de lo que él había pagado por aquél.

Pulsó el botón con el pulgar y se abrió la tapa frontal. Contempló los números romanos. Ya casi era la hora de su encuentro en la gran roca de la costa. Cerró la tapa. Debía apresurarse. En la roca, un enorme promontorio pétreo situado cerca del punto de encuentro entre el océano Pacífico y el estrecho de Juan de Fuca en el cabo Foulweather,

Plekhanov entregaría su paquete a un mensajero. El mensajero se llevaría el paquete en un bote pesquero -por lo menos en esta versión- para entregárselo a un gordo que tenía acceso a ciertos sistemas y a cambio del valioso contenido del paquete, en este caso «joyas» binarias que podía vender, el gordo se ocuparía de activar una pequeña serie de «bolas de nieve» electrónicas. Cuando éstas llegaran a su destino, algunas no habrían aumentado de tamaño, serían como canicas de hielo duro, pero otras se habrían convertido en auténticos aludes, según lo que se necesitara.

Un pequeño animal cruzó velozmente el camino frente a Plekhanov, tal vez un conejo o un mapache, y se agitaron los helechos con el paso del animal. Plekhanov sonrió. Aquél era uno de sus viajes predilectos. El contrapunto con la realidad le producía un gran placer. Andar por un camino boscoso estaba tan alejado de los ordenadores y de las redes, como la luna de la tierra. Sin ironía alguna.

Naturalmente, dichos pensamientos dirigieron su atención a la tecnología y al uso que había hecho últimamente de la misma, sobre todo la realidad virtual o vínculos secundarios. No exclusivamente, claro está. A veces el mundo real necesitaba acciones reales.

La destrucción física del puesto de la CIA/Net Force en Alemania había sido uno de dichos actos, burdo, pero necesario. La intromisión electrónica excesiva con programadores tan diestros como los mejores piratas informáticos de Net Force disparaba la alarma. Sin embargo, el autor de un atentado podía ser cualquier loco radical. La alternancia era necesaria. Los ataques víricos y de programación que estaba a punto de lanzar contra varios sistemas de diversos países independientes de la Commonwealth, países bálticos, e incluso algunos

sistemas coreanos y japoneses, sólo para mantener al personal intrigado, eran de otra naturaleza.

Pronto habría centenares de programadores y administradores de sistemas sudando y blasfemando, y mucho caos por rectificar. Cuando llegara el caos, sus habilidades estarían enormemente solicitadas. ¿Y quién mejor para reparar algo que quien sabía exactamente cómo se había estropeado?

El sendero giraba a la izquierda, luego a la derecha y se separaba del bosque para entrar en una zona arenosa, con algunas juncias y matorrales desparramados. El oleaje golpeaba la orilla rocosa, a un escaso kilómetro de distancia. Vio el pesquero anclado a una buena distancia de la costa y una lancha motorizada que se dirigía del barco a la orilla. Venía a verlo, a recoger lo que llevaba, para cumplir luego sus propósitos. El cielo se estaba nublando, la niebla se levantaba y empezaba a refrescar. Propio de la situación.

Ese era el poder de la realidad virtual, la capacidad de crear visiones semejantes, aunque la realidad virtual era sólo una pequeña parte de su talento.

Soltó una sonora carcajada. Era bueno mantener el control. Y muy pronto mejoraría.

Seis

Martes, 14 de setiembre, 11.15 horas
Ciudad de Nueva York

Ray Genaloni colgó suavemente el teléfono.

-¿No se supone que ésta es una línea segura? -preguntó sin levantar la voz, como si se interesara por el tiempo, mientras señalaba el piloto rojo parpadeante del detector conectado a su teléfono, que indicaba si estaba intervenido. A mí, eso no me parece particularmente seguro.

Luigi Sampson, su ejecutor, además de vicepresidente responsable de la seguridad de Genaloni Industries, la parte más o menos legal del negocio, se encogió de hombros.

-Son los federales. Disponen de material que no podemos conseguir en el mercado.

Genaloni hizo rechinar los dientes y contó mentalmente con mucha lentitud: uno..., dos..., tres...

Durante la mayor parte de sus cuarenta años se había esforzado para controlar el mal genio y ahora lo dominaba un poco mejor que antes.

...cuatro..., cinco..., seis...

Hacía veinte años, cuando Frankie Dobbs el Pequeño le respondió de forma semejante encogiéndose de hombros, Ray se puso tan furioso que le machacó la cabeza a Frankie con un bate de béisbol. Mató a aquel pobre idiota, estropeó un traje de novecientos dólares con las manchas de la sangre y tuvo que implorar el perdón de su padre, porque Frankie ya casi formaba parte de la familia y además era hijo de un viejo amigo.

siete..., ocho..., nueve..., diez.

Bien -dijo Ray, con la sensación de haber recuperado un poco el control, aunque todavía le hervía la sangre y se le había formado un nudo en el estómago.

Lo importante era no exteriorizarlo. Había recorrido un largo camino desde la época de Frankie; ahora no iba a perder los estribos y empezar a cometer estupideces. Era licenciado en Administración de Empresas por la Universidad Harvard y gerente de una gran empresa, además de cabeza de la Familia y de todos sus negocios. Tómatelo con calma, averigua lo que sucede.

Miró a Sampson, que estaba sentado en el sofá, al otro lado de su escritorio.

Bien, Lou. ¿Quién es responsable de esto? inquirió, gesticulando en dirección al teléfono.

-Es cosa de Net Force, del FBI -respondió Sampson.

Genaloni se ajustó el nudo de su corbata de seda de doscientos dólares. Con tranquilidad. Como correspondía: sosegadamente.

¿Net Force? Eso tiene que ver con ordenadores. No estamos muy metidos en esas cosas.

Sampson meneó la cabeza.

Alguien liquidó a su jefe en Washington la semana pasada. Nos vigilan por si fuimos nosotros.

-¿Lo hicimos y alguien olvidó mencionármelo?

-No fuimos nosotros, jefe.

-Entonces, dímelo, te lo ruego, ¿por qué diablos nos vigilan?

-Alguien quiere que crean que hemos sido nosotros. Quienquiera que eliminara a ese individuo del FBI utilizó el mismo método que nuestro «equipo de congelación».

-¿Por qué querría alguien que los federales creyeran que hemos matado a uno de ellos? No importa, conozco la respuesta. Entonces la cuestión es: ¿quién intenta colgarnos el muerto?

Genaloni se reclinó en el sillón de masaje, un artefacto de cuatro mil dólares lleno de motores y circuitos electrónicos de última generación, cuidadosamente envejecido con una funda de piel de color castaño. El sillón zumbó y sus sensores midieron, pesaron y ajustaron los muelles y los cojines para brindar apoyo a su región lumbar. Se había lastimado la espalda en una apuesta cuando tenía catorce años, saltando veinte metros desde un muelle al East River. Había sido una doble estupidez, en primer lugar por el salto y en segundo lugar por la contaminación del río. Tuvo suerte de no contraer hepatitis cuando se agitaba en aquella asquerosa agua, a punto de ahogarse debido al dolor. Y desde entonces siempre había tenido molestias intermitentes en la espalda.

-No lo sé, Ray. Nuestro personal lo investiga, pero todavía no tenemos ninguna pista.

-Bien. Seguid. Averiguad quién intenta afligirnos. Comunícamelo inmediatamente cuando se sepa. Y puesto que no puedo confiar en mis propios teléfonos, mándale un mensaje a Sirena. Que se prepare para actuar.

-Podemos ocuparnos personalmente del asunto, Ray -repuso Sampson-. Dispongo del personal necesario.

-Sígueme la corriente, Lou. Ya sabes, aunque sólo sea porque soy el jefe...

-De acuerdo -asintió Sampson.

Después de que Sampson se hubo retirado, Ray pulsó un control de la butaca y activó los motores que le hicieron un masaje en su espalda dolorida. No necesitaba esa clase de problemas. Actualmente sus empresas legales aportaban mayores beneficios que los negocios turbios. Había algunas absorciones en perspectiva, así como la posibilidad de un par de fusiones, y no quería tener encima a los federales mientras eso sucedía. Quienquiera que lo hubiera hecho había cometido un error, un grave error. Otra generación y su familia sería respetable, tan legítima como cualquier otra familia cuya fortuna procedía de antepasados bandidos en algún momento de la historia. Sus nietos se codearían con los Kennedy, los Rockefeller y los Mitsubishi, sin el menor indicio de escándalo ni de ilegalidad. Los fines justificaban los medios. La respetabilidad se lo merecía, aunque hubiera que matar a un puñado de gente para alcanzarla.

Martes, 14 de setiembre, 8.15 horas
San Francisco

Mikhayl Ruzhyó se encontraba en la esquina de una calle de Chinatown, contemplando los patos blancos que correteaban por el escaparate de una tienda, que le parecieron tan interesantes como todo lo que había visto en aquella ciudad. Había subido a sus famosos teleféricos, en su opinión exageradamente sobrevalorados. Había contemplado la torre Coit en la lejanía, visitado el muelle de pescadores y comido gambas fritas. Había visto el famoso bar donde mujeres aficionadas a hinchar sus pechos con silicona bailaban desnudas. Había visto también muchas parejas homosexuales, que paseaban por la calle cogidos de la mano y haciendo cosas por las que en su país los habrían detenido.

Y ahora contemplaba patos destinados a la cazuela, que paseaban de un lado a otro del

escaparate de una tienda china de comestibles. Qué vida más emocionante. Sonrió para sus adentros. No era un patán que visitara por primera vez una gran ciudad. Era un hombre de mundo. Había pasado tiempo en Moscú, París, Roma, Tel Aviv, Nueva York y Washington. Pero ninguno de esos lugares era su casa. Donde más deseaba estar era en su pequeña granja de las afueras de Grozny. Quería levantarse al amanecer, salir en una mañana helada de invierno con la tierra cubierta de vieja escarcha y partir leña para la chimenea, utilizando sus músculos como debía hacerlo un hombre. Quería dar de comer a las cabras, las gallinas y los gansos, ordeñar la vaca y calentarse luego las manos junto al fuego, mientras Anna freía unos huevos para el desayuno con aromática grasa de ganso...

Volvió la espalda a las plácidas aves, que desconocían su destino. Hacía cinco años que Anna se había ausentado, víctima de un cáncer que había consumido su vida con excesiva rapidez. Por lo menos no había sufrido. Sus contactos le habían facilitado medicinas para evitarlo. Pero no hubo curación posible, a pesar de tener acceso a los mejores doctores del país. Plekhanov se había ocupado de los médicos. Ruzhyó estaría siempre en deuda con él, por su ayuda durante los últimos días de la vida de Anna.

Lo que quería era imposible. La granja seguía ahí, su hermano se ocupaba de la misma, pero Anna había desaparecido y por tanto ya no significaba nada para él. Nada.

Echó a andar, sin prestar mayor atención que la imprescindible a peligros potenciales, entre chinos locales y turistas que contemplaban los escaparates de las tiendas: aquí una de objetos de latón importados, allá otra especializada en equipos musicales y pequeños ordenadores, allí una zapatería.

Después de la muerte de Anna, no le había quedado nada en la vida. Después de un período lúgubre y tenebroso que apenas recordaba, Plekhanov le había recordado su antiguo anhelo de ver prosperar su país. Y también le ofreció una forma de contribuir a conseguirlo, haciendo lo que mejor sabía hacer: *mokrie dela*, cometer asesinatos. Lo había dejado antes de la enfermedad de Anna, se había jubilado, pero ¿luego? ¿Qué importaba ya? Un lugar era tan bueno como cualquier otro. Si algo le placía a Plekhanov, era suficiente razón para hacerlo.

No, no podía volver a su vida anterior. Nunca.

El comunicador que Plekhanov le había suministrado sonó en su cinturón. Ruzhyó miró a su alrededor, agudizando sus sentidos para comprobar si alguien le prestaba atención. Si alguien lo vigilaba, no lo detectaba. No había ninguna razón para que alguien lo vigilara en aquella ciudad, ni siquiera para que conociera su existencia, pero uno no sobrevivía mucho tiempo en su oficio sin ser cauteloso. Plekhanov deseaba que sobreviviera y hacía lo necesario para lograrlo.

Desabrochó el comunicador de su cinturón. Sólo tres personas podían tener su número: Plekhanov, el norteamericano Winters y Grigory el Serpiente.

-Diga.

-Hay otro trabajo -dijo Plekhanov.

Ruzhyó asintió, aunque su aparato no tenía comunicación visual.

-Entendido -respondió.

-Luego me pondré en contacto contigo para facilitarte los detalles.

-Estoy listo.

Plekhanov cortó la comunicación. Ruzhyó se colocó de nuevo el comunicador en el cinturón y lo ajustó ligeramente. Estaba acostumbrado a llevar pistola, e incluso las más pequeñas eran más pesadas que el pequeño comunicador, pero ahora no iba armado. Esto no era Chechenia ni Rusia, donde gozaba de una posición oficial.

Aquí uno no solía ir armado, a no ser que fuera policía o agente gubernamental, especialmente en esa ciudad. Aquí las armas estaban prohibidas. Había una estatua en algún parque, hecha con el metal de las armas fundido. Además, no se sentía desnudo si no llevaba una pistola al cinto; conocía una docena de formas de matar a alguien con las manos, con un palo o con cualquier material disponible. Estaba bien entrenado en esos menesteres. Podía obtener una pistola cuando era necesario, pero no cuando no trabajaba.

En el país de las ovejas, hasta el lobo desdentado es rey.

Otro trabajo. Estupendo. Estaba listo. Siempre lo estaba.

Sonó el timbre de la línea de seguridad y Mora Sullivan sonrió, al tiempo que agitaba la mano por encima del teléfono para activarla. La unidad era inalámbrica, blindada, y tanto sus transmisiones como sus recepciones estaban codificadas. La señal se enviaba y reenviaba por una docena de cauces distintos. Cada nueva llamada seguía al azar una ruta diferente por la red y los satélites de comunicaciones, de modo que fuera imposible la localización de la unidad. Además, codificaba la señal de salida, de modo que sin un receptor/descodificador no era posible interpretar el código binario. Su ordenador alteraba la velocidad, el timbre, el tono y la cadencia de su voz, de modo que al otro extremo de la línea parecía la de un hombre, con el acento de un presentador de televisión del medio-oeste de Estados Unidos. El efecto que causaba en su interlocutor era el de un hombre maduro y poderoso que en cierto momento pudiera haber abusado del tabaco o del alcohol. El codificador de voz era suficientemente bueno para no ofrecer indicio alguno de manipulación electrónica en el sonido que producía, y engañaría al más sofisticado detector de voz que intentara relacionarla con la suya. Claro que eso nunca llegaría a suceder.

-Diga.

-¿Sabe quién habla?

Era Luigi Sampson, ejecutor de Genaloni.

-Sé quién habla -respondió ella.

-¿Puede estar disponible para prestarnos un servicio en un futuro próximo?

-Puedo estarlo.

-Bien. Si puede esperar aproximadamente una semana, le haremos entrega del anticipo acostumbrado sobre sus honorarios.

La Sirena sonrió. Su anticipo en tiempo de espera era de veinticinco mil dólares diarios, hiciera o no el trabajo. Ciento setenta y cinco mil sólo por estar disponible durante una semana, por si alguien elegía un objetivo, no era una cantidad nada despreciable. Sus honorarios para el trabajo propiamente dicho dependían de la complejidad y del peligro que éste entrañara; un cuarto de millón de dólares era el precio de partida. Si el cliente producía un objetivo, deducía el anticipo del total de sus honorarios. No era avariciosa. Además, Genaloni era uno de sus mejores clientes, y el año anterior trabajar para él le había reportado dos millones de dólares. Dentro de otros seis u ocho meses podría retirarse, abandonar el juego. Había ahorrado ya casi lo suficiente, cerca de diez millones, para hacerlo ahora, y ése había sido siempre su objetivo. Con dicha suma, podía gastar un millón anual de los intereses, sin tocar nunca el capital. Y ésa sería su situación, sin haber llegado todavía a los treinta, rica, capaz de ir donde quisiera y hacer lo que se le antojara. Nadie tendría la menor idea de quién había sido en su vida anterior, nadie sospecharía siquiera de que aquella irlandesa menuda y pelirroja, hija de un miembro del IRA fallecido con los bolsillos completamente vacíos, hubiera sido la Sirena, la asesina independiente mejor pagada del planeta. Además de su identidad actual, había preparado ya los documentos y el seguimiento electrónico de su nueva vida, de modo que si alguien se interesaba, tanto su pasado como su riqueza serían fácilmente explicables.

Las lecciones tempranas de su padre con armas de fuego, cuchillos o bombas habían sido muy rentables. Evidentemente, con toda probabilidad no le habrían gustado algunas de las personas para las que había trabajado desde su muerte, pero no compartían la misma causa. Cuando los británicos decidieron abandonar Irlanda a su propia aflicción, aquella prolongada y sangrienta lucha dejó de tener significado, aunque los participantes se negaron simplemente a retirarse y despreocuparse de la situación. Algo tan establecido no se limitó a desaparecer, aunque lo hiciera su razón de ser.

Su madre, bendita sea, era una escocesa testaruda, que había enseñado a sus siete hijos el valor de un centavo.

Sullivan sonrió de nuevo. De ahí había sacado su nombre de muerte, de su madre. Los antiguos relatos que la madre contaba a sus hijos por la noche, cuando se había estropeado el televisor y no había forma de sintonizar ninguna emisora en la radio, estaban repletos de niños

sustituidos por otros al nacer, maleficios y magia. Los selkies eran los hombres/foca, hombres capaces de transformarse en foca y viceversa. Siempre le había gustado esa imagen, la de parecer una cosa y ser realmente otra.

Nadie sabía quién era. Nunca había conocido a ningún cliente cara a cara, salvo en una ocasión, pero el cliente en cuestión ya no figuraba entre los vivos. Era una asesina anónima, a quien la mayoría tomaba por un hombre y, además, el mejor en su género.

De eso su padre se habría sentido orgulloso, estaba segura de ello.

Y, al parecer, estaba a punto de salir de nuevo de caza.

Siete

Jueves, 16 de setiembre, 6.15 horas
Washington

Una de las razones por las que a Alex Michaels le gustaba el piso donde vivía era el tamaño del garaje que correspondía al mismo. Era doble y disponía de amplio espacio para su capricho, que desde hacía un mes era un Plymouth Prowler de trece años. Había sustituido a un MG Midget de 1977, a cuya reconstrucción había dedicado un año y medio. Lo había disfrutado y le había reportado unos buenos beneficios, pero el aspecto del pequeño coche inglés no tenía punto de comparación con el Prowler.

El Prowler, diseñado por el legendario Tom Gale para Chrysler como coche emblemático de principios de los noventa, entró finalmente en producción al cabo de cuatro años. Era esencialmente un elegante deportivo de dos plazas y tracción trasera, pintado de un intenso color brillante conocido como púrpura Prowler. Puesto que no tenía la antigüedad necesaria para ser un clásico, estaba dotado con el equipamiento de un coche moderno: air-bags, dirección asistida y frenos de disco, e incluso ventana trasera automática, pero en realidad era un juguete para adultos. También estaba equipado con cambio de marchas manual, neumáticos delanteros más pequeños que los traseros, ruedas delanteras expuestas con apenas un indicio de guardabarros y un tacómetro instalado en la columna de dirección.

Su excesiva juventud le había impedido disfrutar de la gloriosa conducción manual de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, período reflejado en películas rebeldes anteriores a su nacimiento en 1970. Pero su abuelo le había contado historias. Le había hablado de la época de Eisenhower, cuando él tenía un Ford trucado de 1932 de color gris, y los domingos de verano por la mañana hacía carreras de medio kilómetro sobre el hormigón agrietado de las pistas de un aeropuerto en desuso. Había llenado la mente de Michaels con la imagen de Chevys, Mercurys y Dodges modificados y reconstruidos, con a veces hasta veinte capas de reluciente pintura roja metalizada y tapacubos con nombres como rodaderas, lunas o falsos rayos. Le había mostrado montones de revistas sobre el viejo mundo del motor, de papel seco y amarillento por el paso del tiempo, pero en cuyas ilustraciones todavía se veían los coches. Sonreía de felicidad cuando le hablaba al joven Alex Michaels de las carreras improvisadas en el centro de la ciudad, en cualquier semáforo los viernes por la noche, así como de las cafeterías donde servían en los coches y de la música de rock and roll a todo volumen en las radios de onda media, cuando la gasolina costaba cuatro centavos el litro y ninguna persona respetable iba a ningún lugar andando, si podía hacerlo en automóvil.

Algunos jóvenes habían crecido queriendo ser vaqueros del viejo Oeste en la década de 1870. Michaels lo había hecho queriendo ser James Dean en los años cincuenta, después de la segunda guerra mundial...

Sonrió mientras se frotaba una crema gris desengrasante en las palmas de las manos y luego sobre el resto de las mismas. Aquel producto desprendía un olor intenso reminiscente del abuelo Michaels, que le había enseñado a trabajar en los coches cuando tenía catorce años.

Uno podría haber comido en el suelo del taller del viejo, de lo limpio que estaba, con su impecable caja de herramientas siempre lista. El viejo podía desarmar un motor, la transmisión, o la tracción trasera, sin que al terminar quedara una sola mancha de aceite o de

grasa en el suelo de hormigón de su taller. Era un artista.

No había vivido lo suficiente para ver el Prowler. Un infarto había acabado con su vida a los setenta, pero Michaels estaba seguro de que su último proyecto habría merecido la aprobación de su abuelo, aunque con algunas reservas. No estaba tan libre de prestaciones como a él le habría gustado, no le atraían los airbags ni nada asistido, pero era una máquina esencialmente analógica en un mundo digital y tenía ciertamente el aspecto de los viejos deportivos. También era agradable de conducir, aunque Michaels todavía no había tenido la oportunidad de hacerlo a menudo. Varias piezas del motor estaban en el banco de trabajo, incluida la unidad electrónica de inyección del carburante, en la que hacía falta invertir mucho trabajo o simplemente cambiarla. Parecía que el último propietario del coche había intentado repararla personalmente y también parecía que no sabía siquiera por dónde coger el destornillador.

Michaels eliminó gran parte de la suciedad de sus manos con un trapo rojo y cuando terminó lo arrojó a un cubo. Su abuelo había estado bastante obsesionado con la combustión espontánea, pero a Michaels le parecía sumamente improbable que de pronto se incendiara el trapo con el que se había secado las manos. En la ducha se des-prendería fácilmente del resto de la grasa.

Sonó el timbre de la puerta. Extraño. Debía de ser su chófer. Pero llegaba temprano, no lo esperaba hasta dentro de media hora. Todavía estaban en vigor los protocolos de asesinato, por lo menos unos pocos días, y uno de los guardias de la puerta habría impedido el paso a cual-quiera que se acercara a su casa sin autorización.

-¿Larry? -preguntó Michaels por el intercomunicador.

-No, que yo sepa -respondió una voz femenina.

-Toni?

-Sí.

-Entra por el garaje, te abriré la puerta.

Pulsó el botón del portalón eléctrico que permitía acceder a su jardín y luego el de la puerta del garaje, cuando Toni doblaba la esquina.

-¡Conque éste es el nuevo coche!

-Aquí tienes la fiera -sonrió Michaels.

Toni entró en el garaje y colocó una mano sobre el guardabarros trasero.

-Es muy bonito.

-Me ofrecería para llevarte a dar una vuelta, pero actualmente no funciona -comentó Alex, mientras gesticulaba en dirección al banco de trabajo.

-¿Inyectores de combustible atascados? -preguntó Toni.

Eso sorprendió a Michaels y el asombro debió de reflejarse en su rostro. Antes de que pudiera responder, Toni se encogió de hombros.

-Me crié en una casa llena de hermanos. En nuestro barrio los coches eran un auténtico símbolo de prestigio. Los chicos siempre tenían un vehículo u otro sobre la rampa, procurando que siguiera funcionando. Así aprendí algo de ellos. ¿Es un ocho cilindros en uve?

-Seis en uve -respondió Michaels-. Tres mil quinientos centímetros cúbicos, veinticuatro válvulas con un solo árbol de levas en cabeza, pero genera sólo unos doscientos caballos a cinco mil quinientas revoluciones por minuto. No tiene la potencia del Dodge Viper, capaz de arrancar las puertas de un Corvette, pero tira lo suyo.

Toni era fuerte, hermosa y sabía de coches. He ahí una combinación que muchos hombres apreciarían en una mujer, incluido él.

Peligroso camino, Alex. Mejor mantenerse alejado.

-Avísame cuando lo pongas en funcionamiento -dijo Toni.

-Lo haré. Dime, ¿qué te trae por aquí tan temprano?

-Hay novedades.

Sonó el teléfono de la casa, Alex miró a Toni y asintió.

-Un momento -indicó, dirigiéndose al teléfono que colgaba de la pared, con la intención de deshacerse de quien llamara.

-Diga.

-¡Hola, adivina quién soy!

-¡Susie! ¿Cómo estás?

-Muy bien, papi. Mamá me ha dicho que debía llamarte, para darte las gracias por los patines.

Le quedó momentáneamente la mente en blanco, antes de que una sensación de pánico llenara el vacío. ¡Ayer había sido su cumpleaños! Cielos, ¿cómo podía haberlo olvidado? ¿Y de qué patines hablaba? ¿Acaso Megan había cubierto su descuido? Si así era, sería la primera vez.

-¿Cómo fue la fiesta, cariño? Lamento no haber podido estar ahí.

-Fue estupenda. Vinieron todos mis amigos, excepto Lori, que es comprensible porque tiene la gripe, e incluso se presentó el estúpido de Tommy.

Michaels sonrió. Con sus siete años, bueno ahora ocho, Susie nunca había sido tímida a la hora de expresarse. Tommy debía de ser el nuevo chico que le gustaba. A peores insultos, mayor atracción. Sintió un ramalazo de tristeza, otro pinchazo en las entrañas. Boise estaba muy lejos de Washington. Se perdía todos los mejores momentos de Susie.

-¿Cómo está tu madre?

-Estupendamente. Está preparando el desayuno. Hoy nos hemos levantado tarde porque es el Día de los Maestros. ¿Quieres hablar con ella?

De pronto Michaels recordó que Toni estaba ahí, en el garaje. Miró hacia ella, pero se había agachado junto al Prowler para examinar los puntales delanteros. El pantalón que llevaba estaba ceñido a su trasero. Desvió la mirada. Aquello no era en lo que debía fijarse mientras hablaba con su hija.

-No, hablaré con ella más tarde, cariño. Salúdala de mi parte.

-Lo haré. ¿Cuándo vendrás de visita, papi?

-Pronto, mi amor, en cuanto pueda conseguir tiempo libre.

-Tenéis una crisis, ¿no es cierto?

Se preguntó momentáneamente cómo lo sabía, pero la niña no tardó en sacarlo de dudas.

-Eso me ha dicho mamá, que teníais una crisis y que por eso no pudiste venir a mi fiesta. Dice que siempre tenéis alguna crisis.

-Es verdad, mi amor. Ni un solo momento de aburrimiento.

-Debo dejarte ahora. Acabo de oír el microondas y eso significa que los barquillos están listos. Te quiero, papi.

-Y yo a ti, Susie. Saluda a tu mamá de mi parte.

-¡Adiós!

Colgó. La echaba de menos. También echaba de menos a Megan, aunque el divorcio se había convertido en definitivo hacía más de tres años. No había sido él quien había decidido separarse. Incluso después del fallo del tribunal, todavía no había perdido la esperanza de que, de algún modo, lograran resolver sus diferencias...

Volvió a fijarse en Toni, que ahora se había incorporado y examinaba el interior del motor. Se le acercó.

-Era mi hija -dijo Michaels.

-¿Le han gustado los patines? -preguntó Toni. Michaels parpadeó, cuando Toni se separaba del coche para mirarlo.

-¿Has sido tú quien se los ha mandado?

-Pues... sí. Estabas muy ocupado y decidí mandárselos. Espero no haber metido la pata.

-En absoluto -respondió Michaels, meneando la cabeza-. Me has salvado el pellejo. No puedo creer que lo hubiera olvidado. Su madre nunca me lo habría perdonado. Gracias, Toni.

-Sigo siendo tu ayudante -declaró Toni-. Mi trabajo consiste en proteger tu imagen.

La había contratado por sus buenas referencias y había hecho un trabajo excelente, pero resultaba ser mucho mejor de lo previsto.

Alex se percató de que estaban a sólo medio metro de distancia. Toni era una mujer atractiva, que desprendía un olor limpio y fresco, y sintió el deseo de abrazarla. Pero, después de todo, él era su jefe y temió que el abrazo pudiera ser mal interpretado, especialmente

teniendo en cuenta que sus sentimientos en aquel momento no eran precisamente platónicos.

¿Ah, sí? -dijo una vocecita en su interior-. ¿No temerás en realidad que el abrazo no sea mal interpretado? ¿Y si le gusta?

De pronto sintió la necesidad de secarse de nuevo las manos. Dio media vuelta, avanzó un par de pasos y cogió otro trapo.

-Bueno, ¿qué ocurre?

Toni sintió un ramalazo de decepción. Había llegado a percibir el calor de su cuerpo, durante un breve instante había creído que le tendería literalmente los brazos, y se le había formado un nudo de anticipación en el estómago. ;Si, hazlo!

Pero, no. En su lugar, Alex le había vuelto la espalda y había empezado a secarse las manos ya limpias con un nuevo trapo. Había vuelto a adoptar una actitud profesional.

Maldita sea. Toni tuvo de pronto una fantasía, se imaginó abrazada a él en aquel mismo lugar, haciendo el amor apasionadamente sobre su coche púrpura.

Puro deseo, Toni.

No obstante, había sido un acierto mandarle aquel regalo de cumpleaños a su hija. Su gratitud había sido auténtica, estaba segura de ello.

-¿Quieres las malas noticias? ¿O las peores?

-Dios mío.

Jueves, 16 de setiembre, 7.50 horas
Quantico

-Coronel, creo que ha llegado el momento de ensillar -anunció Michaels.

-¿Señor? -exclamó John Howard, incorporándose en la butaca de su despacho, de pronto con la espalda tensa y erguida.

-Según el mensaje codificado interceptado por la estación de escucha de la CIA en la embajada de Ucrania, se ha planeado un atentado contra la misma, que probablemente tendrá lugar dentro de pocos días. Queremos dos cosas. En primer lugar, que lleve allí una sección de sus mejores hombres, para reforzar el destacamento de marines de la embajada y repeler cualquier ataque. En segundo lugar y más importante, no nos disgustaría en absoluto que, mientras espera a que empiece el tiroteo, lograra averiguar quién se esconde tras el atentado.

¡Claro!, pensó Howard, mientras miraba la pantalla en blanco con una mueca.

-¿No les molestará a los ucranianos que circulemos por su país en busca de terroristas?

-Oficialmente, sí. Oficialmente, usted y sus tropas no abandonarán la embajada, que es territorio estadounidense. Extraoficialmente, el gobierno local no se interpondrá en su camino. Nos han confirmado que harán la vista gorda para esta operación.

Howard sonrió de nuevo. La política de hacer la vista gorda se había extendido desde mucho antes de la administración Clinton. Eso significaba que mientras no sorprendieran a sus hombres haciendo algo excesivamente aparatoso, el país anfitrión fingiría no haberlos visto. Si no incendiaban el Capitolio o asesinaban al presidente ante las cámaras de la CNN, no tendrían ningún problema.

-Mis equipos estarán en el aire dentro de treinta minutos, comandante Michaels.

-No se precipite, coronel. Tómese una hora o dos. En este mismo momento se está transmitiendo la información pertinente a su ordenador. Su contacto en la embajada será Morgan Hunter, jefe de estación de la CIA, pero es su operación.

-Sí, señor.

Después de colgar, a Howard no se le borró la sonrisa de su rostro. Por fin, una operación real, en lugar de virtual. Una auténtica operación de campo.

Se percató de que se le había acelerado el pulso y sintió un deseo urgente de acudir al baño. Había llegado el momento.

-Hora de bailar -exclamó al vacío-. ¡Rock and roll!

Ocho

Jueves, 16 de setiembre, 8.15 horas
Quantico

En su despacho, Jay Gridley se preparaba para navegar por la red.

Sabía que el ciberespacio no era realmente como lo habían presentado las películas antiguas. Los CRV, constructores de realidad virtual, utilizaban imágenes para ayudar al usuario a navegar por la red. Dichas imágenes podían ser casi cualquier cosa que se le antojara al usuario. Había centenares de escenarios disponibles comercialmente, desde ciudades con autopistas, hasta pueblos del Lejano Oeste, o vuelos espaciales. Además, existían decenas de millares de programas que uno podía compartir en la red. Algunos de los mejores eran gratuitos. Bastaba cargarlos o compartirlos en la red para que ésta se convirtiera en cualquier cosa que alguien se hubiera molestado en programar. Si uno no encontraba lo que le apetecía, podía crear su propio vehículo. No era preciso ser programador, cualquier bobo podía hacerlo. Crear programas de navegación hoy en día era tan fácil como pintar con números.

Gridley tenía varios programas de viajes predilectos que utilizaba para navegar cuando usaba su equipo de realidad virtual. Movió el dedo para acceder al modo de mando, activó la red y dijo:

-Dodge Viper, Baviera.

El equipo de realidad virtual generó la imagen de una carretera de montaña, en un paisaje alemán un tanto estilizado. Gridley circulaba por una empinada cuesta, en un Viper RT/10 negro, descapotable, con unas anchas franjas blancas como de competición. No tardaría en llegar a un puesto fronterizo. Desembragó para pasar de sexta a quinta, pisó el acelerador y sonrió a la fresca brisa que agitaba su largo pelo negro. Le gustaban las películas clásicas de James Bond, aunque «Gridley, Jay Gridley» no tuviera el mismo encanto...

Se acercaba al puesto fronterizo. Había un solo soldado uniformado, tras una barrera de rayas negras y amarillas que cortaba la carretera, con un subfusil ametrallador en los brazos.

Gridley redujo la velocidad y frenó. Un ronroneo profundo emergió de la garganta musculosa del coche cuando se detuvo.

-Papeles, por favor -pidió el guardia, que olía a colonia barata, mezclada con sudor y un toque de tabaco.

Gridley sonrió, metió la mano en el bolsillo de su esmoquin (puestos a jugar, ¿por qué no hacerlo debidamente?) y sacó su pasaporte.

Algún día debería programar una acompañante femenina para completar aquel cuadro. Tal vez una sensual pelirroja, o una apasionante morena de pelo negro. Una mujer que temiera la velocidad, pero que le emocionara de todos modos. Sí...

En el mundo real, se facilitaba una contraseña electrónica al servidor de un portal en la red y los bits de código binario hexadecimal se transmitían de un sistema a otro, pero en la realidad virtual las imágenes eran mucho más agradables y más intuitivas.

Después de una somera inspección, el guardia le devolvió el pasaporte y levantó la barrera. Gridley había pasado antes por allí y no había nunca ningún problema.

Después de la curva siguiente, la carretera de montaña se convirtió de pronto en una autopista, con coches que circulaban a velocidades superiores a los ciento sesenta kilómetros por hora. Pisó el acelerador del Viper y los neumáticos chirriaron sobre el asfalto en primera, segunda e incluso tercera, para pasar luego a cuarta, quinta y sexta, e incorporarse al veloz tráfico de coches y camiones.

Ni el viejo Aston-Martin de James Bond ni el BMW de sus últimas películas podrían haber alcanzado al Viper. Su velocidad máxima era de unos doscientos sesenta kilómetros por hora, con un motor de ocho mil centímetros cúbicos y diez cilindros, que permitían alcanzar dicha velocidad con una rapidez increíble. Era un cohete sobre ruedas.

Estaba ahora en el flujo de la red y su programa funcionaba a la perfección. Le gustaba la imagen de la autopista, pero podía cambiar a su antojo a un tranquilo paseo junto a un río, o a una vuelta por Francia en bicicleta, aunque semejantes cambios repentinos solían ser un tanto desconcertantes.

Se acercaba a una salida señalizada como «Cibernación».

Gridley frunció el entrecejo. Últimamente había circulado mucha información sobre Cibernación, un «país» de realidad virtual que aceptaba no sólo a turistas sino también a residentes. Quienesquiera que fueran los programadores que habían creado dicho país virtual ofrecían un montón de ventajas informáticas a quienes quisieran «emigrar» a su creación, si uno estaba dispuesto a renunciar a la ciudadanía electrónica de su propio país para adoptar la suya, lo cual parecía improbable. El no lo había comprobado personalmente, pero la idea era interesante. Algún día, en su abundante tiempo libre, investigaría a qué venía tanto revuelo.

Echó una ojeada al reloj analógico del salpicadero; no había ningún indicador digital en aquella fiera.

Un elegante Jaguar adelantó al Viper y Gridley sonrió. ¡Conque ésas tenemos!

Pisó el pedal del Viper, sintió la sacudida de la aceleración incluso en sexta y empezó a recortar la distancia del Jaguar, como si éste estuviera parado. Lo adelantó volando y vio a su conductor con el ceño fruncido. Gridley sonrió. El Jaguar ya daba de sí todo lo que podía, mientras que al tacómetro del Viper todavía le faltaba mucho para alcanzar la zona roja. ¡Hasta luego, amigo!

Se sentía todavía muy orgulloso de sí mismo, cuando vio un accidente a eso de un kilómetro de distancia. Un camión articulado acababa de volcar y su remolque bloqueaba todos los carriles de su lado de la autopista. Se había formado ya una cola de medio kilómetro, que crecía con rapidez.

¡Maldita sea!

Gridley pisó el pedal de los frenos, con cuidado porque no eran unos ABS para abuelitas, sino los mejores frenos de disco, y empezó a reducir las velocidades. Afortunadamente, el Viper era tan bueno para parar como para correr. Se detuvo detrás de un gran Mercedes lleno de hombres con sombreros y cuando miró por el retrovisor vio que el Jaguar también reducía la velocidad, hasta detenerse detrás de él.

Lo que la imagen virtual significaba era que alguien se había entremetido en el sistema que utilizaba. Silo había hecho de una forma accidental o deliberada, eso no podía saberlo.

Se oyó una sirena de estilo europeo, cuyo ululato acompañado de luces azules parpadeantes se acercó al vehículo siniestrado por el otro lado de la autopista. Sería la policía, o el servicio de diagnóstico, que acudía a comprobar lo sucedido.

El tráfico estaba ahora parado en su lado de la autopista. Gridley, cuyo esmoquin era bastante elástico, saltó por encima de la baja puerta del Viper. Se acercaría a la policía, e intentaría averiguar lo que ocurría. Seguramente un tailandés americanizado vestido de esmoquin obtendría algunas respuestas, sobre todo en su caracterización de Bond...

Tyrone Howard navegaba por la red y el viento azotaba su rostro desnudo, salvo por unas antiguas gafas estilo aviador, que constituían su única protección sobre una gran Harley Davidson XLCH, que circulaba a más de ciento ochenta kilómetros por hora. Era una moto clásica que ya no se fabricaba y que él era todavía demasiado joven para conducir, aunque hubiera logrado encontrarla y pudiera haberse permitido comprarla. La ventaja de la realidad virtual era que uno podía hacer lo que le estaba prohibido en el mundo real.

Estaba en Los Angeles y acababa casi de rozar la barrera que separaba la mayor parte de la autopista de Hollywood hacia el norte, en dirección al valle, cuando la voz que había programado le recordó la hora. Su papá estaba de camino a casa y su visita duraría sólo un par de minutos, antes de marcharse de nuevo. No podía revelarle a Tyrone su destino ni ningún otro detalle, era todo secreto, pero por lo menos podía despedirse. Su papá estaba emocionado, aunque procuraba disimularlo. Era lamentable que su mamá estuviera en Birmingham, visitando a su hermana. Le sabría mal perderse la visita de su papá.

Tomó la próxima salida, redujo la velocidad y aparcó la moto. Al levantar sus gafas de aviador de la primera guerra mundial y colocárselas sobre la frente, desapareció también la realidad virtual para regresar al mundo real, y de pronto se encontró de nuevo en su habitación. Parpadeó. El mundo real parecía siempre tan... insípido comparado con la realidad virtual. Como si se tratara de una imitación y lo virtual fuera lo real.

Llegó por los pelos. Oyó que se abría la puerta principal.

-¿Tyrone?

-¡Hola, papá!

Tyrone se levantó y casi tropezó con sus propios pies. ¡Mierda! Constantemente tiraba cosas, tropezaba o resbalaba. Su abuelo Carl le había dicho que su papá hacía lo mismo a los trece años, que era incapaz de cruzar una sala de tres metros de anchura sin golpearse nueve veces en ambas paredes. A Tyrone le costaba creer que su padre pudiera haber sido tan torpe, o que él algún día llegara a superarlo.

Cuando llegó a la sala de estar sin haber destruido ningún mueble, vio allí a su padre con el uniforme de trabajo de Net Force: camisa y pantalón gris y unas botas negras impecablemente lustradas. A la espalda de su padre se encontraba el sargento mayor Julio Fernández junto a la puerta, vestido del mismo modo.

-Hola, Tyrone.

-Hola, sargento, ¿cómo está usted?

-No estoy mal para ser un viejo hispano -sonrió Fernández, retirado del ejército regular al mismo tiempo que el coronel Howard.

Eran viejos amigos, hacía veinte años que se conocían. Se habían alistado en Net Force aproximadamente al mismo tiempo. Según su padre, el sargento había dicho que si el coronel podía trabajar para los civiles, también podía hacerlo él. Pero el amor del sargento por los ordenadores era inexistente y a Tyrone le parecía un tanto extraño, puesto que eso era a lo que Net Force se dedicaba.-He querido pasar por casa antes de marcharnos -dijo-. Ya he llamado a tu madre. Regresará en el puente aéreo a las seis, de modo que te quedarás solo apenas un par de horas. ¿Crees que podrás soportarlo?

-No lo sé, papá -sonrió Tyrone-. Es bastante aterrador. Cuando vuelva de la escuela, estaré todo ese tiempo solo. Podría morir de hambre. Tal vez de aburrimiento terminal...

-La vida es dura. ¿No es la señora Townsend quien se ocupa hoy del transporte escolar?

-Efectivamente.

La madre de Rick Townsend era quien se ocupaba esta semana de llevarlos a la escuela, la semana siguiente sería la madre de Arlo Bridger, y a continuación, la suya. Esa forma de ir y venir de la escuela era mucho más fácil que el autobús. Su horario de este semestre era de media mañana, de modo que sólo empezaba las clases a las nueve y media.

Su padre le devolvió la sonrisa, se acercó y le dio un abrazo.

-No sé cuándo volveré. Cuida de tu madre. Llamaré cuando lo permita la situación.

-Sí, señor.

-Bien, sargento, vámonos -dijo su padre, después de volverle la espalda.

-Usted manda, coronel.

Después de darle a Tyrone otro apretón en el hombro, se dirigió hacia la puerta.

De pronto Tyrone sintió un frío hueco en las entrañas. Su padre nunca revelaba si sus misiones eran o no peligrosas, pero el hecho de que hubiera pasado por su casa cuando no tenía nada que hacer allí ni nada que recoger, para estar allí todo un minuto, con el único fin de despedirse, sirvió para que Tyrone se pusiera nervioso.

¿Adónde mandaba Net Force a su padre? ¿Y qué clase de peligro lo esperaba?

Jueves, 16 de setiembre, 19.15 horas
Grozny

Plekhanov estaba en su despacho, frente a su ordenador. No había nadie en la zona, ni probablemente en todo el piso. El gobierno no podía permitirse pagar un turno de noche, aunque podía haberlo hecho el propio Plekhanov, si lo hubiera deseado. Una de las ventajas

de ser un experto en informática de su nivel era la facilidad con que podía robar dinero electrónicamente, siempre y cuando no se dejara llevar por la codicia. Un millón por aquí, otro por allá y pronto aumentaba la suma.

Su programa de comunicaciones se había activado para conectar con el Rifle y ahora su trabajo casi había concluido.

-¿Está claro lo que hay que hacer, Mikhayl?

-Da, está claro.

Plekhanov frunció el entrecejo. No era bueno que Ruzhyó hubiera utilizado una palabra en ruso, aunque no hubiera ni una posibilidad entre diez millones de que alguien lo supiera. Pero a pesar de ello, Plekhanov no deseaba exponerse siquiera a dicho riesgo. Sin embargo, no lo mencionaría durante esta conversación.

-Las especificaciones de la ropa, el equipo y los vehículos están en el archivo de seguridad. Utiliza la segunda cuenta para fondos -indicó-. Toma cuanto necesites, queremos hacer un buen trabajo.

-Bien -repuso Ruzhyó-. Un buen trabajo. -¿Hay algo más?

-No, creo que eso es todo.

-En tal caso, buena caza.

-Gracias.

Después de interrumpir la conexión, Plekhanov se reclinó en su butaca y reflexionó sobre su próximo movimiento. Eran muchos los pequeños detalles que debía cuidar para que el plan siguiera funcionando debidamente. Una llamada por aquí, un soplo de información por allá, un susurro al oído de alguien influyente en el momento oportuno, todo contribuía a la dinámica y a que el proceso siguiera avanzando.

Todo funcionaba según lo previsto.

Jueves, 16 de setiembre, 8.20 horas
San Francisco

Ruzhyó se sentía un poco mejor. Era bueno tener una tarea específica, un trabajo que hacer, a pesar de sus restricciones. Había establecido ya contacto con sus suministradores y el equipo que necesitarían para el próximo paso podría reunirse en menos de un día. Ruzhyó sabía cuál sería el paso siguiente, aunque el plan hubiera sido provisional hasta recibir la llamada de confirmación. Dicho conocimiento le había facilitado cierto margen de maniobra y lo había aprovechado.

Ahora debía llamar al Serpiente y al tejano para que se prepararan. Eso sería delicado y, en cierto modo, probablemente más complicado que el asesinato del agente federal, aunque no tan peligroso. En esta ocasión, tendrían la ley de su parte..., en cierto modo.

Jueves, 16 de setiembre, 13.15 horas
Quantico

En su despacho, el comandante Alex Michaels miró con ceño al joven que estaba sentado frente a su escritorio.

-Bien, Jay, ¿qué significa esto exactamente?

Gridley negó con la cabeza.

-No lo sé, jefe. He circulado por media docena de autopistas principales, pistas de la red, y había accidentes en todas ellas. Así como en muchas otras por las que no he circulado. La policía, bueno los sysop, no han tenido grandes dificultades para despejarlos casi todos, aunque el choque en cadena de Australia ha sido realmente problemático. Era bastante sencillo, pero con tráfico lento en todas partes.

-Pero ¿no hablamos de sabotaje a gran escala? ¿Ni parecía dirigido a ningún sistema en particular?

Jay meneó la cabeza.

-Bueno, sí y no. Ningún accidente aislado era particularmente grande, pero en su conjunto constituyen algo importante. El tiempo es dinero, especialmente en las vías comerciales, y muchas mercancías han cambiado de ruta a causa de los retrasos. Si una parte importante ha acabado en algún bolsillo en particular, el propietario del mismo podría retirarse y comprar Cleveland si lo deseara. Aunque no creo que quisiera hacerlo. Pero, por lo que sabemos, nadie se ha enriquecido con la maniobra, o por lo menos todavía no hemos averiguado quién o cómo.

Jay hizo una pausa, parpadeó y su mirada se perdió en la lejanía como si estuviera en trance.

-Jay?

-Ah, lo siento. Por lo que puedo deducir, ningún sistema ha sido atacado con más virulencia que otro. El ataque se ha repartido por docenas de enlaces con bastante uniformidad. He distribuido husmeadores, pero ninguno de ellos ha encontrado nada. Quienquiera que haya elaborado ese programa es bueno, realmente bueno, porque ha burlado un montón de medidas de seguridad y nosotros hemos sido los únicos en detectarlo.

Gridley sonrió, evidentemente satisfecho.

-¿De modo que los sistemas de Net Force no han sido afectados?

-Efectivamente. Lo ha intentado, pero nuestras protecciones lo han rechazado. Ese individuo no es tan listo como cree. No sabe con quién se la juega. Lo atraparemos.

Sin razón alguna, a Michaels le asaltó una sospecha inesperada: A no ser que quiera que pensemos que no ha sido capaz de vencer nuestras defensas.

-De acuerdo. Averigua quién ha sido el responsable. Manténme informado.

-De acuerdo, jefe.

Gridley se levantó y abandonó su despacho. Después de que el joven se hubo retirado, Michaels se reclinó en su butaca y reflexionó sobre la situación. Desde la muerte de Steve Day, sentía que algo andaba mal. No alcanzaba a señalarlo con el dedo, pero sentía como si de algún modo Net Force estuviera sometida a un ataque. Podía tratarse sólo de paranoia profesional, evidentemente, propia de su trabajo, pero y si no lo era, si alguien intentaba perjudicar Net Force... ¿Quién era? Y lo que era más importante, ¿por qué?

Agitó la mano sobre su intercomunicador.

-Dime -respondió Toni, desde su despacho adjunto.

-Hola, Toni. ¿Hay alguna novedad?

-Nada, Alex, lo siento.

La muerte de Day envolvía todavía la unidad como un nubarrón tormentoso: oscuro, amenazador, irresoluto. Empezó a decirle algo a su ayudante, pero decidió callar. No quería parecerse al pastor mentiroso del cuento y, además, ya tenía bastante de que preocuparse: la investigación del asesinato, la situación en Ucrania y demás problemas. Era preferible reservarse su sospecha infundada, a no ser que surgiera algo más que la respaldara.

Nueve

Viernes, 17 de setiembre, 5.01 horas
En el aire, sobre el norte de Europa

El coronel John Howard se acomodó en su asiento de la aeronave, miró al sargento Fernández, sentado junto a él, y asintió. Probablemente una de las cosas más inteligentes que había hecho Net Force consistía en haber alquilado varios aviones 747 y equiparlos para vuelos tácticos de gran velocidad. Los reactores Boeing se diferenciaban enormemente de los antiguos e incómodos transportes militares, consistentes en poco más que una cáscara de aluminio y tan ruidosos que le impedían a uno hablar o incluso pensar. Además del factor comodidad, había una razón muy práctica para dicha elección: un 747 con insignias civiles podía aterrizar en lugares donde un transporte militar aéreo estadounidense recibiría el impacto de un misil Stinger, tan sólo por cometer la estupidez de intentarlo.

-Bien, Julio, repasémoslo una vez más.

-Con permiso, coronel... -respondió el sargento, moviendo la cabeza.

-Siempre hay una primera vez -dijo Howard.

-No pretendo faltarle al respeto -prosiguió Fernández, haciendo caso omiso del comentario del coronel-, pero usted debe de tener el cerebro como un colador.

-Gracias por su opinión neurológica, doctor Fernández -observó Howard, mientras gesticulaba para que prosiguiera-. Siga.

Fernández dio un suspiro.

-Señor, Ucrania tiene aproximadamente el mismo tamaño que Francia, cincuenta y dos millones de habitantes, un presidente elegido democráticamente y un parlamento de cuatrocientos cincuenta diputados llamado Verkhovna Rada. La embajada norteamericana está en la capital, Kiev, en el número diez de Yurika Kotsubinskoho. Dicho edificio albergaba la sede del Partido Comunista y el cuartel general de la Liga de las Juventudes Comunistas, antes de que los ucranianos expulsaran a los rojos en 1991. Hay ciento noventa y ocho empleados norteamericanos y doscientas cuarenta y cuatro personas de nacionalidad ucraniana que trabajan en o para la embajada.

Howard sonrió, pero no dijo palabra. El sargento nunca lo contaba dos veces del mismo modo.

-Kiev tiene tres millones de habitantes -prosiguió Fernández-, y cubre una extensión de cuarenta y cinco por cuarenta y cuatro kilómetros, surcada por el río Dniéper, que desemboca en el mar Negro. En esta época del año todavía hace calor, aunque suele estar nublado y a punto de que empiecen las lluvias. Aproximadamente el setenta y cinco por ciento de la población es ucraniana, el veinte por ciento es rusa y el resto son judíos, bielorrusos, moldavos, polacos, armenios, griegos y búlgaros. Incluido usted, puede que haya tres personas de origen africano en todo el país, aunque algunos crimeos y mongoles son un poco oscuros. Por la calle la gente formará un corro a su alrededor, señor.

Howard hizo un gesto de rechazo. Habían pasado medio viaje discutiendo sobre lo mismo. Según Fernández, el coronel no debería participar en modo alguno en aquella operación. Debería quedarse en la embajada y dirigir el tráfico por radio y vía satélite.

-Prosiga.

-Sí, señor. La ciudad está a ocho zonas horarias por delante de Washington. Dispone de una buena red de metro y transporte de superficie, estaciones de radio y de televisión horribles. Hasta el mediodía se recibe la superestación CNBC, y la CNN a partir de las seis de la tarde, así como ejemplares del día anterior del Wall Street Journal y del New York Times si uno se hospeda en un gran hotel y está dispuesto a gastar una fortuna. Si quiere utilizar los retretes públicos, conviene que lleve su propio papel higiénico, lo necesitará.

»Su divisa es la hrivnia, y en las oficinas de cambio legal, dos equivalen a un dólar. El agua es buena para bañarse, si se deja correr antes unos segundos para que se pose el plomo, pero no hay que beberla sin haberla hervido, debido a las bacterias y parásitos intestinales. Los niveles de radiación de Chernobil son casi normales, pero no se deben comer las setas locales, las fresas, frambuesas, moras, etc., ni tampoco la carne de caza, a no ser que uno pretenda leer de noche sin la ayuda de una lámpara.

»Si lo sorprenden al volante después de tomar alcohol, probablemente lo meterán en la cárcel, a no ser que sea la milicia quien lo detenga, en cuyo caso es probable que le peguen un tiro allí mismo. Ellos beben como cosacos, pero van andando cuando están borrachos. Gozan de mucho poder y de un nivel de tolerancia cero para los conductores ebrios.

»Muchos de ellos todavía hablan en ruso, aunque ahora la lengua oficial es el ucraniano. La expresión más útil que le interesa saber en ucraniano es: probachteh, deh choloveechy tualeht.

-¿Qué significa eso? -preguntó Howard.

-Usted perdone, ¿dónde está el lavabo de hombres?

-Siga -sonrió Howard, meneando la cabeza. Fernández prosiguió, pero el coronel le dedicaba ahora sólo media atención. A pesar de la preocupación del sargento por los escapes de su cerebro, conocía la información necesaria. Se limitaba a inculcarla más a fondo. Era

preferible asegurarse a tener que lamentarlo.

Desgraciadamente, el sargento tenía razón en cuanto a no deambular por las calles de Kiev. Había estado en China, y dondequiera que se encontrara, se le acercaba la gente para mirarlo y a veces tocarlo. En algunas culturas, ser negro no era sólo diferente, sino asombroso. Le sería imposible desplazarse subrepticiamente, llamando tanto la atención. Sin embargo, la idea de permanecer en el puesto de mando de la embajada, intercambiando comentarios con el jefe local de la CIA, mientras sus equipos buscaban una guarida de terroristas, no le apetecía en absoluto. Era un soldado, acostumbrado al campo de batalla antes de ingresar en Net Force, y no quería pasar más tiempo del indispensable detrás de un escritorio.

-Está previsto que las armas y el material secreto lleguen por valija diplomática aproximadamente a las 9.45, hora local. Aunque sería más apropiado mandarlo por caja diplomática. FedEx se ocupa del envío. ¿No es asombroso? No necesitamos bombarderos, basta mandarles los explosivos por FedEx a nuestros enemigos, esperar a que firmen el recibo del paquete y hacerlos estallar. Pum.

Howard refunfuñó, para indicar que todavía seguía despierto. Entonces ¿cómo lo haría? ¿Saldría a la calle? ¿Se disfrazaría? ¿Tal vez con algún tipo de maquillaje? Era su operación y debería ser capaz de situarse en el lugar de la acción. En el peor de los casos, tal vez podría permitir que sus unidades inspeccionaran el terreno y aparecer en el último acto. Debía de haber una forma de hacerlo, se había perdido ya demasiadas guerras.

-La delincuencia va en aumento y no es aconsejable ir solo de noche por callejones oscuros -sonrió Fernández-. Apuesto a que los atracadores locales se llevarán un susto de muerte, si atacan a uno de los nuestros y de pronto se ven iluminados con una mira láser y el cañón de un subfusil H&K en las narices.

-No nos metamos con los lugareños, sargento, ni siquiera con los atracadores, si podemos evitarlo. Se supone que ésta es una operación quirúrgica, de entrada y salida como una lanza, sin más daño que el imprescindible. Debemos evitar todo incidente que no podamos barrer bajo la alfombra.

-Está claro, señor. Me aseguraré de que los chicos mantengan a raya los altercados taberneros.

Howard sonrió y meneó de nuevo la cabeza. No había mejor aliado ni mejor protector que Julio Fernández. Tenía dificultades con un ordenador que un niño de seis años podría manipular fácilmente, pero era el mejor a la hora de actuar. Era capaz de clavar una mosca en la pared arrojándole un cuchillo y luego volarle los ojos de un disparo con cualquier arma de fuego que tuviera en una u otra mano.

Y ahora, un puñado de radicales locales medio maduros estaban a punto de descubrir que proferir amenazas contra una embajada estadounidense era una idea sumamente estúpida.

Viernes, 17 de setiembre, 13.25 horas
Ciudad de Nueva York

Luigi Sampson, jefe de seguridad de Genaloni Industries, salió de un restaurante chino en la periferia del centro de la ciudad, flanqueado por dos guardaespaldas. A pesar de su posición y de sus orígenes, a Sampson no le gustaba la comida italiana, pero disfrutaba con la china, y en grandes cantidades. Para almorzar había devorado un plato de sabroso pollo picante, fideos de trigo duro, cerdo agridulce, pato al limón y cangrejo en salsa de cacahuete, acompafiado de dos cervezas y tres tazas de té. Y apenas le había sobrado suficiente comida para llevársela en una pequeña bolsa.

Sampson se hurgaba los dientes con un palillo mientras se dirigía a su coche, conducido por un chófer, que ahora se encontraba aparcado ilegalmente frente al restaurante. Iba escupiendo restos de comida, que caían a la acera.

Desde un discreto coche familiar de cuatro puertas estacionado al otro lado de la calle, Ruzhyó miró a Winters, el chófer, y luego a Grigory el Serpiente, en el asiento posterior.

-¿Estamos listos?

-Estoy listo -respondió el Serpiente.

-Adelante.

Los tres llevaban trajes idénticos color gris marengo, no excesivamente caros, con zapatos de cuero negro lustrados, gafas oscuras y el pelo recién cortado. Llevaban, además, tarjetas y placas que los identificaban como agentes especiales del FBI. Evidentemente, las placas y los documentos eran falsos, aunque los mejores del mercado, y como tales superarían cualquier inspección e incluso pruebas de destrucción.

Habían cambiado las placas de la matrícula del coche y las que llevaba ahora pertenecían a un vehículo actualmente estacionado en un aparcamiento del FBI, no muy lejos de donde se encontraban en aquel momento.

A pesar de su disfraz, a Ruzhyó todavía le parecía que el Serpiente tenía el aspecto de un ruso patoso y corpulento, pero eso no tenía remedio. Además, un ruso patoso y corpulento y un norteamericano patoso y corpulento eran bastante parecidos.

Entre ellos, Winters era el mejor conductor. Ese era su país y debía permanecer al volante.

Ruzhyó se ajustó el arma en su pistolera, tras la cadera derecha. Era una SIG calibre cuarenta, una contundente pistola alemana de combate, muy cara y fiable, que utilizaban muchos agentes del FBI. Estaban bien caracterizados, incluso el Serpiente.

-Bien, vamos.

Ruzhyó y Grigory el Serpiente se apearon del coche y empezaron a cruzar la calle.

Los guardaespaldas los vieron inmediatamente. Uno de ellos le dijo algo a Sampson, que dejó de hurgarse los dientes, observó a los hombres que se acercaban y sonrió. Se rió y les dijo algo a sus hombres. Ruzhyó no alcanzó a oírlo, pero imaginó lo que habría dicho. Esos individuos no sentirían ningún aprecio por sus propias autoridades federales.

-Buenas tardes, muchachos -dijo Sampson, cuando Ruzhyó y el Serpiente se acercaron al trío-. Ustedes son del FBI, ¿no es cierto? -agregó con una sonrisa, para demostrar su capacidad de reconocer a los agentes federales.

Así era exactamente cómo Plekhanov y Ruzhyó lo habían planeado. Bastaba ofrecerles a la gente algo próximo a lo que esperaban y se engañaban a sí mismos, sin necesidad de decir una palabra.

-¿Luigi Sampson? -preguntó Ruzhyó, con el acento norteamericano del mediooeste que había practicado-. Soy el agente especial Arnold y éste es el agente especial Johnson -agregó, al tiempo que levantaba su cartera con la mano izquierda, para mostrar su documento de identidad y su placa como lo hacían los verdaderos agentes, dejando siempre libre la mano de la pistola, mientras asentía en dirección al Serpiente, que miraba fijamente a los guardaespaldas.

Si bien su documentación era falsa, los nombres no lo eran; los agentes Arnold y Johnson pertenecían a la oficina de Nueva York.

-Nos gustaría que nos acompañara para responder a unas preguntas.

-Por supuesto, muchachos -respondió Sampson, antes de dirigirse al guardaespaldas más cercano-. ¿Verificación?

El guardaespaldas llevaba un pequeño ordenador de pantalla plana y pulsó unas teclas.

-Están en la lista -repuso al instante.

-Llama a los abogados y al jefe, y cuéntaselo -dijo Sampson, mientras lanzaba el palillo al aire con el pulgar y el corazón-. Al tercer piso de la Plaza Federal, ¿no es cierto?

-Piso veintitrés, señor Sampson. Ya ha estado usted allí -replicó Ruzhyó.

Creció la sonrisa en el rostro de Sampson. Creía que aquella torpe prueba bastaba. Era un tonto, sobre todo por creerse listo. Las personas inteligentes dejaban siempre un margen para lo inesperado, pero los bobos creían saberlo todo.

-Me gusta poder ayudar a mi gobierno. Vamos. Ya en el asiento posterior del coche, junto al Serpiente, Sampson preguntó:

-¿De qué se trata, muchachos?

Después de que Winters hubo arrancado, Ruzhyó se percató de que uno de los guardaespaldas se asomaba a la calzada para anotar la matrícula del coche. Bien.

-Usted trabaja para la familia de delincuentes Genaloni -afirmó, mirando a Sampson-. Ha

matado personalmente a seis hombres y ha ordenado la muerte de más de una docena. Ustedes y los de su calaña son responsables de las drogas en las calles, la prostitución, el contrabando y otras actividades ilegales, demasiadas para enumerarlas.

-¡Basta, agente! Eso es difamación, porque no es cierto. Yo soy el encargado de la seguridad en una empresa legítima. Más le vale cuidar lo que dice, porque alguien podría querellarse contra usted por injuria. A nuestros abogados les sobra el tiempo.

-Usted es basura criminal -replicó Ruzhyó-. Y muy pronto pagará por ello.

Sampson soltó una carcajada.

-Buena suerte a la hora de demostrarlo, amigo. Otros mejores que usted lo han intentado -respondió, acomodándose en su asiento, con las facciones endurecidas-. Estaré de vuelta en casa a la hora de la cena.

-No -aseguró Ruzhyó.

-¿Usted cree? Debe de ser bastante estúpido para suponerlo.

-No. El estúpido es usted, que cree que pertenecemos al FBI.

La expresión en el rostro de Sampson era una mezcla de miedo e incredulidad. El Serpiente había desenfundado ya su pistola y le encañonaba las costillas.

-Y sería usted sumamente estúpido si intentara moverse -declaró el Serpiente con un acento ruso tan marcado que podría haber servido de apoyadero.

-¡Dios mío! -exclamó Sampson.

-Me temo que no le va a ser de mucha ayuda, amigo -replicó Winters.

-¿Qué diablos ocurre? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren?

-Ofrecer a los lobos un cebo envenenado -respondió Ruzhyó.

El delincuente frunció el entrecejo. No lo comprendió, aunque tampoco tendría tiempo de preocuparse de ello. El destino había introducido la mano en el bombo de la lotería y había cerrado su fría garra.

El número de Luigi Sampson había salido premiado.

Diez

Viernes, 17 de setiembre, 14.30 horas
Ciudad de Nueva York

Ray Genaloni estaba suficientemente furioso como para estrangular a alguien con sus propias manos. El individuo que se encontraba frente a su escritorio, uno de los guardaespaldas de Luigi, no le daba buenas noticias y era la única víctima potencial que tenía a mano, pero no sería una buena idea matarlo. En su lugar, Ray dominó su ira, como si empujara una tapa sobre una olla de agua hirviendo para impedir que escapara el vapor.

-Vamos a ver, Donald -dijo Genaloni-, ¿qué significa exactamente que el FBI no lo tiene?

-Hemos mandado a los abogados, jefe. Los federales dicen que no han detenido a Luigi.

-Pero tú y Randall decís que lo han hecho...

-Acabábamos de salir del restaurante de Chen. Eran dos y otro que esperaba en el coche. Luigi los identificó, y Randall y yo reconocemos a los federales cuando los vemos. Comprobamos su identidad y estaban en la lista del FBI de Nueva York. Investigamos la matrícula de su coche a través de nuestros contactos en la policía y averiguamos que pertenecía al parque móvil del FBI en la ciudad de Nueva York. No cabe duda de que lo tienen.

-Entonces, ¿por qué les dicen a los abogados que no saben nada de él?

-No lo sé -respondió Donald, negando con la cabeza.

Genaloni guardó silencio durante unos quince segundos. Vio que el guardaespaldas sudaba. Bien. Dejemos que se ponga nervioso.

-Eso es todo -dijo finalmente-. Anda a ocuparte en algo.

Después de que el guardaespaldas se hubo retirado, Genaloni permaneció sentado con la mirada fija en la pared. ¿Qué diablos se proponían los federales? ¿Por qué lo acosaban? Luigi

era de fiar, podían amenazarlo con lo que quisieran y no les diría palabra, pero eso de «no lo tenemos» era un nuevo juego, y un juego que no le gustaba. Algo se proponían y, fuera lo que fuese, no le gustaba en absoluto.

Bien. ¿Quieren jugar a capa y espada? De acuerdo. Tenía un cuchillo suficientemente afilado para afeitarse y estaba ahí sin hacer nada. Lo único que debía hacer era extender la mano y cogerlo. Veremos de qué va toda esa mierda.

Levantó el auricular del teléfono.

-Codificar, clave dos, cuatro, tres, cinco, Sunshine -dijo.

-Codificado -respondió el teléfono.

Marcó un número.

Veremos de qué va toda esa mierda.

-Comprendo -asintió Mora Sullivan, segura de que su voz no la delataría.

Agitó la mano para finalizar la llamada, se puso en pie y empezó a andar comedidamente de un lado para otro. Daba tres pasos en una dirección, media vuelta, tres pasos en dirección contraria y así sucesivamente, mientras empezaba a asimilar el encargo. La Sirena no se sentaba a meditar. Desde luego podía permanecer quieta cuando era necesario, cuando el acecho lo exigía, pero en esta etapa la Sirena pensaba mejor sin dejar de moverse, de pie, explorando caminos, buscando senderos, tramando.

Podía convertirse en cualquier cosa, en cualquier persona y el mundo era para ella como arcilla que podía moldear a su antojo, pero esta misión sería peligrosa. No podía haber margen de error. En casi todas sus misiones cabía cierta flexibilidad, había espacio para pequeños errores. Aunque nunca dejaba nada por hacer si era consciente de ello, en algunas ocasiones había cometido errores. Pequeños detalles, nunca anchos caminos que pudiera haber seguido alguien para atraparla. Sin embargo, de vez en cuando había olvidado algo. Era la mejor, pero incluso a los mejores puede pasarles algo inadvertido, que sólo descubren más adelante, cuando ya es demasiado tarde para corregirlo.

Un paso, dos pasos, tres pasos, media vuelta...

La gente no se había dado cuenta de las pequeñas pistas que accidentalmente había dejado, porque a nadie se le había ocurrido buscarlas. Hasta que por fin se habían oxidado con el paso del tiempo, convirtiéndose en meras manchas en su camino, pequeñas sombras oscuras insignificantes a la vista.

Pero ¿en esta ocasión? En esta ocasión se examinarían sus actos con un microscopio. Los agentes de policía, independientemente del cuerpo al que pertenecieran, eran casos especiales. En primer lugar y por encima de todo, la policía protegía a los suyos. El mensaje era simple: uno podía cometer cualquier atrocidad y salir impune, salvo asesinar a un policía. Si uno lo hacía, se le colocaba en el primer lugar de una lista, de la que no se le borraba hasta que lo atrapaban o lo mataban, preferiblemente lo segundo. Sullivan lo sabía; su padre había sido uno de los que habían abatido a un policía y pagó por ello con su propia vida. Los policías que lo atraparon lo ejecutaron y no tuvieron dificultad alguna en justificar su venganza.

Un paso, dos pasos, tres pasos, media vuelta...

Matar a su objetivo no supondría ningún problema. Esa era la parte sencilla. Un asesino dispuesto a ser capturado o muerto podía eliminar prácticamente a cualquier personaje público, empezando por el presidente.

Salir impune de semejante asesinato era harina de otro costal. Especialmente cuando las mentes más brillantes y privilegiadas de la organización contra el crimen a nivel mundial se centrarían en su túnel de escape. No habría espacio de maniobra en este caso, ningún margen de error. Encontrarían, ampliarían, analizarían, pondrían a prueba y seguirían la pista más insignificante.

La perspectiva era a la vez atractiva y aterradora. A la Sirena le encantaba el riesgo. Disfrutaba con el efecto de la adrenalina como si de un buen vino se tratara, saboreaba su impacto. A decir verdad, podía abandonarlo todo al día siguiente y disfrutar de una larga y cómoda vida. Cuando uno disponía de unos cuantos millones bien invertidos, en realidad ya

no necesitaba nada más. Ella tenía un objetivo y lo alcanzaría, porque siempre alcanzaba sus objetivos, pero era perfectamente consciente de que, para ella, el juego era tan importante como la meta. Y éste sería un reto. Hasta ahora nunca había eliminado a un agente del FBI, y mucho menos a un jefe de delegación.

Un paso, dos pasos, tres pasos, media vuelta...

Por consiguiente, el plan exigiría una inspección meticulosa, una atención plena en todos los problemas posibles y el tiempo suficiente para asegurarse de que todo estaba cubierto. Todo.

Antes de marcharse, adoptaría una nueva identidad. Se convertiría en una mujer que pertenecía a Washington, que tenía buenas razones para estar cerca de su objetivo y que pasaría cualquier inspección si fuera necesario.

Sullivan dejó de caminar y sonrió para sus adentros.

La adrenalina hervía ya en sus venas, le tensaba la piel y los músculos, y le alteraba la respiración.

Era un ser de lo posible. Podía cambiar de aspecto con la misma facilidad que otros se cambian de ropa, podía convertirse en cualquier cosa que se le antojara.

La metamorfosis de la Sirena ya se había iniciado.

Sábado, 18 de setiembre, 16.19 horas
Los Angeles

Ruzhyó estaba en la pasarela móvil del aeropuerto de Los Angeles, en dirección al lugar de recogida de los coches de alquiler. Según el piloto, la temperatura del exterior era casi la misma que la temperatura corporal. Puede que estuvieran en otoño, pero el verano todavía no había abandonado aquel país; hacía casi el mismo calor en la costa Este antes de subirse al avión.

El trabajo en Nueva York había ido bien. Menos de veinticuatro horas después de secuestrarlo, Luigi Sampson había dejado de existir.

Bueno, pensó Ruzhyó, eso no era del todo cierto. El cuerpo troceado del delincuente formaba ahora una masa semilíquida, dentro de un gran depósito revestido de cristal lleno de un ácido muy fuerte. Había sido necesario que el Serpiente desmenuzara el cadáver en trozos lo suficientemente pequeños como para introducirlos por la válvula de presión en la parte superior del depósito, tarea que no había afectado a Grigory en lo más mínimo. Tenía un tío carnicero y había trabajado con él durante los veranos, antes de ingresar en el ejército. El depósito era de una sustancia corrosiva utilizada para grabar acero, en una planta de acabados metálicos de Nueva Jersey. La solución, de la que el delincuente pasaba a formar parte rápidamente, solía utilizarse en pequeñas cantidades. Cuando los obreros recurrieran a dicho depósito para su trabajo, el segundo de la planta, el difunto Luigi Sampson se habría convertido en meros contaminantes orgánicos, que probablemente pasarían inadvertidos, salvo quizá como ligero decoloramiento del ácido distribuido sobre las placas de acero parcialmente protegidas.

El ácido era muy fuerte. Pero para mayor seguridad, el Serpiente había arrancado todos los dientes del cadáver a martillazos y Winters, el norteamericano, los había arrojado uno por uno al agua desde el transbordador de Staten Island, entremezclados con palomitas de maíz que lanzaba a las gaviotas que seguían al transbordador.

Los disfraces del FBI también habían dejado de existir. Después de quemar la ropa y los documentos de identidad, habían arrojado las cenizas al retrete, y las placas, convertidas en chatarra, habían acabado en una planta de reciclaje de metales. Las placas de la matrícula habían sido restituidas, y el coche, devuelto a la agencia donde lo habían alquilado, con documentación también falsa. Las armas, después de haberlas limpiado y empaquetado con una etiqueta que decía «muestras de roca», se habían mandado a un apartado de correos alquilado a nombre de una persona inexistente en Tucson, Arizona, donde permanecerían hasta que caducara el alquiler o la oficina de correos intentara localizar al titular del apartado;

en cualquiera de ambos casos, habrían transcurrido meses. Todo artículos desechables.

No volvería a funcionar semejante artimaña, la organización Genaloni estaría ahora en estado de alerta. Pero tampoco era necesario.

Era remotamente posible que les mostraran a los guardaespaldas fotografías de los verdaderos agentes a los que Ruzhyó y Zmeyá habían suplantado, pero parecía sumamente improbable. Lo sucedido aumentaría las sospechas y la desconfianza instintiva que sentía Genaloni por las autoridades, y no recurriría a ellas aunque las creyera, cosa que no haría. El jefe de delincuentes no investigaría el caso con las autoridades federales, las cuales, a su vez, olvidarían rápidamente el asunto, puesto que tenían otras cosas que hacer.

El FBI creería que Genaloni había matado a uno de sus propios hombres, y Genaloni se sentiría acosado por el FBI. Lo primero era falso, pero lo segundo era ahora cierto. Genaloni, según los informes facilitados por Plekhanov, no era un hombre paciente. Probablemente cometería alguna imprudencia. Y si no lo hacía, Ruzhyó lo haría en su lugar, o por lo menos eso parecería.

Darle a su enemigo algo más de que preocuparse era un viejo truco pero todavía útil. Plekhanov era buen conocedor de la historia y maestro de la manipulación. Alguien útil en su bando en caso de conflicto; alguien peligroso como contrincante.

Había otras pequeñas cosas que Ruzhyó y su equipo harían para azuzar el conflicto que habían generado entre Net Force y la familia criminal, pequeñas cosas que, en conjunto, aumentarían un poco la carga global.

Tarde o temprano, hasta el mayor de los vasos acaba por rebosar con una gota de agua.

El trabajo de Ruzhyó consistía en aportar las gotas.

Domingo, 19 de setiembre, 2.30 horas
Kiev

John Howard estaba ligeramente enojado con el jefe de estación de la CIA. Morgan Hunter debía de tener unos cuarenta y cinco años, pelo canoso, pero se mantenía en bastante buena forma, a juzgar por cómo se le ajustaba el traje y la manera en que se movía. Pertenecía a la institución desde hacía veintidós años, había trabajado en Chile, durante un período en Beirut y luego en Moscú después de la apertura, antes de ocupar su puesto actual. Por consiguiente, debía de conocer su profesión.

-Lo siento, coronel, ¿qué puedo decirle? Ninguno de nuestros contactos entre los grupos radicales locales tiene noticia alguna de este asunto, salvo los informes iniciales. No hemos logrado averiguarlo.

-El tiempo sigue corriendo, señor Hunter.

Estaban en una pequeña sala de reuniones del segundo sótano, cedida a Howard para su operación. En sus paredes y sobre las mesas había teléfonos, ordenadores, impresoras, monitores de televisión y otros aparatos.

El agente de la CIA lo miró con una sonrisa de suficiencia.

-Soy consciente de ello, coronel. Le hemos dado cuerda al reloj, de modo que lo sabemos. No olvide que fuimos nosotros quienes pusimos a su organismo sobre aviso. Y en cierto modo, señor, están ustedes aquí por invitación nuestra.

Howard se disponía a responder, cuando Julio Fernández entró en la sala.

-Señor -dijo, después de saludar breve e innecesariamente al coronel-, puede que hayamos encontrado algo.

-Adelante, sargento.

Fernández miró fugazmente a Hunter antes de dirigirse de nuevo a su jefe. Howard tuvo que esforzarse para no sonreír. La mirada estaba llena de contenido y significaba algo así como «¿puedo hablar delante de ese imbécil, señor?».

Hunter captó el significado y tensó la mandíbula.

-Lucy, es decir, Lucy Jansen, del tercer equipo, ha trabado amistad con uno de los individuos de la lista de candidatos preseleccionados -anunció el sargento, al tiempo que le

entregaba a Howard la lista, con un círculo rojo alrededor de uno de los nombres-. Ese individuo habla alemán y ella también, de modo que tienen eso en común -prosiguió Fernández-. Se han conocido en un bar de la ciudad, y después de cinco o seis copas de vodka, el individuo ha mencionado una vieja lanzadora de misiles de control por cable, que muy pronto tendría la oportunidad de utilizar.

-Siga -ordenó Howard, sumamente atento. -Lucy se lo está trabajando. Me llamará dentro de un par de horas.

Howard miró a Hunter, que se encogió de hombros.

-Podría ser algo, aunque quizá sólo se trate de un borracho que intenta impresionar a una mujer.

Howard asintió.

-Cierto. Pero ese individuo está en nuestra lista -respondió, y luego se dirigió de nuevo a Fernández-: Manténgame informado.

-Sí, señor -asintió Fernández con otro saludo militar, antes de retirarse.

-Voy a ver si puedo conseguir más información sobre ese individuo -dijo Hunter, señalando la lista.

-Buena idea -titubeó momentáneamente Howard, antes de decidir que no tendría sentido perder la cooperación del agente de la CIA-. Lamento lo de antes. Todavía estoy un poco trastornado por el desfase horario.

-No se preocupe, coronel. A todos nos ha sucedido. Quiero atrapar a esos individuos tanto como cualquiera. Si hacemos bien nuestro trabajo, lo lograremos.

-Amén.

Ambos volvieron a sonreír y en esta ocasión su expresión era sincera.

Tal vez no fuera nada, pero Howard no lo creía. De pronto sintió un cosquilleo en la barriga. Habían dado en el blanco. Eso los conduciría a la madriguera de los radicales.

Once

Domingo, 19 de setiembre, 11.05 horas
Washington, D. C.

Cuando sonó el teléfono, Alex Michaels se encontraba en su garaje reparando el Prowler. Estaba casi seguro de saber quién llamaba. Se limpió con un trapo la grasa de las manos y levantó el teléfono.

-Diga.

-¡Papi!

-Hola, pequeña, ¿cómo estás?

-Estupendamente. Bueno, salvo que me he caído patinando y se me ha roto una rodillera.

Alex se preocupó.

-¿Tú estás bien?

-Yo estoy perfectamente, pero la rodillera se ha convertido en una especie de trapo deshilachado.

-Mejor la rodillera que tú.

-Eso dice también mamá.

Al fondo oyó a Megan:

-Déjame hablar un momento con papá, cariño.

A Michaels le dio un vuelco el estómago y sintió un calambre en las entrañas.

-Mamá quiere hablar contigo.

Alex respiró hondo.

-Claro, que se ponga.

-Adiós, papi.

-Adiós, pequeña.

Se extendió el tiempo. Transcurrieron los siglos. Decayeron y se desintegraron

civilizaciones...

-¿Alex?

-Hola, Megan, ¿qué ocurre?

-Susie, ¿por qué no le preparas una taza de café a mamá? ¿De acuerdo?

De pronto Michaels se sintió como si cayera al vacío. Transcurrió un momento.

-Escúchame, Alex, sé que el trabajo es lo más importante para ti, pero para tu hija el centro del universo todavía sigues siendo tú. ¿Podrás tomarte un poco de tiempo libre para acudir a su obra de teatro?

Los años de discusiones amenazaban con estallar de nuevo; la sangre fresca de las viejas heridas nunca sanaba, o por lo menos en su corazón. No quería pelearse con ella.

-En octubre, no es cierto?

-Asombroso. Lo recuerdas.

Todavía era capaz de herirle con su sarcasmo, al igual que una hoja de afeitar cortaba el papel.

El revuelo provocado por la muerte de Day probablemente habría amainado para entonces. En caso contrario, era dudoso que hirviera todavía con tanto ahínco como para impedirle abandonar la cocina el tiempo suficiente para asistir a la obra de su hija de segundo grado.

-Allí estaré -respondió.

-¿Estás seguro?

-He dicho que allí estaré.

Eso era también algo que siempre podía hacer, ponerlo furioso sin levantar la voz, con unas palabras tan inocentes como «estás seguro?». Le sonaba exactamente igual que si lo hubiera llamado maldito mentiroso.

Se hizo un silencio embarazoso. Durante su último año de convivencia, lo más frecuente habían sido momentos parecidos, de resignación más que de enojo. El fin inevitable de su matrimonio se les había acercado como un glaciar, lento pero inexorable, arrasándolo todo a su paso.

-Hay algo más -dijo Megan-. Salgo con alguien. He querido que lo supieras por mí.

El nudo de su estómago pareció convertirse en bloques de hielo, tan fríos que le impedían respirar. Cuando recuperó la voz, utilizó todos sus poderes para mantener un tono equilibrado, ligero, levemente curioso.

-¿Lo conozco?

-No, es profesor en la escuela de Susie. No el de su clase.

-Bueno, te felicito.

-No estamos a punto de contraer matrimonio, Alex, sólo alternamos. Tú también sales con alguien, ¿no es cierto?

Tardó un poco más de la cuenta en responder.

-Por supuesto.

-Por Dios, Alex.

Eso resumía también años de discusiones. Alex no había salido con ninguna mujer desde que él y Megan se habían separado. Se lo había planteado varias veces. Evidentemente todavía le llamaban la atención las mujeres atractivas y había tenido incluso breves fantasías, pero nunca las había llevado a la práctica. Cuando la fantasía pasaba, la realidad y el riesgo seguían ahí. Además, a pesar de todo lo sucedido, todavía echaba de menos a Megan. Ella había sido el amor de su vida. Siempre lo sería. Si lo llamara para pedirle que regresara a casa, él lo haría, aunque le costara todo lo demás: el piso, el coche, el trabajo. Antes no era consciente de ello, pero ahora lo sabía. Demasiado tarde, evidentemente. No iba a suceder. Estaban divorciados. Ella salía con otro. Puede que incluso se acostara con él.

Se le revolvió de nuevo el estómago, le entraron ganas de vomitar, sólo de pensar en Megan desnuda con otro hombre, riéndose, haciendo el amor, comportándose como antes lo había hecho con él. Lo peor era saber que quería a otro hombre... y no a él. Saber que disfrutaría...

Michaels sacudió la cabeza. Debía ahuyentar aquella idea de su mente. Ahora ya no tenía derecho a pensar de aquel modo, si es que en algún momento lo había tenido.

-Debo colgar. Dile a Susie que la quiero.

-Alex...

-Adiós, Megan. Cuídate.

Después de colgar suavemente el teléfono, contempló el coche púrpura al que ahora dedicaba todo su tiempo libre. Habitualmente era capaz de ahuyentar sus sentimientos por Megan, siempre y cuando se mantuviera ocupado y no se permitiera pensar demasiado en ella. Pero cuando oía su voz, cuando sus palabras evocaban su imagen en su mente, le resultaba imposible.

Tal vez en algún lugar existiera un conjuro mágico, capaz de borrar todo lo malo que había entre ellos; tal vez había unas palabras mágicas que los unieran corno lo habían estado cuando Susie formaba todavía parte de su futuro, o incluso cuando era tan sólo un bebé regordete y risueño que gateaba por su extensa casa de Idaho.

Puede que dichas palabras existieran, pero Alex Michaels no las había encontrado.

Domingo, 19 de setiembre, 11.15 horas
Washington, D. C.

Toni Fiorella acababa de colgar el teléfono después de hablar con su madre, un ritual de los domingos por la mañana que solía durar veinte o treinta minutos, hasta que su mamá empezaba a inquietarse.

-Esto debe de costarte una fortuna, cariño -decía su madre.

Por muchas veces que Toni le dijera a su madre que podía permitirse el coste de llamar al Bronx desde Washington un par de horas todos los meses, no parecía asimilarlo. Su madre recordaba la época en que las conferencias telefónicas constituían un gran lujo, reservado a noticias sobre nacimientos y defunciones, o quizá una llamada breve de vacaciones. Y la idea de conseguir un ordenador y utilizar el correo electrónico o la transferencia auditiva le parecía inaudita. A su mamá no le interesaban esas cosas.

Durante los últimos quince minutos, Toni se había entretenido en la cocina, enjuagando los platos antes de colocarlos en el lavavajillas, limpiando los fogones, e incluso pasando la fregona por el suelo. El piso era pequeño pero con una cocina bastante grande, y el vinilo del suelo era lo suficientemente parecido a la madera para confundir a primera vista a la mayoría de la gente. Era una bonita casa.

Cuando guardaba la fregona, sonó el teléfono. ¿Sería su madre que había olvidado decirle algo?

-Diga.

-¿Subcomandante Fiorella?

La voz le resultaba familiar, pero no alcanzaba a identificarla.

-Sí.

-Soy Jesse Russell. Nos conocimos el otro día. Un acento sureño... esa voz... ya lo tenía.

-El forzudo.

-¿Señora?

Toni no se percató de que le había llamado «forzudo» en voz alta, hasta que oyó su respuesta. Se alegró de que no estuviera conectada la cámara, para ver cómo se ruborizaba.

-Lo siento, señor Russell, olvídelo. ¿Qué quiere?

-Bueno, señora, quería disculparme por lo del gimnasio. Presumía ante Barry y mi cerebro estaba dormido. No debería haberme portado de ese modo. Fui un estúpido y lo siento.

Toni sonrió. Vaya, vaya. ¿Cesarían alguna vez las sorpresas? Un imbécil disculpándose. Y puesto que ella sabía que tampoco debería haber hecho lo que hizo, ahora podía permitirse ser generosa.

-No tiene importancia, señor Russell, olvídelo.

-No, señora, no es probable que lo olvide pronto. Me preguntaba si estaría usted dispuesta a enseñarme un poco más de ese estilo. Ya sabe, para que yo pudiera ver lo que hizo, en lugar de limitarse a decorar el suelo con mi espalda.

Toni soltó una carcajada. Puede que no estuviera tan mal, después de todo. Tenía cierto encanto.

-Por supuesto, si algún día coincidimos en el gimnasio -respondió.

-Bueno, señorita Fiorella, si usted pudiera decirme cuándo es probable que vaya usted de nuevo al gimnasio, yo podría organizar mi horario para estar libre un rato. Nos mantienen bastante ocupados con las clases, pero nos conceden cierto tiempo libre de vez en cuando.

Toni reflexionó un instante. ¿Le tiraba los tejos, o realmente estaba interesado en aprender silat? El conocimiento de otra arte podía ser a veces un obstáculo, pero no siempre. Por otra parte, su gurú no se cansaba de repetirle que necesitaba tener alumnos, que nunca dominaría realmente la materia hasta que la enseñara.

-A veces acudo por la mañana, pero generalmente voy a la hora del almuerzo, de doce a una. Puede venir, si lo desea.

-Sí, señora, lo haré.

-Más vale que deje de llamarme «señora» y «señorita Fiorella». Mi nombre es Toni.

-A mí los amigos me llaman Rusty -respuso-. Gracias. ¿Estarás en el gimnasio el lunes?

-A no ser que surja algún contratiempo.

-Allí nos veremos, señora; quiero decir, Toni.

No pudo evitar sonreírse cuando guardaba la fregona. La reacción del forzudo, Russell, había sido la de un típico macho imbécil, tanto antes como después de que lo hubo derribado. Pero esta llamada, en el supuesto de que no tuviera ninguna motivación oculta, servía en parte de compensación. La mayoría de la gente, en casi todos los casos, merecía una segunda oportunidad. Dios sabía que ella se había metido en situaciones que luego había lamentado y ahora se alegraba de poder perdonar a otro. Las personas podían cambiar. Debía creerlo. Y aquel chico tampoco era mal parecido.

Sintió inmediatamente un ramalazo de deslealtad. Fuera lo que fuese Russell, no era Alex ni se le parecía lo más mínimo. Alex era a quien ella quería, y tarde o temprano, con el esfuerzo necesario por su parte, puede que él también la quisiera.

Pero no estaría mal tener un alumno. Y ¿quién sabe?, puede que un alumno bien parecido obligara a Alex a reaccionar, a mostrarle que ella era alguien en quien valía la pena fijarse. No podía perjudicarla.

Domingo, 19 de setiembre, 11.15 horas
Quantico

Jay Gridley aceleró el motor del Viper y dejó a su espalda una nube de goma quemada, cuando soltó el embrague en la pista de acceso a la autopista. ¿Por qué no? En la realidad virtual no tenía que comprar neumáticos.

Había pasado buena parte de los últimos días circulando por la red, en busca de otros atascos, pero hasta

ahora no había encontrado nada inusual. Sí, claro, había algunos pequeños embotellamientos aislados, pero eso era normal.

Estaba en la 405, cerca del aeropuerto de Los Angeles, cuando un joven negro con una Harley lo adelantó a ciento treinta. Gridley le sonrió. Sabía quién era, aunque la imagen de realidad virtual fuera la de alguien un poco mayor y más musculoso.

Cambió de velocidad, sintió la potencia reprimida del Viper y pisó a fondo el acelerador. Los diez cilindros en uve ronronearon, rugieron y el tráfico a su alrededor se convirtió en un cuadro estático.

El pequeño coche pasó de cien a ciento cincuenta en un par de segundos. ¡Zas!

Nacido para ser salvaje y si no puedes conducirlo, amigo, ¡apárcalo!

Se colocó junto al joven negro de la moto, sonrió y tocó el claxon.

En realidad, ambos estaban conectados por la red en tiempo real, al igual que unos veinte millones de personas lo hacían todos los días en las grandes redes comerciales, pero el modo de realidad virtual hacía que fuera mucho más divertido, cuando el software permitía

compartir escenarios como éste.

-¡Hola, Tyrone!

El chico miró y sonrió, con una impecable dentadura blanca.

-¡Hola, Jay Gee! ¿Qué haces por aquí?

-Buscando problemas.

-¡Yo estoy con ese programa!

-Mira, ahí delante hay un camión parado a la derecha. ¿Te apetece hacer un descanso para tomar un café? Necesito preguntarte algo.

-Vale, no pro, Jay.

El chico aceleró la moto y el viento agitó su ropa, e incluso su cabello rizado. Avanzó y Gridley dejó que lo adelantara.

¿No pro? Jay reflexionó un instante. Ah, claro, «ningún problema».

No era muy mayor, pero la línea divisoria oscilaba constantemente y sabía que ya no estaba al quite. La jerga de cuando él era chico se había convertido en historia antigua para alguien de la edad de Tyrone. «No pro» equivalía al «sin sudor» de su época, o a «ningún problema, Batman» de la de su padre. El lenguaje variaba, cambiaba y a veces formaba un círculo completo. «Cool» se había convertido en «caliente», luego en «malo», a continuación en « guay» y ahora de nuevo en «cool». Imposible mantenerse al día.

Tenía veintiocho años, pero hablar con un chico como Tyrone hacía que se sintiera como un esqueleto de dinosaurio. Meneó la cabeza.

También era cierto que los chicos que navegaban seriamente por la red veían y oían cosas que pasaban inadvertidas a los adultos, y Gridley quería utilizar todos los recursos que estaban a su alcance. Aquí se trataba de hacer un trabajo, no de ver quién era más listo.

Encendió el intermitente para tomar la próxima salida. Si las cosas seguían progresando como hasta ahora, cuando Tyrone tuviera la edad de Gridley, lo de entonces haría que lo de ahora parecieran imágenes esculpidas en piedra.

Domingo, 19 de setiembre, 22.45 horas
Washington, D. C.

Era una tranquila noche de domingo, con el aire otoñal todavía cálido y bochornoso. La casa de Alexander Michaels estaba a oscuras, salvo por una luz en un dormitorio del primer piso. Un coche oficial color vainilla, con dos agentes del FBI en su interior, estaba aparcado en la acera de enfrente. Menos mal que no intentaban pasar inadvertidos, porque sólo les faltaba un gran letrero luminoso sobre el coche que proclamara que eran policías.

Los dos agentes escuchaban a bajo volumen una emisora de música country y jugaban al ajedrez sobre un tablero magnético sujeto al salpicadero. De vez en cuando, uno de ellos echaba una ojeada a la casa de Michaels, o a lo largo de la calle, para observar el tráfico de coches o peatones.

No había muchos vehículos ni transeúntes en aquel barrio, un domingo por la noche. Casi todos sus habitantes debían levantarse el lunes por la mañana para ir a la oficina; la mayoría ya estaban en casa, mirando la televisión, leyendo, o lo que hiciera la gente de clase media atrás de aquellas paredes, cuando el día siguiente era laboral. Qué extraño debía de ser tener que levantarse y hacer un trabajo real todos los días. Se preguntaba cómo se las arreglaba la gente para trabajar en lugares donde detestaban lo que hacían, para personas que apenas soportaban. ¿Cómo podía uno obligarse a sí mismo a pasar la vida sin ninguna alegría, ninguna pasión, ninguna auténtica satisfacción? Millones, miles de millones lo hacían, pero ella no alcanzaba a comprenderlo. Preferiría morir a verse obligada a soportar la vida mundana que llevaba la mayoría de la gente. ¿Qué sentido tenía?

Un coche patrulla local de Mercury Protection Systems se acercó lentamente por la calle. El conductor uniformado del vehículo, en cuyas puertas se proclamaba una «rápida respuesta armada», saludó con la cabeza a los agentes del FBI al cruzarse con ellos. Los agentes le respondieron.

Era una tranquila calle residencial. Nada fuera de lo común: mamás, papás, ratones

domésticos, perros, gatos, hipotecas, la insipidez infinita. Todo en su debido lugar monótono y desabrido.

Aunque había algo que no era exactamente lo que parecía...

La Sirena caminaba por la acera en dirección a la casa de Michaels. La casa estaba en el lado oeste de la calle y ella se encontraba a ochenta metros, avanzando lentamente en dirección norte. Había examinado ya el coche de los agentes, con un catalejo de doce aumentos. El diminuto artefacto era una maravilla de la técnica que utilizaban los israelíes, fabricado en la planta de Bethlehem Electronics. Su óptica era excelente y le había permitido observar a los jugadores de ajedrez desde una distancia a la que era imposible que la hubieran visto, sin utilizar sus propios catalejos.

El micrófono direccional que llevaba en el bolso, fabricado en Beaverton, Oregón, por la subsidiaria de Motorola Chang BioMed, estaba dotado de suficiente amplificación electrónica como para oír a cien metros la suave música country del coche de vigilancia. El micrófono estaba disimulado como audífono, y el catalejo, como un pequeño bote de laca para el pelo. Sólo una inspección concienzuda permitiría averiguar lo que eran realmente aquellos objetos.

Y, concienzudamente o no, ¿quién iba a registrarle el bolso? Nadie.

Cuando se encontraba a cincuenta metros, vio que los agentes miraban hacia ella, antes de centrarse de nuevo en su juego de ajedrez. Permaneció impasible, aunque le apetecía sonreír. La habían visto y habían descartado su presencia.

Para ello había una buena razón. Lo que los agentes vieron fue a una anciana de unos setenta años, que caminaba lentamente con la espalda curvada, un bastón tembloroso y un caniche color champán sujeto a una correa extensible, tres metros por delante de ella, que exploraba los nítidos parterres junto a la acera.

El caniche, un macho castrado perfectamente adiestrado, había sido alquilado en Not the Brothers Dog Kennel, al norte de Nueva York. Mil dólares semanales costaba ese bicho, pero su utilidad justificaba hasta el último centavo.

El pequeño perro olió el tronco de un cerezo ornamental plantado junto a la acera, levantó la pata y lo regó. -Buen chico, Scout -dijo la Sirena.

Alguien que estuviera lo suficientemente cerca para oírla -y nadie lo estaba- habría reconocido el tono de una anciana, con la voz debilitada por muchas décadas de duro trabajo y demasiados cigarrillos.

Llevaba un vestido de algodón estampado hasta los tobillos, un jersey fino de algodón y unos zapatos Rockport sólidos y funcionales, sobre unos calcetines negros hasta la rodilla. Su pelo era blanco y en forma de permanente redondeada. Había tardado una hora y media en colocarse la máscara de látex y aplicarse el maquillaje, que pasarían cualquier inspección a un metro de distancia, a plena luz del día. Parecía sufrir cuando andaba, algún problema en la cadera derecha, pero se aguantaba el dolor por el bien de su buen chico Scout, que se detenía para olisquear todos los árboles o matorrales, marcando cuidadosamente como propios todos aquellos con olor a otros canes que lo habían precedido.

También tenía calor y le picaba el rostro debido al látex y al maquillaje, pero eso no tenia remedio.

La Sirena sabía exactamente lo que los observadores veían cuando la miraban: una abuelita artrítica que paseaba con su pequeño perro antes de volver a su casa para acostarse. Y su casa estaba a sólo tres manzanas, alquilada apresuradamente, utilizando su actual disfraz. Si alguien la paraba, y nadie lo haría, tenía una dirección que justificaba su presencia en ese barrio y un historial mejor que el del perro. Era la señora Phyllis Markham, jubilada después de cuarenta y un años como funcionaria administrativa del gobierno estatal en Albany, la capital. Su esposo, Raymond, había fallecido en octubre, y Phyllis había decidido trasladarse finalmente a Washington, para poder dedicar su tiempo libre a visitar museos, que le encantaban. «¿Ha visto la nueva cápsula rusa, que se exhibe en el museo del Aire y el Espacio? ¿0 el Tucker gris del 1948, confiscado a un narcotraficante?»

La hija de la señora Markham, Sarah, vivía en Filadelfia, y su hijo, Bruce, dirigía una agencia concesionaria de camiones Dodge en Denver. Estaba todo previsto y cualquier investigación por ordenador lo confirmaría. Además, era capaz de aburrir a cualquiera

contándolo todo detalladamente, con su voz ronca y monótona. Aparentemente no llevaba ninguna arma, nada que pudiera delatarla, salvo los artilugios electrónicos que nadie, aunque llegara a verlos, reconocería como lo que eran.

Por otra parte, el bastón de un metro de longitud que fingía necesitar, era de nogal americano, pulido, cuidadosamente lustrado, hecho a mano por Cane Masters, una pequeña empresa de Incline Village en Nevada. Cane Masters se especializaba en la construcción de armas perfectamente legales, para practicantes concienzudos de las artes marciales. Un experto, y la Sirena ciertamente lo era, podía propinarle una soberana paliza a alguien con un bastón como el que llevaba, sin derramar una sola gota de sudor.

Un atracador que al verla la considerara una anciana cansada, inofensiva y una víctima fácil, cometería un grave error. Posiblemente el último de su vida, si ella quisiera.

-Scout, descarga -susurró después de pasar frente a la casa en cuestión, lo suficientemente alto para que lo oyera el perro, pero no los agentes.

El caniche estaba muy bien entrenado. Se detuvo, se agachó y depositó un pequeño montón de excrementos en la hierba junto a la acera. Con cierto esfuerzo aparente, la anciana se agachó torpemente y recogió las heces con un pequeño recipiente de plástico y cartón elaborado para dicho efecto.

-¡Buen chico, Scout! -exclamó, ahora lo suficientemente fuerte para que lo oyeran los agentes.

Siguió su camino, al parecer sin prestar atención alguna a los jóvenes que jugaban al ajedrez en el coche, al otro lado de la calle. Apostaría cualquier cosa a que sonreían. «Mira eso, qué curioso, el caniche de esa anciana haciendo sus necesidades en el césped.»

No sabía si la vigilancia era permanente; probablemente no, pero no importaba. Dos individuos en un coche aparcado en la calle no suponían ninguna gran amenaza. Ahora la habían visto, como ella deseaba que la vieran. Volvería por la mañana y de nuevo por la noche, por lo menos durante una semana, puede que más. Los vigilantes de día y de noche no tardarían en catalogarla de «inofensiva». La señora Phyllis Markham no era más que una de las diversas sombras que podrían convertirse en parte invisible de la vida del objetivo. Otra era una administrativa temporal, que pronto podría empezar a trabajar en la Oficina Civil de Enlace de los Marines en Quantico. Estaba también el nuevo conductor de una furgoneta de la empresa Taco Tio, que a veces llevaba comida al FBI y, si era necesario, otra media docena de posibilidades. Eligiría las más ventajosas, después de una observación un poco más exhaustiva.

Si resultaba ser Phyllis Markham a quien se le asignaba la misión de eliminar al objetivo, con toda probabilidad éste moriría silenciosamente en su cama por la noche, en los próximos siete o catorce días, sin que nadie percibiera absolutamente nada. Después de cumplir su misión, la anciana rodearía la casa y pasaría frente a los agentes destinados a vigilar el objetivo, sin despertar la menor sospecha.

Cuando alguien descubriera que el objetivo había fallecido, el caniche habría regresado a su residencia canina en el norte de Nueva York y la anciana habría dejado de existir.

-Vamos a dar la vuelta a la manzana y regresaremos a casa, Scout. ¿Qué te parece?

El caniche meneó la cola. Era un buen perrito. Y como decía la camiseta, cuanto mejor conocía a las personas, más le gustaban los perros.

Lunes, 20 de setiembre, 8.17 horas
Kiev

El coronel Howard acababa de desarmar y armar de nuevo el rifle de asalto H&K G3A3Z. Era una de las armas principales del equipo reglamentario. Rugía como un trueno y disparaba munición de la OTAN de 7,62 milímetros Expulsaba los casquillos de latón con tanta fuerza, que cualquiera que se encontrara a quince o veinte metros a la derecha y ligeramente hacia atrás se exponía a perder un ojo. A veces volaban con tanta rapidez que silbaban al surcar el aire.

Limpió con un trapo la grasa sobrante del arma y la dejó sobre la mesa. ¿Tal vez debería limpiar también su pistola?

Desenfundó su S&W modelo 66 y lo observó. Era un revólver calibre 357 de seis disparos, con cañón de cuatro pulgadas y culata de madera de Craig Spegel. No precisamente el arma reglamentaria, que en la mayoría de los casos era una pistola táctica H&K USP del calibre 40, con laterales de plástico de alta densidad, miras láser y supresores y con más del doble de balas por peine que el viejo revólver. Pero aquel Smith era su talismán y confiaba en él. Podía dispararlo con suficiente precisión, para alcanzar un objetivo del tamaño de una persona a cien metros y nunca se encasquillaba, como a veces lo hacían las pistolas automáticas. Abrió el tambor y comprobó la carga.

-Señor, si sigue limpiando así sus armas, podrá utilizarlas para operaciones cardíacas.

-Sabe lo que le digo, Fernández, un jefe menos indulgente que yo hace años que lo habría mandado a la perrera y ahora aún seguiría allí.

-Sí, señor. Su paciencia es ejemplar, coronel. Howard meneó la cabeza.

-Cero ocho uno ocho, señor -dijo Fernández. Howard arqueó las cejas.

-No pensaba preguntarle por la hora, sargento.

-No, señor, claro que no, señor.

Howard sonrió de nuevo. Cerró el tambor de su revólver y lo guardó de nuevo en su funda. De acuerdo, estaba inquieto. Conocían la ubicación de los terroristas y se suponía que los líderes del grupo celebrarían una reunión a las once y media. Cuando la mujer de su equipo había conducido al borracho a una habitación vacía, donde él esperaba que sucediera algo mucho más divertido de lo que en realidad ocurrió, ofreció voluntariamente esa información con relativa rapidez.

Eso significaba que Howard y sus hombres querían estar en posición con una hora y media de antelación, a las diez. El polígono comercial donde se celebraría la reunión estaba a quince minutos en coche. Si doblaban el tiempo para problemas de tráfico, más otra media hora para imprevistos, debían ponerse en marcha a las nueve. La mayoría de los soldados ya estaban en el punto de encuentro, del patio de la embajada.

Eso significaba que disponían por lo menos de cuarenta minutos, antes de iniciar la operación.

El tiempo transcurría como en el sillón del dentista, con lentitud. Con mucha, mucha lentitud...

Afortunadamente, la presencia de Howard no supondría ningún problema. Habían conseguido un autobús local, como los utilizados para trasladar obreros en los diversos centros industriales de la zona. El y Fernández saldrían de la embajada en una limusina, para reunirse luego con el autobús, donde ocuparía un asiento del pasillo para no ser visto desde el exterior, si alguien se molestaba en mirar. Y puesto que todos los pasajeros del autobús trabajaban para él, unos veinticinco soldados, eso no supondría ningún problema. El material de combate estaba en el autobús. Los soldados llevarían monos de paisano. Parecerían uno de tantos grupos de obreros de la construcción, que se dirigían a una obra en la zona del polígono comercial junto al río. En teoría, no debería haber ningún problema. El jefe local de la CIA, Hunter, había organizado las rutas y se suponía que la policía local habría recibido la orden de mirar en otra dirección. Todo debería ir como la seda.

No había ninguna razón para que Howard estuviera tan nervioso, pero lo estaba. Había ido ya dos veces al baño, y probablemente iría una tercera. La idea de comer le revolvía el estómago y el café que ya había tomado sólo había servido para empeorar sus nervios. Tal vez no fuera una gran batalla en alguna jungla, pero era muy posible que se efectuaran disparos y que alguien muriera. Y era su responsabilidad; quería evitar un fracaso a toda costa.

-Cero ocho dos dos, señor -indicó Fernández.

En esta ocasión, Howard no regañó al sargento. Se conocían demasiado bien. El coronel asintió. Cogió uno de los peines del H&K y comprobó la carga. No quería excederse, apretar tanto las balas que luego se encasquillaran. Eso sería terrible. Evidentemente, ya las había

contado dos veces. Probablemente la cifra no había cambiado desde la última vez.

Había llegado el momento de ocupar el sillón del dentista, con tanta lentitud como el tráfico urbano en hora punta.

Tal como se sentía ahora, habría preferido que le perforaran una muela.

Trece

Lunes, 20 de setiembre, mediodía
Grozny

Vladimir Plekhanov estaba sentado sobre una roca musgosa junto al tronco de un viejo árbol, tomando un trago de agua fresca de una botella que llevaba consigo y disfrutando del sol temprano que se filtraba entre las espesas copas de los pinos. Respiró hondo y saboreó el fuerte olor de los árboles de hoja perenne. Vio unas hormigas que circulaban apresuradas por el tronco de un pino y comprobó que se desviaban para evitar una excrecencia pegajosa. Una de las hormigas se acercó demasiado y quedó atrapada en la resina. El insecto luchaba por liberarse.

Transcurridos unos millones de años, puede que algún ser descendiente de los humanos encontrara un trozo de ámbar con aquella hormiga en su interior y se preguntara sobre su vida.

Plekhanov sonrió, acercó un dedo y liberó cuidadosamente a la hormiga de su cautiverio con la uña. El insecto se apresuró a seguir su camino. ¿Qué pensaría, si es que pensaba algo, del dedo gigante que había aparecido de la nada para salvarle la vida? ¿Se lo comentaría a sus compañeras? ¿Les contaría que la mano de un dios gigantesco la había salvado de una trampa mortal?

La llegada del ucraniano interrumpió sus reflexiones. Era fuerte, musculoso, e iba en pantalón corto, llevaba botas y una camiseta ceñida. Pisaba el mullido suelo sin hacer ruido, pero no parecía sentirse a gusto en aquel entorno. Vio a Plekhanov y lo saludó con la cabeza.

-Hola -dijo en ruso.

El hombre mayor le devolvió el saludo en el mismo idioma.

El ucraniano se acercó a la roca donde se encontraba Plekhanov y miró a su alrededor.

-Interesante escenario -dijo.

Plekhanov tapó de nuevo la botella de agua y la colocó en su mochila junto a la roca.

-Paso demasiado tiempo en la civilización del mundo real, ¿para qué llevarla conmigo a la realidad virtual?

-Demasiado tranquilo para mi gusto -respondió el ucraniano-, pero sobre gustos no hay disputas.

-Siéntate.

El ucraniano negó con la cabeza.

-Debo regresar pronto.

Plekhanov se encogió de hombros.

-¿Tienes alguna noticia para mí?

-Los norteamericanos han descubierto la ubicación de los que planean el ataque contra su embajada de Kiev. Actuarán en breve basándose en dicha información.

Plekhanov observó las hormigas del tronco del árbol.

-Han tardado mucho en descubrirlo. Tal vez deberíamos ser menos sutiles con nuestras pistas.

Ahora fue el ucraniano quien se encogió de hombros. -No comprendo por qué no nos hemos limitado a permitir que se llevara a cabo el ataque.

-Porque dañar un edificio ucraniano perfectamente bueno no cumple ningún cometido. ¿Para qué mermar vuestras ya escasas reservas para repararlo? ¿Para qué arriesgar la vida de vuestros compatriotas inocentes?

-Los conspiradores también son mis compatriotas.

-Pero no son inocentes. Esa pandilla de fanáticos es una bomba andante, repleta de

explosivos. Tarde o temprano estallaría y causaría tanto daño a quienes estuvieran cerca, como a cualquier objetivo. Debemos eliminar esas cosas de nuestro tablero, y los norteamericanos lo harán por nosotros. Los norteamericanos han gastado su tiempo y su dinero para descubrir la conspiración, y además, de paso, se han puesto nerviosos. Ahora su preocupación los inducirá a gastar todavía más tiempo y más dinero en la protección de sus embajadas. Así, amigo mío, matamos varios pájaros de un solo tiro. ¿Todavía juegas al billar americano?

-Da.

-Entonces sabes que entronerar una sola bola no significa gran cosa, especialmente al principio de la partida, a no ser que uno tome posiciones para la próxima jugada.

-Es verdad.

-Si vamos a dirigir la partida, debemos considerar nuestra próxima posición en cada jugada.

El ucraniano inclinó ligeramente la cabeza, al estilo militar.

-Como de costumbre, Vladimir, tienes razón -dijo, al tiempo que consultaba su reloj-. Debo regresar. Plekhanov levantó una mano, indicándole el camino.

-Adelante. Me ha encantado volver a verte.

-Te llamaré luego.

-Gracias, pero no es necesario.

Después de que el ucraniano se hubo retirado, Plekhanov observó un rato las hormigas. Consultó su reloj de bolsillo. Le sobraba tiempo antes de regresar. Tal vez podría dar un paseo por el sendero que deseaba explorar. Sí, ¿por qué no? Las cosas se desenvolvían incluso con mayor fluidez que en sus mejores modelos. No cabía la menor duda.

Lunes, 20 de setiembre, 7.00 horas
Quantico

Alexander Michaels, sentado a popa de la casa flotante, contemplaba un pelícano castaño que se sumergía en busca de pescado. Creía que los pelícanos eran aves de agua salada, pero le gustaban y los había incluido en su escenario. Se encontraba en un río del sur de Louisiana, en realidad un gran pantano, cuya agua color castaño avanzaba torpemente hacia el lejano e invisible golfo de México. Por un canal lateral apareció una pequeña lancha de aluminio verde anodizado, que ahuyentó al pelícano con el ruido de su motor fuera borda. Michaels se puso en pie y se acercó al pasamanos para observar la llegada del bote.

Jay Gridley iba sentado a popa, con una mano en la palanca del motor. Redujo el motor al ralentí, colocó el pequeño bote de costado al acercarse y lo dejó flotar lentamente, hasta topar con la popa de la vivienda flotante. Se oyó el ruido del metal al golpear contra la fibra de vidrio. Gridley le arrojó a Michaels un cabo de nailon, éste lo agarró y lo amarró a una cornamusa de latón junto a la borda. Gridley se acercó a la pequeña escalera y subió a bordo de la vivienda flotante.

-¿Permiso para subir a bordo, capitán?

Michaels meneó la cabeza, ligeramente divertido. -Concedido.

Ya a bordo, el joven miró a su alrededor.

-Es curioso, esperaba verlo en el Prowler.

Michaels se encogió de hombros.

-Para mí eso estropearía la versión del mundo real. El coche nunca llegaría a funcionar tan bien como en la realidad virtual.

-Es cierto. No está mal este escenario. ¿Software comercial?

-Sí -respondió Michaels, un tanto incómodo porque aunque podía haber elaborado su propio programa, ya que después de todo era un competente informático, lo cierto era que la realidad virtual en sí nunca había llegado a absorberle.

Por supuesto, era más interesante estar sentado en la cubierta de una gran vivienda flotante, navegando junto a cipreses cubiertos de enredadera, que mandando órdenes desde un teclado.

Pero no era lo suyo, a pesar de su posición en Net Force. Probablemente a la gente le parecería extraño su desinterés por la realidad virtual, pero Michaels prefería pensar que su actitud era como la del carpintero para con sus herramientas; uno no ama el martillo o la sierra, los usa para su trabajo. Cuando no trabajaba, Michaels no dedicaba mucho tiempo a la red.

Señaló una silla en cubierta.

-Siéntese.

-Gracias respondió Jay. Hasta ahora nos hemos encontrado con un montón de callejones sin salida. Los vínculos del sabotaje rebotan en todas direcciones y esto es realmente interesante.

-Siga.

-Bueno, eso significa que las bribonadas proceden de más de un lugar, tal y como suponíamos, de modo que el conjunto de la pieza lo interpreta una orquesta y no un solo músico. Sin embargo, sí bien tenemos múltiples lugares de inicio, todos los cortafuegos son iguales.

Michaels sabía lo suficiente sobre sistemas para comprender lo que eso significaba.

-De modo que hablamos de un programador o un equipo y de una amplia distribución de software.

-Efectivamente.

Jay levantó la cabeza cuando pasaban junto a un enorme roble, cuyas ramas colgaban sobre la orilla del pantano. Una gran serpiente rojiza tomaba el sol sobre una gruesa rama.

0 dado el entorno en el que nos encontramos -agregó Jay-, tal vez «que os zurzan a todos» sería más apropiado.

Michaels sonrió.

-¿Reconoce el estilo del programador?

-No. Los cortafuegos son Netsoft blindados, disponibles en todas las tiendas, y cualquiera puede haberlos instalado. Sin embargo, aunque las pistas que conducen a ellos son todas diferentes, lo son de un modo parecido. Tienen un... ritmo. Me apostaría el sueldo a que hablamos de un solo director de orquesta.

-No me sorprende -dijo Michaels.

Apareció una pequeña ciudad a ambos lados del pantano. Delante de ellos se levantaba un puente levadizo, que unía las dos mitades de la ciudad. Río abajo, dos curtidas embarcaciones dedicadas a la pesca de gambas navegaban contra la lenta corriente en dirección al puente. Se oyó una sirena en el puente y empezó a elevarse su tramo central. Se detuvo el tráfico a ambos lados, tras unas barreras de rayas rojas y blancas.

Michaels se levantó para dirigirse al asiento del timonel, a babor de la vivienda flotante. Arrancó los motores, saludó con la mano al encargado del puente, aceleró y dirigió rápidamente la embarcación al otro lado del pantano, lejos del rumbo de los pesqueros que remontaban el río.

-Los puentes son bastante bajos en este escenario, ¿no le parece? -comentó Jay a su espalda.

-No lo levanta para nosotros, sino para los pesqueros de gambas -respondió Michaels.

En realidad, el pasaje era una redistribución de un flujo de múltiples gigabytes de información de un nodo a otro servidor, operación necesaria cuando debían trasladarse grandes cantidades de datos unidos sin interrupción. El puente levadizo era tan bueno como cualquier otra imagen.

Después de pasar el puente y cruzarse con los pesqueros, Michaels condujo la vivienda flotante al centro del pantano, apagó los motores y la dejó a la deriva. Regresó a popa. Normalmente prestaría más atención al canal a su alrededor, pero había elegido este escenario, en parte, porque no exigía su plena atención en las zonas anchas y rectas.

-Hacemos circular la firma y buscamos correspondencias -indicó Gridley-, pero ahí hay centenares de millares de programadores profesionales.

En el supuesto de que sea un profesional y no un hábil aficionado -repuso Michaels.

Gridley meneó la cabeza.

-Debe de ser del oficio. Es demasiado nítido para tratarse de un chiquillo o de un zoquete.

Michaels asintió.

-De acuerdo. Siga buscando. ¿Algo más que deba saber?

-En realidad, no. Hemos distribuido trotamundos por todas partes, en busca de más problemas. ¿Conoce a Tyrone Howard?

-¿El hijo del coronel?

-Si, me he comunicado con él por la red. Está consultando a sus amigos. Pasan mucho tiempo conectados y puede que detecten algo. El y sus compañeros incluso investigan Cibernación.

-¿Cibernación?

-Una nueva morada virtual. Se supone que es todo un país en la red.

-Interesante. ¿Es eso algo de lo que debamos preocuparnos?

-Algún día, tal vez, pero no creo que tenga nada que ver con nuestros problemas actuales. Cibernación no ha eliminado al comandante, ni creo que haya introducido las bribonadas en la red.

-Entonces, ¿en lo que concierne a nuestro problema...?

-Bueno, si ese individuo sigue utilizando el mismo sistema, no tardaremos en caer sobre él como la salsa de tomate sobre las patatas fritas.

-¿Pero no cree que lo utilice?

-No. Yo no lo haría, y ese individuo es casi tan bueno como yo.

Michaels se rió.

-No es fácil ser humilde cuando uno es un genio -dijo Gridley, al tiempo que consultaba su reloj-. Vaya. Será mejor que me marche. Dentro de media hora tengo una reunión de personal en la realidad virtual. Probablemente tardaría el doble para llegar con ese bote -agregó, mientras movía la cabeza en dirección a la lancha-. Afortunadamente, he tenido la feliz idea de aparcar mi coche junto a la próxima curva.

Michaels soltó el cabo cuando Gridley bajaba al bote y arrancaba el motor fuera borda.

-¡Adiós! -exclamó Gridley.

Alex observó al joven genio de la informática, que se dirigía a la orilla más cercana. Había un Viper rojo descapotable, aparcado en un pequeño embarcadero. Todavía bajo la mirada de Michaels, Gridley acercó el bote al embarcadero y lo amarró. Saltó al muelle, volvió la cabeza, saludó con la mano y se dirigió al coche.

Martes, 21 de setiembre, 11.50 horas
Kiev

Se suponía que la reunión de los terroristas debía empezar a las once y media, pero Howard les había concedido otros veinte minutos por si alguien llegaba tarde. Ahora ya había transcurrido el tiempo suplementario. Había dieciocho hombres y tres mujeres en el interior del almacén, y si bien aparentemente ninguno de ellos iba armado, varios habían llegado con chaquetas largas y por lo menos tres individuos con lo que parecían ser estuches de instrumentos musicales: un violonchelo, un contrabajo y algún tipo de bugle de gran pabellón, probablemente una tuba, a juzgar por sus formas.

A Howard le habría sorprendido enormemente que aquellos estuches contuvieran algo que un músico pudiera utilizar en un escenario. Lo más probable era que en su interior hubiera pistolas, rifles de asalto y un lanzacohetes, además de granadas u otros explosivos. Puesto que éste era el lugar donde se planeaba el ataque a la embajada, existía la posibilidad de que en su interior hubiera otras armas escondidas, cuando llegaron los terroristas.

La reunión se celebraba en un despacho del primer piso, de un pequeño almacén de dos plantas, aparentemente desocupado. No había nadie en la planta baja, salvo un vigilante en la entrada sur del edificio. El equipo de reconocimiento de Howard, dirigido por Fernández, lo había inspeccionado rápidamente a su llegada y había descubierto al vigilante tras una gran puerta metálica enrollable, al sur del edificio. Si bien los más sigilosos del equipo de

reconocimiento podían haber entrado fácilmente en el almacén por otra puerta, e instalado aparatos de vigilancia en el propio edificio, Howard prefirió no arriesgarse. Tal vez esos patanes hubieran colocado sus propias alarmas, y no quería ponerlos sobre aviso.

En su lugar, ordenó a sus equipos instalar cámaras, sensores de movimiento y micrófonos de largo alcance en el exterior del edificio, además de equipos de radio digital y sensores de rayos infrarrojos. Todos los asistentes fueron fotografiados al entrar en el almacén, para ser identificados si alguien lograba escapar.

Aunque realmente eso no parecía probable.

Howard tuvo la tentación de ordenar a sus hombres que derribaran la puerta de arriba, arrojaran unas cuantas granadas de fogueo en su interior y dispararan contra todo aquel que no se hubiera quedado ciego y sordo tras la explosión y fuera tan estúpido como para ir a por su arma, pero no lo hizo. En su lugar, desplegó sus tropas alrededor del almacén, vigilando todas las rutas de escape posibles. Prefería evitar un tiroteo en el exterior, pero estaba preparado para dicha eventualidad.

Seguía habiendo un solo vigilante, en la única entrada al edificio que no estaba cerrada con llave.

-Sargento.

-Señor.

-¿Cree que alguien en esta unidad de patosos sería capaz de eliminar al vigilante sin despertar a los muertos?

La pregunta era retórica. Howard ya sabía quién llevaría a cabo la misión.

-Señor, creo que cabe esa posibilidad.

-Entonces, sargento Fernández, adelante.

-Voy, señor.

-¿Usted? ¿Lo hará personalmente? ¿Un viejo apolillado como usted?

Se sonrieron mutuamente.

Desde su puesto de observación al otro lado del callejón, Howard vio que Fernández se acercaba a la persiana metálica de la puerta sur. Fernández no llevaba ninguna arma visible, sólo un mono oscuro y grasiento, un maltrecho casco amarillo y una vieja fiambrera metálica en la mano, que debía de haber encontrado en algún lugar.

Los micrófonos direccionales captaron el sonido de algo que silbaba Fernández al acercarse a la puerta. Parecía un fragmento de El lago de los cisnes. Un buen detalle.

Fernández llamó a la puerta con su mano libre.

Al cabo de un momento, llamó de nuevo. La persiana metálica se elevó unos dos metros. Se asomó el vigilante, desarmado, y dijo algo que Howard no comprendió, pero en un tono inquisitivo y un tanto irritado.

Fernández respondió algo, que le resultó familiar.

Howard sonrió. Si no estaba confundido, Fernández acababa de preguntarle al vigilante por los servicios de hombres. Antes de que el individuo pudiera responder, Fernández dijo algo más, señaló a la espalda del vigilante y éste volvió la cabeza, confuso.

Un error táctico por su parte.

Fernández levantó la fiambrera y golpeó al vigilante en la sien derecha. El individuo se desplomó, como si se hubiera quedado sin piernas. Fernández dejó la fiambrera en el suelo y arrastró al vigilante, evidentemente inconsciente, al interior del almacén. Al momento reapareció el sargento, e indicó con la mano que el camino estaba libre.

-¡Equipos A y B, adelante! -ordenó Howard, por el comunicador LOISIR que llevaba.

Cogió su rifle de asalto H&K y corrió hacia la puerta.

Catorce

Martes, 21 de setiembre, 11.53 horas

Kiev

Desde el momento en que Fernández dejó inconsciente al vigilante, hasta que los dos equipos de asalto tomaron posiciones en el interior del almacén, transcurrieron escasamente cuarenta y cinco segundos. Ningún percance.

Y ahora, a esperar.

Había un ascensor, pero su fusible había sido desconectado y no iría a ninguna parte. La única forma de salir del primer piso eran dos escaleras. La salida de una de ellas estaba cerrada con un candado desde el exterior; menudo problema en caso de incendio. De todos modos, Howard dejó a dos hombres vigilándola, junto a los demás que vigilaban las ventanas. Nadie huiría de allí.

La puerta de la otra escalera, ancha y recta, no estaba cerrada con llave. Por ahí habían subido y por ahí bajarían.

Howard desplegó a sus hombres de forma que no se los viera desde la escalera; permanecerían escondidos hasta que él diera la orden.

El propio Howard estaba dispuesto a ponerse el mono del vigilante inconsciente, para quedarse junto a la entrada, hasta que el sargento le recordó que no pasaría inadvertido a no ser que esos individuos fueran realmente daltónicos.

-Bien, bien, póngaselo usted. Por cierto, ¿qué había en esa fiambrera con la que ha golpeado al vigilante?

-Seis kilos de perdigones, señor, envueltos en una bolsa de cuero. A veces la baja tecnología sigue siendo lo mejor.

Fernández se puso el mono del vigilante y se situó en un lugar sombrío, de modo que, cuando al terminar la reunión los terroristas se dispusieran a retirarse, todo pareciera normal en la planta baja.

Howard encontró un lugar donde ocultarse, tras un montón de cajas de madera. Había suficiente espacio entre las cajas para poder ver la base de la escalera. Percibía el olor a pino de la madera y el del lubricante de las piezas mecánicas en el interior de las cajas. También alcanzaba a oler su propio sudor de nerviosismo.

Cuando la mayoría de los conspiradores estuvieran en la planta baja, iniciarían el asalto. Supuso que no llevarían armas a la vista, puesto que estarían a punto de salir a la calle, y a no ser que fueran extraordinariamente rápidos, no tendrían tiempo de desenfundar sus armas sin ser abatidos antes. Se percatarían de que estaban atrapados y no era prudente resistirse. Ese era su razonamiento. Si lograba atraparlos a todos vivos, sería un éxito. Los pondría en manos de los interrogadores.

Por la escalera se oyeron voces, en ruso o en ucraniano, acompañadas de pasos. Había llegado el momento. Respiró hondo.

No metas la pata, John...

Martes, 21 de setiembre, 0.53 horas
San Diego

Ruzhyó se incorporó de pronto en la cama, con el pulso acelerado. A pesar del aire acondicionado del motel, estaba empapado en sudor y con las sábanas hechas un ovillo a sus pies.

Se desprendió de las sábanas de una patada, puso los pies en el suelo y se levantó. La habitación estaba a oscuras, salvo por un pequeño rayo de luz que se filtraba por las ranuras de la puerta del baño, casi cerrada. Se dirigió al mismo, mientras se rascaba el pelo húmedo del pecho. No era por miedo a la oscuridad por lo que Ruzhyó dejaba la luz del baño encendida, sino que se trataba de una cuestión puramente práctica: la pesadilla lo despertaba con frecuencia y, por regla general, en una habitación donde no había dormido antes. Encender una luz brillante para orientarse le parecía excesivo. Después de varios años en habitaciones baratas y cambios rápidos, había aprendido la lección: dejar una luz encendida

cerca del retrete, la puerta casi cerrada y el alivio estaba en dirección a la luz. Si hubiera sido un hombre religioso, tal vez habría considerado su significado metafórico, pero en el alma de Ruzhyó, si es que tenía una, no cabía la fe en el Todopoderoso.

Ningún dios digno de su nombre habría permitido que Anna muriera tan joven.

Además de uno sobre el lavabo, había un espejo frente al retrete y otro junto al mismo; menuda estupidez, ¿quién querría verse orinando o defecando? Los espejos reflejaban su imagen externa, que en cierto modo nunca dejaba de sorprenderlo, puesto que no dedicaba mucho tiempo a contemplarse a sí mismo. Los espejos le confirmaban que estaba en forma y que era musculoso, aunque no exageradamente, con el pelo castaño corto y canas en las sienes. Aparentaba por lo menos su edad, cuarenta, tal vez un poco más, y sus ojos, aunque empañados por el trastorno nocturno, estaban llenos de frialdad y sabiduría. Habían visto morir a muchas personas. Pertenecían a un hombre que había causado buena parte de dichas muertes. Pero por lo menos su método era rápido. No permitía que sus víctimas sufrieran lentamente.

Cuando Anna vivía, no era tan introspectivo. No era necesario. Le había formulado las preguntas fundamentales y, a menudo, ella misma las había respondido. Había bastado con escucharla, sonreírle, asentir y dejar que ella hablara. Durante un tiempo después de su muerte, se había encerrado completamente en sí mismo, haciendo sólo lo mínimo para sobrevivir, sin querer recordar, pensar, sentir. Sólo más adelante, cuando la aflicción dejó de ser un torrente para convertirse en un lento pero inexorable riachuelo, sólo entonces empezó a examinar su propia mente. Había vuelto a lo que mejor sabía hacer y en lo que todavía era un experto, pero ya no disfrutaba de su trabajo. Su orgullo había disminuido enormemente por la pericia con que dispensaba la muerte. Sencillamente era a lo que se dedicaba, lo que seguiría haciendo hasta convertirse en la víctima de alguien mejor que él.

Acabó de mear, bajó la tapa del váter sin tirar de la cadena y volvió a su cama de alquiler. Permaneció mucho tiempo acostado en la oscuridad, pero no logró conciliar el sueño. Finalmente se levantó y encendió la luz. Se desperezó, se sentó en el suelo y empezó a hacer flexiones para endurecer sus abdominales. Podía hacer un centenar de flexiones y otro centenar de abdominales, hasta llegar al límite de su capacidad. A veces le servía de ayuda. A veces quedaba lo suficientemente cansado para caer en un sueño de agotamiento.

En otras ocasiones estaba solamente exhausto, pero aún despierto. Esos no eran los mejores tiempos. Ni, lamentablemente, tampoco los peores.

Martes, 21 de setiembre, 11.54 horas
Kiev

-¡Ahora! -ordenó Howard por su micrófono, al tiempo que salía de su escondrijo y levantaba su fusil de asalto a la altura de las caderas-. ¡Que nadie se mueva! -exclamó, repitiendo la frase en ucraniano que Fernández le había enseñado.

Durante un instante, nadie lo hizo. Los terroristas, casi todos en la planta baja, salvo dos que todavía estaban en la escalera, quedaron paralizados e indudablemente sobresaltados, al ver a más de una docena de hombres armados que salían de sus escondites y les apuntaban con sus armas.

Entonces uno de los terroristas dio un grito, indudablemente una maldición, aunque Howard no comprendiera sus palabras, al tiempo que introducía la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacaba una pequeña pistola cromada.

Alguien efectuó dos disparos y derribó al pistolero. Todo se desbarató. La mayoría de los demás pistoleros intentaron desenfundar sus armas.

-Nyet! Nyet! -exclamó uno de ellos, que comprendió la estupidez de lo que hacían. Pero ya era demasiado tarde.

Las órdenes de Howard a sus hombres habían sido in-confundibles: «Tomadlos con vida a ser posible, pero si alguien va a recibir un disparo, que no seáis vosotros». Percibió parte de lo que sucedía con visión de túnel, como si se tratara de una película en cámara lenta y estuviera en la primera fila. Su visión se estrechó, pero su oído

funcionaba a la perfección. Entre el ruido de los disparos, descabelladamente alto en los confines del almacén, distinguía claramente los gemidos de los hombres, el son de los cerrojos y el repiqueteo de los casquillos en el suelo de hormigón.

Un corpulento barbudo sacó de su cinturón algo parecido a una Luger de la primera guerra mundial y la levantó, pero recibió una ráfaga de metralleta a lo ancho de su masa.

El que gritaba «nyet» se arrojó al suelo, se cubrió la cabeza con las manos y se acurrucó en posición fetal, sin dejar de chillar, aterrado.

Los de la escalera dieron media vuelta, para huir por donde habían llegado.

Un individuo delgado y parcialmente calvo, al que le faltaba un diente, se acercó con un rifle de cañón recortado, tal vez del calibre 22, y lo levantó en dirección a Howard. Su visión era tan perfecta que distinguió la alianza en su mano derecha cuando llevaba el dedo al gatillo...

Sin tiempo de levantar el arma para apuntar, Howard adelantó su fusil como si se dispusiera a atacar con una bayoneta y apretó el gatillo. Efectuó tres disparos sucesivos y el cañón se elevó con el retroceso de cada uno de ellos, alcanzando al delgado al nivel del plexo solar con el primer disparo, en la garganta con el segundo y en la frente con el tercero. Howard vio una nube de color rojo oscuro, del agujero de salida del disparo a la cabeza...

Habría bastado con un disparo. Esa era la virtud de un rifle del calibre 30, la seguridad absoluta de neutralizar al contrincante con un solo disparo al cuerpo. Ninguna pistola podía garantizarlo, salvo una de 7,62 milímetros...

El delgado, ya muerto, tardó una eternidad en llegar al suelo. Las masas de tierra se levantaban y se hundían, la vida tenía un principio y un fin, el tiempo erosionaba las montañas...

Cuando el muerto yacía inmóvil sobre el suelo de hormigón, la batalla había concluido.

Howard se percató de que le silbaban los oídos y el olor a pólvora quemada saturaba su olfato. ¡Cielos!

Sus hombres avanzaron para cubrir a los terroristas supervivientes. Los dos que habían subido por la escalera, después de comprobar que las demás salidas estaban cerradas, volvieron a bajar con las manos en alto.

El que gritaba había sobrevivido. Cuando se dispersó el humo y se contaron las víctimas, de los veintiún terroristas nueve estaban muertos y seis heridos, dos de ellos de suficiente gravedad para que el personal médico de Howard no tuviera muchas esperanzas, y cuatro con heridas menos graves. Los transportes médicos de la unidad ya estaban en la puerta, donde cargaban los cadáveres y a los heridos.

Ninguno de los hombres de Howard había sufrido el menor rasguño.

Y él había matado a quemarropa a un hombre que había intentado matarlo a él.

-Señor -dijo Fernández-, debemos evacuar.

-Afirmativo, sargento.

Consultó su reloj. Todavía no eran las doce del mediodía. Asombroso.

Según Hunter, disponían de unos diez minutos antes de que las autoridades locales se vieran obligadas a dejar de fingir que no sabían nada y entraran en acción.

-Vámonos -ordenó Howard-. Por cierto... buen trabajo.

Eso le valió varias sonrisas, pero la adrenalina le bajaba rápidamente. Se sentía cansado, viejo y de pronto deprimido. El y sus hombres estaban mejor entrenados, mejor armados y contaban con el factor sorpresa. Eso no había sido una batalla, sino una derrota aplastante; los denominados terroristas no habían tenido la menor oportunidad en ningún momento.

¿Qué orgullo se podía sentir después de derrotar mentalmente a un idiota? ¿0 de ganarle una carrera a alguien con los tobillos escayolados? No mucho.

Pero por lo menos no había metido la pata. Algo es algo.

Martes, 21 de setiembre, mediodía

Quantico

Él se rió y Toni levantó las cejas.

-Estaba pensando en la reacción de mi amigo Harold cuando se lo cuente: «Hoy he estado con mi gurú». «¿Ah, sí? ¿Aprendes a meditar?» «En realidad, me enseña a luchar de lo lindo.»

Toni sonrió.

-¿Te lo tomas en serio, Rusty? Lo de aprender, quiero decir.

-Sí, señora. He hecho cinco años de entrenamiento en taekwondo y estoy bastante seguro de poder defenderme en la mayoría de las situaciones, pero esencialmente es una forma de mantener la superioridad a largo plazo. Este sistema de acción inmediata me cogió por sorpresa. Realmente me gustaría aprenderlo.

-De acuerdo. Hay tres cosas que debes recordar: base, ángulo y palanca. Y uno de los principios más básicos consiste en tomar la línea central: debes controlar la zona frente a tu cabeza y tu cuerpo y frente a la cabeza y el cuerpo de tu rival. Voy a demostrar el primer djuru. Obsérvame y luego lo analizaremos.

-Sí, señora -asintió Russell.

Toni Fiorella practicaba movimientos de sempok y depok, que le permitían al luchador cambiar rápidamente de posición, de pie a sentado, sin bajar la guardia. Para hacerlos debidamente se necesitaba bastante equilibrio y fuerza en las piernas, y ella procuraba incluirlos en la mayoría de sus programas de ejercicio, con el fin de mantener ambos. El silat tenía muchas técnicas de lucha en el suelo, pero la capacidad de incorporarse de un brinco desde la posición de sentado también formaba parte del entrenamiento. Sin embargo, era duro para las rodillas.

Jadeaba y estaba bastante sudada cuando Jesse Russell entró en el gimnasio, en esta ocasión sin su ceñido pantalón elástico. Llevaba un pantalón de chándal negro descolorido, una holgada camiseta negra y zapatos mates.

-Hola -saludó al entrar.

-Señor Russell.

-Rusty, por favor.

-De acuerdo, Rusty.

-¿Cómo quieres que te llame en clase, en señal de respeto? ¿Sensei? ¿Sifu?

-El término que utilizamos para el maestro es «gurú» -respondió Toni.

-¿En serio? -sonrió Russell.

-Indonesia adquirió mucha de su cultura del continente, en parte de las religiones hindú y musulmana.

Martes, 21 de setiembre, mediodía
Quantico

Cuando Alex Michaels se molestaba en almorzar, solía hacerlo en su despacho. La secretaria de la unidad tomaba nota de lo que quería, lo agregaba a la lista y la mandaba por fax al encargado del restaurante, que entregaba la comida en recepción poco después del mediodía. Antes de autorizar el restaurante como suministrador, Net Force había investigado al propietario, a su esposa, a sus hijos mayores y al repartidor. No obstante, cuando estaban en vigor los protocolos de asesinato, si alguien quería que le trajeran comida del exterior, un agente debía llevar el pedido en mano al establecimiento y quedarse allí mirando cómo preparaban la comida. Las medidas de seguridad eran comprensiblemente rigurosas; ¿para qué molestarse en dispararle a alguien, si podían envenenar su almuerzo?

A Michaels le encantaba el bocadillo Reuben, con ensalada de patatas y el crujiente pepinillo al vinagre de eneldo, cortado longitudinalmente en cuatro trozos, que lo acompañaba. Era lo que solía pedir.

En los días en que tenía necesidad de abandonar la oficina durante unos minutos, olvidaba

el restaurante y la cafetería de Net Force, para dirigirse a un nuevo restaurante, a unos tres kilómetros de distancia. Cuando hacía buen tiempo, utilizaba su triciclo de sillín reclinado, de dieciséis velocidades, que guardaba en la zona cubierta de estacionamiento para bicicletas.

Hoy había refrescado un poco, ya no hacía tanto calor ni tanto bochorno, y era un buen día para pedalear. Legalmente, podía circular por la carretera con su triciclo, pero había un circuito para corredores y ciclistas alrededor de la verja, que aunque era el doble de largo, también era más ameno y más seguro. Habían transcurrido dos semanas desde el asesinato de Day, y puesto que no había habido ningún otro intento de asesinato de funcionarios federales, salvo el de un juez del noveno circuito judicial cuya esposa había intentado liquidarlo con una pecera, durante una discusión sobre una supuesta relación extra-matrimonial, se habían relajado los protocolos de asesinato. Ahora consistían básicamente en prestar atención a su entorno, pero por lo menos a este nivel se había abandonado el estado de alerta con guardaespaldas.

En su despacho, se puso las zapatillas de ciclista, un pantalón corto y una camiseta, guardó su Taser en una pequeña riñonera junto con su documento de identidad y su virgil, y cogió el casco de espuma. Se dirigió al cobertizo de las bicicletas y los triciclos, abrió el candado de su vehículo y lo empujó al aparcamiento. El triciclo le había costado dos semanas de sueldo, a pesar de ser usado, pero lo disfrutaba de lo lindo. En la velocidad más baja, podía subir la cuesta más empinada de la zona, aunque realmente eso no era ninguna proeza, y en un camino llano sin tráfico, en una velocidad alta, podía alcanzar hasta los sesenta kilómetros por hora. Bueno, puede que no tanto, pero tenía la sensación de volar. Era una buena manera de mantenerse en forma cuando no corría, cosa que no había hecho a menudo últimamente. El ejercicio solía ser lo primero que abandonaba, cuando estaba realmente ocupado. Era fácil de racionalizar: siempre podía correr o golpear el saco de boxeo por la noche.

Se agachó para sentarse en el bajo sillín, introdujo los pies en las pinzas de los pedales y se puso los guantes de ciclista. Agarró el manillar. Hoy se proponía dar una buena vuelta, estaba entumecido. El almuerzo era en realidad un pretexto para salir. Probablemente se limitaría a tomar un refresco antes de regresar.

Salió del recinto y se dirigió al circuito de bicicletas.

Mantuvo una velocidad bastante alta, aunque era duro pedalear de ese modo. El cambio de velocidades estaba en el bastidor, cerca de su cadera derecha, de fácil acceso si se cansaba.

Se cruzó con varias personas que conocía de la oficina, que aprovechaban la hora del almuerzo para correr, a las que saludó con la cabeza o con la mano. Alcanzó a una joven con una camiseta ceñida y un pantalón corto del mismo estilo, con una riñonera a la espalda, que corría a buen ritmo en su misma dirección. Estaba en muy buena forma. Admiró sus sólidas piernas y su trasero cuando corría. La observó en el retrovisor de su manillar cuando la adelantó, pero no reconoció su cara. Allí había mucha gente. Podía ser un marine, uno de los nuevos reclutas del FBI, o tal vez una funcionaria administrativa. 0 puede que viviera en la ciudad y ahora hiciera el recorrido de regreso.

Ultimamente, a pesar de sus sentimientos para con su esposa, su ex esposa, había sentido unos cuantos impulsos que ni el ejercicio, ni el intenso trabajo, ni jugar con su Prowler, lograban aplacar.

Suspiró, subió de velocidad y empezó a pedalear con más fuerza. Tarde o temprano debería saltar de nuevo al ruedo, no se veía realmente a sí mismo como un monje para el resto de su vida. Todavía no parecía lo justo. Le faltaba práctica y la idea de invitar a una mujer a salir con él no era algo en lo que estuviera aún dispuesto a pensar.

El camino, perfectamente asfaltado, serpenteaba por un bosquecillo de árboles de madera noble, cuyas hojas cambiaban de verde a amarillo y dorado, antes de rodear la parte posterior de un polígono comercial, básicamente repleto de oficinas y almacenes. Oyó los pitidos de una carretilla elevadora, de color rojo oscuro, con un gran depósito de propano plateado en la parte trasera, que transportaba un montón de paletas a otro montón de mayores dimensiones, junto a la valla de tela metálica. El motor de la carretilla ronroneó cuando su conductor depositó hábilmente su carga y retrocedió.

Michaels sonrió. Había conducido una carretilla elevadora en un almacén de aluminio

durante un verano, cuando estaba en el instituto, cargando planchas y barras en grandes camiones de caja plana para su embarque. Cuando uno le cogía el tranquillo, esencialmente era un trabajo sencillo, sin complicaciones. Se recogía aquí, se depositaba allá, y lo único que debía evitar era que se cayera. Hacía un ruido infernal cuando una tonelada de metal se caía de la carretilla elevadora y la mayoría de los obreros del almacén dejaban lo que hicieran para aplaudir. Igual que cuando se caía un plato en el comedor del instituto.

Era cierto lo que decían: la vida era como el instituto, pero mayor.

Llegó a la gran recta, de algo más de un kilómetro hasta la próxima curva, y puso la velocidad más rápida. Apretó y tiró con fuerza de los pedales, que gracias a las pinzas le permitían presionar en ambas direcciones. Apenas necesitaba sesenta metros para que se le calentaran realmente las piernas, y a media recta, ardían sus muslos y sus jarretes. Consultó el velocímetro. Cincuenta y tres. No estaba mal. Llevaba instalado el parabrisas, pero sin todos los demás accesorios la resistencia no le permitiría ir mucho más rápido, aunque se incorporara en el sillín.

Adelantó a otro ciclista en una bicicleta, que se desplazaba a una velocidad regular aunque más lenta. Iba vestido de púrpura y amarillo, y su bicicleta era uno de esos artefactos suizos de fibra de carbono, que fácilmente costaba el doble de su triciclo. Saludó a Michaels con la mano cuando lo adelantó. Probablemente se disponía a recorrer setenta u ochenta kilómetros y reservaba la carrera para el final. E incluso después de una distancia semejante, Michaels sabía que no podría seguirlo, si ese individuo se tomaba el ciclismo en serio. Todos estaban completamente locos.

Aumentó el ardor, pero siguió pedaleando, resistiendo. Cuando le faltaban unos ciento o ciento cincuenta metros para la curva, dejó de pedalear. Redujo la velocidad, frenó un poco y dobló la curva. La pendiente era escasa, pero no importaba. Con un par de grados más, podría haberla tomado a mayor velocidad, pero supuso que los diseñadores del circuito querían evitar que resbalaran los caminantes o los corredores, cuando el piso estaba húmedo. Aquí llovía de vez en cuando.

Era agradable salir, hacer ejercicio físico. Decidió que lo haría más a menudo.

Martes, 21 de setiembre, 12.09 horas
Quantico

La Sirena dejó de correr y siguió andando, en el momento en que su objetivo con su gran triciclo desapareció de su campo de visión. El la había visto, evidentemente, y puesto que era un varón heterosexual normal, se habría fijado en ella, con el pantalón corto ceñido de color rojo que llevaba. Estaba en muy buena forma, y a pesar de que correr no era su manera predilecta de hacer ejercicio, podía correr unos cuantos kilómetros sin desplomarse cuando era necesario.

El hecho de que su objetivo la hubiera visto y que con toda probabilidad hubiera admirado su trasero no significaba nada. Nunca volvería a verla vestida de ese modo.

Podía haberlo matado cuando se cruzaron. Podía haber sacado tranquilamente su revólver S&W 38 corto de su riñonera y haberle disparado sus cinco balas en la espalda cuando la adelantaba. Haberlo derribado del triciclo, cargado de nuevo el revólver, haberse acercado al lugar donde hubiera caído y dispararle un par de veces a la cabeza. Aunque alguien lo hubiera presenciado, y no había nadie en las inmediaciones, era improbable que pudiera habérselo impedido. Era sumamente hábil con su S&W, a nivel de experta de la Asociación Nacional de Rifles, o de competición con los mejores tiradores de la Confederación Internacional en sus escenarios de combate, a pesar de la escasa longitud del cañón y la baja calidad de la mira. Era una de las herramientas de su trabajo y ella era la mejor de su profesión.

Pero matar de ese modo no era... elegante. Cualquiera podía apuntar con una pistola y disparar, pero para un experto un método tan sencillo no ofrecía satisfacción alguna. Evidentemente, las necesidades del cliente eran prioritarias. Algunos querían que se supiera que el objetivo había sido eliminado, querían que se hiciera de forma sangrienta. Algunos

querían incluso un recuerdo, como un dedo o una oreja, o un apéndice normalmente menos visible. Ella no torturaba ni aceptaba contratos precipitados, pero si el cliente deseaba una prueba anatómica de que el objetivo había sido aniquilado, se la suministraba. Los que pedían ese tipo de cosas no solían repetir. Los clientes que guardaban alguna parte de la víctima en un tarro acostumbraban enojar a los demás y ellos mismos acababan con graves problemas.

Saludó con la cabeza a alguien que corría en dirección contraria, pero sin mirarlo a los ojos.

Los buenos asesinos eliminaban a su objetivo y desaparecían.

Los mejores asesinos eran capaces de eliminar a sus objetivos y hacerlo de tal modo que nadie sospechara siquiera que se había cometido un asesinato. Eso era mucho más satisfactorio. No había recibido instrucciones en cuanto a la forma en que su objetivo debía ser eliminado y jugaba con la idea de aparentar causas naturales, o tal vez suicidio. Ella lo controlaba, era su elección.

Siempre.

Dieciséis

Miércoles, 22 de setiembre, 9.00 horas
Washington, D. C.

Sonó el timbre y Tyrone Howard se unió al tropel de estudiantes que salían de la primera clase, en los sombríos pasillos verdes de la escuela secundaria Eisenhower. Delante de él, vio que Sean Hughes tropezaba con un individuo y lo empujaba a un lado con el hombro. El individuo se dio un duro golpe contra las taquillas. Al recuperarse volvió la cabeza, dispuesto a protestar, pero vio quién lo había empujado y cambió de opinión.

Fue realmente sensato.

Tyrone redujo la velocidad, para no acercarse demasiado. Hughes era un toro, de casi metro ochenta y tres de altura y cerca de noventa kilos de peso, que además, con sus quince años, era dos años mayor que la mayoría de sus compañeros de clase. Hughes era un alumno inestable que había suspendido por lo menos dos veces -sin contar los cursos de verano ni los de la red-, que se divertía acosando a todos los que eran más inteligentes que él, que, por otra parte, eran casi todos los alumnos de la escuela, salvo los deficientes mentales. Y puede que algunos de ellos también lo superaran. Hughes tenía un apodo que nadie le decía a la cara.

-El Ensayo tiene hoy una buena racha, ¿no te parece? Tyrone volvió la cabeza a la izquierda y vio a James Joseph Hatfield que le sonreía.

Lo de «ensayo» era por «brontosaurio», que era como los del equipo de informática llamaban a Sean Hughes. Tyrone no sabía a quién se le había ocurrido originalmente el apodo, pero le iba como anillo al dedo. Aquel individuo tenía el ingenio y la gracia de un gran dinosaurio con una sobredosis de somníferos.

Jimmy Joe era un personaje rústico de West Virginia, bajo, tan blanco que casi era transparente y con una vista tan deficiente que debía utilizar unas gafas muy gruesas, en lugar de lentes de contacto. También era uno de los alumnos de la escuela que mejor navegaba por la red y ostentaba el récord de rapidez por haber completado los diez primeros niveles de Black Mysts de Total Catastrophe, no sólo en la escuela, sino en general. Además, era el mejor amigo de Tyrone.

-Hola, Jimmy Joe. ¿Cómo va el flujo?

-De ese efe, Tyrone -respondió Jimmy Joe, lo cual significaba: «Los datos surgen con fluidez».

-Oye, he hablado con Jay Gee. Necesita nuestra ayuda.

-Jay Gee necesita nuestra ayuda? Olvídalo.

-No -replicó Tyrone-. Alguien altera canales.

-No me lo trago, hermano. Siempre hay alguien que altera canales.

-Sí lo sé, pero esto es diferente. Hay un as que se propone arrasar toda la red.

-¿En serio?

-En serio.

Jimmy Joe meneó la cabeza.

-Abre los ojos, navegante. Si Jay Gee no logra atraparlo, ¿cómo vamos a hacerlo nosotros?

Tenía razón. Jay Gridley gozaba de una excelente reputación en el campo.

-Nosotros utilizamos vínculos que él no explora -repuso Tyrone-. Podemos retroceder por la red, explorar transmisiones radiofónicas, cosas por el estilo.

-Sí claro, los profesionales no hacen esas cosas. Puedo llamar a los muchachos. Entrar en zonas fronterizas, explorar ciudades remotas, construir un recogedor, sembrar cepos... Conozco a un par de asiduos en Cibernación, allí tienen unas buenas redes. ¿Has pensado en afiliarte? Me refiero a Cibernación.

-He pensado en lo que diría mi padre si lo intentara -respondió Tyrone.

-Te comprendo. A mi viejo se le fundiría un fusible, pero parece el lugar ideal para vivir. Por otra parte, esto es demasiado. Nosotros, navegando con Jay Gee.

-Desde luego...

Tyron tropezó con una pared. Sólo que no era una pared, era Ensayo.

-¡Cuidado, gilipollas!

Tyrone retrocedió dos pasos inmediatamente. No prestaba atención. Ensayo debió de haber olvidado adónde iba y se detuvo para reflexionar. Estúpido. ¡Pero tal vez no tanto como para tropezar con su espalda!

-¡Lo siento! -dijo Tyrone.

-Sí, vas a sentirlo -empezó a decir Ensayo-. ¡Voy a triturarte los...!

Pero no pudo concluir su amenaza, porque pasó Belladonna Wright, seguida del aroma de un perfume almizcleño y sensual.

El pensamiento de Ensayo se desplazó de su gran cabeza estúpida, a su pequeña cabeza estúpida. Volvió la cabeza para contemplar a Bella, al igual que Tyrone, y había que verla con su microscópica falda verde, su blusa sin espalda y sus zapatos con una gruesa suela de corcho. Un año más y fácilmente sería la chica más atractiva de Washington. Ensayo tenía tantas probabilidades de acercarse a ella como de volar a la luna agitando los brazos, pero eso no le impedía mirar, aunque fuera lo único que haría. Bella mantenía actualmente una estrecha relación con Herbie LeMott Quebrantahuesos, capitán del equipo de lucha libre del instituto Epitome. Era mayor, y junto a él Ensayo parecía pequeño. En una ocasión, Theo Hatcher se acercó sigilosamente a Bella por la espalda y le colocó «accidentalmente» la mano en el trasero; Theo pagó su osadía con el brazo envuelto en fibra de cristal azul durante seis semanas, por cortesía de LeMott. A Bella le bastaba susurrar un par de palabras al oído del Quebrantahuesos, para que le rompiera la crisma a cualquier alumno de la escuela, e incluso Ensayo lo sabía.

Jimmy Joe agarró a Tyrone por el brazo y tiró de él para marcharse por donde habían venido.

-¡Vamos, vamos, vamos! ¡Cuando su cerebro se vuelva a conectar debemos estar explorando en otro lugar!

Tyrone lo comprendió, definitivamente no tenía nada que objetar. Sin embargo, a cierto nivel estaba realmente harto. No estaba dispuesto a morir, pero tarde o temprano debería hacer algo respecto a Ensayo.

Qué hacer y cómo hacerlo... bueno, ése era el problema.

Miércoles, 22 de setiembre, 6.00 horas
San Diego

A Ruzhyó no le interesaba mucho la televisión, aunque a veces miraba las noticias internacionales, para ver qué decían de su país. De fondo se oía la monótona cantinela de la

CNN, mientras preparaba un café con la pequeña cafetera suministrada por el hotel. El café preempaquetado estaba pasado, pero era mejor que nada.

Había pasado otra mala noche con sus pesadillas. Después de conciliar el sueño una o dos horas, despertó de nuevo y comprendió que no valía la pena volver a intentarlo. En una ocasión había conocido a un individuo en el ejército que, según se decía, era capaz de dormirse mientras se tomaba un plato de sopa. Ruzhyó no llegaba a tanto, pero había aprendido a sobrevivir con un mínimo de descanso cuando estaba en el ejército, echando sueñecitos de vez en cuando, y le bastaban un par de horas para sustentarse durante todo el día.

Se sirvió el café y volvió a mirar la televisión.

En Idaho, alguna secta se había encerrado en un granero y lo había incendiado, para liberarse de la carne y unirse a su dios. Ruzhyó no sabía lo libres que debían de ser, pero su carne ciertamente había perecido, a juzgar por las imágenes.

En Francia, una manifestación estudiantil había atacado el cordón policial frente a un hotel, donde el presidente francés tenía previsto hacer un discurso. Nueve de los manifestantes habían sido hospitalizados, con heridas de balas de goma, y otros dos habían fallecido por la misma causa.

En India, doscientas personas e incontables vacas sagradas habían perdido la vida en una inundación, que había arrasado varios pueblos.

En Japón, ochenta y nueve personas habían perecido en edificios derrumbados a causa de un terremoto en la isla de Kyushu, que había causado graves daños en la ciudad de Kagoshima. Durante el terremoto, el nuevo tren bala que cruza la isla había descarrilado al encontrarse con una brecha en el suelo de seis metros de profundidad, y había causado sesenta víctimas mortales y más de trescientos heridos.

Sobre Chechenia, la CNN no tenía nada que decir. Ruzhyó tomó un sorbo de su mal café y meneó la cabeza. Menos mal que no había noticias de su país, teniendo en cuenta lo lúgubre que parecía la situación. El mundo era un lugar peligroso, lleno de sufrimiento. En todas partes, hoy habría gente que lamentaría la pérdida de sus seres queridos, parientes o amigos víctimas de accidentes, enfermedades o asesinatos. En las escasas ocasiones en que había sentido aprensión por el trabajo que hacía, le había bastado con mirar la televisión, leer los periódicos, o sencillamente hablar con alguien. La vida estaba repleta de aflicción, y él no era más que una gota en un mar de sufrimiento. ¿Qué importaba si aniquilaba a un hombre? Si no lo hacía él, lo haría otro. A fin de cuentas, no parecía importar demasiado.

Sonó su comunicador. Tomó un sorbo de café y contempló el aparato. No, no importaba. Menos mal, porque probablemente estaba a punto de llegar más trabajo sucio.

Miércoles, 22 de setiembre, 16.45 horas
Washington, D. C.

Desnuda, salvo por una cinta en la cabeza, la Sirena examinaba su bastón, sentada junto a la pequeña mesa de su cocina.

Inspeccionaba la madera en busca de muescas y hendiduras. Cada dos meses, lijaba suavemente el nogal y lo lustraba con aceite Watco, hasta dejarlo como una laca. La madera era dura, pero se rayaba con facilidad, y a ella le gustaba conservarlo reluciente. El fabricante recomendaba aceite mineral, pero el Watco le daba un acabado más duro. Y también olía mejor.

Tardaba un par de horas en lijarlo y pulirlo debidamente, pero una de las primeras cosas que había aprendido de su padre era a cuidar de sus herramientas, para que no le fallaran cuando las necesitara. Los fabricantes de armas de madera hacían un trabajo excelente. Poseía cinco de sus bastones en tres estilos diferentes, además de dos juegos de bastones de esgrima y un par de yawaras de trece centímetros y medio hechas por encargo.

Su bastón predilecto, en lugares donde no llevaba pistola, era el modelo Custom Combat. Era de nogal americano, de noventa y cuatro centímetros de longitud, color rubio, con astil

redondo de unos dos centímetros y medio de diámetro y una gran empuñadura curvada, coronada con el diseño de un pico de flamenco. El nogal americano era lo mejor para la calle, más pesado que el nogal común y más resistente que el roble. El extremo de la empuñadura curvada, denominado cuerno, era suficientemente duro y puntiagudo para causar graves daños. El extremo del bastón que se apoyaba en el suelo era redondeado, de aspecto inofensivo y con su contera de goma perfectamente funcional para caminar. Tenía una serie de muescas decorativas inmediatamente debajo de la empuñadura, para evitar que resbalara de la mano.

Ese bastón estaba en casa. El que inspeccionaba ahora, el modelo Instructor, era casi idéntico al Combat, de la misma longitud y del mismo diámetro, pero con la empuñadura un poco más gruesa y con el extremo redondeado, en lugar de puntiagudo. Se parecía mucho más al bastón que utilizaría una anciana para ayudarse a caminar. Era preferible evitar que algún policía con ojo de lince se fijara en la empuñadura puntiaguda y pensara: «Caramba, abuela, lleva usted un bastón muy afilado...».

El arma tenía buen aspecto. La Sirena salió de la cocina, para dirigirse desnuda a la sala de estar de su casa alquilada, donde había instalado su diana de prácticas, consistente en una varilla de aluminio de tres centímetros y medio de diámetro, con un perno de cabeza anular en un extremo. La varilla estaba envuelta en una almohadilla de biogel, el mismo material con el que se suavizan los sillines de las bicicletas de carreras y el interior de las zapatillas de atletismo, recubierto con una pieza de gamuza tensada, firmemente sujeta con cinta adhesiva. No era exactamente como carne y hueso, pero se le parecía lo suficiente para sus propósitos. En su casa tenía un muñeco de entrenamiento wing chun con una envoltura semejante, que le permitía practicar la gama completa de ángulos, con armas o pies y manos, pero cuando estaba de viaje, debía arreglárselas como podía.

Le vino a la mente una imagen de sí misma intentando facturar un muñeco wing chun en un aeropuerto junto con su equipaje; pensó en la reacción que eso provocaría y sonrió.

Una fina cuerda de nailon atada al aro del perno de la diana pasaba por el aro de otro perno atornillado a una viga del techo, y estaba luego sujeta al pomo de una puerta. Eso le permitía ajustar la altura de la diana. Ahora estaba a nivel de las rodillas, que eran un objetivo excelente para un bastón; una rodilla quebrada dificultaba bastante la capacidad de lucha de cualquiera.

Se situó al alcance del objetivo, respiró hondo un par de veces para purificarse y adoptó su posición básica, con el bastón delante de ella, la punta en el suelo y ambas manos en la empuñadura. Era consciente de que le parecería muy interesante a cualquier observador, si no estuvieran todas las cortinas cerradas: una mujer desnuda, de pie con un bastón frente a su entrepierna, en una habitación vacía salvo por algo extraño que colgaba del techo. Sonrió. Siempre le había gustado hacer ejercicio desnuda, había en ello algo muy primigenio.

Aclaró su mente. Esperó. Esperó...

Levantó el bastón del suelo en un reducido arco por la derecha, deslizó la mano derecha hasta medio bastón para guiar el golpe y la izquierda a las muescas junto a la empuñadura, para propulsarlo.

El impacto seco de la madera contra la varilla acolchada fue muy satisfactorio. Un buen golpe.

Hizo girar el bastón, agarró el objetivo con la curva de la empuñadura, tiró del mismo hacia ella, giró de nuevo el bastón y golpeó la gamuza desde el lado opuesto.

Otro buen golpe y el objetivo quedó inmóvil, paralizado.

Sí.

Retiró el bastón, lo sujetó como un taco de billar y lanzó una estocada contra la parte alta del objetivo que lo obligó a retroceder.

Sí.

Sólo era un ejercicio, pero la Sirena estaba en la zona, en la zona de la muerte, y no había lugar más emocionante que ése.

Diecisiete

Lunes, 27 de setiembre, 15.00 horas
Maintenon, Francia

Plekhanov estaba sentado en un viejo campanario de piedra, con un fusil de cañón largo Mauser Gewehr, modelo 1898, sobre las rodillas. El arma pesaba aproximadamente cuatro kilos y medio, era intrínsecamente precisa, disparaba balas de 7,92 milímetros a alta velocidad y llevaba incorporada una mira telescópica M73B1 propia de la época. A pesar de que las lentes eran de fabricación norteamericana y se habían utilizado esencialmente con el Springfield 1903, algunas de las mismas habían llegado a Alemania, lo cual fue un tanto paradójico, dado el uso al que las sometieron. Debido a su largo cerrojo, la operación del rifle era lenta y la cámara sólo tenía capacidad para cinco balas, pero su alcance era suficiente como para permitir tiempo sobrado de escapar, a pesar de la lentitud del mecanismo.

El campanario de la iglesia era el punto más elevado de aquel pequeño pueblo pintoresco y anónimo al suroeste de Maintenon, y ofrecía una buena vista del ejército que se acercaba. La FEA, la Fuerza Expedicionaria Americana, había entrado tarde en la Gran Guerra, pero ahora estaba aquí y contribuiría a cambiar la marea. Últimamente había habido tormentas torrenciales en la región y era una de sus brigadas la que avanzaba ahora por los campos cenagosos, bajo la mirada de Plekhanov.

Junto a los norteamericanos había una unidad mixta, políglota, compuesta de soldados rusos, serbios, chechenos, coreanos, japoneses, tailandeses, chinos e indios.

Plekhanov se quitó el robusto casco que llevaba y se pasó la mano por el cabello empapado en sudor. Sonrió. La precisión histórica fallaba un poco en aquel escenario, puesto que ningún país oriental había desplegado soldados en aquella zona durante la primera guerra mundial, aunque Japón y China se consideraran aliados de los europeos occidentales que luchaban en Alemania. Ciertamente no había habido coreanos o tailandeses -en aquella época, todavía denominados siameses-, ni indios, aunque tal vez los británicos incluyeran algunos gurkhas o lanceros de Bengala entre sus tropas. Los británicos tenían sus rarezas y supuso que era posible que lo hubieran hecho. La investigación de Plekhanov no era lo meticulosa que podría haber sido, puesto que tampoco era realmente necesario. Mientras escribía el programa, recordó haber leído lo mucho que se habían escandalizado los británicos cuando el nabab de Bengala, un tal Surajud-Dowlah, saqueó Calcuta en 1757. Después de la batalla, el nabab había encerrado a ciento cuarenta y seis británicos capturados en un pequeño cuarto de Fort Williams donde hacía mucho calor. Cuando los soltaron al día siguiente, sólo veintitrés seguían vivos y los demás habían muerto casi todos de insolación. Así nació el infame «agujero negro de Calcuta».

Cuidado, viejo, empiezas a divagar. Es preferible que te concentres en lo que tienes entre manos.

Plekhanov se puso de nuevo el casco, cambió de posición sobre la bota de vino vacía en la que estaba sentado y apoyó el rifle en la repisa de la abertura del campanario. Podía haber utilizado el escenario campestre, pero puesto que en esta ocasión actuaba personalmente, ya que no había nadie a quien pudiera confiar aquel trabajo en particular, consideró que sería apropiado un escenario más activo. Un francotirador alemán que disparaba contra soldados enemigos a larga distancia parecía eminentemente adecuado, incluso poético.

Introdujo una bala en la recámara y con la mira telescópica enfocó a un oficial norteamericano bastante gordo, que a pesar de su uniforme parecía la caricatura de un corredor de Bolsa de Wall Street. A pesar de la óptica, el objetivo era todavía bastante pequeño a aquella distancia, a su parecer, de unos doscientos metros. La mira estaba ajustada a cien metros, de modo que apuntó un poco alto, a la cabeza, para compensar un pequeño descenso adicional. Respiró hondo, contuvo luego la respiración, y apretó el gatillo...

En la ciudad de Nueva York, un ordenador dedicado a funciones de divisa, subcontratado a la Reserva Federal, mandó copias de las contraseñas de todos los usuarios admitidos a todas las terminales conectadas...

Mientras el gordo norteamericano se desplomaba con una bala en el pecho, Plekhanov abrió el cerrojo y cambió de objetivo.

Ahí había un ruso blanco, sable en mano, seguido de sus hombres. Plekhanov situó la cruz de la mira telescópica en su garganta, contuvo de nuevo la respiración, disparó...

En Moscú, la red informática responsable de las estadísticas del balance comercial con la Comunidad Europea mezcló todos sus datos y dejó de funcionar...

Había un oficial coreano que intentaba que sus tropas se agacharan y se pusieran a cubierto. Plekhanov abrió el cerrojo del rifle, expulsó el casquillo utilizado e introdujo otra bala en la recámara. Adiós, señor Kim...

Un pequeño ajuste en la planta de Kim Electronics en Seúl, donde se elaboraban los nuevos chips PowerExtreme para grandes ordenadores, sufrió una alteración, no suficiente para que la detectaran los operarios, pero sí para variar los circuitos de las pastillas de silicio. El virus tenía un tiempo límite, de modo que los ajustes volverían a su estado original, pero antes de que eso sucediera, un millar de chips habría sido afectado, convirtiendo los potentes sistemas que algún día controlarían en bombas electrónicas de relojería, a la espera de estallar...

Y allí, en aquel cenagoso prado francés, un indio buscaba un lugar donde ocultarse. Lo siento, Punjab, viejo oriental, ahí no hay donde esconderse...

En el recientemente instalado sistema de tráfico informático de Bombay, se fundieron los circuitos de triple redundancia. La totalidad de las doscientas señales de tráfico bajo su control se pusieron verdes. Todos los semáforos de los trenes de pasajeros y de mercancías se pusieron verdes. También lo hicieron los de los pasos a nivel...

Quedaba una bala por disparar. Debía utilizarla antes de que se acercaran demasiado. Plekhanov ya conocía su objetivo y giró el cañón del rifle a la derecha. El comandante siamés tenía una pistola en la mano y disparaba a trochemoche. No lograría alcanzar a Plekhanov a esa distancia, salvo por casualidad, aunque pudiera verlo, que no era el caso. No obstante, era prudente ser cauteloso. Plekhanov recordó las últimas palabras del general norteamericano John Sedgwick, hablando de los francotiradores confederados en la batalla de Spotsylvania, durante la guerra civil:

No alcanzarían un elefante a esa distancia...

Plekhanov sonrió.

Apuntó. Apretó el gatillo...

La colección de pornografía personal del primer ministro tailandés, en la mayoría de cuyas fotos aparecían imágenes reconocibles de sí mismo, manteniendo relaciones sexuales extramatrimoniales y algunas también con su propia esposa, se descargó misteriosamente de su ordenador personal al ordenador principal de la agencia de noticias South-east Asian News Service. Acto seguido, dos de dichas foto-grafías sustituyeron las imágenes previstas en la edición horaria de las noticias de la red SEANS.

Plekhanov apartó la cabeza del Mauser, y percibió un ligero olor a humo de aceite procedente del cañón, mezclado con el de pólvora quemada. A sus pies y todavía a cien metros de distancia, los soldados enemigos corrían presas del pánico, antes de tomar posiciones en busca de objetivos. Algunos devolvieron el fuego, pero ninguna bala se acercó a su posición.

Suficientes daños para un día. Se echó el fusil al hombro y se dirigió a la escalera del campanario.

Lunes, 27 de setiembre, 8.11 horas
Quantico

En todas las partes de la red por donde Jay Gridley circulaba aullaban las sirenas. Las

autopistas virtuales estaban llenas de coches de bomberos, ambulancias y coches de policía que acudían apresuradamente a reparar los daños y retirar las víctimas metafóricas. En pocos minutos, habían tenido lugar grandes accidentes en, por lo menos, tres o cuatro sistemas internacionales supuestamente seguros, tal vez más.

Jay conducía el Viper a gran velocidad y llegó a los siniestros como pudo legalmente cuando se lo permitían e ilegalmente en caso contrario-, y lo que vio no era nada halagüeño. Era el mismo individuo que saboteaba las carreteras. La pauta estaba ahí, las mismas huellas borrosas y tan imposibles de identificar como antes, que se alejaban y conducían rápidamente a un callejón sin salida. Puede que los operadores locales no lo vieran, pero Jay estaba seguro de ello. No podía identificar al terrorista, pero estaba seguro de que era un individuo.

Detuvo el Viper en un tramo largo y relativamente recto de la nueva autopista entre Tailandia y Birmania. Junto a una limusina humeante había un periodista que tomaba notas en una pequeña pantalla plana, y un puñado de policías. Jay lo conocía vagamente, era un primo lejano suyo.

-Hola, Chuan, ¿cómo te va?

-Jay? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Algo que yo debería saber?

-No, sólo dando una vuelta.

El periodista miró a su alrededor y parpadeó.

-Claro, tu metajuego de las autopistas. Veo que todavía conduces esa bomba sobre ruedas. No recuerdo cómo se llama, ¿algo relacionado con lagartos o serpientes?

-Viper. Me lleva de un lado para otro -respondió, mientras observaba la limusina. ¿Quién se ha asado en ese horno portátil?

Un desastre, ¿no te parece? Alabado sea, es nuestro querido primer ministro Sukho. En cualquier caso, esto es lo que queda de su carrera. Alguien ha superado los controles de seguridad de su sistema personal y luego ha sido muy listo con las perversas fotografías que ocultaba. Las ha entregado a mis jefes. De algún modo nuestro servicio ha mandado un par de ellas accidentalmente a la redacción, o eso dicen los editores. Sé que a algunos les habría encantado hacerlo deliberadamente.

»Así pues, en la pantalla de deportes, en lugar de la foto del equipo de fútbol indonesio, después de ganar la copa mundial en Brasil, ha aparecido nuestro querido primer ministro atendido por una entusiasta profesional, muy conocida en Bangkok como Neena the Cleaner. Y a continuación, en la pantalla internacional, en lugar del primer ministro malasio Mohamad con un grupo de dignatarios, inaugurando una nueva planta de refrigeración en Cyberjaya, hemos ofrecido a nuestros clientes otra foto de Sukho en una gran cama redonda, con otras dos prostitutas de Bangkok completamente desnudas, explorando qué meter y dónde meterlo. Apuesto a que esas fotos han obligado a levantar algunas cejas en la vieja instalación durante el descanso -sonrió-. Por cierto, ¿has estado alguna vez en Cyberjaya? ¿Me refiero en el mundo real?

Su primo hablaba de una zona de Malasia de quince por cuarenta y ocho kilómetros, llamada Multimedia Super Corridor. El MSC, iniciado en el noventa y siete, se encontraba al sur de Kuala Lumpur, con un nuevo aeropuerto internacional al sur del mismo y una nueva capital federal: Putrajaya.

-En una ocasión, hace aproximadamente un año -respondió Jay-, pasé allí unos días en un seminario en tiempo real sobre la nueva plataforma gráfica. Un lugar increíble.

-Dicen que de ahí proceden los programadores de Cibernación.

-¿En serio? No había oído nada al respecto. Se dice que nadie sabe de dónde proceden.

-Rumores -respondió Chuan encogiéndose de hombros-. He ahí la sórdida historia de una carrera política arruinada. Debo regresar para archivar mi artículo.

-No es un hombre de mucha suerte, vuestro primer ministro.

-Todo lo contrario, tiene muchísima suerte, pero toda mala. Ten en cuenta que esto no es Norteamérica, donde los políticos pueden hacer impunemente ese tipo de cosas. Aquí no favorece el voto familiar. Además, es sobradamente sabido que el hermano de la esposa de Sukho era uno de los caudillos clandestinos antes de morir. También se dice que la esposa todavía tiene un par de sobrinos en la jungla que son caudillos clandestinos, tan dispuestos a

degollarte como a mirarte a la cara. Por esta razón, la reputación de la esposa del primer ministro está sumamente comprometida. Algunas de las fotografías que hemos recibido eran de ella, tomadas con una cámara oculta y apuesto a que sin su conocimiento -dijo, mientras gesticulaba en dirección a la limusina carbonizada-. Si yo estuviera en el lugar de Sukho, echaría mano de mis cuentas en Suiza y me retiraría a algún lugar, en una galaxia lo más lejana posible. Además, lo haría con otro nombre, me gastaría cincuenta mil dólares en una nueva dentadura, me teñiría el pelo y aprovecharía para hacerme la cirugía plástica.

-Cabía suponer que la seguridad de su ordenador fuera mejor de lo normal, dado lo que ocultaba en el mismo, y teniendo en cuenta su cargo de primer ministro...

Sí, así es. Apuesto a que quien ponga en venta un sistema de seguridad a prueba de intrusos por aquí ganará una fortuna.

-Aquí y en todas partes.

-Tomo nota. Hasta luego, Jay.

-Hasta luego, Chuanny.

Después de que su primo se ausentara, Jay consideró la situación. Tailandia elegiría a un nuevo primer ministro. Eso surtiría o no mucho efecto en el mundo, pero debía reconocer que el responsable había elegido sus objetivos meticulosamente. Jay desconocía su propósito, pero tenía el presentimiento de que era realmente perverso.

El también debía regresar. El jefe querría conocer las últimas novedades.

Sin embargo, por el camino vio algo que le llamó la atención.

¡Mierda!

-Alex, creo que te interesa ver esto.

Michaels levantó la cabeza y vio a Toni en la puerta de su despacho.

-En la sala de reuniones -agregó.

El la siguió. Estaba conectada la pantalla gigante. La CNN.

Un presentador narraba la situación, mientras se mostraban diversas imágenes en pantalla.

-Bombay, en India, conocida como Mumbai por sus habitantes, es la capital de Maharashtra y el principal centro económico de India occidental. Es una ciudad rebosante de cultura, a orillas del mar de Omán. Desde las fachadas victorianas del Raj británico, o el gueto turístico de Colaba, hasta el fuerte que mantiene el pulso de la ciudad, dieciocho millones de personas residen en Mumbai. En su mayoría, sumamente pobres.

Mostraron una vista aérea de la ciudad; eran imágenes de archivo.

Michaels miró a Toni y levantó una ceja. ¿Por qué quería que viera un documental sobre India?

-Esto son los prolegómenos -aclaró Toni-. Espera un segundo y entrarán en materia -agregó en un tono lúgubre.

-La modernización ha conducido por lo menos parte de Bombay al siglo xxi -proseguía el presentador-.Y hoy la modernización ha mostrado aquí su peor cara. Cambió la imagen. Dos autobuses habían chocado en un cruce. Uno de los autobuses rojos de dos pisos reposaba de costado sobre el asfalto y el otro, ladeado, se apoyaba en un camión de fruta. La calle estaba cubierta de algún tipo de melones aplastados, de color amarillo anaranjado. Los cuerpos yacían sobre las pequeñas aceras de la estrecha calle. Los equipos de rescate sacaban más muertos o heridos de los vehículos siniestrados. Un hombre ensangrentado se situó frente a la cámara, chillando algo repetidamente. Había un niño sentado en el bordillo de la acera, con la mirada fija en una mujer que yacía junto a él, evidentemente muerta.

-Parece ser que las señales de tráfico controladas por ordenador se pusieron verdes al mismo tiempo en toda la ciudad.

Otra imagen. Un cruce principal con, por lo menos, una docena de coches amontonados. Los vehículos se habían incendiado y se produjo una explosión que derribó al cámara.

-¡Mierda, mierda, mierda !exclamó alguien en inglés.

Mostraron ahora imágenes desde un helicóptero: docenas de coches, camiones, motos y bicicletas amontonados. El narrador estaba emocionado, aunque no excesivamente.

-Se sabe que hay por lo menos cincuenta muertos en un enorme accidente en Marine Drive, además de centenares de heridos, y se calcula que en toda la ciudad pueden haber fallecido hasta seiscientas personas en accidentes de tráfico...

Cambió de nuevo la imagen, para mostrar una estación de ferrocarril. Un tren de pasajeros yacía arrugado como un juguete infantil, junto a la vía. Los vagones de mercancías estaban mezclados con los de pasajeros, algunos de costado sobre el suelo.

-En la estación de ferrocarril de Churchgate, parece ser que el funcionamiento defectuoso de las señales ha provocado la colisión de un tren de pasajeros de Central Railways, que se dirigía al norte desde Goa, con un tren de mercancías que se dirigía al sur. En este momento se sabe que han fallecido por lo menos sesenta personas y que hay más de trescientos heridos. Hemos recibido informes no confirmados de choques de trenes eléctricos de cercanías en zonas urbanas, con víctimas mortales, pero es imposible desplazarse por la ciudad y llegar a esos lugares, salvo por el aire.

Otro cambio de imagen. Un avión bimotor envuelto en llamas. Alrededor del aparato, cadáveres y partes de cadáveres desparramados como muñecas rotas.

-Fallos en el control del tráfico aéreo han provocado, al parecer, por lo menos cuatro accidentes. Este avión lleno de turistas japoneses, que realizaba un vuelo para ver sitios de interés, ha chocado contra el monumento de basalto amarillo conocido como Puerta de India, en el extremo nordeste del distrito turístico de Colaba, y ha causado la muerte de los veinticuatro ocupantes del avión y de, por, lo menos, quince personas en tierra, además de docenas de heridos. Según un informe pendiente de confirmación, un reactor de Air India con doscientos sesenta y ocho pasajeros a bordo se habría estrellado en la bahía Back, inmediatamente al sur de Beach.

-Dios mío -exclamó Michaels. ¿Qué coño ha ocurrido?

-El programador -respondió Toni, en un tono lúgubre.

-¿Alguien ha hecho esto deliberadamente?

-Eso parece.Jay lo está investigando, pero ahora está demasiado ocupado para hablar con nadie.

Michaels observó el vehículo de rescate, con sus luces parpadeantes, atascado en el tráfico. Dios mío. Trataban con un loco, un loco homicida. Hasta que lo capturaran, nadie estaría a salvo.

Dieciocho

Lunes, 27 de setiembre, 8.41 horas
Quantico

No se había hecho realmente ningún progreso en la investigación sobre la muerte de Steve Day.

Los laboratorios habían clasificado toda clase de pelos, fibras y casquillos de bala, pero en definitiva eso no significaba nada sin las personas, la ropa y las armas a las que pertenecían, y eso no lo tenían.

Alex Michaels, sentado en su despacho con la mirada fija en la pared, estaba más que un poco preocupado. Sabía que no podía hacer nada al respecto; los mejores cerebros del FBI se esforzaban por encontrar la más mínima pista, y de nada serviría ordenarles que se apresuraran.

No era como si no tuviera otras cosas de que preocuparse. Como jefe de Net Force, de pronto había descubierto el significado de ser el primer responsable. Además de asignar casos de alto nivel, para asegurarse de que se investigaran debidamente, estaban todas las sandeces políticas. Debía justificar lo que hacía su organización, por qué lo hacía y cuánto costaba, primero ante el director y luego, si sentían curiosidad, y siempre la sentían, ante el Congreso. El jueves debía comparecer ante la junta de seguridad del senador Cobb, para responder preguntas sobre algo que Day había hecho hacía un año, que había molestado ligeramente al

senador. Cobb, conocido desabridamente como «Pájaro Cantarín» en los círculos de inteligencia, imaginaba conspiraciones por doquier. Creía que los militares planeaban apoderarse por la fuerza de las riendas del gobierno, que los alemanes se armaban en secreto para ocupar Europa oriental y que las organizaciones de niñas exploradoras eran comunistas. Había sido la cruz de Steve Day y parecía que también iba a ser la pesadilla de Michaels.

Y por si no bastara con eso, el aspecto político del cargo de Michaels exigía algo que odiaba: alternar. Desde que ocupaba el cargo, había asistido a cuatro veladas políticas con pajarita, en las que se había visto obligado a deglutir pollo vulcanizado o salmón con la consistencia de un borrador. En todas esas veladas se pronunciaban discursos, capaces de inducir un estado de letargo en adictos a la dexadrina, junto al cual la Bella Durmiente parecería padecer insomnio.

No, definitivamente ésa no era una parte de su trabajo que le gustara.

Por lo menos no debía preocuparse de asignar competencias. Eso era responsabilidad del director. Y dadas las nuevas estructuras que Net Force había elaborado últimamente, que estaba elaborando, o que se proponía elaborar, eso era en sí una tarea extraordinaria. T. Edgar Hoover no habría reconocido la sede del FBI después de lo mucho que había crecido en los últimos cinco o seis años, hasta convenirse en una pequeña ciudad.

Contempló el montón de papeles y la ventana parpadeante en la pantalla de su ordenador, con la palabra «pendiente». Tenía una pila de documentos por leer, cosas por firmar, todas las nimiedades de las que debía ocuparse un director administrativo de rango medio, a pesar de las cosas más importantes que tenían que esperar. Y el trabajo no se haría si se limitaba a quedarse ahí sentado, mirándolo fijamente.

Sería un día muy largo. Y cuando terminara, volvería a su casa vacía, comería solo, miraría las noticias, leería su correo y repasaría informes en su pantalla plana. Probablemente se quedaría dormido mientras leía, eso era lo que solía suceder casi siempre. 0 de lo contrario, recibiría una llamada para asistir a una de las aburridas veladas políticas.

Echaba de menos a Megan. Echaba de menos a su hija. Echaba de menos alguien con quien compartir el día, a quien le preocupara que volviera a casa, que estuviera vivo o muerto...

Meneó la cabeza. Pobre hombre. ¿Cómo puede alguien estar tan triste?

Michaels soltó una carcajada. La «isla de la autocompasión» era una pérdida de tiempo; nunca podía permanecer allí mucho tiempo. Tenía un trabajo que hacer y él formaba parte de la solución, no del problema. Al diablo todo lo demás.

Extendió la mano y cogió los papeles.

Lunes, 27 de setiembre, 9.44 bows
Ciudad de Nueva York

-Sí, ahí estaré -dijo en tono cortante Genaloni, que estaba irritado, pero como siempre intentaba dominar su genio-. Adiós.

Colgó suavemente el teléfono, cuando lo que en realidad le apetecía era arrojarlo y romperlo. Mujeres, válgame Dios.

En lo referente a esposas, María era probablemente tan buena como cualquiera. Se quedaba en casa, cuidaba de los hijos, supervisaba a las sirvientas, al mayordomo, al cocinero y al jardinero, y practicaba obras de caridad. La había conocido en la universidad. Era inteligente y de una belleza que cortaba el aliento cuando se casó con ella. Hacía ejercicio y había pasado por el quirófano, gracias a lo cual era todavía una mujer sumamente atractiva para su edad; maldita sea, para cualquier edad y, además, ahora era también más lista. Hacían buena pareja, era siempre la que mejor vestía de la reunión, pero a veces era un coñazo. Puesto que era lista, atractiva y procedía de una familia rica, estaba acostumbrada a salirse con la suya. Quería que él le dedicara su tiempo, y cuando más lo quería, era precisamente cuando menos podía ofrecérselo. Tendría que anular una cita con Brigette, su amante, para ir a un baile benéfico al que su esposa quería que asistiera, y la idea no le entusiasmaba.

El hecho de que María supiera probablemente lo de Brigette y lo hubiera hecho adrede, también se le pasó por la cabeza.

Alguien llamó a la puerta. Levantó la cabeza y vio en el umbral a Johnny Benetti el Tiburón. Tiburón era un buen apodo para Johnny. Era joven, rápido y capaz de despedazar a alguien con un cuchillo, en trozos del tamaño de un dedo. También era licenciado en Ciencias Empresariales por la Universidad de Cornell. Cuando alguien de su organización se jubilaba o se ausentaba por razones jurídicas, Genaloni lo reemplazaba por otro igualmente duro pero mejor educado. Claro que los listos también tenían sus desventajas y demasiada ambición solía ser una de ellas, pero eso tenía solución. Bastaba sumergir a alguien en dinero hasta el cogote y normalmente lo pensaba dos veces antes de meterse con la gallina de los huevos de oro. Y en cualquier caso, vigilaba siempre a su espalda, sin confiar nunca plenamente en nadie.

Johnny el Tiburón ocupaba el puesto de Sampson hasta que éste regresara.

Si es que lo hacía. Aquel asunto apestaba y a Genaloni no le hacía ni pizca de gracia.

Dime.

-Bueno, Ray, nadie que esté a nuestro alcance tiene nada que decir acerca de Luigi. Hemos puesto grandes cantidades de dinero sobre la mesa, hemos hablado con todos los que nos deben favores, y nada. Se ha vuelto invisible.

-Sigue buscando.

Por lo menos un agente federal lamentaría aquel asunto, aunque no había forma de saber cuándo sucedería. La Sirena se tomaba el tiempo necesario y de nada servía intentar meterle prisa.

Sonó el intercomunicador.

-¿Qué?

-Otra vez su esposa.

-Joder. No estoy aquí, ¿vale? Y también he olvidado mi móvil.

-Sí, señor.

Genaloni meneó la cabeza y miró a Johnny, que sonreía.

Joder, sonreía.

-Cuánto hace que estás casado, año y medio?

-El 14 de diciembre hará dos años -respondió Johnny.

-Todavía estás en tu maldita luna de miel. Vuelve dentro de quince años y hablaremos de mujeres. Eso le provocó otra sonrisa.

Genaloni meneó la cabeza. Johnny tenía veinticuatro años, lo que significaba que todavía lo sabía todo. Pero Genaloni era lo suficientemente viejo para percatarse de que cada año que pasaba sabía menos cosas.

-¿Has estudiado Historia?

-Como asignatura complementaria.

Genaloni ya lo sabía, pero no le iba mal dejar que su subordinado creyera que era un poco más lento de lo que en realidad era. El también leía bastantes libros de historia, cuando tenía tiempo.

-rSabes quién fue Mary Katherine Horony? Johnny hurgó en su memoria y frunció el entrecejo.

-No me suena.

Era húngara, una puta, conocida como Big Nose Kate.

-Ah, ¿la compañera de Doc Holliday?

-Me alegro de comprobar que una licenciatura sirve para algo. Kate era una puta, una borracha y una pendenciera. Se abrió paso en el viejo oeste follando, bebiendo y peleándose, se asoció con Holliday, con los Earp y con otros personajes realmente peligrosos.

Johnny asintió.

-Pudo haberlo dejado cuando se unió a Doc, pero fue incapaz de sentar la cabeza. Volvía persistentemente a su forma de vida, incluso cuando ella y Holliday estaban juntos. E incluso cuando estaba en casa, no era particularmente tímida ni recatada. En una ocasión dejó a un guardia medio muerto para sacar a Doc de la cárcel, después de que éste destripó a un

individuo con una navaja. En la década de 1880-1890 abrió un prostíbulo en Tombstone, el primero de la ciudad. Lo instaló en una carpa, donde puso a trabajar una docena de chicas y en la que vendía mucho whisky barato. Las peleas y los disparos estaban a la orden del día. Además, ella y Doc se pegaban grandes palizas y él no siempre vencía.

»Después de que Holliday murió de tuberculosis, la vieja Kate siguió ejerciendo la prostitución durante muchos años. Se caso, abandonó a su marido, viajó y siguió dando guerra hasta que acabó en un asilo. Falleció en 1940 a los noventa años.

Fascinante -dijo Johnny, con una ceja levantada.

-De modo que ahí tenemos a una mujer, una puta, que en aquella época era un oficio sumamente peligroso, rodeada de bravucones tan dispuestos a dispararte como a mirarte. Una mujer que le arreaba puñetazos a Doc Holliday, uno de los asesinos a sangre fría más peligrosos de la historia y que vivía en barrios donde se cometían violaciones y asesinatos, sin que nadie parpadeara.

-¿Y por qué me cuentas esto...?

-Kate sobrevivió a todo ello: el trabajo, Holliday, los asesinos, el licor, las ciudades peligrosas, todo sonrió Genaloni-. Murió de vieja -agregó, antes de hacer otra pausa-. ¿Sabes lo que decían los soldados de caballería en Dakota, cuando intentaban aniquilar a los sioux? «Si te capturan los indios, no permitas que te entreguen a las mujeres.»

»Una mujer es capaz de cortarte las pelotas, cocinarlas con cebollas y obligarte a que te las comas, sin dejar de sonreír un solo momento. No lo olvides. Diga lo que diga tu esposa, por muy buena que sea en la cama, resérvate tus negocios para ti mismo. Las cárceles están llenas de individuos que se fueron de la lengua con sus mujeres y luego ellas se enojaron con ellos. Las mujeres sirven para muchas cosas, pero no confíes tu vida a ninguna. Nunca.

-No lo olvidaré.

-Bien. Ahora averigua por qué los federales ocultan a Luigi.

Después de que el muchacho se hubo ausentado, Genaloni sonrió para sus adentros. No había sido una mala lección, siempre había creído que podría haber sido un buen profesor.

Diecinueve

Martes, 28 de setiembre, 18.34 horas

Washington, D.C.

Disfrazada de Phyllis Markham, la Sirena renqueaba en dirección a la casa de su objetivo, acompañada del pequeño caniche que hacía sus necesidades en cada árbol y matorral que encontraba.

Los agentes del coche de vigilancia se habían retirado. Le decepcionó que lo hicieran. Había habido ocasiones en las que le habían encargado ocuparse de algún mafioso, un traficante de armas o un político, con una docena de guardias a su alrededor y eso había dificultado su trabajo. Pero un individuo que no tenía siquiera la menor idea de que era un objetivo, sin protección alguna salvo tal vez una alarma instalada en su casa, reducía parte de la diversión.

A su nivel, creaba principalmente sus propios retos. Hacía más de una semana que trabajaba en aquel asunto y estaba lista. Conocía las costumbres del objetivo. Cuando pedía que le trajeran comida china a casa, sabía que le gustaba el pollo picante y sazonado, con fideos.

Cuando salía a correr por la mañana, ella podía ir media manzana por delante de él, sin perderlo de vista en ningún momento. Sabía cuándo asistía a actos benéficos, dónde se sentaba si no tenía un lugar asignado y a qué hora se disculpaba para marcharse. Estaba al corriente de que tenía una ex esposa y una hija en Idaho, del coche con el que jugaba en su garaje y de que su ayudante estaba prendada de él, a juzgar por su forma de mirarlo. Y también de que él no tenía la menor idea. Conocía su altura, su peso, el lugar donde se cortaba el pelo y que realmente no había aspirado al cargo que ocupaba. Sabía mucho acerca del objetivo, pero no la razón por la que lo habían elegido a él.

Scout oyó algo en los matorrales a su izquierda y ladró. Probablemente un gato. Dejó que

ladrara un par de veces y luego le ordenó que se callara. Obedeció, pero se estremecía de ganas de perseguir lo que había oído en los arbustos. El perro no sabía que era un juguete, se creía hijo de un lobo y quería su presa. Ella sonrió.

El peor mordisco de perro que había recibido no había sido de un gran animal como un pastor alemán, sino de un perro salchicha que también debía de creerse un gran depredador. Tal vez los pequeños tenían algo que demostrar.

El objetivo parecía una buena persona. Era bastante atractivo, tenía una agradable sonrisa y hacía un buen trabajo. En el mundo de los funcionarios, era mejor que la mayoría. Quería a su hija, que vivía en el campo, y su actividad sexual había sido mínima desde su divorcio, lo que significaba que probablemente todavía seguía enamorado de su ex esposa. Era un miembro de la sociedad más útil que la mayoría, un hombre ético, moral y fiable.

El hecho de que fuera a matarlo no le preocupaba en absoluto.

Algunos profesionales no querían saber nada de sus objetivos, no se involucraban más allá de lo indispensable para aniquilarlos. Guardaban las distancias, sin relacionarse con el objetivo, ni permitirse a sí mismos verlo como a una persona. A ella siempre le había parecido que eso eran pamplinas; si se iba a eliminar deliberadamente a alguien, convenía conocerlo. Parecía justo y mucho mejor que morir a manos de un desconocido. Al menos, ella respetaba a quienes se lo merecían. Era una forma de honrar a la víctima.

Ahora sabía más de lo estrictamente suficiente. No era un mal tipo, aunque tampoco muy interesante y no habría sorpresa alguna.

-Vamos, muchacho, sigue andando.

El perrito avanzó con reticencia, sin dejar de observar los matorrales, por si asomaba la presa y lograba abalanzarse sobre ella.

Era divertido ver al pequeño Scout, que oía la llamada de su naturaleza salvaje.

¿Cuándo atacaría ella al objetivo? Cuando uno podía elegir el momento y había cubierto todas las vicisitudes, atacaba cuando le parecía oportuno; nunca antes, si quería hacerlo a la perfección. La muerte de ese individuo pondría tras su pista a un regimiento de federales. No podía cometer el más mínimo error.

Se estaba acercando a la casa del objetivo. Consultó su reloj, un Lady Bulova analógico de pila, como el que usaría Phyllis Markham, porque supuestamente había pertenecido a su difunta madre. Avanzó un poco más despacio, permitiendo que el perro husmeara las marcas territoriales de otro macho.

Mañana era día de recogida de basura, que en este barrio tenía lugar dos veces por semana, y las casas y los pisos de esta calle no disponían de un callejón trasero.

Se abrió la puerta de la casa del objetivo y éste salió con una pequeña bolsa de basura reciclable. Exactamente a la hora prevista. Por las noches en que tocaba recogida de basura, llegaba a su casa, se cambiaba de ropa y lo primero que hacía era sacar la bolsa.

Ella llegó frente a su casa, en el momento justo en que arrojaba la bolsa al contenedor.

-Hola -dijo él con una sonrisa.

-Buenas noches, joven -respondió la Sirena, con la voz de Markham-. Una noche agradable para dar un paseo.

-Sí señora -dijo él, al tiempo que se agachaba. Acercó al perro el reverso de la mano, que el animal olió y meneó la cola, y luego le rascó detrás de las orejas-. Buen chico.

La Sirena sonrió. Podría eliminarlo en aquel mismo momento, de un bastonazo, sin que él se percatara en lo más mínimo de lo que le había sucedido. Partirle el cráneo cuando estaba agachado acariciando al perro y cortarle luego la carótida con las tijeras para las uñas que llevaba en el bolso. Se desangraría en un par de minutos.

0 podría pedirle un vaso de agua y él la invitaría a entrar en su casa; era demasiado amable para permitir que una anciana concluyera su paseo sin saciar su sed. Entonces podría acabar con él en el interior de la casa, sin que nadie se percatara de nada. Era demasiado fácil.

Ella le sonrió. ¿Ahora? ¿Debería entrar con él en la casa?

El momento se prolongó. Tenía la vida de aquel hombre en sus manos. Esto era poder. Esto era control.

No. Esta noche, no. No parecía enteramente correcto. Tal vez mañana.

-Vamos, Scout. Este señor tan amable no quiere perder el tiempo contigo.

El objetivo se incorporó y la mujer que pronto lo mataría se alejó cojeando.

-Cuídese, señora.

-Gracias, joven. Sin duda lo haré. Cuídese usted también.

Miércoles, 29 de setiembre, 3.14 horas
En algún lugar sobre el Atlántico Norte

El persistente ronroneo de los grandes motores del 747 producía un zumbido hipnótico, y la mayoría de los pasajeros dormían recostados en la oscuridad de la cabina. John Howard tenía la luz encendida, pero hacía tanto rato que no había avanzado el texto de su ordenador portátil, que se había activado el salvapantallas.

-¿Le apetece un poco de leche caliente con melatonina, coronel? -preguntó Fernández.

Howard levantó la cabeza para mirar al sargento.

-Estoy preparando un informe, sargento.

-Sí, señor, ya lo veo. ¿Un estudio detallado del zen de la pantalla en blanco?

Howard sonrió y le indicó que se sentara al otro lado del pasillo.

-No ha sido una gran operación, ¿verdad, Julio?

-Usted perdone, coronel, pero ¿de qué diablos está hablando? Hemos localizado una célula terrorista y apresado a un montón de radicales armados que se dedicaban a colocar bombas, mientras nos disparaban, sin que nuestros hombres recibieran un solo rasguño. En mi tierra eso es un gran triunfo.

-Ya sabe a lo que me refiero.

Fernández miró a su alrededor. Comprobó que no había nadie cerca de ellos, que los pasajeros más próximos estaban dormidos y abandonó el protocolo militar.

-Escúcheme, John, si se refiere a que no fue la bahía de Iwo Jima, sí, tiene razón. Pero la misión consistía en encontrar a los malos y detenerlos. Lo hemos logrado, hemos protegido nuestra embajada, no hemos provocado ningún incidente con las autoridades locales y vamos de regreso con nuestros chicos, sin que ninguno de ellos tenga el menor rasguño. No podía haber ido mejor.

Howard asintió. Evidentemente Fernández estaba en lo cierto. Ir, hacer el trabajo y regresar todos intactos. Según los datos había cumplido con su misión. Eso era lo que se suponía que un soldado debía hacer. En Net Force estaban encantados con él. Un par de antiguos compañeros suyos del ejército, que estaban al corriente de lo sucedido, le habían mandado ya mensajes electrónicos codificados para felicitarlo. Había sido una victoria, en todos los sentidos.

Entonces ¿por qué no se sentía mejor?

Porque había sido demasiado fácil. Si., la regla de la planificación había funcionado, una planificación meticulosa evita resultados nefastos, pero en realidad, nunca había tenido la menor duda de que vencerían. Sus soldados eran la flor y nata, ex miembros de las fuerzas especiales, boinas verdes, tropas de asalto. Se los podía soltar en la jungla tras el frente con un simple cortaplumas y construirían un castillo con los huesos de los enemigos. Los terroristas eran un puñado de desgraciados en mala forma física con grandes ideas y sin casi ninguna experiencia estratégica o táctica. ¿Cómo podían haber perdido contra semejante chusma?

Así se lo dijo a Fernández.

Fernández se rió.

-¿Cómo?

-Sólo imaginaba lo que el comandante de las fuerzas británicas debió de decirles a sus oficiales de campo, cuando la guerra de la Independencia tocaba a su fin: «¿Cómo? ¿Un puñado de desgraciados en mala forma física con grandes ideas y sin casi ninguna experiencia estratégica o táctica acaban de derrotar a las mejores tropas de su majestad? ¿Cómo podemos haber perdido contra semejante chusma?».

Howard soltó una carcajada. Fernández tenía una habilidad para darle la vuelta a las cosas

que no parecía propia de un suboficial chusquero. Y su elegante acento británico lo había bordado. Tenía razón. Los terroristas podían haber sido más expertos. La sangre en el suelo del almacén podría haber sido la de sus soldados. Esa posibilidad existía.

-John, tal vez la gloria no sea excesiva en este caso, pero una victoria es una victoria. A eso fuimos, ¿no es cierto?

-Sí. Tiene razón.

-Maldita sea, y yo sin ningún magnetófono. ¿Me permite el coronel que despierte a algunos testigos, para que repita lo que ha dicho, señor? ¿Lo de que tengo razón?

-¿A qué se refiere, sargento? No recuerdo haber dicho tal cosa.

-Eso me había parecido, señor -sonrió Fernández-. Creo que intentaré dormir un poco.

-Buenas noches, Julio. Gracias.

-Señor, si le sirve de consuelo, tengo la sensación de que éste no será el último episodio de esta guerra. Puede que el próximo sea diferente.

Howard vio como el mejor de sus hombres se dirigía a una fila de asientos vacíos. Sí, existía esa posibilidad. Una pequeña batalla no constituía una guerra.

Miércoles, 29 de setiembre, 22.54 horas
Portland, Oregón

Ruzhyó vigilaba la puerta principal del restaurante McCormick. El lugar estaba alejado del centro de la ciudad, al oeste, en dirección a una de las zonas residenciales. Su especialidad era el pescado. Se suponía que la comida era excelente, y eso parecía, a juzgar por lo que había podido observar en su breve visita de reconocimiento. Era el mejor restaurante situado cerca de la empresa que producía los procesadores informáticos más rápidos para uso doméstico. Se encontraba en Beaverton, ciudad a la que se había otorgado el nombre en inglés del castor, el mamífero acuático constructor de diques.

Ruzhyó estaba sentado en su coche alquilado al otro lado de la calle, aparcado a la sombra del letrero de una agencia de viajes coreana, a sesenta y dos metros de la puerta, según su telémetro, una distancia fácil. El coche era espacioso y con un gran motor, aunque no creía necesitar su potencia para huir. Con ambos ojos abiertos, miró por la amplia abertura de su anteojo Bushnell. Lo que vio fue una imagen sin ampliar de la puerta, con una fina cruz de color rojo brillante sobrepuesta. Se trataba de una mira telescópica de última generación, que al contrario de las de láser no emitía luz alguna y, por consiguiente, no delataba a su usuario. La mira era más cara que el arma a la que estaba acoplada, un rifle Winchester 30/06 de cerrojo de caza mayor, a su vez un instrumento excelente. Había comprado la mira en una armería de San Diego y el rifle en Sacramento, de segunda mano, a través de un anuncio en un periódico. Había acoplado la mira al rifle y ajustado el arma en una cantera, junto a una pista forestal al oeste de Forest Grove, en Oregón.

Con la mira acoplada al rifle, Ruzhyó podía acertar un círculo formado por el índice y el pulgar, a una distancia de doscientos metros. Más que suficiente.

Había considerado la posibilidad de utilizar un silenciador en el rifle, pero de todos modos la bala rompería la barrera del sonido y produciría un fuerte estallido después de salir del cañón, por lo que en realidad no tenía ningún sentido intentar amortiguar el ruido. Además, en esas condiciones, el disparo retumbaría y parecería proceder de todas partes. Y aunque supieran exactamente dónde estaba, eso no significaba gran cosa. Los ejecutivos de la empresa informática no iban armados, ni acompañados de guardaespaldas. Nunca había sido necesario. Ni probablemente volvería a serlo después de esta noche, aunque ellos difícilmente lo creyeran.

Cuando llegara la policía, Ruzhyó estaría a muchos kilómetros de distancia. Había memorizado tres rutas de escape y todas incluían breves paradas donde nadie lo vería y podría deshacerse del rifle. Llevaba unos finos guantes impermeables de seda sintética, por lo que no dejaría ninguna huella ni humedad alguna en la mira, en el rifle, ni en las balas.

Consultó su reloj. Poco después de las once, hora local. Hacía casi dos horas que duraba la

fiesta en el restaurante. Sus vehículos estaban aparcados delante, de modo que los comensales estarían mucho tiempo a la vista.

Bajó el arma.

Ocho minutos después se abrió la puerta del restaurante.

Ruzhyó introdujo los tapones de silicona en sus orejas. El ruido de un rifle de alta potencia en el interior de un vehículo podía destruir fácilmente el tímpano de un oído sin protección.

Aparecieron seis hombres caminando lentamente, que charlaban y se reían.

Ruzhyó levantó el rifle. Respiró hondo, soltó la mitad del aire de sus pulmones y luego contuvo la respiración. Quitó el seguro, fijó la cruz brillante en el segundo del grupo, enfocó su frente, entre ceja y ceja... Apretó el gatillo.

La víctima de un disparo efectuado con un rifle no alcanza a oír el disparo.

El individuo ya estaba muerto cuando el ruido llegó al lugar donde se encontraba.

Ruzhyó dejó el rifle en el suelo del coche y puso el motor en marcha. Salió del aparcamiento de la agencia de viajes y se alejó. Había poco tráfico a aquella hora de la noche. Estaba a un kilómetro de distancia, en la entrada de la autopista elevada, cuando el primer coche de policía pasó a toda velocidad, con sus luces parpadeantes y el aullido de su sirena, en dirección al restaurante.

No miró a su espalda. No era necesario. Nadie lo seguía.

Jueves, 30 de setiembre, 8.01 horas
Grozny

-Tiene otra llamada, doctor Plekhanov -exclamó Sasha desde la antesala, puesto que el intercomunicador seguía funcionando sólo de vez en cuando, aunque ahora poco importaba eso-. Es el señor Sikes, de los Sistemas Municipales de Bombay.

Plekhanov sonrió. El teléfono había sonado muchísimo durante los dos últimos días. Exactamente como había previsto.

Las semillas empezaban a dar fruto. Después de que los fallos informáticos causaran la muerte de centenares de personas en Bombay, los encargados habían llamado a Bertrand, el programador de segunda categoría que había instalado su sistema de seguridad. Y aunque incluso Bertrand era suficientemente hábil para comprender lo sucedido, sería incapaz de ofrecer garantías de que no se repitiera. Por consiguiente, no les quedó más remedio que llamar a Plekhanov, a quien deberían haber llamado en primer lugar. Plekhanov podía ofrecerles una garantía absoluta de que no volvería a producirse una violación de su sistema de seguridad, si él les instalaba un nuevo sistema de protección. Evidentemente podía asegurárselo: sólo había un puñado de programadores capaces de eludir sus protecciones; sólo uno que podría molestarse en hacerlo, y convenía a sus intereses que el sistema permaneciera invulnerado.

Veinte

Jueves, 30 de setiembre, 8.01 horas
Grozny

Dada la preocupación que dichos incidentes generaban, sólo serían necesarios otro par de ataques a los semáforos y al transporte público de grandes ciudades, para que la mayoría, si no todos, acudieran a Plekhanov en busca de ayuda. Cuando los responsables de los transportes municipales de todas las principales ciudades asiáticas celebraran este año su reunión anual en Guangzhou, China, la mayoría de ellos estarían en el campo de Plekhanov. Después de todo, haría para ellos un trabajo excelente, a precios más que razonables. Todos estarían en deuda con él. Todos querrían tenerlo contento, para evitar la suerte de quienes habían tenido la desgracia de convertirse en víctimas de lo que sólo podían ser terroristas. ¿Quién se

molestaría en manipular perniciosamente el ordenador de un sistema de transporte, salvo un terrorista? ¿Dónde estaban los beneficios?

-Diga.

-¿Vladimir? Habla Bill Sykes, del Transporte de Bombay.

-Hola, Bill, ¿cómo estás?

-No muy bien. ¿Te has enterado de nuestro problema?

-Me temo que sí. Ha sido terrible. No sabes cuánto lo siento.

-Sí, bueno, eso ya es agua pasada, pero no queremos que se repita. ¿Puedes ayudarnos?

-Por supuesto, Bill. Claro que os ayudaré.

-¡Otra llamada! -exclamó Sasha desde su escritorio-. ¡De Corea!

Plekhanov se acomodó en su silla. Su sonrisa reflejaba una felicidad absoluta.

Jueves, 30 de setiembre, 8.15 horas
Washington, D. C.

Tyrone Howard se reunió con su amigo Jimmy Joe en el club de striptease llamado Big Boobs. La entrada estaba prohibida a los chicos de su edad y a ambos les faltaba todavía bastante para ser adultos, pero se portaban como personas mayores con suficiente habilidad para pasar controles superficiales. Colarse en una sala X de realidad virtual era algo que cualquiera con un mínimo de cerebro podía hacer. Pero lo único que se veía allí eran mujeres desnudas. Burlar la vigilancia de las salas triple X era más difícil y, además, Tyrone no estaba dispuesto a arriesgarse. Sus padres se pondrían furiosos si lo averiguaban, y puesto que su padre trabajaba con un experto como Jay Gee, lo descubriría si se lo proponía.

-Dime, Jimmy Joe, ¿has descubierto algo?

-No mucho, chico araña. Aunque he encontrado muchos atascos en la FEN.

Tyrone asintió. En la FEN, o Red del Lejano Oriente, la información no circulaba con fluidez en los últimos días, lo había comprobado personalmente. El programador loco se ensañaba en aquella zona.

En el escenario, frente a una exhibición de luces parpadeantes y el ritmo persistente de la percusión, una morena alta de ojos azules mostraba al público que el color de su pelo era natural. Tyrone la miraba fijamente. Ella le sonrió, sin percatarse de que su apariencia era falsa. Evidentemente también podía serlo la de la chica. Puede que en realidad fuera un hombre gordo de sesenta años.

Si uno quería la verdad, la realidad virtual no era el mejor lugar donde buscarla.

-Voy a comprobar las transmisiones aéreas y a ver si descubro algo -anunció Jimmy Joe-. Sólo conoces la existencia de algún cerebro electrónico con un programa de filtro y ningún pez muerde el anzuelo. Tal vez alguna de ellas pueda conducirnos hasta el pez gordo.

-Recibido y registrado -respondió Tyrone.

La morena había abandonado el escenario. Apareció otra. Vaya, vaya, mira eso: Belladonna Wright en persona. Aquello era cosa de Jimmy Joe, que había modificado la imagen para otorgarle a la nueva mujer la cara y el cuerpo de Bella. Tyrone no estaba dispuesto a arriesgarse, ni siquiera en la realidad virtual. Si el Quebrantahuesos se enteraba, sería... nefasto.

-Me voy -dijo Tyrone.

Jimmy Joe le brindó una gran sonrisa y cloqueó como una gallina:

-¡Cloc, cloc, cloc!

-Tienes razón. No estoy dispuesto a pasar seis semanas regenerando tejido óseo, monada. Especialmente por una imagen que ni siquiera es real.

-Tú te lo pierdes -replicó Jimmy Joe-. ¿Quién va a saberlo?

-Basta con susurrar un par de palabras al oído del Quebrantahuesos y te convertirá en picadillo.

Jimmy Joe se encogió de hombros.

-No vale la pena desperdiciarlo -dijo, antes de volver la cabeza para ver cómo la Bella

sintética se despojaba de su ropa.

-Yo me voy -insistió Tyrone, pero volvió la cabeza a hurtadillas mientras se dirigía hacia la puerta.

Tal vez se pasaría por Cibernación, para ver lo que había por allí.

Jueves, 30 de setiembre, 8.20 horas
Quantico

Desde el interior del Viper, aparcado al otro lado de la calle, Jay Gridley observó a Tyrone Howard cuando salía del club de striptease. El chico no lo vio. Sonrió. El coronel le había pedido que vigilara a su hijo de vez en cuando y a Gridley no le importaba, pero no iba a delatarlo. Los adolescentes eran curiosos y una mujer desnuda en la realidad virtual era mucho menos peligrosa que algunas de las cosas en las que podía meterse un muchacho, dentro o fuera de la red. Cuando a un adolescente no le interesaba contemplar a una mujer desnuda, había llegado el momento de que su padre empezara a preocuparse.

Ningún mal, ningún pecado.

Tyrone montó en su Harley y arrancó.

Gridley vio cómo se alejaba, antes de arrancar el motor del Viper. Tenía muchas otras cosas de que preocuparse.

Jueves, 30 de setiembre, 11.55 horas
Quantico

Toni Fiorella hacía estiramientos en el gimnasio para calentar las rodillas. Levantó la cabeza, vio que entraba Rusty y éste la saludó con la mano. Ya iba vestido para hacer ejercicio.

Era bastante buen alumno. Muy flexible, aunque con una afición un poco excesiva a la velocidad y la fuerza, ninguno de cuyos atributos era necesario en bukti negara. Si alcanzaba el serak, le serían útiles, pero para ello le faltaban muchos años de persistente trabajo. Hasta ahora por lo menos se había presentado a todas las clases, y sus

movimientos indicaban que había practicado por su cuenta. Todavía sentía recelo de acercarse, persistía en mantenerse demasiado alejado para utilizar debidamente las técnicas, pero eso se solucionaría con el tiempo.

-Hola, gurú.

-Rusty. Empecemos.

El asintió. Se colocó con los pies separados, las manos junto al cuerpo con las palmas hacia adelante y los dedos señalando al suelo.

A diferencia de algunos de los estilos tradicionales japoneses, sólo había un puñado de términos indonesios que uno debía saber para practicar su versión del silat. Uno de ellos era el que significaba «en guardia».

-Jagah -dijo Toni.

Se colocó en la misma posición que Rusty. Su gurú tenía razón: enseñar a otro la ayudaba a agudizar su propia destreza, la obligaba a reflexionar, a tener las cosas claras en su propia mente antes de transmitirlas. La reverencia ceremonial, algo que había hecho desde hacía muchos años, era un buen ejemplo. Para ella era algo automático, una sola acción suave y prolongada, pero para un principiante consistía en una serie de pequeños movimientos, cada uno con su propio significado:

Me presento ante el Creador al principio...

Se avanzaba el pie izquierdo, junto a y un poco por delante del derecho, con las rodillas flexionadas, se movían las manos al lado izquierdo, a la altura de la cadera, las palmas hacia el suelo y la izquierda sobre la derecha.

Me presento con mi mejor saber y conocimiento del Arte...

Se levantaban las manos y se separaban del cuerpo como en actitud de súplica, con las palmas hacia arriba, casi como si se sostuviera un libro. Se cerraba la derecha en forma de puño, se cubría con la izquierda y ambas se llevaban al pecho.

Suplico al Creador que me conceda todas esas cosas que no alcanzo a ver...

Otro movimiento de lectura, con las manos abiertas levantadas hasta cubrir los ojos.

...para grabarlas en mi corazón...

Las manos unidas en namaste, la posición clásica de rezar, tocaban el pecho sobre el corazón hasta el fin.

Y el último movimiento, una repetición del segundo, con las palmas hacia abajo junto a la cadera.

-Haz tu djuru, por favor -pidió Toni.

Rusty asintió y empezó el Djuru Primero.

Era la más simple de las danzas, pero de ella surgía todo lo más complejo. Se trataba de una metáfora de la vida, por lo que Toni había llegado a comprender.

Jueves, 30 de setiembre, 12.30 horas
Quantico

La Sirena pidió una coca-cola, pollo agridulce y arroz caldoso, en el establecimiento chino al que el objetivo acudía a veces con su triciclo para almorzar. Hacía calor, aunque soplaba una ligera brisa que mantenía la humedad a raya, y se sentó a una de las pequeñas mesas blancas de hierro forjado de la terraza del restaurante. Llevaba una holgada camiseta gris, unos pantalones de algodón negro muy anchos, gorra de béisbol y gafas de sol. Su peluca era morena, y aunque la gorra ocultaba gran parte de la misma, bastaba para contribuir a su cambio de aspecto, de modo que no se pareciera a nadie que el objetivo hubiera visto antes.

Ahí llegó con su triciclo. Una capa de sudor propia del bochorno brillaba en su cara y cuello.

Abrió las cajas de cartón y vació el pollo y el arroz mezclados en un plato también de cartón. Lo removió todo con los palillos desechables y dejó que el arroz se empapara de salsa. Había otra docena de comensales en la terraza que disfrutaban de la comida y del aire fresco. La Sirena no miró a ninguno de ellos a los ojos; tampoco al objetivo.

Este aparcó su triciclo, se quitó los guantes y el casco, los colgó del manillar y entró en el restaurante. Los músculos de sus piernas estaban duros, después de tanto pedalear. Su ceñido pantalón elástico ocultaba poca cosa, para quien le interesara mirar... Y era interesante. Ella no practicaba el celibato, aunque dejaba el sexo al margen cuan-do trabajaba. Mora Sullivan podía darse un buen revolcón en la cama cuando le apetecía, pero la Sirena no podía permitirse correr ese riesgo.

No siempre había sido así. En una ocasión, al principio de su carrera, se había ligado a su objetivo en un bar. Era un individuo apuesto, al que acompañó a su hotel y se acostó con él. Fue una relación muy atlética.

Cuando él se quedó dormido de satisfacción y agotamiento, ella sacó de su bolso una pistola del calibre veintidós con silenciador y le disparó dos veces en la nuca. El nunca supo lo que le había sucedido, y en aquel momento, ella se sintió satisfecha de sí misma. Había con-
vertido sus últimos momentos en una experiencia muy feliz. Si uno debía morir, había peores formas de hacerlo que haciendo el amor con una mujer apasionada, para quedarse luego dormido y no volver a despertar jamás. Lo que hizo fue una imprudencia. Dejó pelos y flui-dos en el escenario del crimen, y permitió que la viera el personal del hotel, aunque iba disfrazada. Habían transcurrido varios años sin consecuencias y el incidente había caído en el olvido, pero eso no quitaba que hubiera sido una estupidez. En otro momento y otro lugar podría ser divertido acostarse con su objetivo actual, pero no estaba dispuesta a dejarse llevar por sus sentimientos y arriesgarse a que la pillaran.

Se comió el pollo; no era el mejor que había probado, pero tampoco el peor.

¿Iba a ser hoy el día en cuestión? Miró al objetivo en la cola, a la espera de pedir su comida.

La Sirena sonrió.

Veintiuno

Viernes, 1 de octubre, 7.00 horas
Kiev

En Kiev había varios buenos restaurantes, pero el desayuno se había organizado en una suite privada del nuevo hotel Hilton, cerca de la orilla del hermoso Dniéper, en un lugar antes ocupado por un teatro y una serie de tiendas. A diferencia de los restaurantes públicos, dicha suite podía inspeccionarse, y de hecho había sido inspeccionada, para garantizar la ausencia de micrófonos ocultos. En sus ventanas del sexto piso se habían instalado simples vibradores que impedirían el funcionamiento de lectores láser, dirigidos a ellos desde media manzana de distancia. Habían despedido a los camareros y cerrado las puertas con llave, de modo que los secretos quedaran entre los participantes. Y no porque fuera probable que alguien los espiara. Nadie fuera de aquella habitación tenía realmente ninguna pista de lo que ocurría en su interior, pero siempre era preferible excederse en las precauciones.

Plekhanov exhibía su impasible sonrisa, que no revelaba ninguno de sus pensamientos. Esta era simplemente una de tantas reuniones. A estas alturas, se sabía qué pie calzaban los participantes y sus fortunas dependían de él. Hoy eran políticos, mañana serían militares. Dentro de unos días estaría en la habitación de otro hotel, en otro país, manteniendo conversaciones similares con políticos y generales. Cubriendo todas sus apuestas.

Acabaron de comerse los huevos revueltos y el paté de salmón, tomaron su zumo y el café. A Plekhanov le gustaba su fuerte aroma amargo, oscuro como un exprés. No esperaba que el café fuera tan rico en un lugar como ése.

-¿Dispondrán de sus nuevos números de transferencia? -preguntó Plekhanov.

Había otras tres personas en la sala, dos hombres y una mujer, todos miembros debidamente elegidos del Verkhovna Rada, el parlamento local.

-Sí -respondieron al unísono.

Plekhanov asintió. El dinero electrónico que les había facilitado, aproximadamente medio millón a cada uno en divisa local, era inconsecuente. Evidentemente, era una fortuna para un agricultor dedicado al cultivo de la patata, un profesor universitario a tiempo parcial y un ex oficial del ejército. Ese dinero en particular servía para lubricar las ruedas, facilitar y suavizar los pasos, sobornos, regalos, contribuciones políticas, lo que fuera necesario. Habría mucho más en el futuro, acompañado del poder correspondiente. Estas tres personas estaban destinadas a convertirse en el nuevo presidente y sus dos ministros más influyentes, cuando se celebraran las próximas elecciones. Todavía no había decidido el cargo que ocuparía cada uno de ellos, pero ya faltaba poco y debía empezar a tomar decisiones.

Mañana hablaría con sus dos generales ucranianos domesticados, también a punto de ascender en rango y prestigio. La montaña se podía escalar por distintos senderos, pero los dos que otorgarían mayor poder a quien alcanzara la cima se encontraban en el arsenal del ejército y en los maletines de los legisladores. Si uno disponía de ambos, era prácticamente invencible; con otro adicional, se convertía en intocable.

Era lamentable que las iglesias no tuvieran aquí el poder de antaño...

-Camarada Plekhanov -dijo la mujer.

Era Ludmilla Khomyakov, cuyos padres eran oriundos de Moscú y en otra época muy activos en los círculos del Partido Comunista. Hacía mucho tiempo que nadie lo llamaba «camarada», o por lo menos no en el sentido en que ella utilizaba dicho término.

-Diga.

-Ha surgido cierta... dificultad, con el movimiento sindical. Igor Bulavin amenaza con convocar una huelga de sus miembros, si se aprueban las nuevas reformas.

-Bulavin es un cosaco y un demente -respondió Razin, el ex oficial del ejército, retirado como comandante antes de dedicarse a la política.

-Usted también es un cosaco, Yemelyan -declaró Khomyakov.

-Por eso lo sé -repuso Razin-. No se preocupen por Bulavin. Puede tener un accidente mortal, en ese viejo coche del que tan orgulloso se siente. Es fácil de organizar.

Plekhanov miró a la mujer.

-¿Considera usted que Bulavin supone una amenaza suficientemente grave para justificar semejante... accidente, Ludmilla?

Ella meneó la cabeza. Tenía cuarenta años, pero todavía era muy atractiva.

-Es una amenaza, pero tal vez no sea necesario llegar hasta ese extremo.

-La muerte es definitiva -indicó Razin.

-Da, lo es, pero Bulavin es un diablo conocido. Vivo y debidamente controlado, aún puede sernos útil.

-¿Y cómo se propone controlarlo? Es demasiado estúpido para temer las amenazas, no aceptará un soborno, y no tiene trapos sucios en el armario con los que podamos presionarlo. Sugiero que lo aniquilemos.

El tercer hombre, Demitrius Skotinos, de origen griego, que todavía se dedicaba a cultivar patatas al norte del país, no dijo nada.

-Tal vez podríamos introducir algún trapo sucio en su armario -sugirió Khomyakov.

Razin dio un soplido y Plekhanov la miró con una ceja levantada.

-A Bulavin le gustan el alcohol y las mujeres -dijo Khomyakov-. Hasta ahora ha sido discreto y ha procurado limitar sus actividades en dichos campos, con el fin de no irritar a los miembros de su sindicato si las descubren. No ha bebido excesivamente en público y sólo ha mantenido alguna relación ocasional con una secretaria. Los hombres son hombres y no les preocupan esas cosas. Tal vez podríamos facilitarle a una mujer que estuviera dispuesta a... adulterarle la bebida y realizar actos que tanto a los miembros de su sindicato como a su esposa les parecieran... ¿de mal gusto? Hay muchas posibilidades en este sentido. Evidentemente, nuestra mujer dispondría de una excelente cámara holográfica.

-¡Vaya! -exclamó Razin-. ¿Lo metería en la cama con un chico? ¿Con una oveja? ¡Esa es la respuesta femenina a todo! ¡Si se mueve, fóllatelo!

-Tal vez es preferible a la respuesta masculina: si se mueve, mátalo -replicó ella con una sonrisa.

A Plekhanov le gustó tanto su respuesta como su solución. Brutos los había en todas partes, la sutileza era más difícil de encontrar. Un enemigo mortal en el bolsillo era a veces preferible a uno muerto y sepultado. Aunque sólo a veces.

Bueno, por lo menos sabía quién sería el nuevo presidente de Ucrania.

Jueves, 30 de setiembre, 23.00 horas
Washington, D. C.

-Apuesto a que nunca has visto cómo asesinaban a alguien, ¿verdad, Scout?

El perrito meneó la cola, momentáneamente distraído de su olfateo y su meada. Cuando el comentario no pareció convertirse en ninguna orden, volvió a lo suyo.

Disfrazada de anciana, la Sirena se acercaba a la casa del objetivo. Había decidido hacerlo esa noche. El objetivo estaba todavía despierto, un poco tarde para sus costumbres, pero la luz de su mesilla de noche seguía encendida. Sería un trabajo limpio, sencillo y rápido. Cuando alguien descubriera que estaba muerto, ella estaría en su casa y Phyllis Markham habría desaparecido para siempre.

La Sirena se agachó para acariciar al perro. Al mismo tiempo le soltó la correa, pero le ordenó que permaneciera junto a ella.

Se ajustó los finos guantes de algodón blanco que llevaba puestos, agarró su bastón y se

incorporó lenta y dolorosamente. Cuando empezó a avanzar penosamente, el perro la siguió. Cualquiera que estuviera a más de un par de metros de distancia creería que el perrito seguía sujeto a la correa, especialmente si los había visto antes. La gente veía lo que uno quería que viera.

Cuando llegó a la casa del objetivo, se obligó a respirar hondo varias veces. Por muchas misiones que realizara, siempre le subía la adrenalina. Se le aceleraba el pulso y la respiración, se sentía tensa, inquieta, ansiosa por actuar; era algo que le encantaba y formaba parte del atractivo de su trabajo. Si llegaba el momento en que no experimentara aquel nerviosismo antes de entrar en escena, aquella sensación de tener mariposas revoloteando en el estómago, abandonaría su trabajo, por mucho dinero que le faltara para alcanzar su objetivo. Llegar a sentir tanta indiferencia podía ser peligroso.

La oscuridad estaba impregnada de aromas otoñales: las hojas, la hierba, el olor a suavizante de la ropa de alguna secadora. El aire era sensualmente fresco, en las partes de su piel que no cubría el maquillaje. Las estrellas brillaban a través del resplandor de la ciudad, como piedras preciosas en un firmamento casi despejado. Pasó volando una polilla, que dejó una estela fantasmagórica en el aire de la noche. Las sensaciones siempre adquirían un filo sicodélico cuando el juego de la vida o la muerte llegaba a sus postrimerías. Esta era otra parte de la atracción.

Uno no estaba nunca tan vivo como cuando bailaba con la muerte.

Miró a su alrededor y comprobó que estaba sola. Ordenó a Scout que se metiera entre los matorrales que había a la izquierda de la puerta principal, donde nadie pudiera verlo.

-Scout, siéntate, no te muevas -dijo.

El pequeño perro se sentó obedientemente y permaneció quieto. Lo había puesto a prueba y había permanecido en esa posición por lo menos una hora. Ahora sólo necesitaba cinco minutos, a lo sumo.

La Sirena se acercó a la puerta y pulsó el botón del timbre.

Alex Michaels se había quedado dormido en la cama, con un informe técnico sobre las rodillas. Se despertó sobresaltado al oír el timbre de la puerta y miró el despertador de la mesilla de noche. ¿Quién llamaría a esas horas?

Se levantó, desnudo, se puso un albornoz y lo sujetó con el cinturón.

Sonó de nuevo el timbre.

Frunció el entrecejo, todavía medio dormido. Debía de ser alguien de la oficina.

¿Si? ¿Y por qué no lo habían llamado por teléfono? Tenían sus números.

Abrió el cajón de la mesilla de noche, cogió su Taser reglamentaria y la guardó en el bolsillo de su albornoz. No es que estuviera realmente preocupado, pero había habido algunos robos en Washington en los que un par de individuos fuertemente armados llamaban a la puerta y se introducían en la vivienda cuando sus ocupantes la abrían. Era preferible estar preparado.

Por la mirilla vio a la anciana del caniche, se relajó y abrió la puerta. Parecía disgustada.

-Lamento molestarlo -dijo la anciana-, pero Scout se ha soltado de la correa -agregó, mostrando la empuñadura de plástico con el gancho que colgaba-. Creo que se ha metido por su portal, hacia el jardín trasero de su casa. Si tuviera la amabilidad de dejarme pasar... No quiero empezar a dar voces en plena noche y despertar al vecindario.

-Por supuesto -respondió Michaels-. Pase por la casa.

-No quiero molestarlo. Puedo dar la vuelta.

-No se preocupe -sonrió Michaels, al tiempo que la invitaba a entrar y cerraba la puerta-. Sígame -agregó, dirigiéndose a la sala de estar.

-No sé qué le ha pasado -dijo la anciana a su espalda-. Nunca hace esas cosas. Debe de haber oído algo en los matorrales.

-Todos mis vecinos tienen gatos -respondió Michaels-, aunque la mayoría son de mayor tamaño que su perro. Puede que tenga problemas si se enfrenta a alguno de ellos.

Estaban en la pequeña cocina, casi junto a la puerta corredera de cristal, cuando Michaels oyó al pequeño perro que ladraba. Parecía estar en la parte delantera. Probablemente había perdido al gato y regresado en busca de su mamá.

-Ah, ahí está -dijo, al tiempo que volvía la cabeza, y entonces vio a la anciana que levantaba el bastón por encima de un hombro, como si se tratara de un bate de béisbol.

Su expresión era fría, pero decidida.

Trató de golpearlo, como si se propusiera mandar la pelota fuera del estadio...

¡Mierda!

Michaels intentó hacer dos cosas simultáneamente: sacar la Taser del bolsillo de su albornoz y retroceder de un salto. Ninguna le salió bien. Se golpeó con el borde de la mesa, el albornoz se le enredó en una silla y la tiró al suelo. La silla cayó entre él y la anciana... y eso fue lo que le salvó.

El bastón silbaba en el aire mientras ella lo agitaba, pero al acercarse se golpeó las espinillas contra la silla derribada y se detuvo.

-¡Joder! -exclamó, en un tono no sólo impropio de una dama, sino más grave y potente, como de una persona más joven.

Retrocediendo todavía a trompicones, Michaels tropezó con la puerta corredera. Se dio un fuerte golpe en la coronilla, que produjo un sonido casi metálico, pero el cristal resistió...

La anciana apartó la silla caída de un puntapié y empezó a avanzar de nuevo con el bastón en alto, pero ahora Michaels tenía la Taser en la mano, apuntó y apretó el gatillo...

¡ No, no fue el gatillo lo que apretó, sino el interruptor de la mira láser! ¡Maldita sea!

Apareció un diminuto punto rojo, pero en la pared, junto a la anciana. Movió la Taser y situó el punto en el pecho de la vieja...

La mujer soltó un gruñido y lanzó el bastón, que alcanzó a Michaels en la barriga, bajo sus brazos extendidos.

No le dolió, pero el fuerte golpe afectó su puntería y el punto del láser se desplazó a un lado, fuera del cuerpo de la anciana, que dio media vuelta y echó a correr.

Cuando Michaels se recuperó, la mujer casi había desaparecido de su campo de visión y ya estaba cerca de la puerta principal. ¡Maldita sea, era rápida! Aunque hubiera sido capaz de acertar a esa distancia, la Taser sólo era eficaz a cinco o seis metros como máximo.

Echó a correr tras ella. No sabía quién coño era esa mujer, ni lo que se proponía, pero, joder, ésta era su casa y su sorpresa se tornó en rabia...

¿Quién coño se había creído que era? ¿Cómo se atrevía?

La oyó gritar algo que no alcanzó a comprender, pero cuando llegó a la puerta se encontraba ya a veinte metros de distancia y seguía corriendo a toda velocidad. En el fondo de su mente, ver a una anciana de setenta años que corría como una atleta olímpica era asombroso, aunque ya se había percatado de que era una joven disfrazada.

Empezó a correr tras ella, pero le llevaba demasiada ventaja y era muy rápida. No lograría alcanzarla con su albornoz y sus zapatillas.

Había pasado el peligro. La había ahuyentado. Lo que debía hacer ahora era llamar a la policía, dejar que ellos la buscaran.

Empezó a entrar de nuevo en la casa, pero se detuvo al oír algo en los matorrales. Levantó su Taser y movió el punto rojo del láser de un lado para otro, en busca de un objetivo.

-¿Quién está ahí? ¡No se mueva o disparo!

Estaba dispuesto a cargarse a alguien, a cualquiera que se le pusiera por delante.

Nada.

Avanzó cautelosamente hacia los matorrales.

En el suelo, con las patas delanteras estiradas y mirándolo a la cara, se encontraba el caniche de la anciana. El perro dio un ladrido y meneó la cola.

Michaels meneó la cabeza. ¡Joder!

-Ven aquí, muchacho. Acércate, Scout -dijo después de agacharse.

El pequeño perro se le acercó inmediatamente, con la cabeza gacha y sin dejar de menear la cola. Michaels lo levantó en brazos y el perro le lamió la mano.

Se percató de que su respiración era mucho más rápida de lo habitual y frunció el entrecejo. Respiró hondo y procuró tranquilizarse.

¿Qué coño sucedía?

Veintidós

Jueves, 30 de setiembre, 23.55 horas
Washington, D. C.

¡Maldita sea!

En su impecable coche, cuando salía por la noche de Maryland, la Sirena volvió a ponerse furiosa y golpeó el volante con la palma de su mano derecha.

-¡Mierda, mierda, mierda!

Sabía que no hacía más que malgastar su propia energía y que eso no servía para nada. Lo hecho, hecho estaba y no cabía responsabilizar a nadie, más que a sí misma. Había sido culpa suya. Había ordenado al perro que se quedara donde estaba, pero no que permaneciera «callado». Uno de los malditos gatos debió de asustarlo y naturalmente le ladró, porque ¡ella no le había ordenado que no lo hiciera!

Había sido una estupidez, un error de aficionado, tan simple que no se le había ocurrido. Pero a pesar de que sólo malgastaba su propia energía, estaba furiosa y golpeó de nuevo el volante.

Era increíble, pero era lo que siempre sucedía cuando la suerte era adversa. La más mínima cosa que podía salir mal para estropearlo todo siempre lo hacía exactamente en el momento más inoportuno. Aquel ladrido, en el momento en que se disponía a asestar el golpe, había estropeado el asesinato. Un segundo antes y ella habría sido una anciana sonriente, que a duras penas seguía al objetivo. Un segundo después y el objetivo habría yacido frío en el suelo, a la espera de la puntilla: fin de la partida, rey derribado.

Si el perro no hubiera ladrado... Si el objetivo no hubiera llevado una Taser en el bolsillo... Si la silla derribada no le hubiera cortado el paso...

Si, si, si.

¡Maldita sea!

De modo que ahora tenían al perro, tenían su bastón y, si no eran mucho más estúpidos de lo previsible, sabían que Alexander Michaels era el objetivo de un asesino. No tardarían en encontrar la casa que había alquilado en el barrio, aunque no había nada en la misma que pudiera relacionarla con su verdadera identidad. Sabrían que lo había estado vigilando. No creía que lo que tenían pudiera serles de mucha utilidad, pero una cosa era segura: acercarse ahora al objetivo iba a ser mucho más difícil.

Eso le provocó una sonrisa, a pesar de su enojo. Sí, claro, todavía se proponía eliminar al objetivo, de eso no cabía la menor duda. Los obstáculos serían mayores, los riesgos más peliagudos, pero ella nunca incumplía un contrato. Jamás.

Bien, si lo que quería era un reto, ahora sin duda lo tenía.

Viernes, 1 de octubre, 0.34 horas
Washington, D. C.

Alex intentaba fingir que no tenía importancia, pero Toni sabía que no era cierto. Estaba nervioso. Ahí de pie parecía tranquilo, con un pantalón castaño y una camiseta, descalzo, con el caniche que había formado parte de la tapadera de la asesina frustrada en brazos.

Acarició distraídamente al perro, cuando los policías se quitaron simbólicamente la gorra y se retiraron. No habían permitido que la policía local iluminara la zona con sus luces parpadeantes, pero a pesar de todo había mucha actividad alrededor de la casa de Alex, para ser una hora tan avanzada de la noche. Los vecinos se asomaban a sus ventanas o salían a la puerta, intentando averiguar qué era lo que sucedía.

Toni se sentía aliviada de que Alex estuviera bien, de que hubiera fracasado el intento de asesinato. También se sentía gratificada de haber sido la primera persona a quien él había llamado, antes de haber hecho cualquier otra llamada. Eso significaba algo.

Toni no había perdido tiempo en asumir aquella investigación. Pertenecía a Net Force, formaba parte del caso Steve Day. Sólo habían llamado a la policía local para formar un cerco con el propósito de capturar a la mujer, pero probablemente era demasiado tarde para eso. Esa mujer no se habría escondido tras un arbusto a una manzana de distancia, ni nada por el estilo. Si es que era una mujer. ¿No podía tratarse de un hombre de pequeña estatura disfrazado?

-Alex.

-Dime.

-Necesitaremos al perro.

-¿Al perro? -preguntó, después de mirar al caniche-. ¿Para qué?

-Hay que hacerle una exploración para comprobar si lleva implantado un chip de identificación, o algo por el estilo.

-No, creo que se quedará aquí conmigo. Manda a alguien del laboratorio para que le haga aquí el reconocimiento.

-Alex, es una prueba.

-No, ha sido él quien ha evitado que acabara en una fosa junto a Steve Day -repuso, antes de mirar al perro y rascarle detrás de una oreja-. Es un buen chico, ¿no es cierto, Scout?

Toni asintió. Cualquiera que no lo conociera supondría que Alex estaba acostumbrado a que entraran asesinos en su casa y se quedaba tan tranquilo, pensando en lo agradable que era la noche. Pero ella lo conocía. Tal vez mejor que él a sí mismo.

-Supongo que de momento podemos trabajar con esto -dijo, levantando el bastón, envuelto en una hoja de plástico.

-Llevaba guantes -señaló Alex-. Blancos, probablemente de seda o de algodón. Apuesto a que lo limpió después de ponérselos.

-No hay ningún mal en comprobarlo -respondió Toni. Alex se encogió de hombros.

Los últimos policías locales se habían retirado, pero quedaban todavía cuatro agentes de Net Force. Uno en cada entrada de la casa, uno en un coche al otro lado de la calle y otro junto a la puerta corredera. Permanecerían con Alex hasta resolver aquel asunto.

Toni sintió una rabia que no tenía más remedio que contener. Quienquiera que fuera esa persona, él o ella lo lamentaría si caía en sus manos antes de que los demás la encontraran.

-¿Estás bien?

-Sí. Es sólo que ha sido una sorpresa ver a esa encantadora viejecita de mi barrio, dispuesta a partirme la cabeza de un bastonazo.

-Estoy segura.

-La he visto por aquí desde hace por lo menos una semana.

-También la habían visto los agentes que estaban de vigilancia en la calle. No ha sido algo improvisado; estaba al acecho.

Alex meneó la cabeza.

-Porque ocupo el cargo que dejó vacante Steve Day. Probablemente esa mujer tuvo algo que ver con eso.

-Sí, ya se me había ocurrido.

-Bien. Lleva este bastón al laboratorio.

-Puedo quedarme, si lo prefieres.

-No, vuelve al trabajo. Estoy bien.

Toni se retiró con reticencia, sin dejar de pensar en Alex acariciando al caniche, mientras regresaba en su coche a la central.

Viernes, 1 de octubre, 7.37 horas
Ciudad de Nueva York

Johnny el Tiburón estaba frente al escritorio de Ray Genaloni con una hoja de papel en la mano.

-¿Qué hay?

-Nuestro hombre en la comisaría de Washington acaba de mandarnos esto -respondió

Johnny-. Me ha parecido que querrías ser el primero en verlo.

Genaloni cogió el papel, se puso las gafas de ver de cerca y lo examinó.

-Parece ser que una mujer ha intentado matar al comandante de Net Force -indicó Johnny, antes de haber leído media docena de palabras.

Genaloni levantó la cabeza y miró por encima de las gafas.

-¿Intentado? ¿Intentado? -exclamó, antes de digerir el resto-. ¿Una mujer? ¿Me estás diciendo que la Sirena es una jodida mujer?

Johnny levantó ambas manos, indicando que no lo sabía. -Esto es lo que ha mandado nuestro hombre en Washington.

Genaloni leyó el papel. Era la copia del informe de un incidente, escueta y con pocos detalles. Tampoco parecía que la policía fuera a ocuparse del caso; se lo habían reservado los federales.

Genaloni meneó la cabeza. Una mujer, no podía creerlo. Había hablado con la Sirena tres o cuatro veces por teléfono sin llegar nunca a sospecharlo; su voz parecía la de un hombre. Una mujer. Eso le preocupaba más que el hecho de que hubiera fallado en su intento. Y no sólo le preocupaba un poco. ¿Qué ocurriría si la capturaban? ¿Y si guardaba alguna información que lo relacionara con ella?

Evidentemente eso ya le había preocupado antes, pero no demasiado. La Sirena siempre había cumplido su palabra. Había mucho dinero en juego y sería absurdo engañarlo. Pero ¿ahora? Eso era una mala noticia. Especialmente si era una mujer. No se podía confiar en ellas.

-Tenemos en plantilla algunos expertos en informática, ¿no es cierto?

-Algunos de los mejores.

-Ponlos a trabajar. Quiero que localicen a la Sirena. Encuéntrala, si realmente es una mujer.

-Y cuando la encontremos, ¿qué?

-Nada. Sólo encontradla. Yo decidiré qué hacer después.

Johnny asintió y se retiró. Genaloni contempló el fax. Ese asunto de Luigi y los federales era un desastre. No le gustaba ningún aspecto del mismo y la situación empeoraba. Tal vez había llegado el momento de cortar por lo sano y cerrarse en banda. Encontrar a Luigi y liquidarlo, por si había dicho algo que no debía. Encontrar a la Sirena y liquidarla, y luego ocuparse personalmente del individuo al que ella había intentado eliminar, sin dejar ningún cabo suelto.

¡Joder!, no necesitaba toda esa mierda. El maldito camino a la legitimidad estaría inundado de sangre hasta las rodillas, tal como se presentaba en este momento.

Joder.

Viernes, 1 de octubre, 12.12 horas
Nueva Orleans

Jay Gridley pasó de cuarta a tercera, disfrutando del potente ronroneo de su Viper, cuando reducía para tomar la salida de la derecha. Se detuvo en el semáforo, esperó a que pasaran un par de camiones y giró a la derecha.

Bienvenidos a Nueva Orleans. *Laissez les bons temps rouler*: dejen correr los buenos tiempos...

Había oído un rumor que debía investigar, que se llevaba a cabo alguna martingala: un montón de dinero desviado y las huellas de la transacción eran invisibles. Podría tratarse del individuo al que estaba buscando.

Paró en otro semáforo y, mientras esperaba a que se pusiera verde, observó el quiosco de periódicos situado en la esquina. Las portadas de los periódicos y las revistas, ablandadas por el calor y la gran humedad, se doblaban flácidamente. Había un mapa a todo color pegado al quiosco: ¡Cibernación! Realmente debería investigarlo un poco más a fondo. Un hombre en su posición debía saber esas cosas.

Un titular le llamó la atención. Le hizo un gesto al vendedor con un dólar en la mano y señaló el periódico que le interesaba. El dependiente se le acercó, cogió el dinero y le entregó el periódico.

El titular decía: «Primer ministro tailandés muere en accidente de tráfico».

El vendedor no le devolvió cambio.

Gridley tuvo tiempo de examinar el primer párrafo, antes de que el semáforo se pusiera verde.

Al parecer, el primer ministro Sukho se había caído con su coche desde un puente. En aquel momento iba solo; un inesperado accidente.

Su viuda no hizo ningún comentario.

Gridley soltó un suspiro. Vaya, vaya.

El tráfico era intenso en la ciudad, sus calles estaban llenas de habitantes locales y turistas que iban a visitar el río, probar sus sabrosos platos y asistir tal vez a un espectáculo de striptease en Bourbon Street, en el barrio francés. Cuando uno visitaba un lugar oficial en la realidad virtual, debía vivir en las condiciones locales del mundo real, e incluso en octubre, el calor y el bochorno eran aquí insoportables.

El lugar al que se dirigía se llamaba Argel y no era el mejor de los barrios, a pesar de que hacía años que intentaban limpiarlo. Lo había investigado un poco, lo suficiente para saber que quería entrar y salir con la mayor celeridad posible. Su Viper se desplazaba con suficiente rapidez para evitar muchos problemas, pero no era un tanque. De-pendía de la velocidad y de la pericia que hasta ahora le habían permitido huir de los malhechores en la realidad virtual, pero incluso un experto podía acabar en un callejón sin salida.

Circuló por un entramado de callejones, sin dejar de prestar mucha atención al tráfico. Vigilaba también atentamente a los peatones apostados en las esquinas, que tomaban tragos de cerveza de cuello largo o de otros líquidos desconocidos, escondidos en pequeñas bolsas de papel. En esta zona de la ciudad, la mayoría de las caras que veía eran negras, o por lo menos oscuras, y nadie parecía amable.

Vio cambiar dinero por bolsitas o pequeños frascos y mujeres con falda corta y tacones altos, apoyadas en los bancos de las paradas de autobús o en las puertas de los bares, a la espera de clientes potenciales.

Gridley no quería tener nada que ver con ellas, ni siquiera en la realidad virtual.

Consultó las direcciones que llevaba escritas. Giró de nuevo a la derecha y entró en una calle donde apenas cabían dos coches. Más adelante estaba la sucursal del Banco de Louisiana que buscaba, que parecía un remolque sin ruedas, junto a un solar lleno de escombros.

Frente al banco había un Corvette descapotable de color azul metálico, con el motor en marcha. Un individuo salió apresuradamente del banco. Parecía joven, pero caminaba como un viejo, llevaba un bonito traje y un maletín en la mano. Habría pasado por un cliente, un hombre de negocios, si no fuera porque iba enmascarado.

Levantó la cabeza, vio a Gridley y corrió hacia su coche. Mientras abría la puerta junto al volante, arrojó el maletín sobre el otro asiento y subió al coche.

De pronto, por alguna razón, Gridley lo supo. ¡Era él! ¡El programador! ¡Estaba seguro de ello!

Sonrió y aceleró su Viper. Le cortaría el paso a ese cretino, impediría su huida.

Pero el enmascarado se le adelantó. Arrancó el coche, y éste dejó marcas de neumáticos en el asfalto.

Bueno, bueno, no importaba. El Corvette era rápido, pero ni de lejos comparable al Viper en aceleración o velocidad máxima.

Gridley pisó el acelerador a fondo y sintió que el Viper despegaba, como si le hubieran clavado un aguijón en el trasero. Se acercaba al Corvette.

-¡Será mejor que abandones, amigo, no irás a ninguna parte! -exclamó en voz alta.

El callejón no había sido diseñado pensando en potentes vehículos que circulaban a ciento treinta kilómetros por hora. En una curva a la derecha ambos coches dejaron nuevas marcas de goma sobre el asfalto, pero Gridley mantenía el Viper estable en la calzada, cambian-do de velocidades, pisando el acelerador y reduciendo la distancia. Estaba a treinta metros y lo

alcanzaría en otros cinco segundos...

El conductor del Corvette arrojó un puñado de relucientes monedas al aire.

0 por lo menos eso parecía al principio. No fue hasta que cayeron al suelo cuando Gridley se percató de que no eran monedas, sino algo puntiagudo.

¡Abrojos!

Pisó a fondo el pedal del freno. Se bloquearon los frenos del Viper, el coche patinó y redujo la velocidad, aunque no lo suficiente. El neumático delantero izquierdo fue el primero en estallar como un petardo. El Viper se ladeó a la izquierda. Gridley dio un golpe de volante, enderezó parcialmente el coche, y casi lo había conseguido, cuando estalló el neumático derecho. El Viper giró sobre la nueva rueda pinchada, perdió tracción al golpear el bordillo de la acera, se pincharon sus dos ruedas traseras y se incrustó en el escaparate de una tienda. Estalló el cristal de la gran luna cuando el Viper penetraba en una pequeña panadería y arrasaba sus estantes. El coche patinó hacia atrás, derribó una mesa y se detuvo junto al mostrador. Con el impacto, la vieja caja registradora metálica cayó sobre el maletero del Viper.

El coche necesitaría una buena reparación.

Cubierto de cristales y bollos, Gridley miró al desconcertado panadero, con su delantal blanco y su sombrero, a medio metro de la puerta del Viper.

Gridley meneó la cabeza. Aquel individuo le había burlado, había frustrado su persecución y había huido sin dejar rastro. Miró al panadero, que lo contemplaba, atónito.

-Buenas. Dígame, ¿tiene buñuelos frescos?

Veintitrés

Viernes, 1 de octubre, 13.32 horas
Washington, D. C.

Junto a su taquilla, a la espera de que la huella de su pulgar le abriera la puerta, Tyrone Howard oyó una voz de ultratumba. No era como imaginaba que debía de sonar una voz del más allá, sino suave, grave, sensual y sin el menor indicio trágico.

-Hola, ¿eres Tyrone?

Volvió la cabeza y allí de pie estaba Belladonna Wright, con sus catorce abriles, la chica más hermosa de la escuela secundaria Eisenhower y probablemente la más bella de la región. Le sonreía.

Le sonreía a él.

Era hombre muerto.

¿Qué pretendía de él? Si alguien se lo mencionaba a LeMott Quebrantahuesos, más le valía despedirse de su pellejo ahora y evitar las prisas más adelante. ¡Joder!

-Pues... sí -respondió, horrorizado, con un sonido gutural que se grabó permanentemente en su memoria.

-Sarah Peterson me ha dicho que eres bastante bueno con los ordenadores, que podrías explicar su funcionamiento de un modo tan sencillo que incluso un zoquete como yo sería capaz de comprenderlo. Debo conseguir por lo menos ochenta puntos en Basic Cee, o estaré en un aprieto. ¿Crees que podrías ayudarme?

Desde el parapeto mental tras el que se había ocultado al percatarse de quién le hablaba, la voz de la autoconservación exclamó: ¡No! ¡Peligro, Will Robinson! ¡Alarma, alarma, corre, se ha reventado el pantano, ha estallado el volcán, llegan los extraterrestres! ¡No, lo siento, no puedo hacerlo, negativo, negativo, sálvese quien pueda, cuenta cero!

-Sí, claro -fue lo que salió, sin embargo, de la boca de Tyrone.

¿Quién ha dicho eso? ¿Estás loco? ¡Muerte! ¡Descuartización! ¡Destrucción! ¡Auxilio!, exclamó la voz de la autoconservación, mientras intentaba excavar una fosa en la roca bajo el parapeto.

-Muchas gracias. Bien, aquí tienes mi teléfono -dijo Bella-. Llámame y elegiremos la hora. ¿Prometido?

-¡Si, claro, prometido! ¡Lo que es seguro es que LeMott Quebrantahuesos me descuartizará como a un pollo asado!

Tyrone cogió el papel que Bella le ofrecía y sonrió pensativamente.

-Prometido.

Ella sonrió, dio media vuelta y echó a andar. Bueno, se alejó contoneándose, como lo haría tal vez una princesa polinesia en una playa de arena blanca bajo un sol radiante, dueña de todo lo que había a su alrededor.

En Tyrone despertó la lujuria. Al mismo tiempo, el miedo le dejó la boca tan seca como un puñado de huesos blanqueados durante cien años, al sol del desierto de Gobi.

¡Ese es tu futuro, imbécil! ¡Corre, escóndete, cambia de nombre, huye de la ciudad!

-¡Tyrone! ¿Estabas hablando con Bella?

Tyrone miró fijamente a Jimmy Joe, y lo único que pudo hacer fue asentir como un idiota.

-¡Joder! ¡Es un suicidio, Tyrone! ¡Muerte segura! Por cierto, te felicito por el cinturón negro.

Tyrone miró a Jimmy Joe con el entrecejo fruncido.

-¿Qué cinturón negro?

-El que vas a necesitar cuando Quebrantahuesos descubra que pretendes completar un circuito caliente con Bella. Eso o una pistola. Personalmente, preferiría la pistola.

-¡No intentaba ligármela! ¡ Sólo se ha detenido a hablar conmigo para pedirme algo! ¡Que la ayude con eso del Basic Cee!

-Claro.

-¡En serio! Me ha dado su teléfono, se supone que debo llamarla y reunirnos para... bueno...

-¿En algún lugar privado, como por ejemplo su casa? -sugirió Jimmy Joe.

-No, por Dios.

-Así es cómo me lo imagino: aparece Quebrantahuesos, te ve inclinado sobre el apetitoso hombro de Bella con la mano en su... ratón y... sayonara, Tyrone-san.

-¡Maldita sea!

-Bueno, puede que no. Podrías estar demasiado ocupado para ayudarla.

-Claro. Entonces ella se enoja, le cuenta al Quebrantahuesos que la he ofendido y ese bruto me mata.

-Efectivamente, parece que hagas lo que hagas, siempre pierdes.

-¿Por qué sonríes? ¡No tiene gracia, Jimmy Joe!

-Depende de cómo lo mires, ¿no crees? Mira, si vas a morir de todos modos, ¿por qué no divertirte? Aprovecha la oportunidad.

-Creo que debo ir al baño -dijo Tyrone, que de pronto sintió una necesidad imperante.

Las carcajadas apenas disimuladas de Jimmy Joe lo siguieron por el pasillo.

Viernes, 1 de octubre,21.45 horas
Grozny

Desconectada la realidad virtual, Plekhanov respiraba hondo en su despacho. ¿Cómo había logrado el operador norteamericano de Net Force acercarse tanto y con tanta rapidez? Sí, le había parado los pies y había destruido su programa, pero se había acercado demasiado. Eso no debería haber ocurrido.

Dejó escapar un suspiro y se tranquilizó. El era el mejor, pero debía de haber un segundo, o un tercero, o un décimo. La razón de los ataques contra el comandante de Net Force y sus operaciones era mantener sus buenos programadores ocupados en otras cosas. Los mejores de que disponían no estaban, evidentemente, en su categoría, pero a los niveles más altos las diferencias no eran saltos galácticos. No, los mejores jugadores eran peligrosos. Si uno de ellos se encontraba en el lugar oportuno en el momento justo, podía suponer un grave problema.

Se frotó los ojos. Sus rivales lo habían detectado. Evidentemente no había corrido ningún

verdadero peligro, tenía su ruta de escape organizada y varias formas de desalentar la persecución si la primera hubiera fallado, que no había sido el caso. Había instalado dichas salvaguardas precisamente por si sucedía algo tan improbable. Había escapado, ¿no es cierto? El muchacho, ese huérfano tailandés nacionalizado norteamericano, ¿cómo se llamaba? ¿Groly? ¿Gridley?, era un lince, pero por muy rápido que moviera los dedos, carecía de experiencia. Si se enfrentaran en un combate de boxeo en la realidad virtual, el chico tendría cierta ventaja, pero en ese cuadrilátero no se respetarían las reglas del marqués de Queensbury. Cuando no les constreñían las normas, el más viejo y más traidor siempre vencía al joven, a pesar de su rapidez...

No obstante, debía ser todavía más cauteloso. El crimen perfecto no consistía en huir cuando lo detectaban a uno; el crimen perfecto era el que nadie llegaba a saber jamás que se había cometido. Eso no era lo previsto en esta operación, pero permanecer sin ser detectado era mucho mejor que huir de un perseguidor. Debía mejorar ese aspecto.

Entretanto, los viajes a Bielorrusia y Kirguizistán eran lo siguiente en su agenda. Seguiría sembrando y pronto empezaría a cosechar.

Viernes, 1 de octubre, 16.02 horas

Quantico

El jefe de Michaels estaba al teléfono y sus noticias no eran particularmente halagüeñas.

-El presidente está preocupado, Alex. Han pasado más de tres semanas.

-Lo sé, señor -respondió Michaels, también consciente de la tensión en su propia voz.

Walt Carver no había llegado a ser director del FBI pasando por alto las sutilezas.

-No se enoje. Me limito a señalarle algo que usted ya sabe. Aquí la política marca toda la diferencia.

-Lo comprendo -dijo Michaels.

-Necesitamos una victoria -prosiguió Carver-. No tiene por qué ser un gran triunfo, sólo algo que podamos arrojarles a los grandes perros para evitar que nos acosen. Cuanto antes encuentre algo, mejor, y cuando digo «antes» me refiero a un par de días.

-Sí, señor.

-Lo mantendré a salvo de la comisión del Senado, pero el lunes necesito algo sobre el asesinato de Day. Martes a lo sumo.

-Sí señor.

A continuación Carver colgó y Michaels se puso en pie. Necesitaba moverse, quemar parte de su tensión nerviosa. No bastaba con que la noche anterior hubieran estado a punto de matarlo; ahora el maldito presidente de Estados Unidos pretendía despellejarlo. Si no encontraba algo, estaría muerto; si las fuerzas vivas llegaban a considerarlo un inútil, podía empezar a despedirse de su carrera.

Bueno, no importaba. Le encantaba el trabajo, era gratificante, pero joder, podía encontrar otro empleo, eso no suponía ningún problema. Siempre y cuando encontrara al asesino de Steve Day antes de que lo despidieran, eso no supondría para él ningún cargo de conciencia. En ningún momento había aspirado a aquel maldito cargo; no, dados los costes.

De pronto sintió el impulso de llamar a su hija. Consultó el reloj; aquí era poco después de la una de la tarde, pero dos horas menos en Idaho. ¿Habría regresado ya de la escuela? No lo sabía. Debería saberlo, pero no lo sabía. ¿Llevaba consigo un localizador? Meneó la cabeza: tampoco lo sabía. Y aunque lo llevara, no querría molestarla cuando estaba en clase. La preocuparía y ¿qué le diría cuando llamara? «Hola, cariño. ¿Sabes qué? Anoche estuvieron a punto de asesinar a papá y probablemente se va a quedar sin empleo.»

Sí, claro. No podía contárselo a nadie, aunque realmente lo deseara. Pero es que no quería contarlo. No pretendía quejarse de lo dura que era la vida, eso no resolvía nada y, además, a nadie le interesaba.

Estaba demasiado nervioso para permanecer sentado. Tal vez debería ir al gimnasio y sudar un poco. Eso no le haría ningún daño y tal vez se sintiera mejor. A veces el ejercicio le aclaraba la mente y luego se le ocurrían algunas buenas ideas. Sí, una buena sesión en el

gimnasio podría ser provechosa. Además, aquí no estaba resolviendo nada.

Había descubierto que el trabajo administrativo no era muy divertido.

Viernes, 1 de octubre, 16.42 horas
Quantico

Jay Gridley entró en la tienda virtual de Cane Masters en Incline Village, Nevada. Si hubiera podido elegir, habría preferido perseguir al ladrón de Nueva Orleans, pero el programador tendría que esperar. Le había echado una buena ojeada al coche de aquel individuo, había visto cómo se movía, y después de reflexionar sobre lo ocurrido, había asimilado su forma de operar. Había ciertas cosas que uno no podía ocultar, que tendían a sobresalir. Era principalmente el estilo lo que diferenciaba a un buen programador de otro y había una cosa de la que Gridley estaba seguro: si volvía a encontrar el rastro de aquel individuo, lo reconocería al verlo. Eso era una gran ventaja, de la que pretendía aprovecharse en cuanto pudiera.

Pero alguien había intentado asesinar a su jefe la noche anterior y eso era prioritario.

En las paredes de la tienda había estantes llenos de relucientes bastones de roble, nogal y nogal americano. También había otras armas de madera para las artes marciales, como palos y bastones de esgrima, además de cintas elásticas, vídeos, libros, chaquetas y camisetas con las palabras «Raising Cane» impresas.

Una atractiva china que estaba tras el mostrador miró sonriente a Jay, que llevaba el bastón utilizado contra Alex Michaels bajo el brazo.

-¿Puedo ayudarlo? -preguntó la dependienta. Gridley le entregó el bastón.

-¿Es uno de los suyos?

Después de consultar las descripciones de sus productos y los archivos GIF de todos los fabricantes de bastones de Norteamérica hasta encontrar lo que buscaba, ya lo sabía.

La mujer examinó el bastón.

-Sí, es el modelo Instructor, de nogal americano. ¿Tiene algún problema?

-No, funciona perfectamente, que yo sepa. Pero necesito cierta información. ¿Guardan ustedes un registro de ventas?

-Por supuesto.

-¿Hay forma de averiguar quién compró este bastón?

A la mujer se le borró la sonrisa de los labios.

-Me temo, caballero, que los datos de nuestros clientes son confidenciales.

-¿Hay algún encargado con quien pueda hablar?

-Un momento.

A los pocos segundos apareció un individuo alto con el entrecejo fruncido, tras la dependienta.

-¿Puedo ayudarlo, caballero?

Gridley sacó su documento de identidad de Net Force y se lo mostró.

-Este bastón ha sido utilizado en el intento de asesinato de un agente del gobierno federal -respondió, señalando el bastón que había traído consigo-. Necesito su registro de ventas.

-Me temo que no puedo mostrárselo -repuso el individuo.

-Sí puede. Puede hacerlo voluntariamente, con lo que nos ahorrará a ambos muchos problemas y pérdida de tiempo, además de ganarse mi gratitud. 0 puedo obtener una orden federal y regresar dentro de una hora, con un equipo de programadores de la inspección de Hacienda, para examinar todos los movimientos de su empresa en los diez últimos años. En mi opinión, esos muchachos encontrarán casi con toda certeza algunas irregularidades en sus operaciones. Dadas las actuales complejidades del código de impuestos, uno no puede ser completamente honrado aunque se lo proponga.

El encargado cogió el documento de identidad de Gridley, lo introdujo en un explorador informático y esperó su verificación.

-Estamos encantados de cooperar con el gobierno por todos los medios posibles -dijo cuando recibió la confirmación-. Denise, ¿tendrá la amabilidad de transferir nuestro registro a

este agente?

Gridley asintió, pero sin sonreír. Era una pena que no tuviera tanta influencia a la hora de reservar una mesa en un buen restaurante.

Salió de la tienda y se dirigió a su nuevo Viper. Bueno, en realidad, puesto que el programa que utilizaba era una copia de reserva del destruido en Nueva Orleans, era tan viejo como su antiguo Viper y con menos prestaciones que el siniestrado. Había introducido numerosas mejoras en el anterior y no se había molestado en hacer copias de seguridad. No tenía importancia, pero debería hacerle algunas modificaciones para que funcionara tan bien como el otro.

Examinó la copia impresa en el coche. Cane Masters existía como empresa desde hacía por lo menos quince años, y habían vendido millares de bastones. En los diez últimos años habían vendido varios centenares del modelo en particular por el que Net Force se interesaba. No obstante, examinar varios centenares de posibilidades era mejor que ninguna.

Arrancó el coche y frunció el ceño al oír el ruido del motor. Definitivamente, necesitaba una revisión. Lo puso en marcha y se alejó de la tienda.

Veinticuatro

Viernes, 1 de octubre, 23.14 horas
Las Vegas

Grigory el Serpiente había ganado trescientos dólares en fichas jugando al blackjack, en las mesas de cinco dólares del casino que tenía la forma de una gran pirámide. Para celebrarlo, se estaba emborrachando y hablaba de buscar a una prostituta. Las bebidas eran gratuitas, siempre y cuando siguiera jugando. Con toda probabilidad, la prostituta se quedaría con la mayor parte de sus ganancias, a cambio de unos momentos de placer desprovisto de amor y el riesgo de contraer una enfermedad mortal.

Ruzhyó no sabía lo extendido que estaba el VIH entre las putas norteamericanas. En partes de Africa y del sureste asiático, ocho de cada diez rameras estaban infectadas. Evidentemente existían vacunas para las variedades más comunes de dicha enfermedad, pero parecía que todas las semanas surgía una nueva. Además, el Serpiente había presumido en más de una ocasión de no utilizar preservativos en ninguna circunstancia. A Ruzhyó no le importaba que el Serpiente se infectara y se pudriera lenta y dolorosamente; lo lamentaba por la esposa de Grigory, que también podría contagiarse antes de que su marido tuviera la decencia de morirse. Y también lamentaba que se hubiera casado con semejante imbécil...

Ruzhyó se detuvo junto a una máquina tragaperras, escuchando los acordes molestos y discordantes de las demás máquinas, donde la gente tiraba metódicamente y sin placer de alguna de sus palancas o pulsaba sus botones. Nadie parecía divertirse. No había sonrisas, ni palmadas en la espalda, sólo una intensa concentración obsesiva, como si de ese modo fueran a alinearse por arte de magia los símbolos ganadores y les brindaran su recompensa. De vez en cuando lo hacían y a las luces parpadeantes y la cacofonía de la máquina se unía el ruido de las monedas, que parecía decir: «¡Mirad! ¡Alguien gana! ¡Sigue apostando! ¡Tú puedes ser el siguiente!».

Se suponía que la avaricia era divertida, pero al parecer sólo lo era cuando se ganaba.

No sabía por qué se le había ocurrido salir esta noche con el Serpiente. Ruzhyó no era jugador, las cartas, los dados y las ruletas eran cosas ajenas a su control. No le interesaban los riesgos. Lo único que se podía ganar era dinero, y no le producía mayor placer ganar que perder.

Tal vez intentaba demostrarse a sí mismo que todavía era capaz de relajarse y divertirse, en cuyo caso, no lo había logrado. Todavía no era medianoche y estaba harto del clamor, del escándalo de las máquinas y de las voces infelices de los clientes del casino, pero sobre todo de Grigory el Serpiente. De momento ya les había aclarado a los otros cuatro jugadores de su mesa que era un héroe de guerra ruso. Pronto hablaría de sus medallas. Ruzhyó no quería volver a oír esas historias. Nunca más.

Los días en que Ruzhyó era capaz de divertirse durante toda la noche y luego trabajar al

día siguiente habían pasado hacía mucho tiempo. La vida decadente era para los jóvenes o para los estúpidos.

Llegó Winters y se colocó junto a Ruzhyó. El norteamericano llevaba una camiseta negra con el logotipo de otro casino en la espalda, que tenía la forma de un león. Vestía vaqueros Levi's, un ancho cinturón con una hebilla grande y reluciente, y botas de montar a caballo. Tenía un vaso en la mano, con una bebida de color castaño. Parecia formar parte del entorno. Tomó un trago y frunció el entrecejo.

-Meados de lagarto -dijo, pero tomó otro trago-. Bienvenido a la versión adulterada de Disneylandia, amigo. ¿Has visto al entrar eso de la barca y el río de la muerte? ¿Dioses con cabeza de perro, Ra y todo lo demás? Joder, parece un viaje al país del olvido, la embarcación de la pirámide de las momias al otro mundo.

Ruzhyó consultó su reloj.

-¿Acumula unos pavos nuestro chico? -preguntó Winters.

-Sí, va ganando. Piensa retirarse después de otras tres manos y buscar compañía femenina profesional.

-Eso parece una buena idea. Gastar lo ganado en sexo. La forma de guardar un buen recuerdo. No como jugar y perder.

-Grigory tiene un método.

Winters se rió, tomó un último trago y dejó el vaso lleno de cubitos de hielo en el suelo, junto a sus pies.

-¿Un método? Joder, si tienes dinero y un método, el casino mandará un avión a recogerte. Te darán la habitación, la comida y las bebidas gratis. La única forma de ganar al veintiuno salvo haciendo trampas es contar las cartas, y si descubren que lo haces, te echan. Y nuestro amigo Griggy no es bastante listo para contar los naipes, más allá de los tres o cuatro que tenga en la mano, por no hablar de las múltiples barajas del mazo. Yo me crié encima de un bar con mesas de póquer y máquinas tragaperras. Créeme, si te quedas en las mesas, la casa siempre gana.

Ruzhyó miró a Winters y luego de nuevo al Serpiente.

-Voy a volver a mi habitación -dijo.

-Yo vigilaré un rato a Griggy. Tal vez evite que se meta en líos.

En el exterior hacía fresco, incluso después de un día en que la temperatura por la tarde había sido casi la misma que la temperatura corporal. Un viento racheado del desierto agitaba el aire seco y polvoriento. Las copas de las palmeras, situadas alrededor de los aparcamientos de la gigantesca pirámide negra, ondeaban como banderas orgánicas. Un potente rayo de luz emergía de la cima de la estructura, de su propio ápice. Dicho rayo era tan brillante y caluroso que absorbía el polvo de su entorno y lo propulsaba hacia el firmamento nocturno. Un reflector habría parecido pálido y anémico junto a aquel haz luminoso estilo láser en la cúpula de la pirámide.

Disneylandia para adultos. Sí, sumamente decadente.

¿Y qué haría cuando concluyera su misión? ¿Adónde iría? No a su casa, a los sofocantes recuerdos que no podía evitar cada vez que miraba a su alrededor. Tal vez se instalaría en un desierto, semejante al que rodeaba aquel frondoso enclave artificial. Lejos de todo el mundo, convertido en un anacoreta, con la única compañía de las arañas, los escorpiones y auténticas serpientes. A pasar calor durante el día y protegerse en su cama del frío de la noche, con el ruido del viento sobre la arena y tal vez el aullido lejano de un coyote...

Sonrió al pensar en su fantasía. No, no se instalaría en el desierto. Aceptaría otra misión de Plekhanov, ya que siempre habría más misiones de un hombre como él, y la llevaría a cabo. Y así seguiría hasta encontrarse algún día con un rival más joven, más rápido y más hambriento que él. Y entonces habría terminado.

No se arrojaría desde lo alto de un puente, ni se pegaría un tiro en la boca, ni huiría y se escondería. Seguiría haciendo lo único que realmente siempre había sabido hacer y lo haría lo mejor que pudiera. Era lo único que tenía. Aparte de Anna, era lo único que había tenido en la vida. Era su camino y lo seguiría hasta el final.

El viento seco lo seguía de camino al hotel.

Sábado, 2 de octubre, mediodía
Quantico

Toni dobló la cintura, se tocó los dedos de los pies y luego se agachó. Le crujieron las rodillas. Se incorporó y zarandeó las piernas. Era una de las tres únicas personas en el gimnasio de Net Force. La mayoría de la gente no trabajaba el sábado y normalmente ella tampoco lo habría hecho, pero hasta que descubrieran algo sobre la muerte de Day y lo que acababa de sucederle a Alex, no iba a tomarse días de descanso. Prácticamente nadie lo haría.

Levantó la cabeza y vio que Rusty salía del vestuario masculino. No esperaba encontrárselo hoy aquí. A este nivel, los reclutas del FBI solían tener libres los fines de semana.

-Gurú -dijo, con una pequeña reverencia.

-Rusty. No esperaba verte hoy por aquí.

-Bueno, sabía que estarías trabajando y yo no tenía ningún otro compromiso. ¿No te importa?

-Claro que no.

Toni había comprobado que le gustaba enseñar. La obligaba a reflexionar sobre su propia forma, asegurarse de que algo era correcto antes de transmitirlo. Su gurú estaba en lo cierto, aprende tanto el maestro como el alumno.

Pasaron otros cinco minutos haciendo ejercicios de calentamiento, estirando y doblando articulaciones.

-Bien, empecemos -indicó Toni.

El se colocó frente a ella, ambos inclinaron la cabeza y Toni le inició en el primer djuru.

Mientras Rusty avanzaba y retrocedía, repitiendo una simple combinación de bloqueo/codazo/puñetazo, Toni corregía su posición, demostraba el movimiento de los pies y ajustaba ligeramente la altura de sus manos. Ella siempre había tenido que repetir las secuencias decenas o incluso centenares de veces hasta asimilarlas, pero Rusty aprendía con rapidez. No tardaba en asimilar las lecciones.

Después de practicar el djuru durante diez minutos, Toni le paró.

-Bien, hoy vamos a trabajar en los movimientos sapu y beset.

El asintió, pero la miró perplejo. Toni sonrió.

-Sapu es un barrido, para el que se utiliza el interior del pie o de la pierna. Literalmente significa «escoba». Beset es una carga, para la que se utiliza el talón o el reverso de la pierna. Avanzas el costado derecho y lanzas un puñetazo con la derecha.

Rusty asintió y obedeció. Lanzó un fuerte puñetazo, porque si no lo hacía tendría que repetirlo. Toni lo paró con ambas manos abiertas y luego avanzó su pie derecho junto al exterior del de Rusty.

-Bien, ¿ves dónde están nuestros pies? Yo estoy fuera de tu pie de ataque. Esto lo llamamos luar. Bien, retrocede y ataca de nuevo, del mismo modo.

Rusty obedeció.

En esta ocasión, Toni paró el golpe e introdujo el pie en el interior.

-Esta es la posición interior, se llama dalam. Rusty miró hacia abajo.

-Luar cuando está fuera, dalam cuando está dentro. De acuerdo.

-Bien. En silat hay básicamente cuatro posiciones que puedes adoptar, respecto a los pies del atacante. De modo que yo podría adelantar cualquiera de mis pies con relación a los tuyos: el izquierdo o el derecho por el lado exterior, o el derecho o el izquierdo por el interior. Si avanzaras con el izquierdo, tendría las mismas opciones respecto a dicho pie. Por consiguiente, dispongo de cuatro respuestas básicas independientemente del pie que adelantes.

-De acuerdo.

-Golpea de nuevo, ahora lentamente. La primera técnica que te mostraré se llama beset luar.

-¿Con qué mano?

-No importa. Lo que puedes hacer con la derecha puedes hacerlo también con la izquierda. Lo que puedes hacer en el interior puedes hacerlo también en el exterior. Lo que puedes hacer alto también puedes hacerlo bajo.

-Me parece que debería tomar notas.

-No te preocupes. Volverás a oírlo una y otra y otra vez. El silat no es cuestión de técnicas duras y rápidas. Es cuestión de leyes y principios. De este modo se tarda un poco más en aprenderlo, pero cuando lo hayas hecho, dispondrás de algo que podrás utilizar en cualquier momento. Evidentemente debo mostrarte los detalles, pero el objetivo es convertirte en generalista. Golpea de nuevo, lentamente.

Avanzó y le lanzó un perezoso puñetazo a la nariz.

-Bien, he aquí el bloqueo desde el exterior. A continuación aparto tu brazo y lo desvío, así -dijo al tiempo que le doblaba el brazo por el exterior de su cuerpo y lo sujetaba con la mano izquierda, apenas por encima del codo-. Ahora avanzo con el pie derecho y lo coloco inmediatamente detrás de tu pie derecho. Un paso recto, sin vueltas, así -agregó, mostrándole primero la forma incorrecta y luego la correcta, con un paso exagerado-. Coloco mi cadera contra la tuya y la hago girar hacia el interior, igual que en la posición de djuru, ¿lo ves? ¿Hombros y caderas en paralelo?

-Sí.

-Ésta es mi base. Entonces, con mi mano izquierda, tiro de tu brazo hacia abajo y ligeramente a mi espalda. Esto es el ángulo. Los humanos sólo tenemos dos pies y no importa cómo los pongamos, siempre somos vulnerables en, por lo menos, dos direcciones. En este momento

tú eres fuerte hacia adelante o hacia atrás, pero si formo un rombo utilizando tus pies como diagonal, careces de fuerza a noventa grados.

-Geometría -sonrió Rusty.

-Exactamente. Entonces utilizo mi mano derecha aquí en tu cuello. Te habría dado un golpe o un puñetazo, pero por ahora me limito a colocarla aquí. Codo hacia abajo. Esta es mi palanca. De modo que ahora tengo las tres cosas: base, ángulo y palanca. ¿Qué ocurre?

-¿Me derrumbo?

-Efectivamente. Y si añado un pequeño tirón con mi pie derecho contra el tuyo, el beset, te caes un poco antes.

Toni presionó un poco, arrastró el pie y Rusty se derrumbó de espaldas. Se dio un fuerte golpe contra la lona y se incorporó.

-Otra vez -indicó Toni-. Con lentitud, para que puedas verlo.

El dio un puñetazo. Ella lo paró, entró y acopló su cadera a la de Rusty.

-Es importante acercarse mucho para percibir los movimientos del atacante -dijo Toni-. En silat, te pegas al atacante. Parece peligroso, especialmente si se está acostumbrado a luchar a distancia, pero si sabes lo que haces, dentro es donde se debe estar. Utiliza la vista para la distancia y el cuerpo pegado, para poder sentir los movimientos sin necesidad de verlos. ¿Percibes cómo mi cadera está pegada a la tuya?

-Desde luego, señora, sin duda la noto.

Lo derribó de nuevo. Había captado en su tono una insinuación sexual, no particularmente soterrada. Sonrió. Si eso le gustaba, ¿cómo se sentiría cuando introdujera su pierna en el interior, para mostrarle el dalam?

Sábado, 2 de octubre, 12.18 horas
Quantico

Alex Michaels deambulaba por el vestíbulo, demasiado nervioso para comer. Gridley investigaba el historial del bastón con el que la sicaria había intentado agredirle y tenía personal escudriñando la red, a raíz del atraco virtual al banco de Nueva Orleans. Toda la

información que recogían llegaba a Net Force y nada podía hacer para acelerarla. Tenía una reunión convocada para la una y media con su personal ejecutivo y hasta entonces nada nuevo en lo que hincar el diente.

Sabía que Toni solía hacer ejercicio a las doce y eso le brindaba algo que hacer, de modo que se dirigió al gimnasio.

Al llegar vio a Toni y al recluta del FBI, al que ella había aceptado como alumno de su arte marcial. Estaban cara a cara, con las piernas entrelazadas y la cintura de Toni contra la entrepierna de su alumno. Mientras Michaels los observaba, él cruzó el brazo sobre el pecho de Toni, pareció agarrarle el seno derecho, giró torpemente y la arrojó sobre la lona.

Michaels se detuvo con el entrecejo fruncido. Por alguna razón, le invadió un sentimiento de irritación.

Toni se rió, se incorporó y se colocó de nuevo frente a su alumno. Se movieron, él lanzó un puñetazo, ella se agachó bajo su brazo y le hizo una llave que Michaels no llegó a comprender. Ambos se rieron cuando el alumno se incorporó de nuevo. Ella le dijo algo, se acercó y empujó la cadera contra el interior de su muslo.

En aquel momento el alumno vio a Michaels y le dijo algo a Toni. Ella volvió la cabeza y lo vio en el umbral de la puerta.

-Hola, Alex.

Sintió de nuevo aquella punzada de irritación. ¿Qué le ocurría? Toni tenía derecho a enseñarle a ese patán lo que se le antojara, no era cosa suya. Lo sabía, no obstante, aquella sensación de enojo se convirtió de pronto en algo que Michaels pudo identificar: se sentía celoso.

Mierda. Por Dios. Toni no era más que su subcomandante. No había ningún sentimiento amoroso entre ellos. Y aunque lo hubiera, sería estúpido hacer algo al respecto. El era su jefe y las relaciones entre el personal eran peligrosas.

Si a Toni le apetecía pasar la hora del almuerzo restregándose contra ese joven culturista, era cosa suya.

Meneó la cabeza e intentó ahuyentar la idea de su mente, como si se sacudiera el agua de la cabeza bajo la ducha.

-¿Alex?

-Hola. Lo siento, pasaba por aquí de camino a la cafetería. Nos veremos en la reunión.

Dio media vuelta y se retiró. La vida privada de Toni no era de su incumbencia y punto. Fin de la historia. Ya tenía suficientes preocupaciones, gracias.

Veinticinco

Sábado, 2 de octubre, 13.00 horas
Miami Beach

En Miami, su identidad era la de una corredora de fondo aficionada. Aunque eso no era algo que le gustara particularmente, formaba parte de su tapadera y, por tanto, lo hacía. Aquí formaba parte de ella, tanto como su nombre y su historial falsos. Claro que nunca participaría en un maratón, diría si alguien le preguntaba, pero tal vez algún día sí lo haría en una carrera de veinte kilómetros, cuando estuviera en forma...

Hoy, cuando Mora Sullivan regresó de su carrera del mediodía, diez kilómetros y los tres últimos bajo una intensa tormenta subtropical, comprobó que parpadeaba la señal de alarma de su ordenador.

Los diodos de la alarma de la casa estaban todos verdes; nadie había entrado en el edificio. La alarma del ordenador obedecía a una penetración electrónica, o a alguien que lo había intentado.

Se secó la cara y el pelo con una gruesa toalla que había dejado junto a la puerta. Aquí, en verano, llovía prácticamente un día sí y otro no, y aunque en realidad ya había terminado la

temporada de los huracanes, a principios de octubre todavía abundaban las tormentas. Se quitó los zapatos y los calcetines, dejó caer su riñonera, con la Glock de plástico de nueve milímetros, prácticamente impermeable, que contenía, se quitó el chaleco y el pantalón elásticos, y acabó de secarse antes de dirigirse al ordenador.

Colocó la toalla húmeda sobre la silla y se sentó desnuda frente a la pantalla.

-Entra programa de seguridad -ordenó.

Al recibir la orden oral, apareció en pantalla la ventana de conexión. Dada la posibilidad de escoger, Sullivan prefería utilizar el ordenador en tiempo real; no era muy partidaria de la realidad virtual, porque en la práctica eso equivalía a quedarse ciega y sorda para navegar por la red.

Examinó el programa. Alguien había intentado introducirse en el circuito de la Sirena. Lo único que habían logrado había sido ser rechazados un par de veces, y enviados al laberinto que ella había construido antes de perder la señal, pero incluso eso era, en cierto modo, sorprendente. Quienquiera que lo hubiera intentado era bastante bueno, se trataba de un nivel profesional.

Esperaba que no fueran lo suficientemente buenos para detectar las sanguijuelas que había introducido para invasores potenciales.

-Seguridad, localiza al intruso.

Apareció una serie de números y letras en pantalla, seguida de un mapa. Se iluminaron unas líneas azules, brillantes y arqueadas, conforme su programa sanguijuela introducía en su ordenador la señal inicial del intruso, a través de una serie de cortafuegos y desviaciones. Al llegar a la ciudad de Nueva York, el punto que representaba al intruso aumentó de brillo, se iluminó una dirección electrónica y apareció un punto rojo parpadeante.

De modo que el intruso era bueno, pero no excepcional. La sanguijuela había pasado inadvertida. Aquello, dado lo que había pagado por las sanguijuelas, no fue una gran sorpresa.

-Seguridad, invierte directorio, e-mail completo, comprueba esta dirección.

La pantalla se llenó nuevamente de letras y números. Apareció un nombre: Ruark Electronic Services, Inc.

-Seguridad, dame los nombres de los ejecutivos de la empresa y de las empresas con intereses en Ruark Electronic Services, Inc.

Al cabo de unos momentos, apareció una lista de nombres: Heloise Camden Ruark, presidente y jefe ejecutivo, Richard Ruark, vicepresidente, Mary Beth Campbell, tesorera. Empresa pública registrada en el estado de Delaware, junio de 2005, etcétera, etcétera...

Vaya, vaya. Y mira eso, el propietario del setenta y cinco por ciento de las acciones era un grupo llamado Electronic Enterprises, que a su vez resultaba pertenecer enteramente a... Genaloni Industries.

Sullivan se reclinó en la silla, con la mirada fija en la pantalla. De modo que Genaloni intentaba localizarla. Asintió. Era de esperar. Aquel individuo, tras una fina capa superficial de respetabilidad, era un matón. Para un hombre como Genaloni, la respuesta a una amenaza, real o imaginaria, consistía en destruir todos los puentes de los caminos que conducían a su castillo, e instalarse luego en las atalayas con aceite hirviendo, dispuesto a aniquilar a cualquiera que lograra cruzar los ríos. No utilizar nunca una aguja, mientras dispusiera de machetes. La noticia del atentado contra su objetivo habría llegado a oídos de Genaloni. Y puesto que el objetivo se había percatado de que era una mujer, e indudablemente lo habría declarado, el matón estaría doblemente preocupado. No confiaba en las mujeres, ni toleraba el fracaso. En la liga de Genaloni, un fallo significaba exclusión y dos fallos garantizaban que las cosas se pondrían muy feas.

Esto no era del todo inesperado; se le había ocurrido que Genaloni intentaría localizarla con anterioridad, otros clientes lo habían intentado. Hasta ahora, habían bastado sus protecciones, nadie había logrado acercarse a ella.

A partir de este momento, la dirección y la identidad que había utilizado al aceptar el encargo de Sampson acababan de pasar a la historia. Aunque encontraran el lugar, allí no había nada que lo relacionara con Mora Sullivan, ni con ninguno de los apodos que había utilizado. Pero era un mal indicio. Genaloni era un matón, sin lugar a dudas, pero un matón

listo y persistente. Si le preocupaba que pudieran vincularlo con la Sirena, haría cualquier cosa para eliminar el vínculo. Si era preciso encontrarla y matarla, pues lo haría. En la jungla de Genaloni, mandaba la autoconservación. Si veía un león viejo y lisiado a un kilómetro de distancia, que iba en otra dirección, lo mataría de todos modos, porque algún día podría volverse contra él. ¿Quién sabe?

Sintió un picor en el hombro izquierdo y se rascó. No recibiría más dinero por el objetivo frustrado, pero eso no era realmente importante. Para satisfacer su propio orgullo, con o sin pago, concluiría el trabajo. Eso era definitivo. Y aunque no creía que los piratas informáticos de Genaloni pudieran encontrarla, incluso la menor posibilidad que tuvieran de hacerlo era excesiva para ignorarla. No pasaría el resto de su vida volviendo la cabeza para vigilar a su espalda. Acabaría el trabajo del objetivo de Washington, pero a continuación también debería hacer algo respecto a Genaloni.

¿Y luego? Tal vez había llegado el momento de que la Sirena se retirara. Cuando los vientos del cambio se convierten en huracanes, una mujer lista se pone a cubierto, o se traslada a otro lugar.

Sábado, 2 de octubre, 13.15 horas
Washington, D. C.

-¿Tyrone?

Tyrone reconoció inmediatamente la voz de ultratumba, aunque la pantalla del teléfono no estaba iluminada.

-Pues... sí.

-Habla Bella. ¿Has perdido mi número de teléfono?

-No, estaba a punto de llamarte.

Bien -dijo la voz de la autoconservación, oculta tras una roca-. Miente. Primero una mentira pequeña y luego otra mayor. ¡Dile que tienes una enfermedad terminal y no puedes salir de casa!

-Estupendo. ¿Entonces puedes venir esta tarde? ¡No! ¡No! ¡No y mil veces no!

-Sí, claro que puedo. Ir a tu casa, quiero decir.

-¿A eso de las tres?

¡No, no, no, no! ¡No vayas!

-Claro, a las tres.

-¿Tienes la dirección?

-Sí.

-Vale, nos vemos luego. Por cierto, Tyrone, gracias. Esto significa mucho para mí, ¿sabes?

-Sí, claro, ningún problema.

-Hasta luego.

¡Si, claro, ningún problema, hasta luego, imbécil! ¡Ya que significa tanto para ella, Quebrantahuesos tendrá compasión, te romperá el cuello con rapidez, para evitar que sufras demasiado! ¡Cretino! ¡Imbécil! ¡Idiota!

Tyrone contempló el teléfono colgado. Sabía que debía estar aterrado, pero curiosamente sólo lo estaba una pequeña parte de él. Esa parte que se ocultaba en su cerebro tras una roca. Por lo demás, se sentía... ¿qué?, ¿emocionado? Sí, en parte era eso. El hecho de que la chica más atractiva de la escuela le hubiera pedido ayuda, fuera a ir a su casa y sentarse junto a ella, para enseñarle algo sobre lo que tenía ciertos conocimientos...

Como bien había dicho Jimmy Joe, si iba a morir, valía la pena hacerlo divirtiéndose. Además, en términos del mundo real, Quebrantahuesos probablemente no llegaría a matarlo. Tal vez lo machacaría hasta hacerle picadillo, pero probablemente sobreviviría.

Entró su madre en el cuarto, con los planos de una pajarera que estaba construyendo.

-¿Quién ha llamado por teléfono, cariño?

-Alguien de la escuela. Quieren que los ayude con un proyecto de informática. Voy a ir a su casa a las tres, si no te importa.

-¿Alguien? ¿Quieren? ¿Su casa? Es curioso que pluralices -sonrió su madre-. ¿Ese alguien no sería del género femenino?

-¡Por Dios, mamá!

-Ah, eso suponía. ¿Cómo se llama?

-Belladonna Wright.

-¿La pequeña de Marsha Wright?

-Eso creo.

-La recuerdo en la obra de teatro de tercero. Es una niña muy mona.

-Ya no tiene nueve años, mamá.

-Eso espero. Bien, ¿quieres que te lleve?

-Cogeré el autobús -respondió-. No está lejos de aquí.

-De acuerdo. Deja el número de teléfono y vuelve a las siete para cenar.

-Sí mamá.

-Anímate, Ty. Ya sé que yo fui a la escuela en la época de los dinosaurios, pero no he perdido la memoria por completo. Hablar con una chica no es tan peligroso como supones... -soltó una carcajada.

Si tú supieras, dijo la voz oculta tras la roca.

Sábado, 2 de octubre, 13.33 horas
Quantico

Excepcionalmente, la reunión empezó a la hora prevista. Michaels miró al personal a su alrededor.

-Bien, no perdamos tiempo. Jay?

Jay Gridley agitó la mano para activar el proyector.

-Hay noticias buenas y malas -dijo-. El bastón procede de esta tienda y está fabricado por una empresa que suministra principalmente a personas que practican seriamente las artes marciales.

Apareció una imagen.

-Este es el modelo...

Apareció otra imagen, ahora del bastón en pantalla.

-Después de descartar a un montón de clientes, profesores legítimos, personas que realmente necesitan utilizar un bastón, coleccionistas y el grupo habitual de paranoicos, todos los cuales pueden justificar sus compras, quedan ocho posibilidades.

Los nombres aparecieron en pantalla.

-De los ocho, nuestros agentes han hablado hasta ahora con cinco de ellos. Cuatro les han mostrado el bastón que compraron. Uno se lo regaló a un amigo y también lo hemos encontrado.

Desaparecieron cinco nombres de la pantalla.

-De los tres restantes, uno es especialista en supervivencia, en Grant Pass, Oregón, y no autoriza la entrada de agentes locales, estatales o federales en su propiedad. El caballero en cuestión tiene setenta años, y según su historial médico, se le ha implantado una cadera artificial. En estos momentos un juez está firmando una orden de registro, para buscar el bastón en su propiedad. Apuesto a que comprobarán que lo usa para caminar.

El nombre en pantalla empezó a parpadear, alternando los colores rojo y azul.

-De modo que éste está pendiente. Los otros dos... -dijo, meneando la cabeza-. Son... interesantes.

-¿Interesantes? -inquirió Michaels.

Jay señaló la pantalla. Uno de los nombres empezó a parpadear en amarillo.

-Wilson A. Jefferson, de Erie, Pennsylvania. En los tres últimos años, el señor Jefferson ha comprado un bastón, dos juegos de palos de esgrima y un conjunto de bastones de yawara hechos por encargo. Los mandaron todos a un apartado de correos. El bastón es del modelo correcto. Los palos de esgrima se utilizan en Filipinas, para un estilo de lucha curiosamente

del mismo nombre. Los yawara se usan en diferentes estilos de lucha, pero el nombre es japonés. Según el contrato de alquiler del apartado de correos y los datos del permiso de conducir, el señor Jefferson es un varón blanco de cuarenta y un años, que vive en esta dirección.

Apareció en pantalla el nombre de una calle y el número.

-Sin embargo, la comprobación de esta dirección ha resultado negativa. En ese lugar nunca ha vivido nadie con ese nombre. En apariencia, las referencias bancarias de Jefferson parecen correctas, pero al investigarlas un poco más a fondo, desaparecen. Lo cual nos hace suponer que se trata de una persona electrónica.

-Por tanto, ése es nuestro asesino -declaró Toni. -Más o menos -dijo Jay-. Luego tenemos al señor Richard Orlando.

Cambio de imagen en pantalla.

-El señor Orlando ha comprado cinco bastones, a lo largo de un período de cuatro años, incluidos dos del modelo que nos ocupa. Se mandaron todos a un apartado de correos en Austin, Texas. Según su historial es un varón hispano, de veintisiete años, y por lo que sabemos, sólo existe en los archivos de algunos ordenadores y al parecer en ningún otro lugar. La fotografía de su permiso de conducir es tan borrosa, que podría ser cualquiera de los presentes en esta sala. Curiosamente, lo mismo ocurre con las fotografías del señor Jefferson.

-La misma persona, con dos identidades -dijo Michaels.

-Esa es mi opinión -afirmó Jay-. Muy diferentes y a mil quinientos kilómetros de distancia. Falsificaciones, que a no ser que uno las buscara, nunca las relacionaría accidentalmente.

-Estupendo -exclamó Toni-. ¿Y cuáles son las buenas noticias?

-Estas son las buenas noticias -prosiguió Jay-. Nadie recuerda al señor Jefferson, ni al señor Orlando. Hemos hablado con empleados de correos y no hemos conseguido nada. No hay pistas. Que nosotros sepamos, la única razón de la existencia de esos dos hombres electrónicos fue la de adquirir unos bastones especiales, aunque perfectamente legales, a muchísimos kilómetros de distancia. Y apostaría cualquier cosa a que la verdadera persona que tiene esos objetos, si es que todavía los tiene, consciente de que intentaremos localizarla a través de los mismos, no está en Pennsylvania ni en Texas.

-Punto muerto -dijo Toni.

-Más muerto que el plástico negro al sol del mediodía -reconoció Jay-. Seguiremos investigando, pero sea quien sea, hombre o mujer, es realmente bueno. Se ha tomado muchas molestias para algo tan insignificante.

-Pero parece que le sale a cuenta, ¿no es cierto? -dijo Michaels-. Sigo creyendo que se trata de una mujer -agregó-. No parecía un hombre tras ese disfraz de anciana. Bien, Jay, gracias. ¿Toni?

-Estamos investigando a todos los asesinos profesionales conocidos. Hasta ahora, no hay nada concreto que apunte a alguien tan bueno como ése parece ser.

-¿E inconcreto?

-Rumores sobre algún que otro personaje misterioso. Lo habitual: el Hombre de Hielo, capaz de matar con una mirada, el Espectro, que cruza paredes, la Sirena, que cambia de forma. Leyendas urbanas. El problema con los asesinos a sueldo realmente buenos es que son muy discretos. Sólo se suele atrapar a uno de ellos cuando el cliente lo delata.

Michaels asintió. Lo sabía, no había dejado de pensar en ello desde el asesinato de Steve Day.

-¿Alguien tiene algo más?

-Algo ocurre dentro de la organización de Genaloni -respondió Brent Adams, jefe de la sección del crimen organizado del FBI.

Michaels miró a Adams y levantó las cejas.

-Nuestro personal ha examinado todo lo relacionado con Genaloni desde hace un año -dijo Adams-. Hace un par de semanas, uno de los abogados de Genaloni solicitó información en la oficina regional del FBI en la ciudad de Nueva York, sobre la detención de Luigi Sampson. Sampson es el ejecutor de Ray Genaloni, jefe de sus operaciones de seguridad legales e ilegales.

-¿Y bien?

-Pues que nuestros agentes en Nueva York no detuvieron a Sampson. Puesto que el personal de Genaloni no insistió, nadie volvió a pensar en ello. Algún tipo de error.

-¿Y eso significa...?

Adams negó con la cabeza.

-No lo sabemos. Pero desde entonces no hemos sabido nada de Sampson, a través de los teléfonos intervenidos ni mediante las cámaras de vigilancia.

-Puede que se haya ido de vacaciones -sugirió Jay. Adams se encogió de hombros.

-Tal vez. O puede que Ray Genaloni se haya hartado de él y esté en algún prado de Dakota del Sur criando malvas.

-Creo que allí no crecen las malvas. Hace demasiado frío -dijo Jay.

-Te sorprendería -comentó Toni.

-Entonces ¿por qué llamaría el personal de Genaloni al FBI, supuestamente buscando a Sampson, si lo hubieran eliminado? -preguntó Michaels.

Adams meneó de nuevo la cabeza.

-Tal vez para establecer una coartada. Uno nunca sabe lo que se proponen esos individuos. De vez en cuando actúan de forma inteligente y, de pronto, cometen un estúpido error.

-¿Es posible que Sampson fuera responsable de la muerte de Steve Day y Genaloni se pusiera nervioso? -preguntó Toni-. ¿Que quisiera eliminar el vínculo?

-No lo sé -respondió Adams-. Es posible. Ray Genaloni es un hombre cauteloso. No sale a la calle sin que la hayan inspeccionado en seis manzanas a la redonda.

Michaels miró fijamente la mesa. Algo le preocupaba, le turbaba la mente. Pero no lograba identificarlo. Había algo en todo aquello que...

-Bien -suspiró-. Sigue investigando, Brent. Tú, Jay, continúa con lo del bastón, a ver si descubres algo. Y comprueba esos vínculos en Nueva Orleans, no podemos dedicar todos nuestros esfuerzos a la investigación de Day. ¿Algo más?

Nadie estaba dispuesto a poner nada más sobre la mesa.

-Bien. Volvamos al trabajo.

Michaels se dirigió a su despacho. Las perspectivas no parecían muy halagüeñas para su equipo, y el reloj seguía avanzando. En pocos días, tal vez el asunto fuera responsabilidad de otra persona.

Tal vez había llegado el momento de dejar de trabajar para el gobierno. Podría trasladarse a Idaho, conseguir un trabajo programando juegos informáticos o algo por el estilo y pasar los fines de semana con su hija. Alejarse de todo aquello.

Sí claro. Pero hasta que atraparan al asesino de Steve Day no iría a ninguna parte, aunque lo destinaran a pegar sellos en el sótano. A pesar de todos sus defectos, Alexander Michaels no saltaba por la borda cuando las cosas se ponían difíciles. No, señor.

Veintiséis

Sábado, 2 de octubre, 23.05 horas
Grozny

Habría preferido dar un tranquilo paseo por el bosque, pero puesto que tenía prisa y no podía permitirse el lujo de perder el tiempo, Plekhanov cogió el coche. Era el programa que tenía cargado en el ordenador y que, por pura prudencia, se proponía destruir después del lamentable encuentro con el agente norteamericano de Net Force. Y acabaría por eliminar el programa, pero de momento le causaba menos problemas que desconectar, desinstalar, cambiar de escenario y conectar de nuevo. Era una de las desventajas de los antiguos sistemas que le gustaban; con las nuevas unidades de realidad virtual, uno podía hacerlo sin dejar de navegar, ni perder un solo paso.

No importaba. Se trataba tan sólo de un breve recorrido, para hacer unos ajustes en un panorama legal en Canberra. Las posibilidades de que Net Force lo detectara eran

prácticamente inexistentes y, además, por la red circulaban montones de Corvettes azules.

Soltó el embrague del coche virtual y pisó el acelerador.

Sábado, 2 de octubre, 15.05 horas
Washington, D.C.

Cuando Belladonna Wright abrió la puerta para que entrara, lo primero de lo que se percató Tyrone fue de que llevaba un ceñido pantalón corto y una camisa holgada, con las mangas y el cuello recortados que dejaban mucha carne al descubierto.

Mucha carne hermosa y desnuda.

La segunda cosa que vio fue la enorme mole de Le-Mott Quebrantahuesos en el sofá de la sala de estar, detrás de Belladonna.

Tyrone estaba prácticamente seguro de que su corazón había dejado de latir, durante por lo menos cinco segundos. A continuación se le subieron las entrañas, hasta atascarse en su garganta. Sus intestinos y su vejiga amenazaron con vaciarse. El fin estaba cerca.

-Hola, Tyrone. Adelante.

La voz de la autoconservación no era siquiera capaz de articular palabra. Balbuceaba y farfullaba incoherentemente.

Sus pies no parecían pertenecerle. Lo introdujeron en la casa.

-Tyrone, éste es mi amigo Herbert LeMott. Motty, te presento a Tyrone.

¿Motty? Se habría reído, de no haber sido porque estaba seguro de que ése sería el último sonido que saldría de su boca.

Quebrantahuesos llevaba una camiseta ceñida y un pantalón corto de algodón, cuyas costuras se estiraron al máximo cuando se levantó del sofá. Tenía músculos sobre los músculos. Su figura se alzaba imponente como un tiranosaurio humano; Tyrone esperaba oír en cualquier momento los bramidos de Godzilla...

Pero Quebrantahuesos hablaba en un tono suave, tranquilo y en realidad bastante agudo.

-Hola, Tyrone, me alegro mucho de conocerte -dijo, tendiéndole la mano.

Tyrone aceptó la gigantesca mano y le asombró la suavidad con que estrechaba la suya.

De pronto acudió a su mente la imagen cómica de un ratón que buscaba una espina en la pata de un león.

-Realmente eres muy amable al ayudar a Bella con la informática. Yo nunca he sido muy bueno en eso. Te lo agradezco enormemente. Si algún día puedo hacer algo por ti, no tienes más que decírmelo, ¿de acuerdo?

Si de pronto Quebrantahuesos se hubiera convertido en un sapo gigante y hubiera empezado a dar saltos en busca de moscas para comer, no habría sido mayor el asombro de Tyrone. ¡Joder!

-Bien, Bella, debo marcharme. Tenemos entrenamiento en el gimnasio. Te llamaré luego.

Se agachó, mucho para él, y le dio a Bella un beso en la cabeza. Ella le sonrió y le dio unas palmadas en la espalda, como si se tratara de su caballo predilecto.

-De acuerdo. Ten cuidado.

Después de que Quebrantahuesos se hubo retirado, Bella debió de detectar algo en el rostro de Tyrone, porque lo miró y sonrió.

-¿Qué, creías que Motty te agrediría?

-La idea me había cruzado brevemente por la cabeza.

Sí claro, tan breve como un caracol con el caparazón roto sobre una capa de sal.

-Motty es sumamente encantador. No pisaría una hormiga. Mi habitación está arriba, vamos.

A no ser que la hormiga te pusiera la mano en el trasero.

Todavía asombrado de seguir vivo, Tyrone siguió a Bella por la escalera.

Tenía un ordenador doméstico corriente y el equipo de realidad virtual no era de los mejores, pero estaba bastante bien. Tyrone sólo tardó unos pocos minutos en percatarse de que su dominio de la informática era mejor de lo que le había dado a entender.

Se lo dijo.

-Bueno, me desenvuelvo en teoría y en tiempo real, pero mi navegación es lenta -respondió.

-Entonces has llamado a la persona adecuada. ¿Tienes otro equipo de realidad virtual?

-Sí, aquí.

-Colócatelo. Vamos a circular por la red. Empezaremos por una de las grandes redes comerciales... son bastante fáciles, para que cualquiera pueda desenvolverse con soltura.

-Tú mandas, Tyrone.

-Llámame Ty -respondió, en un arrebato espontáneo de valentía.

-Tú mandas, Ty.

Ambos se colocaron el equipo y se sentaron juntos en el banco frente al ordenador. Ella estaba suficientemente cerca de él para que Tyrone percibiera el calor de su pierna desnuda. Sólo les faltaba un pelo para tocarse.

¡Cielos! Con toda seguridad no querría olvidar aquel momento.

Tal vez la vida nunca fuera mejor que entonces.

E incluso cuando lo pensaba, se percató de que había formas en que podía ser mejor. Si se las arreglaba para desplazarse medio centímetro a la izquierda, mejoraría instantáneamente. Pero ese medio centímetro podría ser perfectamente un año luz. No estaba completamente ebrio de valentía.

Domingo, 3 de octubre, 6.00 horas
Sarajevo

-¡Primer escuadrón, flanco izquierdo! ¡Segundo escuadrón, la retaguardia!

Se oyeron ráfagas de armas ligeras, que mellaban la corteza de los árboles o se incrustaban en el suelo. Estaban en un parque de la ciudad, o lo que quedaba del mismo, y el ataque se había producido por sorpresa.

John Howard disparó su metralleta y sintió el retroceso en sus manos, conforme salían del cañón las gruesas y lentas balas del cuarenta y cinco.

-Señor, hemos alcanzado... ¡Ay...!

El teniente se desplomó, con un orificio en el cuello. ¿De dónde salían?

-¡Tercer escuadrón, contener fuego a las cinco! ¡Adelante! ¡Disparen!

Sus hombres empezaron a desplomarse, su armadura no funcionaba, estaban siendo derrotados...

Washington, D. C.

John Howard se arrancó el equipo de realidad virtual y lo arrojó, asqueado. Meneó la cabeza. Mierda.

En el piso de arriba, su esposa y su hijo dormían. Faltaban todavía varias horas para que se levantaran y se vistieran, para ir a la iglesia. El no podía dormir y había bajado para explorar escenarios bélicos en su ordenador. Más le habría valido jugar al ajedrez o al Go, porque había perdido en todos los juegos de guerra.

Se levantó, se dirigió a la cocina y abrió el frigorífico. Sacó un recipiente de leche y se sirvió un pequeño vaso. Guardó de nuevo el recipiente en la nevera. Se sentó a la mesa, con la mirada fija en el vaso de leche.

Se percató de que estaba deprimido.

No clínicamente deprimido, como para acudir al siquiatra, pero sí en un estado de ánimo definitivamente lúgubre. No lo comprendía. No había razón alguna para sentirse de ese modo. Tenía una esposa preciosa, un hijo maravilloso y un trabajo envidiable para la mayoría de los oficiales del ejército. Acababa de regresar de una misión en la que se habían alcanzado todos los objetivos, sin perder un solo soldado bajo el fuego enemigo y todo el mundo estaba contento con él. Su jefe civil lo había propuesto para una recomendación presidencial. ¿Cuál

era el problema?

¿Qué le sucedía, aparte de querer encontrarse en un auténtico campo de batalla?

¿Qué clase de actitud era ésa? Ningún hombre en su sano juicio quería una guerra.

Miró fijamente la leche. Era el hecho de ponerse a prueba, lo sabía. En realidad, nunca lo había hecho. Se había escurrido entre las rendijas, se había perdido la acción en la Tormenta del Desierto, trabajaba como profesor durante las acciones policiales en Sudamérica y llegó al Caribe un día después de que se silenciaran los cañones. Había pasado toda su vida adulta como militar, entrenándose, aprendiendo, preparándose. Disponía de las herramientas, la pericia y la necesidad de utilizarlas, para comprobar si realmente funcionaban, pero esas cosas no eran necesarias en tiempo de paz.

Esa era la razón por la que se había afiliado a Net Force. Por lo menos ahí existía la posibilidad de entrar en acción. La misión en Ucrania había sido lo más real hasta ahora y, aunque preferible a estar en un despacho leyendo informes, todavía estaba lejos de sus expectativas...

-Buenos días.

Howard levantó la cabeza y vio a Tyrone de pie, en pantalón de pijama.

-Apenas son las seis de la mañana -dijo Howard-. ¿Qué haces levantado tan temprano?

-No lo sé. Me he despertado y no podía volver a dormirme.

Tyrone se acercó al frigorífico y sacó la leche. Agitó el recipiente, comprobó que estaba casi vacío y bebió directamente del mismo.

-Mamá dice que puedo hacerlo, si voy a bebérmela toda -sonrió.

Howard le devolvió la sonrisa.

Tyrone tomó otro trago de leche y se secó los labios.

-¿Puedo hacerte una pregunta, papá?

-Adelante.

-¿Qué haces frente a una fuerza mayor y más poderosa que la tuya, si ya controla el territorio que pretendes ocupar?

-Depende del objetivo, del terreno, de las armas y del equipo disponible, sistemas de transporte y un montón de otras consideraciones. En primer lugar hay que definir la meta, luego elaborar una estrategia viable y a continuación las tácticas para que funcione.

-Comprendo.

-¿Desde cuándo te interesan ese tipo de cosas?

-Bueno, es a lo que te dedicas. Me ha parecido que debería comprobarlo, ya sabes -respondió, con la mirada en el suelo.

Howard lo miró seriamente. El chico tenía trece años. La pubertad. Había pasado bastante tiempo, pero sí, lo sabía.

-Bien, hablemos un poco de objetivos y estrategias -dijo Howard-Tu objetivo consiste en ocupar el territorio sin destruirlo, ¿me equivoco?

-Sí, claro.

-Entonces debes actuar con cautela. Las fuerzas del enemigo son superiores a las tuyas, por consiguiente es más fuerte, pero ¿es más listo? Sabes que no puedes enfrentarte abiertamente a él, si tiene más armas que tú. Te aniquilaría. Entonces, antes de actuar, debes evaluar la situación. Buscas los puntos débiles de tu enemigo. En la lucha de guerrillas, se encuentra un punto débil, se ataca y se huye. Actúas con rapidez y luego te ocultas, de modo que no sólo no pueda encontrarte, sino que puede que ni siquiera sepa quién eres.

Tyrone se apoyó en el frigorífico.

-Si., lo comprendo.

-Además, según el presidente Mao, para ganar una guerra de guerrillas debes ganarte la confianza de la población local.

-¿Cómo se hace eso?

-Les ofreces algo que no puedan conseguir del enemigo, algo más valioso. Deja que te comparen con él y, cuando lo hagan, muéstrales sus limitaciones. Demuéstrales que eres mejor para ellos. No tienes tantas armas como él, pero puede que él no tenga tanto cerebro como tú.

»Les muestras por qué la materia gris es más importante que los músculos. Les enseñas cosas que tu enemigo no puede enseñarles. Cómo atrapar más pescado en sus redes, cómo conseguir mejores cosechas o... cómo utilizar sus ordenadores, por ejemplo.

El chico asintió de nuevo.

-Tienes una meta y la mayor parte del tiempo avanzas hacia ella, pero no siempre. A veces hay que avanzar en diagonal, alejarse un poco para llegar por otra dirección. En algunas ocasiones hay que dar un paso al frente, atacar y luego retroceder varios pasos, para que no te alcance el fuego del contraataque enemigo. La paciencia es la clave en esta clase de guerra. Debes elegir cuidadosamente tus objetivos, asegurarte de que cuenten todos y cada uno de tus disparos. Desgasta lentamente al enemigo.

»Cuando la población local esté de tu parte, no importará lo fuerte que sea tu enemigo, porque la población local te ayudará, te ocultará de las fuerzas enemigas. En algunos casos, ellos mismos derrocarán a tu enemigo y tú no tendrás que hacer nada. A fin de cuentas, eso es lo mejor.

-Sí.

Hubo unos momentos de silencio.

-Gracias, papá -dijo Tyrone al rato-. Vuelvo a la cama.

-Duerme bien, hijo.

Después de que el chico se hubo retirado, Howard sonrió con la mirada puesta en su vaso de leche. Había transcurrido mucho tiempo, desde que él era tan joven. Y sus problemas entonces parecían tan grandes como todos a los que se había enfrentado más adelante. Todo era relativo. No debía olvidarlo. Y estar ahí para decirle a su hijo lo que necesitaba oír era tan importante como ganar una batalla en algún país extranjero, a medio mundo de distancia. A fin de cuentas, ser padre era más importante que ser coronel.

Probó la leche. Estaba caliente. Se acercó al fregadero, la tiró, enjuagó el vaso y lo dejó en el escurreplatos. Tal vez él también podía volver a la cama. Valía la pena intentarlo.

Veintisiete

Domingo, 3 de octubre, 6.40 horas
Washington, D. C.

Alex Michaels se encontraba junto a la puerta corredera de cristal y observaba cómo el perro correteaba por el jardín posterior. Estaba dormido cuando Scout entró en su habitación y saltó sobre la cama. Fue un buen salto para un perro de su tamaño. Encima de la cama, no ladró ni nada por el estilo, sino que permaneció pacientemente sentado hasta que Michaels se levantó y le abrió la puerta.

Ahora Michaels tenía una parte del sistema de alarma permanentemente activado; un técnico de la unidad lo había ajustado y conectado al sistema de voz del ordenador de su casa. Lo único que debía hacer era pronunciar alto y claro la palabra «¡asesino!» para que la captaran los micrófonos de la casa y se disparaba la alarma. Había desconectado el sensor de la puerta corredera para dejar salir al perro, pero llevaba su Taser en el bolsillo de su albornoz. Apenas había utilizado dicha arma desde que se la habían entregado, pero tenía intención de practicar en el polígono de tiro. Se esforzaría especialmente en aprender a desenfundarla con rapidez, del bolsillo o de un estuche sujeto al cinturón.

Había un coche con dos agentes aparcado junto a su acera. Un tercer agente hacía guardia en el portalón. Michaels no se habría percatado de la presencia del tercer agente, de no haber sido porque el perro lo vio y ladró hasta que se le ordenó que se callara. Ese caniche era mejor que la alarma de la casa.

Después de que el perro acabó de regar y fertilizar el jardín, seguro ahora de que el terreno estaba libre de intrusos, entró de nuevo en la cocina. Se quedó junto a los pies de Michaels, mirándolo y meneando la cola.

-¿Tienes hambre, muchacho?

-iBup!

-Vamos.

Michaels había comprado comida para perros enlatada de la mejor calidad. Abrió la tapa del pequeño recipiente de aluminio, vertió su contenido en un pequeño tazón y lo colocó en el suelo junto al bol del agua.

Como de costumbre, el perro esperó. Tenía hambre, pero permaneció junto al tazón mirando a Michaels, a la espera de su autorización. Quienquiera que lo hubiera entrenado había hecho un buen trabajo.

-Adelante, come.

Scout agachó la cabeza y devoró el contenido del tazón, como si no hubiera comido en toda su vida.

Después de comer y de tomar un trago de agua, siguió a Michaels a la sala de estar. Michaels se sentó en el sofá y se dio unas palmadas en el regazo. El pequeño perro saltó sobre sus rodillas y empezó a lamerse las patas, mientras Michaels le rascaba tras las orejas.

Era ciertamente relajante estar ahí sentado y acariciar al caniche. Susie siempre había querido tener un perro. Megan le había dicho que debía esperar a ser lo suficientemente mayor para cuidar de él. Ya le faltaba poco, a pesar de Michaels. Su hija tenía ya ocho años, pronto tendría dieciocho...

A Michaels le gustaban los perros. No había tenido ninguno desde su traslado a Washington, porque no quería dejarlo solo cuando se marchara a trabajar, pero con lo pequeño que era Scout, disponía de espacio suficiente en la casa para deambular. Los dueños anteriores tenían un gato y habían dejado en el desván el cajón que utilizaba para sus necesidades. Michaels había comprado un saco de arena y durante el día dejaba el cajón junto a la puerta corredera. Hasta ahora el perro lo había utilizado meticulosamente, cuando no podía salir al exterior.

Scout lamió la mano de Michaels y éste le sonrió.

-¿Verdad que a ti no te importa que haya tenido un día horrible en la oficina? Te alegras de verme, sin que importe todo lo demás, ¿no es cierto?

El perro dio un pequeño ladrido, casi como si comprendiera lo que Michaels le había dicho, y acurrucó su cabeza bajo la mano del amo.

Michaels se rió. Así eran los perros; no había que hacer nada especial para impresionarlos. Eso le gustaba. Si uno fuera tan buena persona como creía su perro, podría pasear por la superficie del Potomac sin mojarse los tobillos.

Bien, había llegado el momento de ponerse en marcha, debía ducharse, afeitarse y vestirse.

Se le ocurrió una idea: ¿por qué no llevarse al perro al trabajo? Podría dejarlo suelto por la oficina y sacarlo a mear de vez en cuando. No había ninguna norma que lo prohibiera. Además, ¿no era él el jefe? Por lo menos lo seguiría siendo durante uno o dos días más. Claro. ¿Por qué no?

Domingo, 3 de octubre, 7.40 horas

Quantico

John Howard llevaba una camiseta verde del ejército y un pantalón de faena descolorido y deshilachado, sobre sus botas Kevlar de combate. También llevaba una cinta negra en la cabeza, puesto que sudaba bastante durante el ejercicio y era inútil intentar llevar la gorra puesta, pero por lo demás era como cualquier otro de los cincuenta soldados que participaban en la carrera de obstáculos, aquel domingo a primera hora de la mañana.

John Howard no era un comandante de butaca, que ordenara a sus hombres hacer lo que él mismo no pudiera o no quisiera hacer.

Fue el último en incorporarse.

-¡Adelante! -exclamó Fernández, después de tocar el pito.

Howard oyó el zumbido de su transmisor/receptor, que activaba su cronómetro personal. Corrió hacia el charco, saltó, agarró la gruesa cuerda y se balanceó sobre el foso, más lleno de barro que de agua. El truco consistía en dejar que tu propio impulso te llevara hacia adelante y hacia atrás, agitar un poco los brazos, encoger el cuerpo y luego saltar en la segunda vuelta...

Howard soltó la cuerda y cayó medio metro más allá del borde del foso. Corrió hacia el túnel de alambre espinoso. Había un parapeto al final del camino de aproximación al túnel, capaz de detener las balas de ametralladora. Hoy los artilleros estaban de fiesta, pero en la prueba final, una cortina de fuego automático cubría el túnel, con uno de cada diez disparos el de una bala trazadora. Eso bastaba para aterrorizar a cualquier recluta, pero la mayoría de sus soldados eran veteranos y sabían que no los alcanzaría una bala si no asomaban la cabeza a través del alambre espinoso, cosa difícil aunque se la propusieran.

-¡El tiempo corre, coronel! -exclamó Fernández.

Howard sonrió, se arrojó al suelo y empezó a avanzar de codos y rodillas bajo el alambre espinoso. Mientras uno se mantuviera agazapado, lo único que le ocurría era que se ensuciaba. Si intentaba incorporarse, el alambre se lo impedía.

¡Libre!

Tenía delante un muro de cinco metros, con una cuerda suspendida del mismo. Si uno se acercaba corriendo y saltaba para agarrar la cuerda, podía llegar a la cima con dos o tres brazadas, rodar y caer en la fosa de serrín en tres segundos; tardaba más si escalaba la cuerda.

Howard dio un salto, agarró la soga de cinco centímetros de diámetro a unos tres metros de altura, extendió la mano derecha para agarrar de nuevo la cuerda, repitió la operación con la izquierda y salvó el muro.

El obstáculo siguiente era esencialmente un poste de teléfono de trece metros de longitud, colocado sobre una serie de estacas cruzadas a dos metros de altura. Uno debía izarse sobre un extremo del mismo, con la ayuda de un pequeño peldaño y caminar hasta el otro extremo. Si se caía, debía volver al principio y empezar de nuevo. El truco consistía en avanzar con regularidad; ni demasiado de prisa, ni demasiado despacio. No era muy alto, pero con una caída desde dos metros podía dislocarse un tobillo o romperse un brazo. En una ocasión, un soldado se había desnucado, cuando resbaló y se cayó de cabeza.

Howard llegó al peldaño, saltó y se colocó sobre el poste. Lo había cruzado un centenar de veces y tenía el ritmo bien calculado: ni demasiado rápido, ni demasiado lento.

Al final del mismo había una fosa de serrín, aunque el término arcaico no era realmente apropiado, ya que el material no era serrín de madera, sino plástico reconstituido. La mejor forma de caer sobre el mismo sin hundirse hasta el fondo, aproximadamente un metro, era hacerlo sentado o tumbado.

El coronel llegó al final del poste, saltó y cayó de espaldas, con los brazos abiertos y las palmas de las manos hacia abajo. Las bolitas de plástico salpicaron, pero volvieron rápidamente a su sitio. Howard rodó, se hundió un poco, pero alcanzó el borde de la fosa y se incorporó.

El soldado que tenía delante era más lento que él. Acababa de salir del foso y se dirigía al campo minado. Howard le alcanzó y gritó:

-¡Pista libre!

El soldado se echó a un lado y le cedió el paso.

Hacía buen tiempo. No su mejor marca, pero consideraba que no estaba mal.

El campo minado era un pasillo de arena de seis metros de anchura y treinta de longitud. Las minas eran electrónicas, del tamaño aproximado de una pelota de tenis, y no eran peligrosas, pero si uno las pisaba se enteraba, porque emitían un aullido amplificado capaz de resucitar a un difunto sepultado. Cada mina que uno pisaba suponía quince segundos de penalización. Uno podía ver dónde estaban las minas, porque había pequeñas depresiones de un centímetro aproximadamente en la arena, sobre cada una de ellas. Para el primero era fácil, porque veía su posición y podía cruzar el campo corriendo en diez o quince segundos, pero cuando habían cruzado varios, era difícil detectarlas entre las huellas de las botas.

Dos soldados cruzaban todavía el campo, cuando llegó Howard. Los reclutas solían creer que podían pisar las huellas anteriores y evitar así las minas, y habría sido cierto si las minas hubieran sido reales. Pero las trampas se reorganizaban al azar cada dos minutos y pisar donde otros habían pisado podía ser peligroso. Uno no podía estar seguro.

El orden era imprevisible, porque Howard ordenaba a sus técnicos cambiarlo aproximadamente una vez por semana.

Una vez más, la clave estaba en la regularidad: demasiado de prisa y uno metía la pata; demasiado despacio y empezaba a preocuparse por trampas incluso donde no las había.

Pisó la arena.

A los cuarenta segundos había cruzado el campo, sin pisar ninguna mina y bastante satisfecho, porque había adelantado a uno de los soldados en la arena y había alcanzado al otro de camino al último obstáculo.

La última prueba del día era el sargento Arlo Phillips, instructor de combate cuerpo a cuerpo de metro noventa de altura y ciento ocho kilos de peso. La función de Phillips era sencilla: uno intentaba pasar para pulsar el botón de un poste, en el centro de un círculo blanco sobre un terreno blando y él procuraba sacarle del círculo antes de que lo lograra. Los soldados sólo podían entrar en el círculo uno a uno, y el que era arrojado fuera del círculo debía ponerse en la cola para volver a intentarlo. Aunque el cronómetro se detenía al llegar al círculo, porque el receptor/transmisor de la cintura lo desactivaba al entrar en dicha zona y sólo se conectaba de nuevo al penetrar en el círculo, ahí era donde más solían bajar las puntuaciones. A los monitores de combate no les gustaba perder. Se turnaban en el círculo y todos eran buenos, pero Phillips era fuerte, habilidoso y le encantaba lo que hacía. Uno a uno y cara a cara, Phillips era capaz de decapitarte si intentabas medir tu fuerza con él. Algunos soldados juraban haberlo visto levantar y desplazar la parte delantera de una camioneta Dodge, para aparcarla en un espacio demasiado reducido. La única forma de vencerlo consistía en mantenerse fuera de su alcance, y eso no era fácil.

Cuando le tocó el turno a Howard, avanzó directamente hacia Phillips, se desvió a la izquierda, luego a la derecha, fingió un salto, se arrojó a la izquierda y rodó por el suelo. Phillips le agarró el tobillo derecho cuando se incorporaba, pero demasiado tarde; el coronel logró rozar el botón con la punta de los dedos, antes de que Phillips lo arrojara al suelo. Eso bastó para que sonara el timbre y se detuviera el cronómetro. Su carrera había terminado.

-Ha tenido la suerte de un oficial, señor -dijo Phillips.

Howard se incorporó, se sacudió el polvo y le sonrió. -Lo reconozco. Más vale ser afortunado que bueno.

-Sí señor -respondió Phillips, antes de volver la cabeza-. ¡Siguiente!

Howard se dirigió hacia donde se encontraban Fernández y un par de técnicos, que cronometraban el ejercicio.

-Debe de estar envejeciendo, coronel. Quedará tercero.

-¿Detrás de...? -preguntó, mientras se quitaba la cinta de la cabeza y la utilizaba para secarse el sudor alrededor de los ojos.

-El capitán Marcus es el primero con unos buenos dieciséis segundos de ventaja. Debería haberlo visto arrojando a Phillips al suelo, con una de esas llaves de jiujitsu que tanto le gustan.

-eY el segundo...?

-La modestia me impide revelarlo, señor -sonrió Fernández.

-No puedo creerlo.

-Bueno, he sido el primero.

-¿Cuánto tiempo?

-Dos segundos más rápido que usted -respondió Fernández.

-¡Dios mío!

-Sí creo que me aprecia, señor.

-Si fue el primero, debió de pasar el campo minado volando.

-Paré para tomar una cerveza, señor. Consideré que me sobraba tiempo.

Howard meneó la cabeza y sonrió.

-¿Cómo van los demás?

-En general, bastante bien. Nuestros mejores muchachos y muchachas podrían enfrentarse perfectamente a la élite de las fuerzas especiales.

-Siga, sargento.

-A sus órdenes.

Howard se dirigió al nuevo vestuario de oficiales, completamente renovado en los últimos años. Si se daba prisa, tenía el tiempo justo para regresar a su casa y reunirse con su esposa para ir a la iglesia.

Domingo, 3 de octubre, 8.45 horas
En el aire, sobre Marietta, Georgia

Mora Sullivan contemplaba el paisaje desde la ventana del reactor. En este vuelo disponía de dos asientos de primera clase y no había ningún cambio en perspectiva; habitualmente compraba dos billetes a cada destino, por si se veía obligada a cambiar de identidad antes de embarcar. En esta ocasión, el avión estaba medio vacío, de modo que ningún pasajero ocuparía el asiento contiguo.

Lucían colores otoñales: las fanerógamas en los bosques mixtos de Georgia exhibían tonos anaranjados, amarillos y rojos, entre los pinos de hoja perenne. Solía dormir en los aviones, pero esta mañana estaba demasiado inquieta.

Durante todos sus años en el negocio, sólo había aniquilado a dos de sus propios clientes. Al primero, MarcelToullier, lo eliminó por encargo de otro cliente a los seis meses de haber trabajado para el francés; el hecho de ser su cliente no le otorgaba inmunidad y había sido una cuestión puramente de negocios, nada personal; le gustaba Toullier.
Al segundo, un traficante de armas llamado Denton Harrison, lo eliminó porque había cometido estupideces y lo habían detenido. Las autoridades sabían suficiente sobre él para encerrarlo durante cincuenta años, y Sullivan, cons- ciente de su tendencia a irse de la lengua, estaba convencí- da de que diría todo lo que sabía para no ir a la cárcel. Tar- e o temprano, podría mencionar que había contratado a la Sirena. Los números de teléfono que tenía eran evidentemente callejones sin salida, desconectados e ilocalizables, pero las autoridades ni siquiera sabían con certeza que dicho asesino existiera. Y ella no quería que lo averiguaran.

Harrison salía de un juzgado de Chicago, con armadura personal de segunda clase, rodeado de agentes federales que lo conducirían a una casa segura.

Ella le disparó a seiscientos metros de distancia. El Kevlar de la clase dos no hizo gran cosa para amortiguar la bala de rifle del calibre 308, que perforó la aorta de Harrison y le dejó un hueco del tamaño de un puño en la espalda, por donde salió del cuerpo. Ya estaba muerto antes de que le llegara el ruido del disparo.

Y ahora estaba Genaloni.

Se le acercó un auxiliar de vuelo:

-¿Café? ¿Zumo? ¿Alguna otra bebida?

-No, gracias.

¿Debía eliminar a aquel señor del crimen?

Si después de reflexionar hubiera decidido que debía hacerlo, no sería mejor que él. Sí, debía hacer algo y puesto que matar a gente era lo que hacía para ganarse la vida, ése era su fuerte y, naturalmente, debía considerar dicha opción. Pero había otras posibilidades. Después de decidir que había llegado el momento de retirarse, iban a desaparecer todas sus antiguas identidades, casas y alquileres. Podría dejar una pista que condujera a un accidente, tal vez de tráfico, para convencer a sus perseguidores de que había muerto. O podría implicar a Genaloni en algún asunto criminal, para asegurarse de que lo encerraran. Seguiría ejerciendo poder desde la celda de la cárcel; naturalmente, los hombres como él siempre lo hacían, pero tendría otras prioridades en su agenda. Incluso alguien como Genaloni probablemente la olvidaría después de cinco o diez años a la sombra.

Los hombres como Genaloni solían morir jóvenes o acabar en la cárcel. Hacían muchos enemigos a ambos lados de la ley y lo más probable era que uno de ellos los eliminara.

Evidentemente, también existían los ex mafiosos de noventa años en una silla de ruedas, con mascarillas de oxígeno y fingiéndose incapacitados o locos, que habían envejecido contra todo pronóstico. Viejos sabuesos que, a pesar de todos los peligros, seguían en libertad.

Suspiró. ¿Cuál sería la mejor solución? Debía decidirlo con cierta rapidez. Después de

pagar por el perro perdido en la perrera del norte del estado, iría a su casa de Albany y reflexionaría.

Domingo, 3 de octubre, 13.28 horas
Washington, D. C.

Tyrone estaba en la puerta de la casa de Bella, respirando hondo, procurando tranquilizarse. La sesión de ayer había ido bastante bien. No era una gran navegante, pero no lo hacía del todo mal.

Dos veces se habían rozado sus caderas. En una ocasión, cuando ella extendió el brazo para coger una pluma, sintió el peso de su pecho en su brazo.

Puede que el recuerdo se enfriara algún día, pero de momento no contribuía a disminuir el ritmo de su pulso. Tocó el timbre.

Bella abrió la puerta. Hoy llevaba un atuendo menos provocativo: un chándal. Tenía el pelo recogido, estaba impecablemente limpia y olía a jabón.

-Hola, Ty. Acabo de salir de la ducha. Disculpa que no me haya arreglado.

Le acudió con toda claridad una viva imagen a la mente: Bella en la ducha.

-No te preocupes, tienes muy buen aspecto -dijo con excesiva rapidez y en un tono demasiado agudo. ¡Menudo estúpido estaba hecho!

-Adelante.

En su habitación se pusieron el equipo de realidad virtual y empezaron.

-Bien, hoy utilizaremos mi programa -dijo Tyrone-. ¿Te importa montarte conmigo en una gran moto?

-Ningún problema -respondió ella-. Lo que tú quieras.

Sí, claro. Lo que él quería no tenía nada que ver con la red. No, señor, definitivamente nada. Pero dijo: -De acuerdo. Así es cómo funciona este escenario...

Domingo, 3 de octubre, 21.45 horas
Grozny

Plekhanov se acomodó, activó su realidad virtual y entonces se percató de que todavía no había borrado el programa del coche. El Corvette azul brillante estaba aparcado junto a la acera, delante de él. Movió mentalmente la cabeza. Debía desprenderse de aquel artefacto. Bien. Cuando regresara de su pequeña expedición a Suiza, lo suprimiría. Definitivamente.

Domingo, 3 de octubre, 13.50 horas
Washington, D. C.

-¿Ves cómo funciona esto? -preguntó Tyrone por encima del ruido del viento, sobre la Harley por una serpenteante carretera de los Alpes suizos-. Mi programa traduce los suyos a modos visuales compatibles. ¿Ese camión que está ahí? Si estuviéramos en un escenario acuático, probablemente sería una barcaza o un buque.

-¿Cómo lo hace? -exclamó Bella.

Volvió momentáneamente la cabeza para mirarla. El viento agitaba su cabello de un lado para otro.

-Es fácil. Si estamos en modos totalmente diferentes, mi programa simplemente se sobrepone a las imágenes del otro. El ángulo y la velocidad relativa son los mismos: aire, agua, tierra, incluso fantasía. Si estamos en modos suficientemente parecidos, como que el camión circule por carreteras, en lugar de hacerlo por el agua o cualquier otro medio, mi programa toma su imagen y hace las correcciones necesarias, para mantener las velocidades de la realidad virtual. La mayoría de la gente coge un programa u otro y se limita a utilizarlo.

De lo contrario, se produce un retraso de un par de microsegundos en el flujo de renovación de imagen.

-Comprendo.

-Ese camión en realidad es un gran paquete de información. Contiene muchos datos y de ahí que circule lentamente. Observa.

Tyrone aceleró la Harley y su potente motor rugió. Adelantaron al enorme camión y se colocaron de nuevo a la derecha, cuando se acercaba un coche en dirección contraria.

-¡Qué maravilla! -exclamó Bella.

A Tyrone le encantó el tono en que lo dijo.

-¿Y así es cómo se vende este programa en la tienda?

-Bueno, lo he modificado bastante.

-¿Sabes hacerlo?

-Por supuesto. Podría escribirlo a partir de cero, pero es más fácil modificar uno que ya existe.

-¿Podrías enseñarme cómo hacerlo? ¿Escribir mi propio programa?

-Claro, ningún problema. No es tan difícil.

-¡Estupendo!

En aquel momento, Tyrone recordó la conversación con su padre. «Ofrécele a la población local algo que no pueda conseguir de tu enemigo», le había dicho. Aunque Tyrone no consideraba exactamente a Quebrantahuesos como un enemigo, su viejo tenía razón. Tyrone tenía algo de lo que carecía LeMott, una habilidad, un talento, que en este momento Bella deseaba. ¡De eso no cabía la menor duda!

Llegaron a un cruce con una señal de stop. A la izquierda estaba Cibernación. ¿Tal vez debería llevarla allí? Le había parecido interesante las pocas ocasiones en que lo había explorado, pero a uno no le permitían ver lo realmente bueno si no se afiliaba, y eso no iba a suceder. Imaginaba lo que diría su padre: «¿Renunciar a tu nacionalidad para adquirir la de un país informático que ni siquiera existe? Creo que no».

El tráfico circulaba frente a ellos por el cruce y Tyrone estaba tan imbuido en sus propios pensamientos, que el Corvette le pasó casi inadvertido.

Casi. Se disparó una alarma en su cerebro. Corvette... Corvette... ¿Qué...?

Ah, claro, la nota de Jay Gee en el e-mail de ayer. «Mantén los ojos abiertos en busca de un joven trajeado que conduce un Corvette azul.»

El coche había pasado antes de fijarse en su conductor y Tyrone tenía dos coches y una furgoneta delante en el semáforo. Probablemente no era nada.

Por otra parte, puede que fuera algo. Por lo menos debería comprobarlo. Y si Bella se lo preguntaba, debería contárselo, ¿no es cierto?

Tyrone puso la Harley en primera y dio un poco de gas. Entró en el arcén y adelantó a los coches, que tocaron la bocina.

-¡Vaya! ¿Esto es legal?

-Bueno, en realidad no lo es -respondió Tyrone-, pero hay que hacerlo.

Llegó al cruce, giró, cambió de velocidad y aceleró.

-¿Ves ese Corvette azul?

-Sí.

-Debo investigarlo. Estoy ayudando a un amigo mío de Net Force.

-¿Net Force? ¿En serio?

-Si, se llama Jay Gridley, es su mejor informático. De vez en cuando le echo una mano.

-Caramba. ¡Estupendo, Ty!

¿Era su imaginación, o Bella se había agarrado con más fuerza a su cintura?

-Podemos atraparlo?

-Ningún problema. No es mucho más veloz que yo en este escenario. Agárrate.

Ahora definitivamente se agarró más fuerte. ¡Sí!

Domingo, 3 de octubre, 21.58 horas

Grozny

Plekhanov regresaba de su banco en Zurich cuando vio la moto que se le acercaba velozmente por la espalda. Frunció el entrecejo y se sintió momentáneamente preocupado. Observó por el retrovisor la moto, que no tardó en alcanzarlo. La moto cambió de carril y empezó a adelantarlo, al parecer sin percatarse del camión que se acercaba en dirección contraria, por la estrecha carretera de dos únicos carriles. La observó de reojo. Dos jóvenes adolescentes, un chico y una chica, ninguno de los cuales pareció prestarle atención alguna. A los pocos segundos, la moto lo había adelantado, entró de nuevo en su carril y aceleró, aparentemente a escasos centímetros del camión. No tardó en perderla de vista.

Plekhanov sacudió la cabeza para ahuyentar su paranoia. No era nada: un negrito que, para presumir ante su atractiva amiga, había adelantado al coche más rápido de la carretera, desafiando el peligro del tráfico en dirección contraria. El también había sido joven, pero de eso hacía muchísimo tiempo. No volvería a aquella época, no cambiaría los conocimientos y la sensatez, adquiridos con tanto esfuerzo, por las cálidas hormonas y la filosofía temeraria de vivir al día propias de la juventud. Los adolescentes creían que vivirían eternamente, que podían hacer cualquier cosa en la vida. El era más sensato.

Esas cosas tenían siempre limitaciones. Incluso los más ricos y poderosos acababan por sucumbir como todos los demás. Dentro de otros cincuenta o sesenta años, también le llegaría el momento. Pero, por lo menos en su caso, sería tiempo de calidad. De calidad indiscutible.

Veintiocho

Domingo, 3 de octubre, 14.20 horas
Quantico

Jay Gridley estaba en la red, conduciendo su Viper a alta velocidad por Montana, en mitad de la nada, cuando el mecanismo automático de anulación intervino en el programa. Lo que oyó fue el timbre del teléfono de su casa, cuyo número no figuraba en la guía. Salió del programa de realidad virtual y ordenó por el sistema de control oral que se conectara la llamada.

-Diga.

-¿Señor Gridley? -preguntó una joven voz femenina.

Jay frunció el entrecejo. Ninguno de los que conocían aquel número debería llamarlo.

-¿Señor? -exclamó-. ¿Con quién hablo?

-Mi nombre es Belladonna Wright. Soy amiga de Ty Howard.

Antes de que Gridley pudiera hacerse demasiadas preguntas, la chica prosiguió:

-Ty está en un escenario de la red. Me ha dicho que lo llamara y le diera las coordenadas. Cree que tal vez ha encontrado el Corvette azul que está buscando.

-¡Cielos! ¿Dónde?

Belladonna le dio las coordenadas y Gridley las introdujo directamente en su programa de realidad virtual.

-Gracias, señorita Wright. Dígale que estoy en camino. Desconecto.

Gridley empezó a regresar inmediatamente a su programa de realidad virtual, pero cuando estaba a punto de iniciarlo, se detuvo. Probablemente no lo era, pero si se trataba del coche en cuestión, con toda seguridad su conductor sospecharía del Viper. Era preferible cambiar de programa, no tenía ningún sentido arriesgarse. Necesitaba un vehículo menos ostentoso.

Gridley seleccionó el Neon gris.

El coche más común en las carreteras de la realidad virtual era un Neon de dos años y el color más habitual de dichos coches era el gris. Era el vehículo que utilizaban por defecto los novatos y las personas a las que no les importaba el coche con el que circulaban por la red. Indudablemente, Dodge debía de haber pagado una buena cantidad a los grandes servidores para dicha opción. El Viper era elegante, lujoso y llamaba la atención. Pero ¿quién iba a fijarse en un Neon gris? Con semejante coche, uno era prácticamente invisible. Y si uno sabía lo que se hacía, podía esconder algo más potente que el motor de serie bajo el capó color vainilla. No

sería tan rápido como el vehículo que conducía habitualmente, pero sacrificaría velocidad a cambio de anonimato. Si se trataba del individuo en cuestión, no le interesaba que lo detectara demasiado pronto.

Activó el programa e introdujo las coordenadas.

El lugar resultó ser una estación de servicio con aparcamiento para camiones, en Alemania occidental. Cuando Gridley entró en la zona de estacionamiento, vio a una atractiva muchacha que salía de los lavabos para dirigirse hacia donde se encontraba Tyrone, de pie junto a su Harley, al lado de un gran Volvo eléctrico que succionaba un torrente de energía. Era un escenario realista. Tyrone, que observaba la zona de aparcamiento del restaurante, no lo vio cuando se acercaba en su coche.

Gridley miró hacia el restaurante y vio el Corvette aparcado junto al edificio. Era del modelo y color adecuados, aunque eso en sí no significaba gran cosa. Detuvo el Neon junto a la moto de Tyrone, y la joven pareja lo miró inmediatamente. Apagó el motor y se apeó del coche. Hacía un aire fresco y seco, perfecto para un día de otoño. El olor a diésel impregnaba el aire, junto al del ozono del transformador que alimentaba la furgoneta. Era un escenario muy realista.

-Hola, Tyrone.

-Hola, Jay Gee. Por cierto, te presento a Belladonna. Bella, éste es Jay Gridley.

Hemos hablado por teléfono -dijo Gridley. Encantado de conocerte. ¿Lo que veo es una imagen ficticia o tu aspecto en el mundo real?

-Mundo real -respondió la chica.

En realidad, es más atractiva en persona -agregó Tyrone, antes de bajar de pronto la cabeza, para fijar la mirada en la punta de sus zapatos.

Gridley sonrió. Menos mal que su piel era oscura, de lo contrario se habría puesto tan colorado que se lo podría haber usado como piloto trasero de un vehículo.

Tyrone también era consciente de ello, por lo que se apresuró a decir:

-Ahí está el coche. El conductor está dentro -Gridley asintió.

-Gracias por la llamada. ¿Has comprobado la matrícula?

Por supuesto. Ha sido lo primero que he hecho. A primera vista parece pertenecer a un tal Wing Lu, de Guangzhou, en China. Pero en una comprobación posterior, el número no coincide.

-Entonces, probablemente la matrícula sea falsa -observó Gridley. No me sorprende.

-Mucha gente quiere permanecer anónima en la red -dijo Tyrone, dirigiéndose a la chica-. De modo que, además de nombres falsos e imágenes para disimular su aspecto, falsifican otros aspectos de su identidad, como las matrículas de los vehículos, las direcciones y las contraseñas. Una de las primeras reglas de la navegación es...

-Nunca confíes en lo que ves -concluyó la muchacha. He estado antes en la red, Ty, aunque no sea una experta.

-Lo siento -dijo Tyrone.

Gridley meneó la cabeza. Amor adolescente. Era doloroso observarlo.

-¿Hay algo más? -preguntó, para dirigir de nuevo la conversación al Corvette.

-Conduce rápido, cambia de carril sin pisar la línea de separación, nunca queda atrapado detrás de vehículos lentos ni en embotellamientos de tráfico respondió Tyrone.

-Un deslizable -dijo Gridley.

-Indudablemente -asintió Tyrone.

-¿Qué es un deslizable? -preguntó la muchacha.

Alguien que se desliza por la red con escasa fricción -respondió Tyrone. Significa que es realmente bueno en este modo en particular, que probablemente lo ha utilizado mucho, o que ha pasado suficiente tiempo en la red para usar cualquier modo con habilidad.

-¿Y eso significa...?

-Probablemente, que es un programador -respondió Gridley.

-¿Puedo preguntaros entonces por qué lo buscáis?

-Me temo que, de momento, no puedo decírtelo. Forma parte de una investigación en curso.

-¿Pero es algo importante?

-Sí, desde luego. Si ése es el individuo al que buscamos, es un asunto importantísimo. Cuanta más información obtengamos sobre él, mejor respondió Gridley, antes de dirigirse a Tyrone-_: ¿Os ha visto?

-Lo hemos adelantado para verlo de cerca. La carretera era estrecha. Desde entonces nos hemos mantenido bastante alejados. No creo que se haya percatado de que lo seguíamos, pero si vuelve a vernos, puede que nos re conozca.

-Bien, si queréis seguir, venid conmigo dejad aquí la moto. Veremos cuanto tiempo logramos mantener su ritmo.

Gridley se dirigió al coche, seguido de los dos adolescentes. Y de pronto tuvo una idea.

-Será mejor que os sentéis atrás -dijo-. Tengo un monton de trastos en el asiento delantero.

En realidad no era cierto, pero lo sería cuando llegaran al coche. Podía prepararlo fácilmente desde donde estaba.

Qué diablos. En otra época, él también había sido tan joven. Parecía una época muy remota al mirar a Tyrone y a su amiga Belladonna, pero a no ser que se le hubiera fundido un fusible a su memoria, sentarse junto a una chica hermosa en el asiento trasero de un pequeño coche era todavía muy emocionante a aquella edad.

Bueno, en el fondo, aún seguía siendo emocionante a su edad.

-!Ahí está! -exclamó Tyrone, cuando acababan de subirse al coche.

Gridley miró. Efectivamente, un individuo salía del restaurante y se dirigía al Corvette. Jay lo observó atentamente y sonrió. !Si! !La misma imagen que había visto en Nueva Orleans! Sin duda era un creído, seguía utilizando el mismo vehículo. Y también estúpido por hacerlo. He ahí la oportunidad que necesitaban.

-¡Magnífico, Tyrone! Estoy en deuda contigo.

-¿Es él? -pregunto Bella.

-Sí, desde luego.

-¡Estupendo,. !Ty!

Parecía que en el asiento trasero del coche las acciones de uno de los pasajeros habían aumentado de valor.

Ya te tengo -dijo Gridley, en su mejor imitación de Darth Vader, mientras sacaba un micrófono de debajo del salpicadero y lo activaba-Habla Jay Gridley, agente de Net Force, número de identidad jota, ge, seis, cinco, ocho, nueve, nueve, autorización zeta, uno, uno. Tengo una prioridad cinco en estas coordenadas, repito, prioridad cinco. Atención a los detalles.

A continuación, Gridley dio la contraseña, la matrícula falsa del Corvette y una descripción del vehículo y de la imagen del conductor.

En el asiento trasero, Tyrone le explicaba en voz baja a la muchacha lo que estaba haciendo Gridley.

-Pone sobre aviso a las fuerzas de seguridad. Cualquier policía en la red que vea el Corvette, registrará la hora y la posición. Tal vez obtengamos una pauta de localización cuando lo perdamos.

-Cuando lo perdamos? -preguntó Belladonna-. Crees que no podremos seguirlo?

-No si es un deslizable con sentido de culpabilidad. Hará comprobaciones. Tarde o temprano se percatará de que lo seguimos. Si se limita a retirarse y desconectar, dejara líneas abiertas y una pista que podremos seguir. De modo que, cuando detecte nuestra presencia, debe huir a mayor velocidad que nosotros o perdernos de algún otro modo.

-No con estos neumáticos -dijo Gridley- Son a prueba de pinchazos.

-¿Como?

-No importa.

-Si la situacrión se pone difícil -explicó Tyrone-, puede salirse de la realidad virtual quitándose el equipo o desconectando la corriente. Si lo hace, probablemente provocará un fallo en su sistema y estropeará su programa de realidad virtual, pero habrá desaparecido.

-¿Es posible que haga eso?

-Yo lo haría -respondió Gridley-. La primera norma de la informática es hacer siempre copias de seguridad. Puede que tarde un poco en instalar de nuevo sus programas y

configurarlos hasta que estén como antes, pero eso es preferible a que Net Force derribe la puerta de tu casa en el mundo real, para detenerte.

-¡Caramba! -exclamó Bella.

Gridley puso en marcha el motor del Neon.

-Sí, bueno, esto es para más adelante -dijo mientras observaba el Corvette, que salía del aparcamiento para entrar en la autopista-. Sólo se habrá ido cuando se haya ido. Abrochaos los cinturones.

Domingo, 3 de octubre, 15.00 horas
Albany, Nueva York

Sullivan pagó, como era de suponer, por el perro perdido. Lo hizo de una forma completamente indirecta. La empresa que entregó el sobre con billetes de cien dólares usados en la perrera era el tercer eslabón de la cadena, que había recibido el sobre de una segunda empresa. La primera lo recogió en el vestíbulo de un hotel, donde lo había dejado un menor de edad a quien Sullivan había comprado con seis latas de cerveza y había efectuado la transacción disfrazada. Aunque se lo propusiera, era muy improbable que alguien pudiera seguirle la pista, que en todo caso acababa con el chico y lo único que éste recordaría sería a una cuarentona con una verruga en la barbilla.

Ahora estaba en Albany y había tomado su decisión. Era una mujer joven. Podían quedarle sesenta u ochenta años de vida, pues los avances en medicina eran cada día mayores. Sí, efectivamente, estaba en su mejor momento, tanto mental como físicamente, con sus habilidades al máximo de su potencial. Después de tantos años en la brecha, había desarrollado una sensación respecto a las situaciones, casi un instinto. Había aprendido a confiar en dichas sensaciones. Ahora, a cierto nivel, lo sabía: había llegado el momento de abandonar la fiesta. Permanecer en el cuadrilátero como un boxeador en decadencia, a la espera de que algún joven forzudo la derribara, no era una buena idea. De modo que, inmediatamente después de aniquilar al objetivo, la Sirena optaría por la jubilación anticipada. Cerraría todas las líneas de la Sirena. No es que fuera pobre; había ahorrado ocho millones de dólares. Cuidadosamente invertido, el dinero generaría todos los ingresos que pudiera necesitar. Su objetivo había sido alcanzar los diez millones, pero la cifra era puramente hipotética. Y había un par de posibilidades de alto riesgo en las que podía invertir, con grandes ganancias, que probablemente tendrían éxito. No pasaría hambre.

Pero el principal problema pendiente era Genaloni.

Probablemente su contratante acabaría como la mayoría de los listillos, muerto o en la perrera. Pero «probablemente» no bastaba para arriesgar los próximos sesenta u ochenta años. No quería pasar gran parte de dicho período mirando por encima del hombro, con la preocupación de que Genaloni acechaba en las tinieblas.

No, Genaloni debía convertirse en parte de su pasado. Su difunto pasado.

Ni siquiera sería tan difícil. Los personajes del hampa se rodeaban de forzudos y armas para protegerse los unos de los otros. Disponían de abogados para ocuparse de la policía y se consideraban inmunes respecto a todos los demás. Tal vez Genaloni fuera el más listo de todos, pero aun así tenía debilidades. La Sirena se aseguraba de saberlo todo respecto a sus clientes, antes de aceptar un trabajo. Genaloni disponía de un pequeño ejército de matones y abogados, pero también tenía una amante. Se llamaba Brigette, y aunque gracias a él disfrutaba de una holgada situación económica, no disponía de abogados ni guardaespaldas que la aislaran del mundo exterior.

Por consiguiente, Genaloni sería el primero, seguido del funcionario de Washington. Luego pasaría tal vez un mes en Hawai. 0 quizá en Tahití. Algún lugar cálido y soleado, sin relojes ni agendas.

La Sirena sonrió. Era bueno tener una nueva meta.

Veintinueve

Domingo, 3 de octubre, 23.05 horas
Autopista euroasiática del norte

Plekhanov se había percatado de que alguien lo seguía.

Blasfemó brevemente en ruso, ahuyentó su ira y se tranquilizó. Lo hecho, hecho estaba, el pasado no era más que un prólogo. Debía hacer ajustes.

El vehículo que lo seguía era uno de esos pequeños coches que estaban por todas partes, a millones tanto en la red como en el mundo real, y no lo habría detectado de no ser por sus múltiples rodeos por carreteras secundarias para comprobar precisamente dichos problemas. Esta era la tercera de sus maniobras evasivas y, aunque no lo había detectado antes, debía suponer que hacía tiempo que lo seguía. ¿Desde cuándo lo vigilaban? Esta no era más que la primera de varias preguntas. ¿Quién era? ¿Cómo lo habían encontrado? ¿Cuál sería la mejor forma de deshacerse de ellos?

Condujo de nuevo el Corvette a la autopista. Sería preferible fingir que no los había visto. Más vale malo conocido que bueno por conocer.

El coche gris lo seguía, a bastante distancia, pero confirmándole que estaba en lo cierto. Recogerían información generada por su vehículo, como vectores, construcción, módulos de código y cosas por el estilo, que en manos de un experto podrían acabar por conducirlos hasta él. La realidad virtual era un lugar metafórico, pero la base de las imágenes estaba en el mundo real. Podían ser grabadas y tal vez localizadas, especialmente tratándose de Net Force, que disponía de suficiente potencia informática para abrirse camino entre los perfiles de los programadores. Cuanto más tiempo permanecieran con él, menor sería el número de posibilidades que deberían explorar. Antes, podía haber sido uno entre decenas o centenares de millares, pero ahora, cada minuto que pasaban junto a él, dicho número decrecía. Todo programador tenía su estilo y el de los mejores era casi tan singular como las huellas dactilares o el perfil del ADN. Si permanecían suficiente tiempo con él, acabarían por descubrir su verdadera identidad, o terminarían acercándose lo suficiente como para encontrarlo después de pasar la información una o dos veces por sus filtros. Era cuestión de saber qué buscar, qué preguntas formularle al sistema.

¡Maldita sea!

Ahora estaba en la autopista euroasiática del norte, más allá de los países bálticos, prácticamente en casa. No podía regresar allí, evidentemente, pero un cambio repentino de dirección generaría sospechas en sus perseguidores. También debía suponer que no estaban solos. Podría haber coches de vigilancia delante de él y otros en los cruces, a la espera de que pasara. Si el pequeño coche gris pertenecía a un agente de Net Force, o a alguien que trabajaba para ellos, casi con toda seguridad habría otros en la zona.

Bien. Podía coger la autopista a India dentro de cien kilómetros, conducirlos al sur y alejarlos de su casa. 0 aparcar el coche, entrar en un restaurante y abandonar el escenario...

No, ¿en qué estaba pensando? Esa reacción de pánico dejaría el coche en sus manos, con la posibilidad de que lo localizasen.

Algo diferente...

Había funcionado antes y puede que lo hiciera ahora. Tal vez lograra despistar al coche que lo seguía, tomar una carretera secundaria, e incluso deshacerse del resto de la vigilancia.

Ciertamente valía la pena intentarlo.

Redujo la velocidad, permitiendo que el coche que lo seguía se le acercara. Cuando estuvo listo, sacó los pinchos de una bolsa que llevaba y, con un hábil gesto de la mano, roció los cuatro carriles a su espalda con metal puntiagudo...

Su perseguidor viró bruscamente, esquivó casi todos los abrojos, pero pisó algunos.

¡Estupendo!

Pero su alegría se esfumó rápidamente. Los neumáticos del coche gris no se deshincharon, ni redujo la velocidad, es más, aceleró.

¡Maldita sea! Debían de sospechar de su identidad, por lo menos en esa imagen y con ese

coche. Sabían qué anticipar, habían mejorado su programa contra sus defensas. Lamentablemente, no disponía de mucho más como armamento, por lo menos para detener a alguien tan bueno como debía de serlo éste. Tenía un montón de programas de humo y espejos, pero en este caso no servirían de nada.

Si no podía deshacerse de ellos, tampoco podía conducirlos demasiado lejos. Ya sabían demasiado. No podía arriesgarse a que obtuvieran suficiente información por ósmosis, para cerrar todavía más el cerco de su búsqueda. No lograría llegar a la autopista de India.

¡Debía abandonar la realidad virtual ahora!

Se encendió la luz de alarma de daños en el sistema en su ordenador, acompañada de una voz que decía:

-¡Atención! ¡Fallo en el sistema! ¡Atención! ¡Fallo en el sistema!

Plekhanov cerró el sistema y apagó el interruptor del ordenador, sin molestarse en utilizar la salida de emergencia de los programas. Se habrían alterado los datos, el sistema operativo estaría destrozado y la realidad virtual probablemente destruida. Pero nada de eso importaba ahora, cuando la huida o la captura dependían de unos segundos.

¡Maldita, maldita, sea! ¿Cómo lo habían encontrado? ¿Cuánto sabían?

Domingo, 3 de octubre, 15.10 horas
Quantico

Delante de ellos, el Corvette se convirtió en un estallido luminoso y desapareció.

-¡Mierda! -exclamó Jay.

-Ahí va -dijo Tyrone, dirigiéndose a Bella-. Nos ha visto y ha salido por la tremenda. ¿Has averiguado algo útil? -preguntó, dirigiéndose a Jay.

-Sí creo que sí. Estaba en la carretera a Rusia/Asia central, tal vez uno de los servicios centrales de información. Quizá se proponía tomar la autopista a India más adelante, o dirigirse a Oriente, pero si su intención hubiera sido dirigirse al sur, habría girado hace un centenar de clics. Además, no conduce como ningún japonés ni coreano de los que he visto en mi vida. Creo que regresaba a su casa, y me parece que conduce como un ruso.

-¿De qué está hablando? -preguntó Bella. Tyrone le explicó lo de los estilos de los programadores.

-Tendremos que volver con lo que tenemos y estudiarlo -anunció Jay-. Puede que tengamos lo suficiente para atrapar a ese imbécil.

Domingo, 3 de octubre, 15.23 horas
Quantico

Michaels agitó la mano y activó su circuito telefónico.

-Diga.

-Hola, jefe, soy Jay Gridley. Tenemos algo sobre el individuo que nos ha estado dando sustos en Europa y en Asia.

Michaels se sintió inmediatamente decepcionado. Actualmente Steve Day era más importante en sus prioridades personales. No obstante, el otro asunto era más importante para Net Force, aunque su carrera acabara en la hoguera.

-Estupendo, Jay.

-Estaré ahí cuando haya atado los cabos sueltos -agregó Jay.

En el momento en que Michaels desconectó la llamada, sonó de nuevo el teléfono.

-Diga.

-¡Hola, papi!

-Hola, pequeña.

-¿Te levantas tarde?

Eran las tres y media de la tarde y quería saber si estaba todavía en la cama. Michaels

sonrió.

-No, estoy en la oficina.

Como medida de precaución, Net Force había destinado un agente para vigilar a Susie, además de alertar a la policía local, pero hasta ahora no había surgido ningún problema.

-Mamá ha arreglado la pantalla. Fíjate.

La imagen de su hija apareció en la pantalla de su ordenador. Llevaba un mono azul y una camiseta roja. Su pelo era más corto de como él lo recordaba, debía de haber ido a la peluquería. Era una niña hermosa, una versión más joven de su madre. Su hermosura era, por supuesto, completamente objetiva. Sonrió, al tiempo que activaba la cámara para mandarle su imagen a su hija.

-Caramba, papi, pareces la vieja abuela de Drac.

-¿Quién es la abuela de Drac?

-Válgame Dios, ¿no ves «Drac's Pack»? ¡Es la comedia más famosa en el mundo entero, papá! Vince O'Connell es Drac, Stella Howard es su esposa y Brad Thomas Jones es el hijo. La vieja abuela es la mamá de Chunk Monks. ¿Vives en la luna?

Michaels sonrió de nuevo.

-No he tenido mucho tiempo últimamente para fijarme en el reparto de las comedias.

-Es un gran espectáculo, deberías verlo. Por cierto, tienes muy mal aspecto. ¿No estarás enfermo?

-No, sólo cansado. Demasiado trabajo y poco sueño. Pero tengo un perro.

-¿Un perro? ¿No en la realidad virtual, sino un auténtico perro?

-Sí.

-¿Qué clase de perro? ¿Desde cuándo? ¿Lo traerás cuando vengas a ver mi obra? ¿De qué tamaño es? ¿Cómo se llama? ¿De qué color es? ¿Es listo?

Michaels se rió.

-Es un caniche, se llama Scout y tiene el tamaño de un gato mediano. Es bastante listo. Creo que te gustará.

-¡Genial! -exclamó, antes de desviar la mirada de la cámara-. ¡Mamá! ¡Papá tiene un perro! ¡Lo traerá cuando venga a vernos!

Oyó a su ex esposa, que susurraba algo al fondo.

-¿Crees que le gustaré?

-Estoy seguro, cariño.

Al mirarla, pensó de nuevo en abandonar Washington y trasladarse al oeste. Cada vez era mayor la tentación. Evidentemente, preferiría hacerlo enarbolando la bandera, no arrastrándola por los suelos. Pero...

El tiempo corría. Independientemente de lo que hiciera a continuación, debía terminar lo que tenía entre manos. Steve Day no caería en el olvido. Ni hablar.

Domingo, 3 de octubre, 16.00 horas
Long Island, Nueva York

Ray Genaloni consultó su reloj. El tráfico era terrible, incluso en un lugar tan remoto como Long Island en un maldito domingo. Evidentemente iba en el asiento trasero de una limusina y era su chófer quien debía sortearlo, pero aun así le molestaba. Cada minuto que pasaba en el embotellamiento de coches y camiones, era un minuto menos que estaría con Brigette.

No era que no la visitara una o dos veces por semana, ni que Brigette fuera la mejor mujer con la que se había acostado. Las había tenido mejores, en realidad, en un par de ocasiones. Por otra parte, era de una hermosura que dejaba la boca abierta, diez años más joven que él y dispuesta a hacer lo que le pidiera: cosas que ni siquiera se atrevería a mencionar a su esposa, ni mucho menos a intentar hacerlas con ella.

Cuando llegó al lugar donde vivía Brigette, una pequeña casa que le había comprado, en el fondo de un callejón sin salida de un barrio tranquilo, rodeada de casas más grandes y más caras, permaneció en el coche hasta que sus guardaespaldas se apearon del coche que lo

precedía e inspeccionaron rápidamente la zona. Cuando acudía a aquel lugar, lo acompañaba siempre una escolta de dos o tres individuos en un coche delante de la limusina y otros dos en otro coche detrás del suyo. Esperaban en la calle hasta que había terminado, aunque nadie había intentado nunca seguirlo hasta allí, que ellos supieran.

Tocó el timbre y su amante abrió la puerta, con un camisón de seda negra transparente del cuello hasta los pies, que no ocultaba absolutamente nada. Sus padres procedían de Suecia, Dinamarca, o algún lugar parecido, y era corpulenta, pechugona y fuerte. También estaba claro que era rubia auténtica. Tenía dos copas de champán en la mano, todavía con escarcha del congelador.

-Hola, cariño. Mi marido ha salido. ¿Quieres entrar a tomar una copa?

El sonrió. A veces jugaban a esos juegos. Cogió una de las copas y entró en la casa. Sabía que les ofrecía un espectáculo a sus guardaespaldas y eso le gustaba. Sufrid, muchachos, pensaba.

Tan pronto cerró la puerta, deslizó una mano por debajo de la seda y la colocó sobre uno de sus pechos. Su piel era suave y caliente, sin nada de silicona.

-Bueno, si eso es lo que quieres, será mejor que nos demos prisa antes de que regrese mi marido.

-Puede esperar su turno -repuso Genaloni.

Domingo, 3 de octubre, 14.01 horas
Las Vegas

Hasta en el aeropuerto había máquinas: tragaperras, de póquer, de la lotería..., una hilera de mendigos electrónicos, para vaciarle a uno los bolsillos de camino al avión. Las paredes estaban cubiertas de enormes pantallas con espectaculares actuaciones de magia, animales salvajes y coristas cubiertas sólo de oropel.

Ruzhyó esperó mientras el Serpiente introducía un billete de un dólar en una máquina tragaperras, tiraba de la palanca y permanecía a la expectativa. La máquina hizo girar sus deslumbrantes colores y se paró. Grigory el Serpiente meneó la cabeza, hizo una mueca y se encogió de hombros. No era un ganador.

-No sabe cuándo parar -comentó Winters.

Ruzhyó no respondió, aunque evidentemente era cierto. En tres días en aquel lugar, Grigory había perdido por lo menos cinco mil dólares jugando. Su breve racha de buena suerte en las mesas de blackjack había durado poco. Además de sus pérdidas, probablemente se había gastado otros dos mil dólares en prostitutas. Evidentemente era su dinero y Plekhanov le pagaba bien. No obstante, siete mil dólares bastarían para pagar la comida y el alquiler de una familia normal en su país, durante... ¿casi dos años? Grigory era un imbécil, un desperdicio de oxígeno.

-Debo hacer una llamada -dijo Ruzhyó-. Déjalo gastar todo lo que quiera hasta que salga el avión. Disponemos de más de una hora.

-Voy a echar una ojeada a esa tienda de curiosidades, compraré una revista.

Ruzhyó asintió. Se acercó a una hilera de cabinas telefónicas, colocó un codificador de un solo uso sobre el teléfono y marcó el número de emergencia. La llamada tardó unos segundos, porque daba cinco o seis vueltas al mundo antes de llegar a su destino. No estaba preocupado, o por lo menos no demasiado, pero Plekhanov no había efectuado las dos últimas llamadas previstas, el viernes y el sábado, como era habitual en estos casos.

-Sí -respondió lacónicamente Plekhanov.

-¿Todo bien?

-Básicamente. Ha surgido un contratiempo inesperado. Pequeño, pero un poco preocupante.

Ruzhyó esperó a que Plekhanov le contara lo que considerara que debía saber. No tardó.

-Aquel asunto de ingeniería que empezasteis no ha sido completado satisfactoriamente.

Ruzhyó sabía que hablaba de la acción destinada a distraer la atención de Net Force: el

asesinato de su jefe, la semilla plantada para iniciar una guerra entre dicha institución y la organización criminal.

-Todavía es pronto -repuso.

-No obstante, debemos incentivar ese asunto. El pequeño contratiempo que he mencionado es de esa procedencia y el proyecto global exige que se zanje cuanto antes.

-Comprendo.

-Se ha efectuado un intento de duplicar vuestro primer experimento, por parte de alguien al servicio de la empresa italiana. No han logrado igualar vuestros resultados finales.

De modo que la organización de Genaloni había intentado asesinar al nuevo jefe de Net Force y había fracasado. Muy interesante. No había visto nada al respecto en las noticias.

-¿Y quieres que lo resuelva?

-Probablemente. Pero quiero que esperes mi señal. Podría ser prematuro. Lo sabré dentro de un día o dos.

-Como quieras.

-Tal vez sería prudente que os situarais cerca de esa zona.

-Por supuesto.

-Adiós. Hablaremos mañana.

-Adiós.

Ruzhyó retiró el codificador de un solo uso y lo miró fijamente. La matriz biomolecular visual de color púrpura, que era el cerebro del aparato, empezaba a morir a partir del momento en que su interruptor de presión se retiraba del teléfono. En veinte segundos, el aparato habría quedado en blanco y sus circuitos habrían muerto. Era un bonito juguete, parte de la investigación sobre reactores de combate. Si un avión se estrellaba en territorio enemigo, uno no quería que recuperaran el sistema informático. No era fácil limpiar por completo los archivos electrónicos, pero cuando una biounidad estaba completamente muerta, no había forma de resucitarla.

Permaneció ahí un minuto con el codificador en la mano y luego lo arrojó a la papelera.

De modo que irían de nuevo a Washington. En realidad, a un motel de Maryland, a menos de una hora en coche.

Grigory se le acercó, alejándose de las máquinas tragaperras.

-¿Has acabado de jugar? -preguntó Ruzhyó.

-Da.

Ruzhyó era incapaz de resistir cierta provocación verbal. Pincharle sólo un poco.

-Parece que necesitas mejorar tu sistema.

El Serpiente frunció el entrecejo. A Ruzhyó le divirtió la expresión.

Treinta

Domingo, 3 de octubre, 18.15 horas
Quantico

Toni Fiorella salió del cuartel general de Net Force al aire fresco del atardecer y se dirigió a su coche. El aparcamiento estaba casi vacío, de coches y peatones, pero vio a una persona que se le acercaba con un maletín, a quien reconoció.

-Rusty, ¿qué ocurre?

Toni vio que respiraba hondo.

-He investigado un poco sobre silat, tengo cierto material de la red, un par de libros y unas viejas cintas. Me preguntaba, bueno, ya sabes, si podríamos revisarlos. Me gustaría conocer tu opinión -dijo Rusty, mostrándole el maletín.

-Por supuesto. Lo repasaré.

-Bien, gracias. Pero el caso es que podría mostrártelo mientras cenamos. Me refiero a que queremos, es decir, querrás comer algo.

Toni se detuvo y parpadeó. Evidentemente la había estado esperando. Parecía que le estaba

pidiendo una cita. Y la cuestión era, ¿quería ella seguirle la corriente?

Siempre atenta, surgió la voz de la razón: Una cena no puede perjudicarte. Después de todo, debes comer, ¿no es cierto?

Toni sonrió para sus adentros. Una pequeña prueba obligaría a Rusty a revelar sus intenciones.

-¿Me estás pidiendo que salga contigo?

Si quería una válvula de escape, ahí la tenía. No, por Dios, sólo sugería que comiéramos algo, mientras hablábamos de este material sobre silat que llevo aquí en la cartera.

-Sí señora, supongo que eso hago.

Toni se rió.

-¿Cómo puedes pedirle a una mujer que salga contigo y luego llamarla «señora»? Creo que esto es lo más educado que he oído en mi vida.

¿Y bien, Toni, qué será? Era un estudiante, pero también un hombre muy atractivo. Fuerte, inteligente, relativamente hábil. Tenía una buena licenciatura en Derecho, para acompañar su categoría de alumno en el FBI. Puede que salir con él complicara la relación profesor/alumno, lo cual constituiría indudablemente un obstáculo para el contacto que pretendía establecer con Alex.

Válgame Dios, muchacha, si esperas a que Alex te preste atención como mujer, puede que mueras de vieja antes de que eso suceda. Además, no es más que una cena, no te ha pedido que seas la madre de sus hijos, ni nada por el estilo.

-De acuerdo. Supongo que podemos comer algo. ¿Dónde está tu coche?

-En casa. He utilizado el transporte público.

-De acuerdo. Cogeremos el mío. ¿Tienes algún lugar predilecto?

-No. No es la comida, sino la compañía. Elige tú. Toni sonrió de nuevo. Era encantador, a su estilo sureño.

A su pesar, Toni sintió un flujo de adrenalina. Fuera del trabajo, hacía mucho tiempo que no alternaba con un hombre. Y siempre le sentaba bien al alma que alguien se lo propusiera.

Una cena no le haría daño a nadie.

Domingo, 3 de octubre, 19.44 horas
Washington, D. C.

Alex sacó a Scout a dar un paseo por el barrio. A su nuevo equipo de seguridad eso no le hacía ninguna gracia, y lo que ocurría en realidad era que se formaba una pequeña comitiva por las calles alrededor de su casa. Además, el séquito era mayor de lo que él suponía. Había cuatro agentes en dos coches, uno delante y otro detrás, que avanzaban lentamente al paso. Había otros cuatro a pie, uno delante y otro atrás, más otros dos al otro lado de la calle, que formaban los vértices de un cuadrilátero en movimiento. Además, se le había comunicado que otros dos coches recorrían las calles paralelas a la suya y otros dos las perpendiculares. En algunos de los coches había sólo un agente. En total eran catorce agentes, según le había comunicado el jefe de la escolta.

Parecía un despilfarro del dinero de los contribuyentes tener a tanta gente protegiéndolo, pero su jefe había firmado la orden personalmente.

A Scout no parecía importarle la compañía. Regaba parterres, postes y bocas de riego. Gruñía ante peligros ocultos tras pequeños matorrales, donde no podía esconderse nada mayor que él. Se lo pasaba de maravilla.

Michaels también disfrutaba del paseo. El tiempo había refrescado un poco, aunque no lo suficiente para necesitar una chaqueta, pero él llevaba una fina cazadora con su Taser en el bolsillo, al alcance de la mano. Si alguien lograba burlar toda su escolta, por lo menos podría defenderse.

La precaución, el miedo, era para él una nueva sensación. Antes nunca le había preocupado el peligro físico. Era un individuo bastante corpulento, estaba en buena forma y vivía en el seno de la civilización. Había recibido cierta formación, hacía muchos años al ingresar en el

cuerpo, en defensa personal sin armas, con armas de fuego y con Taser, pero ahora no le servía de gran consuelo. Ese no era su fuerte y sabía que en el fondo no era un hombre violento.

La última vez que se había peleado había sido en la clase de séptimo, con un chico llamado Robert Jeffries. Chocaron en el pasillo, y aunque era culpa de Jeffries, se enojó y le dijo a Michaels que lo esperara después de las clases. Era lo último que Michaels quería hacer, pero no quiso quedar en ridículo rechazando el reto. En aquella época, al igual que la mayoría de sus amigos, creía que era preferible recibir una paliza a pasar por cobarde.

Por consiguiente, con las tripas revueltas, aterrado y casi paralizado de miedo, se reunió con Jeffries junto al cobertizo de las bicicletas.

Ambos se quitaron la chaqueta y empezaron a moverse en círculo, a la espera de que alguien tomara la iniciativa. A esa corta distancia, vio que Jeffries estaba pálido, sudoroso, con la respiración acelerada, y a Michaels se le ocurrió que probablemente también estaría asustado.

Y si ninguno de ellos quería hacerlo, ¿por qué se peleaban?

Podían haber hablado, haberse empujado un par de veces y luego retirarse, pero algunos de los chicos que habían formado un corro a su alrededor los empujaban uno contra otro.

Jeffries empezó a lanzar puñetazos, muy abiertos y alocados.

Michaels nunca tuvo claro qué sucedió exactamente. En un momento dado recibía puñetazos en los hombros y la cabeza, que no alcanzaba a percibir ni parecía poder evitar, aunque llegaban a cámara lenta y en silencio.

Luego, de pronto, Jeffries estaba en el suelo, y él, sentado sobre su pecho y sujetándole los brazos con las rodillas.

Así, con su rival atrapado, Michaels podía haberle partido la cara, sin que Jeffries pudiera habérselo impedido. Pero no lo golpeó, sino que se limitó a sujetarlo.

Jeffries se retorcía, se doblaba, se contorsionaba y chillaba para que Michaels lo soltara.

«Ni soñarlo -le había respondido Michaels-. No, hasta que te des por vencido. Si es necesario, me quedaré aquí toda la noche.»

Pareció que transcurrieron horas, aunque seguramente fueron sólo uno o dos minutos. Cuando Jeffries se percató de que no lograría mover a Michaels, aceptó dar la pelea por terminada. Decidieron que era un empate y a Michaels le encantó la solución.

Scout se detuvo, marcó una hierba como parte de su territorio y rascó la tierra con una pata trasera.

Michaels sonrió al pensar en su pelea juvenil. Tendría... ¿unos trece años? Hacía mucho tiempo de eso.

Pero se le borró la sonrisa de los labios ante el recuerdo más reciente de la dueña anterior de Scout y de la mirada que había en sus ojos cuando se disponía a descalabrarlo con su bastón. No se proponía hacerlo sangrar por la nariz ni ponerle un ojo morado, sino convertirlo en un cadáver. Acabar con su vida. Eso le hacía sentir a Michaels una vulnerabilidad que no había conocido hasta entonces.

Podía haber muerto. El cráneo partido de un solo golpe, y nunca habría despertado. Jamás.

En el fondo, sabía que algún día moriría. Todo el mundo seguía el mismo camino. Pero emocionalmente nunca lo había sentido tan cerca como aquel día sentado en su cocina, después de que la asesina potencial hubo huido, temblando, con su Taser en la mano, a la espera de que llegaran su personal y la policía. No había tenido miedo durante la pelea. Pero luego...

Se había asustado. Se sintió... indefenso.

Detestaba aquella sensación enfermiza de impotencia. Sí, había obligado a la asesina potencial a huir. El no había corrido ni nada por el estilo, pero a pesar de haber hecho lo correcto, no se sentía valiente. Comprendió que no tenía la habilidad necesaria. Y ahora debía hacer algo respecto a dicha carencia, superarla de algún modo. Tal vez debería hablar con Toni. Era una experta, lo había visto con sus propios ojos. Antes no le interesaba. Pero ¿ahora? Tal vez ella podría enseñarle algo de lo que sabía.

¿Cómo era esa definición que había oído? ¿Un conservador es un liberal que ha recibido

una paliza?

Sí. La idea de arrebatarle a alguien un bastón y permanecer ileso mientras lo hacía era ahora algo sumamente apetecible para Alex Michaels. No dispondría siempre de un pelotón de hombres armados para protegerlo. Debía ser capaz de hacerlo por sí mismo, o de lo contrario no podría salir de su casa sin tener miedo. Y tener miedo no era forma de vivir. No estaba dispuesto a aceptarlo de ninguna manera.

Domingo, 3 de octubre, 20.09 horas
Washington, D. C.

Había sido un día largo y emocionante para Tyrone. Cuando acompañó a Bella a la puerta, se preguntaba si cabía mucha más emoción en un solo día. Primero, por lo de estar con Bella, y luego por ayudar a Jay Gee con lo del programador loco del Corvette. No todos los días tenía uno la oportunidad de salir con una chica hermosa e inteligente y participar en una persecución en la realidad virtual, que era además una investigación oficial de Net Force. Su padre tenía razón: que lo igualara Quebrantahuesos, si podía.

-Gracias por tu ayuda, Ty -dijo Bella en la puerta-. Y por permitir que te acompañara con lo de Net Force. Ha sido superemocionante. Cuéntame cómo acaba, ¿vale?

-Claro. No creo que ahora tengas ningún problema con la clase. Lo has asimilado todo perfectamente.

Tyrone abrió la puerta y volvió la cabeza para decir buenas noches.

Bella se inclinó y lo besó en los labios. Fue suave, breve, pero aunque viviera un millón de años, nunca olvidaría aquel contacto cálido e inesperado. No lo habría dejado más atónito si le hubiera golpeado la cabeza con un martillo.

-Llámame algún día -dijo Bella-. Haremos algo. Pasear por las tiendas, comer una hamburguesa, algo.

Se le paralizó el cerebro y se le fundió el habla. Cuando recuperó parcialmente el control, logró farfullar:

-¿Qué me dices de Quebranta..., quiero decir, Le-Mott?

-No es mi dueño. No estamos casados -sonrió-. Hasta pronto -agregó, antes de cerrar la puerta.

Tyrone permaneció inmóvil, con la mirada fija en la puerta, incapaz de moverse, de pensar, e incluso quizá de respirar. Cuando su cerebro regresó, no tenía la menor idea del tiempo que había permanecido allí plantado. Podían haber sido unos segundos, o tal vez un par de siglos. ¿Cómo podía tener algún significado el tiempo después de lo que le había dicho?

«Llámame algún día -le había dicho-. Haremos algo...»

¡Dios mío!

Sus pies debían de tocar el suelo cuando se dirigía a la estación de autobuses, pero Tyrone no era consciente de ello.

De modo que así se sentía uno cuando estaba enamorado.

Domingo, 3 de octubre, 22.01 horas
Washington, D. C.

En su piso, Toni miró la caja de plástico negro que le entregaba Rusty.

-¿Dónde lo has conseguido?

-Lo encontré en la página web de una librería de Alabama, hace un par de días. Lo he recibido esta mañana. No tengo ningún reproductor de VHS, por tanto, todavía no he tenido oportunidad de verlo.

Toni examinó la caja. En las ilustraciones del reverso aparecía un hombre de pelo corto, con una camisa ligera y un pantalón de color castaño, que efectuaba un bloqueo y sapu contra un individuo corpulento con una coleta, vaqueros y chaqueta oscura. Al parecer, la caja se

había mojado en algún momento, porque el resto del reverso estaba manchado por la humedad y borroso hasta el punto de ser irreconocible. Vio que era una edición de Paladin Press, registrada en 1999. Tenía referencias de ellos. Publicaban libros y vídeos poco convencionales, desde doce maneras de matar a alguien con artículos comunes del armario de la cocina, hasta textos a ultranza sobre armas de fuego y espadas. Estaban en algún lugar de Colorado, si mal no recordaba.

En la portada, parte de la borrosa ilustración había sido arrancada, pero todavía se distinguía el título: Pukulan Pentjak Silat, el devastador arte de luchar de Bukti Negara-Serak, tercer volumen. Se sintió emocionada. No sabía que nadie hubiera grabado cintas del arte que practicaba. Y éste era el tercero de una serie.

-Bien, veamos si mi vídeo todavía funciona. Hace tiempo que no lo utilizo.

Se acercó al reproductor de multimedia, e introdujo la cinta en la boca del vídeo. El aparato se iluminó. Encendió el televisor y volvió a sentarse en el sofá, junto a Rusty.

La cinta se inició con el reparto, seguido del individuo de pantalón castaño que entraba en un callejón. En el callejón había un hombre que estaba moviendo algo, pidió ayuda y de pronto aparecieron otros tres atacantes, ocultos tras contenedores o en portales. Uno tenía un cuchillo, y otro, un bate de béisbol. Los cuatro se dirigieron contra el del pantalón de color castaño. ¿Cómo se llamaba? No había prestado suficiente atención al reparto. No importaba, lo averiguaría más adelante.

En cinco segundos, los cuatro atacantes estaban en el suelo, con un impacto considerable. Toni observaba atentamente. Le gustaría verlo de nuevo en cámara lenta, porque aquel individuo se movía con mucha rapidez. El silat no era atractivo, no cultivaba las posiciones artísticas, pero era ciertamente efectivo.

Cambió la imagen y apareció el gurú de pie sobre una colchoneta, con una pared azul pastel de fondo. Llevaba una camiseta negra sin mangas y un sarong clásico. En la camiseta lucía el emblema del Bukti: un pájaro garuda con la cara del tigre en el pecho, sobre un par de tridentes tjabang. El gurú parecía fuerte, bastante musculoso y muy seguro de sí mismo. Toni se preguntó cómo sería ahora, después de más de diez años.

-Esto es estupendo -dijo Toni-. Me alegro de que me lo hayas mostrado.

-Lo he comprado para ti -respondió Rusty-. Supuse que lo apreciarías más que yo.

-Gracias -sonrió Toni-. Eres muy amable -agregó, con la mano en su brazo.

El momento se prolongó. El gesto era un simple toque, nada más, y sólo servía para dar énfasis a su agradecimiento.

A no ser que dejara ahí la mano. El momento prosiguió.

Toni tomó una decisión.

No retiró la mano.

Treinta y uno

Lunes, 4 de octubre, 5.05 horas
Quantico

De pronto, consciente de lo entumecido y cansado que estaba, Jay Gridley consultó el reloj.

¡Vaya! No había dormido en toda la noche.

Había repasado suficiente material para llenar un petrolero, pero ahora conocía mejor al programador que perseguían. Antes no tenían nada, pero ahora, después de observarlo de cerca, empezaba a formarse una imagen. Aquel individuo tenía las características de alguien formado en la CEI, y Gridley apostaba a que era ruso. No disponían de una identificación firme, pero reducía considerablemente las posibilidades.

Pulsó una tecla, en modo de mundo real en lugar de realidad virtual. Era un trabajo duro, que básicamente consistía en teclear cifras y palabras, pero quería los datos claros, para poder verlos por lo que eran. Utilizaba el ordenador central de Net Force para discernir posibilidades

y aislar las que estaban dentro de ciertos parámetros. En este momento, el ordenador examinaba todos los programadores registrados que vivían en Rusia. Atraparían a ese escurridizo personaje. Sólo era cuestión de tiempo...

Sonó el timbre de recepción de correo electrónico. Gridley movió la cabeza. Las etiquetas estaban colocadas en el programa de selección y, si encontraba algo, sonaría la alarma en su terminal. Pasó al programa de correo y lo abrió.

Era un mensaje de uno de los equipos de campo. Decían que tenían algo sobre el asesinato de Day.

Bien, eso también era importante. No tanto como el programador, por lo menos para Gridley, ya que Day estaba muerto y lo estaría para siempre. Ya nadie podía perjudicarlo, pero la red seguía sufriendo ataques. Por otra parte, capturar a un asesino no era nada despreciable. Y todos sabían que, si no encontraban algo pronto, rodaría la cabeza del jefe. Así era cómo funcionaban aquí las cosas.

Gridley descargó el fichero adjunto y lo abrió. No tardó en ver el meollo del mensaje.

Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí...?

Lunes, 4 de octubre, 5.05 horas
Washington, D. C.

Megan Michaels estaba en la puerta de su casa, de la mano de un hombre robusto de pelo oscuro. Se besaban. El hombre deslizó las manos por su espalda y le agarró los glúteos. Ella gimió suavemente, volvió la cabeza y vio a Alex en el umbral.

-Ahora le pertenezco a él -sonrió-. No a ti -agregó, al tiempo que llevaba una mano a la entrepierna de aquel individuo...

Michaels despertó de su pesadilla, cargado de celos e ira.

¡Maldita sea!

Scout dormía, hecho un ovillo a los pies de Alex. Había una nueva cama para perros en el suelo, junto al televisor, un cesto de la mejor calidad hecho a mano, con una almohada repleta de virutas de cedro, pero el caniche se negaba a utilizarla si Michaels no se lo ordenaba primero. Y Michaels lo hacía. De algún modo, no parecía justo obligar a dormir en el suelo a un perro que le había salvado la vida, pero, si Scout prefería dormir en la cama, bueno, era suficientemente grande para ambos. Después de todo, no era un mastín.

Cuando Michaels se despertó, Scout levantó la cabeza y lo miró. Debió de decidir que no pasaba nada, porque se relajó y al cabo de un momento volvió a enroscarse como una bola.

Walt Carver tenía una reunión a las diez de la mañana con el presidente. Si Net Force no tenía nada nuevo para él que pudiera poner sobre la mesa, respecto al asesinato de Steve Day, Net Force tendría una nueva cabeza, tan pronto hubieran cortado la de Alex Michaels...

Al diablo con todo. Se levantó para ir al baño.

Scout se incorporó, se estiró como un gato, saltó de la cama y se situó junto a Michaels. El perro se sentó y observó atentamente el chorro de orina que salpicaba en la taza del retrete. ¿Qué pensaría Scout? ¿Que aquél era un pequeño territorio que el hombre marcaba para sí?

-Sí, es mi retrete -dijo Michaels-. Mío, mío y mío.

Scout emitió un ladrido de reconocimiento.

Lunes, 4 de octubre, 5.05 horas
Washington, D. C.

Toni estaba tumbada en la cama, con la mirada fija en el techo. Desnudo junto a ella, bajo las sábanas, Jesse Rusty Russell respiraba, sonoramente dormido.

Dios mío. ¿Por qué lo había hecho?

Miró fugazmente al hombre que dormía junto a ella. Rusty era atractivo, listo, sensual. Ciertamente había disfrutado de su gusto y de su tacto, y había sido una sesión bastante

atlética y gratificante. A los antiguos preservativos que guardaba en el cajón de su ropa interior todavía les faltaban unos meses para su fecha de caducidad. Ella y Rusty eran adultos, y no estaban casados... ¿a quién perjudicaban?

Todo esto era cierto y, sin embargo, no estaba bien. ¿Por qué se sentía culpable? ¿Qué hacía ahí con ese... desconocido en la cama? Tenía una sensación de irrealidad, como si se tratara de un sueño, sentía que no le ocurría realmente a ella, una sensación que estaba también al borde de la náusea. Sintió una especie de temor enfermizo. Como si hubiera hecho algo terriblemente malo.

Debería ser Alex quien estuviera allí, satisfecho, feliz, enamorado de ella. Debería significar algo. Le gustaba Rusty, era un hombre bastante agradable, pero no alguien con quien se propusiera pasar la vida, ni siquiera una parte considerable de la misma. Toni lo sabía. Se había portado como un amante experto y considerado. El sexo había sido divertido, se mentiría a sí misma si dijera lo contrario, pero el sexo en sí no bastaba, por bueno que fuera. Tenía que haber más, mucho más. Le gustaba Rusty, pero no lo quería.

Quería a Alex.

Exacto. Entonces, ¿cómo podía haber hecho esto? ¿Y cómo podría mirar ahora a Alex a la cara? Le había sido infiel.

Un momento, muchacha, empezó a decir la voz de la razón.

Cierra la boca, respondió Toni.

Junto a ella, Rusty se movió.

Toni pensó que debería levantarse, ducharse y vestirse. No quería que Rusty despertara con la esperanza de una repetición. Había sido agradable, pero también un error... y no iba a repetirlo.

Lunes, 4 de octubre, 5.05 horas
Columbia, Maryland

Ruzhyó estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la cama del motel y la mirada perdida en la lejanía. No estaba aburrido, ya no se aburría desde hacía años, pero tampoco se interesaba por nada de un modo especial. Eso no le preocupaba particularmente, pero era consciente de su desvinculación del mundo.

Plekhanov acabaría por llamar; hoy, mañana, pasado mañana. El ruso que había adoptado Chechenia como país propio, utilizando un lenguaje vago e indirecto, le ordenaría a Ruzhyó ir al norte y matar de nuevo. Formaría parte del gran plan de Plekhanov de convertirse en un hombre poderoso, capaz de dirigir países a su antojo. Al principio, las razones de Plekhanov eran importantes para Ruzhyó. Ahora, le bastaba que Plekhanov deseara que algo sucediera. Ruzhyó era la herramienta que lo perpetraba: era su única razón para seguir vivo.

Vivir. Morir. Era lo mismo.

Lunes, 4 de octubre, 7.30 horas
Quantico

Cuando Michaels llegó a su despacho, Jay lo estaba esperando con una sonrisa.

-¿Tienes buenas noticias?

-Desde luego.

-Pasa.

-Mira eso -dijo Jay, dentro del despacho-. Con tu permiso -agregó, gesticulando en dirección al ordenador de Michaels.

-Adelante.

Jay encendió el aparato y llamó un fichero.

-Este es el informe de nuestro equipo de campo, en el estado de Nueva York -dijo el joven-

. Y esto... -pulsó unas teclas y apareció una imagen en pantalla- es el Not the Brothers Dog Kennel, situado en la hermosa orilla oriental del gran lago Scandaga, entre los poblados de North Broadalbin y Fish House.

Michaels miró fijamente a Jay.

-Eso está al noroeste de Amsterdam, que está al noroeste de Schenectady, que se encuentra al noroeste de Albany, que a su vez...

-Lo he entendido, Jay.

-Bueno, en cualquier caso, ahí es donde entrenaron al caniche de lujo.

-¿En serio?

-Efectivamente. Uno de los pocos lugares donde hacen ese tipo de cosas. Entrenan a tu perro, te venden uno ya entrenado, o incluso los alquilan. Eso es lo que ha ocurrido con el tuyo. Es un perro alquilado -sonrió Jay.

»Evidentemente, nunca vieron a la persona que lo alquiló. Esa mujer es realmente lista, jefe. Recibieron el dinero y las instrucciones por mensajero. La nota era una copia impresa, cuyo tipo de letra y papel, según el especialista del FBI, pertenecen probablemente a una de las grandes copisterías, como Kinko's o LazerZip, y no hay forma de averiguarlo.

»Nuestros agentes han descubierto que se entregó el perro a otro mensajero y luego a un tercer servicio de mensajería, que acabó por entregarlo a alguien en el vestíbulo de un nuevo Holiday Inn, al norte de Schenectady. El mensajero recuerda que un hombre firmó el recibo y pagó más dinero al contado. Un individuo de aspecto corriente, que el mensajero no reconocería si volviera a verlo.

-Esto no me parece muy prometedor.

-Bueno, espera. El Holiday Inn es uno de los nuevos módulos controlados por ordenador. Disponen de cámaras de vigilancia ocultas por todas partes. Mira esto. Jay manipuló los controles.

-Ahí está el individuo que recogió el perro.

Apareció la imagen de un individuo, con una pequeña bolsa de plástico para perros. Estaba claramente en el exterior, en una especie de patio, con muchas plantas verdes y flores en el fondo. El individuo era de talla media, peso medio, corte de pelo corriente, con camisa, pantalón y zapatos oscuros. Podía ser cualquiera.

-Y ahí está la mujer a la que se lo entregó.

Apareció otra imagen de una mujer de semiperfil, frente al hombre de la bolsa. Aparentaba unos cuarenta años, tenía el cabello castaño canoso bastante largo, era regordeta, llevaba gafas de sol, una holgada blusa de manga larga, pantalón ancho y zapatillas. Una mujer del montón.

-Las cámaras de seguridad del hotel toman tres instantáneas por segundo, de modo que si dejamos correr la cinta avanza a trompicones, pero disponemos de seis u ocho buenas imágenes de la mujer.

-No se parece en nada a la anciana -dijo Michaels-. ¿Y cómo sabemos que ahí no va disfrazada?

-Nuestros especialistas en identificación dicen que probablemente va disfrazada; el tamaño de su cuello y sus muñecas, así como la delgadez de su cara y sus manos, no corresponden realmente con el grosor de su torso y sus caderas. Probablemente lleva guatas.

-Entonces ¿de qué nos sirve eso?

-Bueno, el procesador informático de imágenes indica que probablemente no ha modificado la forma de sus orejas o de sus manos y utilizando objetos a la vista de tamaño conocido, como esa maceta o esos ladrillos decorativos, podemos determinar la talla de sus zapatos, su altura, y acercarnos bastante a su peso real, si extrapolamos el diámetro de sus muñecas y de su cuello. El cabello es probablemente una peluca, de modo que no nos sirve, pero las imágenes nos muestran claramente sus muñecas y sus manos, y los especialistas del laboratorio del FBI dicen que no las lleva maquilladas, lo que indica que probablemente es pelirroja, a juzgar por el tono de su piel.

-¿Pueden saber eso?

-Todavía es más arte que ciencia, pero dicen que tienen un ochenta y cinco por ciento de seguridad.

-Caramba.

-Hay algo más. Fíjate.

Jay puso la grabación en movimiento. La mujer cogió la bolsa del perro, dio media vuelta y empezó a andar. Apareció una imagen desde otro ángulo, que Michaels supuso tomada por otra cámara. En este caso, la cámara la tomaba desde arriba, cuando se dirigía directamente hacia ella. Mientras la observaban, la mujer pisó algo y resbaló.

-¿Ves cómo está húmedo el suelo? Acababan de fregar la salida -dijo Jay-. Y todavía no habían puesto el cartel de aviso.

En la próxima imagen se veía a la mujer que se ladeaba a la izquierda, estiraba el brazo y se apoyaba con su mano libre en la pared, a la altura del hombro. Luego se daba impulso con el muro y seguía caminando.

-No está mal cómo recupera el equilibrio -observó Jay-. Probablemente yo me habría caído de culo, pero ella se limita a tocar la pared, darse impulso y seguir andando como si nada, sin soltar siquiera la bolsa del perro. Ni reducir tampoco la velocidad -agregó ahora con una radiante sonrisa.

Michaels estableció la relación y miró a Jay.

-¿Huellas?

-Sí. ¿Cuántas personas crees que han resbalado en el suelo húmedo en el último par de meses y se han apoyado en ese lugar concreto de la pared?

»Dejó la huella de la palma de su mano, unas huellas muy claras del índice, del corazón y del anular, y una huella borrosa del meñique.

Michaels asintió. Esto era muy importante. Puede que incluso le salvara el pellejo.

-¡Ah! ¿He mencionado que hemos obtenido unas cuantas células y un poco de ADN utilizable?

-Maldita sea, Jay...

Jay soltó una carcajada.

-Bueno, no quería darte demasiadas esperanzas, jefe. Es una cantidad prácticamente insignificante; sólo lo suficiente para confirmar que es mujer y facilitarnos su grupo sanguíneo, eso es todo.

-¡Cielos! ¿Por qué no me lo has dicho al principio?

-No es así cómo se cuenta una historia, jefe. Se guarda lo mejor para el final. En cualquier caso, todavía no hemos localizado las huellas ni el perfil del ADN en los ficheros del FBI, el NCIC, la UPolNet o la Asia-Pol. Se tarda un poco en comprobarlos todos, pero aunque no lo consigamos por este camino, probablemente tenga una ficha en algún lugar: Seguridad Social, servicios médicos, archivos bancarios, etcétera. Si existe en algún lugar, tarde o temprano aparecerán luces rojas y empezarán a sonar sirenas. Es sólo cuestión de tiempo.

-Has hecho un trabajo excelente -dijo Michaels-. Te felicito, Jay.

-No pro.

-¿Qué?

-Es sólo una expresión, jefe. Significa «ningún problema». Hay que mantenerse al día, ¿sabes? ¿Y he mencionado que ha pagado por el perro perdido? De nuevo ha mandado el dinero por mensajero. En esta ocasión no hemos podido seguirle la pista, pero ha sido un detalle por su parte, ¿no te parece?

Michaels se sentía eufórico, pero intentó no dejarse llevar por el entusiasmo.

-¿Qué hay del otro asunto, del programador?

-Cada vez estamos más cerca de él. Es ruso, ucraniano o algo por el estilo. Utilizo Baby Huey, el ordenador SuperCray, para reducir posibilidades y comparar perfiles.

-¿No me habías dicho que era capaz de disimular su perfil?

-Sí, claro que puede, pero sólo parcialmente. Ahora dispongo de suficiente información sobre su estilo como para reconocerlo cuando lo vea. Es como un pintor. Todo el mundo reconoce un Picasso cuando lo ve y no lo confunde con un Renoir. El estilo lo delata. Es demasiado bueno para ocultar todo su talento. Parte del mismo aflora, por mucho que lo sepulte.

-Un trabajo verdaderamente excelente, Jay. Gracias.

-Bueno, jefe, es mi oficio. Pero no me importaría que lo tuvieras en cuenta, en la próxima revisión de resultados y ascensos.

Ambos rieron.

-Debo volver al trabajo -anunció Jay-. He dejado este material en tu carpeta y te lo comunicaré cuando haya alguna novedad.

-Gracias de nuevo.

Después de que Jay se hubo retirado, Michaels abrió el material y lo examinó de nuevo, para ordenarlo en su mente. Cuando se sintió a gusto, llevó la mano a su comunicador para llamar a Walt Carver. El director no asistiría desarmado a su reunión con el presidente esta mañana. Tal vez incluso bastara para que Michaels conservara un poco más su cargo. Le sorprendió su sensación de alivio, mucho más fuerte de lo que suponía. Puede que no estuviera tan dispuesto a abandonarlo todo como había imaginado.

-Despacho del director Carver.

-Hola, June, soy Alex Michaels. ¿Ya ha llegado?

-Está aquí desde las seis, comandante. Un momento, le conecto.

Mientras esperaba para hablar con Carver, Michaels levantó la cabeza y vio a Toni que pasaba frente a su ventana. La saludó con la cabeza, pero ella no lo miró a los ojos de camino a su despacho. Probablemente estaba cansada, hacía demasiado tiempo que todos trabajaban sin interrupción. La llamaría para contarle lo que había des-cubierto Jay cuando acabara con el director. Se alegraría de recibir la noticia.

-Buenos días, Alex. ¿Tiene buenas noticias para mí?

-Sí, señor, eso creo. Muy buenas noticias.

Treinta y dos

Miércoles, 6 de octubre, 6.11 horas
Long Island

La Sirena estaba frente a la puerta, con una pequeña caja en las manos envuelta en papel de regalo. Llevaba un impecable pantalón de algodón azul oscuro, una camisa de manga larga del mismo color y una gorra de béisbol que hacía juego con el conjunto. Por debajo de la gorra asomaban unos mechones de su peluca rubia y llevaba sólo el maquillaje suficiente para parecer cinco años mayor de lo que era. El paquete envuelto era del tamaño de una caja que podría contener un collar de diamantes. La furgoneta aparcada en la calle a su espalda era de alquiler, completamente blanca y con matrícula falsa. Tenía el aspecto de una mensajera en aquel barrio elegante.

Tocó el timbre.

Transcurrió un minuto. Llamó de nuevo.

-¿Quién es? -preguntó una voz medio dormida por el intercomunicador.

-Traigo un paquete de la joyería Steinberg's para la señorita Brigette Olsen.

-¿Un paquete?

Cielos, encanto, ¿cuál es la parte que no has comprendido?

-De parte del señor Genaloni -agregó la Sirena, después de levantar la tablilla sujetapapeles que llevaba en la mano.

-Espere un momento.

La mujer de la casa abrió la puerta, hasta donde lo permitía la cadena. Por lo que la Sirena alcanzaba a ver por la brecha, Brigette era joven, rubia y pechugona; lo que los irlandeses denominarían una buena hembra. Llevaba un pijama de seda negra y una bata azul claro. Si la llamada telefónica que la Sirena había intervenido la noche anterior era correcta, hoy Brigette recibiría la visita de Ray Genaloni. La Sirena estaba lista. Brigette tendió la mano para coger el paquete.

-Démelo.

-Necesito que firme el recibo, señora -respondió la Sirena, agitando la tablilla sujetapapeles que llevaba en la mano, al tiempo que consultaba su reloj, como si tuviera otras cosas que hacer.

Brigette titubeó.

Probablemente la Sirena podría haberle dado una patada a la puerta y hacer saltar el pestillo de la cadena. Para sujetarlos se solían utilizar unos tornillos cortos e inútiles, pero en realidad no quería arriesgarse a que alguien la viera; derribar la puerta de la amante de un gángster a plena luz del día no era muy inteligente. 0 podía desenfundar la pequeña pistola del calibre veintidós, que llevaba en una pistolera dentro de la faja de su cintura, debajo de la camisa, tras su cadera derecha y amenazar a la mujer: «Abre, encanto, si no quieres que te fría». Pero eso sería arriesgado. Y desde luego no la quería muerta.

Algo más por resolver y ni lo uno ni lo otro sería necesario.

-¡Cuánto lo siento! Había olvidado que debo leerle una nota -dijo, mientras abría un papel de la tablilla-. Dice así: «Ponte esto y nada más para mí esta tarde. Firmado, Ray».

La Sirena bajó la mirada al suelo, como si estuviera avergonzada.

Brigette se rió y abrió la cadena.

-Efectivamente, ése es Ray. Abrió la puerta. La gente era tan crédula...

Miércoles, 6 de octubre, 11.46 horas
Quantico

Alex Michaels se dirigía a la cafetería, aunque no estaba particularmente hambriento. Las excelentes pistas de hacía sólo un par de días no habían conducido a nada. La selección que había hecho Jay Gridley de los programadores que vivían en Rusia no había dado ningún resultado. Y en ninguno de los archivos consultados se habían encontrado las huellas ni las muestras de ADN de la mujer que había recogido el caniche en el hotel de Schenectady.

Gridley había extendido la búsqueda del programador a los países circundantes de la CEI y también había ampliado la red tendida para el asesino, pero hasta ahora los resultados eran nulos.

Michaels tenía la impresión de que Toni Fiorella lo evitaba sistemáticamente. Estaba ausente en una reunión de personal, se marchaba temprano y, en general, lo miraba como si hubiera contraído alguna enfermedad altamente contagiosa y no quisiera acercarse lo suficiente para que se la transmitiera.

Bueno, por lo menos todavía conservaba su empleo. Para ello bastó que el director le contara al presidente que disponían de fotografías de la asesina de Day y que la atraparían en un futuro próximo.

Fuera o no eso cierto, era harina de otro costal, aunque, sin duda, estaban en mejor situación que antes. Sucedería tarde o temprano.

Delante de él, en el pasillo, Michaels vio a Howard que se dirigía a la cafetería. Howard lo vio al llegar a la puerta y lo saludó con la cabeza.

-Comandante -se limitó a decir, correcta pero escuetamente.

Resultaba evidente que no le gustaba al coronel, pero Michaels no entendía por qué.

-Coronel.

Howard se alejó, sin ofrecerse a comer o a charlar con su jefe.

Pero en ese momento apareció Jay Gridley, sonriente, y Michaels decidió que se ocuparía de Howard más adelante.

-Dime que tienes buenas noticias y el ascenso será cosa hecha -dijo Michaels.

-Bueno, no sé hasta qué punto son buenas, pero, déjame ver, he identificado al programador. ¿Qué te parece?

-¡No!

-Si., -¡sí, sí! Tenía razón, es ruso. Emigró a Chechenia y vive allí desde hace muchos años, por eso no lo encontré en las primeras búsquedas -dijo Gridley, mientras abría su ordenador portátil para mostrar una imagen en pantalla-. Comandante, te presento a Vladimir Plekhanov.

Miércoles, 6 de octubre, 15.30 horas
Ciudad de Nueva York

Genaloni consultó el reloj de su escritorio. Basta. Necesitaba salir del despacho. Examinar documentos, en papel o electrónicos, podía volver loco a cualquiera después de un par de horas. Agitó la mano para activar el intercomunicador.

-Roger, trae el coche. Vamos a casa de Brigette.

-Sí, señor.

Lo que necesitaba después de estar encerrado todo el día con las presiones de los negocios era un lugar donde tranquilizarse y alguien con quien relajarse. No había nada como la reanimación para sentirse mejor. Y si salían ahora, evitarían la hora punta.

Indudablemente, ser rico tenía sus ventajas.

Miércoles, 6 de octubre, 15.40 horas
Long Island

Brigette había cooperado en gran medida. Después de reponerse de la sorpresa de ver una pistola en la mano enguantada de la repartidora, lo primero que dijo fue: «Mierda!».

Más que de miedo, su tono era de irritación. Como si acabara de descubrir que estaba lloviendo, cuando se proponía tomar el sol.

Ahora la furgoneta estaba aparcada a una manzana de distancia, en la entrada de una casa desocupada que estaba en venta, adonde la Sirena la había trasladado mientras Brigette permanecía esposada al desagüe de su cocina.

De regreso en la casa, le había quitado las esposas y le había permitido que se vistiera.

Mientras se ponía sus braguitas de seda negra, Brigette miró a la Sirena con sus dulces ojos azules y le preguntó:

-¿Va a matarme a mí también?

En su mente no había ninguna duda con respecto a la razón de la presencia de la Sirena en su casa. No era tonta, esa putilla.

-No, ¿por qué debería hacerlo? Tú haces lo que se supone que debes hacer, Genaloni cae y yo me marcho.

-Lo acompañarán sus guardaespaldas. Estarán en la calle.

-¿Cuántos?

-Un par.

Aparentemente seguía cooperando, pero en realidad mentía. A Genaloni lo acompañarían por lo menos cuatro guardaespaldas; cinco, si se contaba al chófer. Uno de ellos vigilaría también la parte trasera de la casa. Brigette intentaba cubrirse el trasero, más que el cordón del tanga que llevaba. Si su viejo amante adinerado caía, cabía esperar que su asesina respetara su vida porque la había ayudado. Si Genaloni sobrevivía y la repartidora moría, la encantadora Brigette podría decirle que había mentido para protegerlo.

-No parece apenarte demasiado que tu protector esté a punto de ser aniquilado.

La rubia se puso una blusa de seda de color natural, sin sujetador, y se la abrochó. Se percató de que la otra mujer la miraba.

-Le gusta ver mis pezones -dijo, antes de encogerse de hombros- Pertenece a la mafia. Es un negocio peligroso. Tengo algunos ahorros y no creo que me cueste mucho conseguir otro amante adinerado. Si era suficientemente buena para Genaloni, habrá otros mafiosos que querrán probarlo.

La Sirena sonrió. Ningún sentimentalismo para esa chica. Sabía lo que era y estaba dispuesta a aprovecharlo al máximo. En cierto modo, a la Sirena le gustaba esa faceta de Brigette, directa y sin rodeos.

-Puede que alguien te acuse.

-¿Por qué deberían hacerlo? Dejaré que me conecten al detector de mentiras y les contaré la verdad. ¿Qué podía hacer cuando me apuntaban con una pistola?

-Supongo que esto significa que también les describirás mi aspecto, ¿no es cierto?

Brigette titubeó unos instantes mientras reflexionaba.

-Sí, lo haré -respondió finalmente-. Pero esto es un disfraz.

-¿Y si te preguntan si llevaba un disfraz?

-Eso puedo superarlo.

La conversación se ponía interesante.

-¿En serio? ¿Cómo?

Brigette subió una microfalda por sus largas piernas, cerró la cremallera, e introdujo la blusa en su cintura.

-Depende de cómo formulen la pregunta. Si dicen: ¿Crees que la asesina de Ray iba disfrazada?», puedo responder que no y será verdad.

-¿En serio?

-Claro. Porque no creo que sea un disfraz, lo sé. Estoy bastante familiarizada con el maquillaje.

La Sirena sonrió.

-¿Por qué lo harías? ¿Para protegerme?

-Podría volver más adelante y eliminarme, si creyera que la he traicionado.

Su lógica era frágil, pero la Sirena no se lo mencionó. Si Brigette la delataba con todo lujo de detalles, la mafia podría encontrar y eliminar a la asesina de Ray, y no le sería posible volver para amenazar el bienestar de la dulce Brigette.

¿Podía confiar en ella? Claro que no. A la Sirena no le cabía la menor duda de que la amante de su víctima cantaría una ópera entera, a petición de sus interrogadores.

Brigette encontró un par de medias de seda, enrolló una de ellas, introdujo el pie izquierdo en la misma y se la subió por la pierna. La Sirena la observaba, intrigada por la ausencia absoluta de pudor y emoción de aquella mujer ante la perspectiva inminente de una aniquilación.

Brigette se percató de que la miraba y sonrió.

-¿Te gustan las mujeres? Podrías pasarlo bien conmigo mientras esperamos.

La Sirena negó con la cabeza.

-Gracias. No cuando trabajo.

La chica de Ray tenía una sangre fría impresionante. A la Sirena no le habría gustado colgar de un precipicio y depender de la dulce Brigette para que le arrojara una cuerda, a no ser que dispusiera de un buen fajo de billetes para sobornarla.

No obstante, Brigette la ayudaría. La pistola Walther TPH calibre veintidós que la Sirena tenía en la mano era una versión reducida de la PPK de James Bond. La TPH, de acero inoxidable de primera calidad, pequeña, compacta y de gran precisión, constituía un ejemplo excelente del arte del fabricante. Sin embargo, su diminuta munición no podía detener a un hombre, a no ser que alcanzara su sistema nervioso central. Para tener la certeza de matar a alguien, era preciso dispararle a la médula o al cerebro. Si cuando Ray se acercaba a la casa, Brigette empezaba a chillar, sería difícil dispararle a la cabeza. No imposible, ya que con aquella arma era capaz de dar en el blanco a veinte metros, pero entonces le habría acoplado un silenciador a la TPH para amortiguar el ruido del disparo. El cañón no tenía la longitud suficiente para que la munición alcanzara velocidad supersónica, todavía más reducida por el silenciador que absorbía los gases de la explosión junto con el ruido. A no ser que se le disparara a un ojo, la víctima podía sobrevivir. El cráneo es duro, y se habían dado casos en los que la bala no lo perforaba. Y acertar en el ojo con la mira obstaculizada por el silenciador no era fácil.

No, con una pistola del veintidós, se debía acercar el cañón a escasos centímetros de la nuca del objetivo y efectuar tres o cuatro disparos al cerebro, mientras los guardaespaldas permanecían en sus coches, ajenos a lo que sucedía, y marcharse mucho antes de que alguien llamara a la puerta.

Necesitaba intimidad para hacerlo debidamente. Brigette introduciría a Genaloni en la

casa. Cuando la puerta se cerrara a su espalda, la Sirena se ocuparía de lo demás.

Miércoles, 6 de octubre, 18.00 horas
Quantico

La reunión de las cinco empezó con una hora de retraso. Se trataba de un pequeño grupo, formado por Michaels, Toni, Jay, el coronel Howard y Richardson, el nuevo enlace informático del FBI, pero éste no podía quedarse mucho tiempo. De ahora en adelante, la información relacionada con aquel caso estaría reservada sólo para aquellos que precisaban conocerla.

-Bien -dijo Michaels-, todos han recibido la información que Jay ha recopilado. ¿Alguna pregunta?

-Sí -respondió Richardson-. ¿Cómo procederemos cuando se haya comprobado que ese tal Plekhanov es realmente el programador que buscamos?

-Es un poco delicado -respondió Michaels-. Lo ideal sería ponernos en contacto con el gobierno checheno y obtener su extradición, según el Acuerdo Criminal de la Red de 2004. Puede que esto no sea una buena idea. Jay, ¿te importa?

Jay asintió.

-Probablemente Plekhanov dispone de un programa de seguridad para sus ficheros más delicados. Si la policía local irrumpe en su casa o en su despacho y empieza a pulsar teclas o desconectar cables, lo más probable es que su sistema se bloquee por completo antes de que averigüen cómo desconectarlo. Y aunque eso no sucediera, seguramente sus ficheros más delicados estarán codificados, con ciento veintiocho o incluso tal vez doscientas cincuenta y seis combinaciones. Solía elaborar códigos para las fuerzas rusas. Sin la clave, nuestro SuperCray tardaría diez mil millones de años a pleno rendimiento para descifrar el código. Eso es probablemente más de lo que queremos esperar, de modo que no podemos conseguir los ficheros de su sistema sin la clave. Si no obtenemos los ficheros, no podremos probar que sea él, no de forma suficientemente convincente para que los juristas formulen una acusación oficial.

-Entonces, ¿cómo lo hacemos? -preguntó Howard.

-Lo ideal sería espiarlo cuando su sistema esté conectado. 0 de lo contrario, conseguir la clave.

-Y eso es sólo una parte del problema -agregó Michaels-. Jay?

-He estudiado un poco el historial de ese individuo. Resulta que tiene vínculos con altos cargos gubernamentales en todas partes. Ha hecho mucho trabajo legítimo de seguridad para los rusos, los indios, los tailandeses, los australianos y muchos más. Tiene dinero, una buena cantidad en cuentas legales, hablamos de un par de millones netos, e indudablemente mucho más en dinero negro. Aquel atraco al banco de Nueva Orleans probablemente no era el primero.

-De modo que hablamos de un rico con influencia -intervino Toni- E incluso aunque los chechenos estuvieran dispuestos a detenerlo y entregarlo, no podríamos condenarlo sin pruebas que no podemos conseguir.

-Esencialmente, eso lo resume todo -reconoció Michaels.

-Si ese individuo es rico y poderoso, ¿por qué lo hace? -preguntó Howard-. ¿Para qué arriesgarse?

Michaels asintió, satisfecho de comprobar que prestaban atención.

-Ese es el quid de la cuestión. ¿Qué se propone?

-Más dinero, más poder -aventuró Richardson-. Es avaricioso.

-Probablemente -admitió Michaels-. Pero he examinado la información y me parece que va a por algo específico. Algunos de los colapsos de la red han sido directamente beneficiosos para él, Jay dispone de los detalles, pero otros no lo han sido. Aunque en parte no sea más que una cortina de humo para encubrir sus huellas, parece haber una pauta en su comportamiento. Se dirige a algún lugar en particular. Antes de intentar atraparlo, tal vez sería sensato procurar

descubrir su objetivo. Puede que alguien lo ayude, y nos sería útil reunirlos a todos.

Antes de que pudiera proseguir, se abrió la puerta de la sala de reuniones. La secretaria de Michaels estaba en el umbral. Se suponía que no debía interrumpir, a no ser que se tratara de una emergencia, y lo primero que Michaels temió fue que le hubiera ocurrido algo a su esposa, maldita sea, su ex esposa, o a su hija. Pero antes de que el pánico se apoderara de él, la secretaria lo tranquilizó:

-Comandante, han llegado noticias de Nueva York que usted debe conocer. Sobre Ray Genaloni.

Treinta y tres

Miércoles, 6 de octubre, 16.40 horas
Long Island

Sonó el timbre de la puerta en la casa de Brigette.

-¡Oh, cielos! -exclamó.

-Hazlo pasar. Recuerda que estaré aquí, desde donde puedo verte, pero él no puede verme a mí. Si haces algún movimiento inesperado, sea lo que sea, te mataré a ti antes de hacer cualquier otra cosa.

-De acuerdo. Entendido.

Brigette se dirigió a la puerta.

Ahora era cuando empezaba el peligro. La Sirena no creía que Brigette cometiera ninguna estupidez, se jugaba mucho en ello. Por si fallaba algo antes de que Genaloni entrara en la casa, disponía de cuatro peines cargados de balas del veintidós para la Walther, veinticuatro balas adicionales, además de las siete de la pistola, así como el resto de la caja de munición que llevaba en el bolsillo de su pantalón, aunque si llegaba a necesitar más de treinta y una balas, estaría metida en un buen lío.

-Hola, cariño, pasa. Mi marido acaba de marcharse. Genaloni se rió y entró en la casa.

La Sirena retrocedió para ocultarse de su vista, sujetando la pistola levantada con ambas manos junto a su oreja derecha. Llevaba guantes quirúrgicos y no había tocado la pistola ni los peines sin guantes después de limpiarlos meticulosamente la noche anterior. Se llenó los pulmones de aire y lo soltó lentamente. Sentía sofocos producidos por la adrenalina.

-No puedo quitar este alambre de la botella de champán, Ray. Se ha soltado el pequeño redondel.

-Yo lo haré. ¿En la cocina?

-En el cubo de hielo.

Parecía muy tranquila, sin el menor indicio de nerviosismo en el tono de su voz.

La Sirena entró en el armario abierto a su espalda y olió el aroma de vestidos nuevos, nunca usados, todavía con sus etiquetas. Tiró de la puerta hasta casi cerrarla. Genaloni y Brigette pasaron frente a su escondrijo, sin mirar siquiera en esa dirección.

La Sirena los siguió cuando entraron en la cocina.

-No os mováis -ordenó.

Genaloni comprendió lo que sucedía al oír esas palabras y el papel que había jugado Brigette.

-Mierda. Eres una puta asquerosa.

-Lo siento, Ray, ¡me ha obligado! ¡Tiene una pistola! -exclamó Brigette, en el tono más emocionado que había utilizado en todo el día.

-Las manos arriba y separadas, Genaloni. Obedeció.

-¿Puedo darme la vuelta?

-Por supuesto.

Lo hizo y, al verla, asintió.

-Entonces tú debes de ser la Sirena, ¿me equivoco? ¿A qué viene todo esto?

-Lo sabes perfectamente. Tu gente ha intentado localizarme. Te advertí hace mucho tiempo

que eso no estaba permitido.

No intentó mentir.

-Mierda. Se suponía que eran buenos.

-No lo suficiente.

-De acuerdo. Los has detectado. ¿Qué quieres?

¿Dinero? ¿La garantía de que no volveremos a intentarlo?

La Sirena había encañonado ya su ojo derecho. A esa distancia, la mira era innecesaria. Era capaz de dispararle durante un día entero a una canica sobre una mesa sin rayar siquiera la superficie, apuntando sólo con la pistola y el silenciador.

-¿De cuánto dinero hablamos?

Genaloni sonrió, convencido de que controlaba la situación.

Estaba equivocado.

El mecanismo bruñido a mano de la pistola estaba preparado para una presión de kilo y medio, sin retroceso. La Sirena apretó suavemente el gatillo, y dio la sensación de que hubiera roto con sus dedos un carámbano de hielo. Sonó como un rifle de aire comprimido, con un estallido que nadie habría oído fuera de aquella sala.

La diminuta bala alcanzó a Genaloni en el ojo derecho. Perdió las fuerzas y se desplomó, con el cerebro dañado por el plomo que rebotaba en el interior de su cráneo.

-¡Oh, cielos! -exclamó Brigette-. ¡Oh, cielos! Puesto que Brigette le gustaba un poco y la Sirena no era una mujer cruel, le dijo:

-Tranquila. Estás bien. Ahora voy a marcharme, no te preocupes, ¿quién hay en la puerta?

Brigette volvió la cabeza para mirar.

La Sirena le disparó dos veces a la sien derecha, y la rubia se desplomó. Pataleó espasmódicamente en el suelo, conforme las conexiones dañadas de su cerebro ordenaban un último intento frenético de huir. Era una reacción instintiva, su mente ya la había abandonado, sin percatarse siquiera de que no iba a sobrevivir.

La Sirena se movió con rapidez. Se agachó, efectuó otros dos disparos en la nuca de Brigette y luego otros dos en la de Ray. La pistola funcionó a la perfección; había bruñido el mecanismo con un estropajo hasta dejarlo como un espejo, antes de engrasarlo con TW-25B, un lubricante militar de base fluorocarbónica. Nunca se le había encasquillado, ni siquiera con las balas Stinger de punta hueca. Pulsó el botón de la culata, retiró el peine vacío e introdujo otro de repuesto. Guardó el peine vacío en el bolsillo de su pantalón, amartilló el percutor de la TPH e introdujo una nueva bala en la recámara. Luego retiró de nuevo el cargador, e introdujo otro peine con seis cartuchos en la pistola. Contando la bala de la recámara, ahora podía efectuar siete disparos.

Miró a su alrededor. No había dejado huellas en ningún lugar. Los casquillos usados, que había cargado directamente de la caja con guantes, estaban impecablemente limpios. Podían obtener cierta información de las marcas del cañón y del percutor en los casquillos vacíos, pero puesto que se desprendería del arma a la primera oportunidad, eso no tenía ninguna importancia. Aunque algún buceador encontrara la pistola dentro de veinte años, no habría nada que la relacionara con ella; la había comprado limpia en un mercadillo. Lástima. Realmente le gustaba la Walther, pero no se debían guardar las armas usadas para cometer un asesinato. Las cárceles estaban llenas de pistoleros que se habían apegado a sus armas predilectas y las habían conservado después de utilizarlas para aniquilar a alguien. Una estupidez.

Observó los cadáveres. Ambos creían que sobrevivirían cuando les disparó y estaban realmente muertos antes de percatarse de lo contrario. Había formas peores de morir.

Bien, ahora la segunda parte.

Se acercó a la puerta trasera y miró por una rendija en la persiana junto a la misma. En la parte interior de la verja, junto a la puerta del jardín, había un corpulento individuo con un chándal gris. Fumaba un cigarrillo y llevaba una abultada riñonera sobre la barriga. Ahí debía de llevar su pistola. Bien. Tardaría mucho más en sacarla de la riñonera que de una pistolera.

Necesitaba alejarlo de la puerta del jardín y acercarlo a la casa, para que nadie pudiera verlo desde la parte delantera, si es que alguien miraba.

Había pasado la mayor parte del día con Brigette y podía imitar su voz con suficiente convicción, para alguien que probablemente sólo la había oído un par de veces.

Respiró hondo y abrió la puerta.

-Oiga, perdone. ¿Puede acercarse un momento? Ray necesita que le echen una mano.

El guardaespaldas del chándal se acercó a la puerta trasera. En el momento en que la casa lo ocultaba de la parte delantera, la Sirena salió al jardín.

El guardaespaldas frunció el ceño. La Sirena no era lo que esperaba ver.

Su reacción fue bastante buena, pero su táctica dejaba mucho que desear. En lugar de agacharse, saltar e intentar salvar la verja, que tal vez le habría permitido huir con un par de balas de pequeño calibre en la espalda, fue a por su pistola de la riñonera.

El mejor pistolero de la historia no era suficientemente rápido para superar a alguien que ya lo apuntaba con su arma. Aunque fuera realmente rápido, tardaría por lo menos un tercio de segundo en reaccionar y desenfundar el arma de una pistolera. En este caso, para sacarla de una riñonera, necesitaría como mínimo un par de segundos y no disponía de tanto tiempo.

La Sirena efectuó el primer disparo cuando apenas empezaba a fruncir el entrecejo. El segundo y el tercero le siguieron con tanta rapidez que todo pareció un solo disparo. Después de dispararle tres veces a la cabeza, corrió hacia la verja trasera incluso antes de que el guardaespaldas se desplomara. Su furgoneta estaba en esa manzana, a dos casas de distancia, a la izquierda, y ya había comprobado que no había perros en las casas vecinas.

La verja era de planchas de cedro, propia de un buen vecindario, de dos metros de altura. Se acercó corriendo, apoyó ambas manos en la parte superior sin soltar la pistola y saltó por encima de la misma. Un buen salto.

El terreno era mullido y el jardín vecino estaba vacío. Bonita hierba, cortada recientemente.

Corrió a la puerta del jardín, junto a la casa, la abrió y la cerró a su espalda. Desenroscó el silenciador del cañón de su Walther, lo guardó en el bolsillo trasero, introdujo el arma en la pistolera que llevaba a la cintura y la cubrió con su camisa.

Al cabo de cuarenta y cinco segundos estaba en su furgoneta. Al otro lado de la calle, dos niñas pequeñas jugaban al tejo, sobre unas líneas dibujadas con tiza en la acera. La Sirena les sonrió y las saludó con la mano. Arrancó el motor de la furgoneta, retrocedió a la calle y se alejó. Conducía sin prisas, parando en todos los semáforos y señalizando antes de girar. Una conductora modélica.

Ray Genaloni había dejado de ser una preocupación.

Ahora debía regresar a Washington, donde debía acabar de resolver otro pequeño asunto...

Treinta y cuatro

Jueves, 7 de octubre, 2.45 horas
Grozny

Plekhanov estaba reconstruyendo su sistema, dañado en su precipitada huida de la realidad virtual, cuando descubrió que había malas noticias.

Alguien había hecho saltar un par de fusibles.

Era tarde, estaba cansado y su primera reacción fue de pánico.

Se obligó a sí mismo a respirar hondo varias veces. Tranquilo, Vladimir. No todo está perdido.

Repasó de nuevo sus programas de seguridad. No había ningún otro indicio del intruso, de modo que, fuera quien fuera, era bueno. Pero no había forma de evitar los fusibles, si se decidía pasar por ciertos pasillos electrónicos. Al igual que unos finos hilos de seda de araña, los fusibles se colocaban con sumo cuidado en lugares donde a nadie se le ocurriría buscarlos. Incluso generalmente le pasarían inadvertidos a alguien que los buscara. Estaban colocados a nivel de las rodillas, casi invisibles y con una resistencia tan mínima que resultaban

indetectables. Si uno lograba eludir uno de ellos, lo más probable era que tropezara con el siguiente. Rotos los contactos, era imposible unirlos de nuevo.

Podía tratarse de una coincidencia, de algún hacker que exploraba, pero no lo creyó un solo momento. No, estaba seguro de que se trataba del agente de Net Force, utilizando la información reunida durante la persecución.

De haberse dado la situación a la inversa y haber sido él quien perseguía a alguien en la realidad virtual, podría haberlo localizado con la información conseguida durante la carrera. Por mucho que le doliera reconocerlo, si él era capaz de hacerlo, también podía hacerlo otro.

Los había subestimado en una ocasión. No volvería a hacerlo.

De modo que sabían quién era, o estaban a punto de averiguarlo. En el segundo de los casos, con los recursos que Net Force tenía a su disposición, era sólo cuestión de tiempo.

¿Y entonces? Ah, entonces sería cuando el asunto se pondría interesante. No tenían pruebas concretas, de eso estaba seguro. Y para conseguirlas, deberían penetrar mucho más a fondo en su sistema de lo que podían haberlo hecho hasta ahora. Y si sabían quién era, también sabrían lo imposible que eso resultaría. Conocerían su capacidad. La clave de su sistema de codificación existía sólo en su cerebro, no estaba escrita en ningún lugar y legalmente no podían obligarlo a facilitarla. Sin dicha clave, sus ficheros eran como bloques de hierro a los que nadie, absolutamente nadie, podría tener acceso.

Plekhanov se reclinó en su butaca, unió las puntas de los dedos y reflexionó. Saber quién era no equivalía a demostrar lo que había hecho. Evidentemente había generado situaciones en las que Net Force, o algún otro cuerpo de seguridad, había descubierto su identidad antes de que su proyecto fructificara por completo. Por improbable que dicha posibilidad pudiera haber parecido, era demasiado viejo y tenía demasiada experiencia para no haberla considerado al menos. En el peor de los casos, sabrían quién era y obtendrían pruebas de lo que había hecho: sus bribonadas en la red, los sobornos, los asesinatos, etcétera.

Había un punto tras el cual ni siquiera eso importaría.

Cuando su gente llegara al poder, sería prácticamente invulnerable. No negarían rotundamente una solicitud de extradición. Eso no sería correcto. Sin embargo, después de investigar los cargos contra aquel valioso y honorable amigo del pueblo, llegarían a la conclusión de que el mejor interés del país no consistía en entregarlo a los norteamericanos. No porque su gente no estuviera dispuesta a arrojarlo a los lobos, pues si creyeran que podían hacerlo impunemente, lo harían. Afortunadamente, los nuevos dignatarios no le deberían sólo sus cargos, sino que existía, además, un informe detallado de la forma en que los habían conseguido. Abandonarlo a la jauría equivaldría a caer con él por la borda. Hacía mucho tiempo que había aprendido que el interés personal era mucho más fiable que cualquier cantidad de gratitud.

Era lamentable, evidentemente. Una mancha en un plan por lo demás perfecto, pero no de consecuencias catastróficas, no de momento. Lo vigilaría todo atentamente, proseguiría con suma cautela, pero seguiría como antes. Ruzhyó estaba listo. Ante cualquier actividad inesperada por parte de Net Force, podría dispararse «el rifle» para generar más confusión. A partir de cierto momento, nada de lo que hicieran tendría importancia, y dicho momento se acercaba con rapidez.

Miércoles, 6 de octubre, 19.06 horas
Quantico

Michaels todavía estaba digiriendo la noticia de la muerte de Ray Genaloni, junto con la de su amante y uno de sus guardaespaldas, cuando dio la reunión por concluida. Richardson ya se había marchado. Alex tenía un par de encargos para su propio personal.

Jay, explora escenarios de lo que Plekhanov pueda proponerse. Reúne toda la información de que dispones. ¿Hay alguna forma de averiguar dónde ha estado y a quién ha visto, tanto en la realidad virtual como en el mundo real?

-Tal vez. Sus ficheros estarán protegidos, pero disponemos de una identidad y puede que logremos rastrear algunos de sus movimientos.

-Hazlo, por favor.

Jay asintió y se retiró.

-Necesito que haga algo por mí -dijo Michaels, dirigiéndose a Howard-. Elabore un plan para la extradición clandestina de Plekhanov de Chechenia.

Howard lo miró fijamente.

-¿Señor?

-Suponga por un momento que no podamos conseguir la extradición del ruso por vía legal. ¿Qué sería necesario para mandar un equipo a capturarlo? ¿Sería factible?

-Sí, señor, sería factible -respondió Howard sin titubear-. ¿De qué nivel de clandestinidad hablamos?

-No querríamos que nuestras tropas desfilaran por la calle mayor uniformadas, enarbolando nuestra bandera; por otra parte, si fallara algo, no las abandonaríamos. Llevarían placas de identificación bajo la ropa de paisano. Se precisaría algún plan de emergencia, si algo fallara en la captura. Usted es el experto.

-Comprendo. Puedo elaborar un plan, señor, pero desde un punto de vista realista, ¿qué posibilidad existe de que se lleve a cabo?

-Yo diría que las posibilidades son escasas y vagas, coronel, pero en lo que a este asunto concierne, hablamos de adoptar la misma actitud que la Asociación Nacional de Rifles respecto a las armas y la autodefensa.

-¿Mejor tenerlo y no necesitarlo, que necesitarlo y no tenerlo?

-Exactamente.

-Lo haré cuanto antes, señor.

¿Había detectado un nuevo tono de respeto en su voz? ¿Incluso de cierta calidez?

-Gracias, coronel.

Michaels regresó a su despacho. Toni lo acompañó.

-Si Genaloni ordenó la muerte de Steve Day, ahora está fuera de nuestro alcance -dijo Toni.

-Alguien le ha ahorrado al pueblo un juicio largo y costoso, desde luego. Lo que me pregunto es: ¿quién lo ha hecho y por qué?

Toni se encogió de hombros.

-Era un mafioso. Se eliminan unos a otros como la gente mata mosquitos en una merienda campestre.

Llegaron al despacho de Michaels y Toni entró con él.

-Esto no ha sido un asesinato casual -apuntó Michaels, con el entrecejo fruncido-. Lo ha hecho alguien muy profesional, un experto. Tres muertos en un barrio tranquilo, sin que nadie viera nada. Después de eliminar a Genaloni y a su amante dentro de la casa, ha salido y ha liquidado al guardaespaldas en el jardín trasero, sabiendo que había cuatro guardaespaldas armados delante de la casa. No hablamos sólo de serenidad, sino de alguien con refrigerante en las venas. ¿Hay algo que no esté ahí? -preguntó, gesticulando en dirección a su ordenador.

-Nuestro informe forense es todavía preliminar. Lo único que tenemos es la huella de una bota en el jardín vecino. Es un individuo pequeño, quienquiera que sea.

Michaels frunció el entrecejo.

-Mira -dijo Toni, después de abrir el informe preliminar-. Parece la huella de un hombre de la talla treinta y seis o treinta y siete. La profundidad indica que su peso sería de entre cincuenta y dos y cincuenta y cuatro kilos. El tamaño de un ladrón de azoteas.

Michaels meneó la cabeza. Algo pululaba por su mente.

-No me gusta -confesó-, demasiado nítido.

-Hay cosas que simplemente... ocurren, Alex, sin que exista una vinculación directa. Son imprevisibles. Aparece alguien en el lugar y momento precisos, las circunstancias son propicias y se pierde el control de la situación.

Michaels la miró. ¿De qué estaba hablando? Aquello se parecía más a una disculpa que a una explicación. Toni parecía sentirse incómoda.

-Lo que estoy diciendo es que alguien tenía un asunto pendiente con Genaloni. Tal vez el sincronismo es una coincidencia.

Algo se le ocurrió a Michaels. Pulsó unas teclas y abrió un fichero.

-¿Qué ocurre?

-¿Cuál has dicho que era la talla del zapato del asesino? -preguntó, sin levantar la cabeza.

-Treinta y seis o treinta y siete. Se sabrá con mayor precisión cuando hayan examinado el molde en el laboratorio forense.

-Déjame hacerte una pregunta. ¿Qué diferencia hay entre las tallas masculinas y las femeninas?

-Depende del modelo y del fabricante, pero normalmente las femeninas son un par de números mayores que las masculinas. ¿Por qué lo...? ¡Ah!

-Exactamente. Según la extrapolación informática de la mujer que recogió el perro en Nueva York y que regresó hace unos días para pagarlo después de perderlo, sirviéndose como antes de una serie de mensajeros, usaba la talla treinta y ocho. Y su peso era de entre cincuenta y dos y cincuenta y cuatro kilos.

-¿Crees que es la misma persona?

-Las coincidencias sólo llegan hasta cierto punto. Nuestra teoría supone que la mujer que intentó matarme, que creemos pudo haber asesinado a Steve Day, trabaja para Genaloni. Sabemos que estaba en Nueva York para pagar por el perro perdido y, a los pocos días, Genaloni es asesinado por un experto aproximadamente del mismo tamaño. ¿Qué te sugiere?

-Podría tratarse de la misma persona. Pero ¿si trabaja para Genaloni...?

-Exactamente. ¿Por qué matarlo?

-Tal vez no quería pagar por haber fracasado contigo -sugirió Toni.

-Quizá, pero hay algo en todo esto que no acaba de encajar -respondió, antes de reflexionar unos instantes-. ¿Y si nos equivocáramos respecto a quién asesinó a Steve Day? ¿Y si fue alguien que quería culpar a Genaloni? Puede que él lo descubriera y esa mujer lo eliminó. Tal vez ella trabaje para otro.

-Es bastante rebuscado.

-Sí, lo es, pero piensa: el asesinato de Day fue una labor de equipo, bien planeada, pero descuidada en su ejecución. Un puñado de individuos con metralletas, disparando a diestro y siniestro y, a pesar de ello, Day alcanzó a uno de ellos. No parece el estilo de esa mujer. Ella es más meticulosa.

-Falló contigo.

-Sólo porque el perro ladró. Si hubiera ladrado un momento antes o un momento después, yo no estaría aquí para contarlo.

-¿Qué me estás diciendo, entonces? ¿Que hay dos grupos de asesinos?

-No lo sé, pero es posible. Hemos supuesto que la muerte de Day estaba relacionada con su larga lucha contra el crimen organizado. Por la forma en que ocurrió y dado su historial, eso tenía sentido. Pero ¿y si estábamos equivocados? ¿Y si fue obra de otro? ¿Y si no tuvo nada que ver con el crimen organizado?

-Bien, supongamos por un momento que tienes razón. ¿Quién y por qué? ¿Por qué querría alguien eliminarte a ti?

-¿Qué es lo que Day y yo tenemos en común?

-Net Force. Tú ocupaste su puesto cuando él murió.

-Exactamente. ¿Y si los ataques no han sido personales, sino contra el comandante de Net Force?

-¿De dos asesinos diferentes?

-Sí.

Reflexionaron durante unos instantes, sin decir palabra.

Alguien llamó a la puerta. Ambos levantaron la cabeza y vieron a Jay Gridley en el umbral.

-¿Qué ocurre, Jay?

-Puedes empezar a pensar en aumentarme el sueldo, jefe. La tenemos. A la asesina. Identificación positiva.

Treinta y cinco

Jueves, 7 de octubre, 8.48 horas Quantico

Toni estaba sentada en su despacho, examinando la información reunida por Jay. No la acompañaba ninguna fotografía ni ningún holograma. Era material antiguo y escaso.

Las huellas dactilares de la presunta asesina, obtenidas en una pared del Holiday Inn en Schenectady, en el estado de Nueva York, habían sido identificadas. Correspondían a Mora Sullivan, de nacionalidad irlandesa, hija de un miembro del IRA muerto por los británicos. Cuando se tomaron sus huellas, la pequeña Mora tenía ocho años. Y desde entonces, no había constancia alguna de la niña o de la mujer en ningún sistema informático conectado a Net Force, que eran la mayor parte de los sistemas policiales internacionales. Había desaparecido. 0, como había dicho Jay, alguien que sabía lo que hacía había localizado su historial y lo había hecho desaparecer, sin dejar rastro alguno. Había sido pura suerte que localizaran sus huellas, porque se habían conservado en papel en una comisaría irlandesa y sólo las informatizaron cuando las descubrieron junto a varios centenares de huellas, años después de haberlas tomado.

Además de sus huellas, tenían su edad, su nacionalidad y el color natural de su pelo y de sus ojos. No mucho para reconocerla, dada su habilidad con los disfraces.

Con pelucas o tintes para el pelo, lentes de contacto y guantes, podía ocultarlo todo; con un poco de maquillaje y ropa enguatada, podía aparentar otra edad. Ya había demostrado que podía parecer una robusta cuarentona o una débil anciana, y según su ficha, sólo tenía treinta y dos años. Aunque tuvieran una fotografía de la pequeña Mora, probablemente no guardaría mucho parecido con su apariencia actual.

Pero algo era algo. Cuando por fin la localizaran, podrían identificarla positivamente.

Sonó el teléfono y apareció el nombre de la persona que llamaba.

A Toni le dio un vuelco el corazón. Era Rusty. La llamada no era inesperada, porque se limitaba a devolver la que ella había hecho con anterioridad, pero a pesar de todo se puso nerviosa. Acostarse con Rusty había sido un error, Toni lo sabía, pero todavía no había sabido encontrar la forma de decírselo. Se había dedicado a darle largas, y aunque no era justo seguir utilizando pretextos, tampoco era algo que pudiera decirle por teléfono.

-Hola.

-Gurú Toni, ¿cómo estás?

¿Por qué tenía que parecer tan contento?

-Bien. Ocupada, como de costumbre.

-¿Qué ocurre?

-Hoy no podré ir al gimnasio -dijo-. Demasiado trabajo.

-No importa. Yo también tengo que estudiar. ¿Mañana?

-Oye, dispondré de unos minutos a la hora del almuerzo, si te apetece podemos reunirnos para tomar un café.

-Eso me alegraría el día.

Toni hizo una mueca, al percatarse de lo feliz que parecia al decirlo. Indudablemente eso le afectaría el día, pero no del modo que él pensaba.

-¿Qué te parece en Heidi's?

Era una cafetería cerca del complejo. Pequeña y tranquila. Su café era malo y su comida peor, por consiguiente, no habría mucha gente cuando se lo dijera.

Cuando lo dejara plantado.

-¡Estupendo! Nos veremos entonces -dijo Rusty. Ambos colgaron.

Toni respiró hondo, con la mirada perdida en la lejanía, claro, estupendo.

Alguien en algún lugar habría escrito con toda seguridad un libro sobre cómo decirle a un hombre que todavía te gustaba, pero que no querías volver a acostarte con él. Ojalá lo hubiera leído. ¿Cómo podía soltárselo? «Mira, fue muy agradable joder contigo y me gustas y todo lo

demás, pero no quiero volver a acostarme contigo porque fue un error, y no es nada personal, ni nada por el estilo, pero quiero a otro. Aunque él no me vea de ese modo. Lo siento. ¿Cómo van los Orioles?»

Toni intentó pensar en cómo se sentiría si los papeles estuvieran invertidos. Sería duro que la plantara, especialmente si estuviera enamorada del hombre que le decía que de ahora en adelante serían sólo amigos. Eso se parecía lo suficiente a la relación que mantenía con Alex para ser doloroso. Si se hubieran acostado juntos y él se lo hubiera dicho a ella, le habría resultado insoportable.

¿Rusty la quería? No se lo había dicho con estas palabras, pero ciertamente se sentía muy atraído por ella. Y puesto que se lo habían pasado bien en la cama, puede que le resultara difícil comprenderlo. El problema era que él no había hecho nada malo, no era culpa suya. Pero por mucho que lo puliera y lo maquillara, por mucho que lo adornara con flores, no dejaría de ser un rechazo: «No quiero volver a acostarme contigo».

Y lo peor era que no importaba lo que pensara Rusty, no se le brindaba la posibilidad de elegir. Era un hecho consumado, no abierto a negociación y punto. Lo siento.

No era más fácil por el hecho de que la decisión ya estuviera tomada. No quería lastimarlo, pero debía elegir entre cortar por lo sano con un golpe firme y decidido, o pincharle con una aguja y dejar que se desangrara lentamente. Esa era la forma más sencilla. Podría estar demasiado ocupada para verlo, para ir al gimnasio, o para atender sus llamadas. Pronto acabaría su entrenamiento en el FBI. Lo destinarían como agente subalterno a algún lugar remoto, a mil kilómetros de distancia, cosa que la peor faceta de su naturaleza le recordó que podría utilizar su influencia para que sucediera, y asunto resuelto. Quedaría un pequeño rescoldo, que acabaría por apagarse y, entre-tanto, Rusty probablemente se preguntaría qué había hecho mal.

Esa era la forma cobarde, mantener las distancias y evitar la confrontación. Le habían enseñado a enfrentarse cara a cara a las situaciones, acercarse y hacer lo que fuera necesario para zanjarlas. Era más peligroso, pero más rápido y limpio.

Más rápido. Más limpio. Más difícil.

Por otra parte, tal vez lo único que pretendía era acostarse con ella. El era un hombre y ella no era tan fea como para que la gente cambiara de acera con el fin de no cruzarse con ella, puede que sólo le interesara el sexo. Entonces sería más fácil.

Ojalá tuviera alguien a quien contárselo, una amiga a quien pedirle consejo, pero no tenía a nadie en aquella ciudad. Pensó en llamar a su amiga Irena en el Bronx, pero no parecía justo. No habían hablado en varios meses y no le parecía correcto llamarla sólo para desahogarse. Además, Irena nunca había alternado mucho con los hombres. Había tenido un par de novios antes de casarse y estaba locamente enamorada de Todd. Toni nunca le había hablado de Alex, de lo que sentía por él y tendría que hacerlo ahora para que comprendiera lo de Rusty. De lo contrario, ¿por qué querría abandonarlo, con todo lo que tenía a su favor?

No, tenía que hacerlo por sí misma.

Sin embargo, no le entusiasmaba la perspectiva.

Jueves, 7 de octubre, 20.56 horas
Quantico

John Howard paseaba por su despacho, mientras el ordenador componía un nuevo escenario para la captura teórica del programador ruso. Hasta ahora, Howard había examinado cinco opciones operativas, con la evaluación informática de las posibilidades de éxito, que oscilaban entre el sesenta y ocho por ciento y el doce por ciento. No le gustaban esas cifras. Dado su conocimiento de las operaciones, según los módulos habituales de Estrategia y Tácticas, sin un mínimo estimado del ochenta por ciento de posibilidades de éxito, habría heridos, tal vez muertos. Quizá el enemigo tendría bajas y puede que las tuviera él. Lo primero era preferible a lo segundo, pero en este caso en particular, no era deseable lo uno ni lo otro.

A veces había que librar una batalla, a pesar de los riesgos, pero no le gustaba intervenir sabiendo que tendría bajas.

Los elementos principales eran estables, pero el problema eran siempre las pequeñas variantes. Cuanta mayor información tuviera sobre las mismas, mejor podría programar la operación, pero ¿cómo determinar algunas de ellas? Una batalla en campo abierto en medio de la nada era fácil. Pero ¿cómo podía uno, por ejemplo, anticipar el tráfico en las calles de cualquier gran ciudad, durante una operación encubierta? Un accidente inesperado en alguna arteria principal durante la hora punta, podía paralizarlo por completo; era preciso prever rutas alternativas y suponer que otros atrapados en el mismo atasco también querrían utilizarlas. Pero aunque uno anticipara la posibilidad de que un gran camión volcara, ¿cómo anticipar dónde y cuándo sucedería?

Era imposible, a no ser que uno mismo provocara el accidente.

Planear el asalto en horas de poco tráfico, por ejemplo, por la mañana temprano o en plena noche, planteaba sus propios problemas, que sustituían a los resueltos al elegir dicha opción. La policía local detectaba actividad en la noche a la que probablemente no prestaría ninguna atención durante el día; una vez descubierto, era mucho más difícil ocultarse, y huir por tierra de una persecución aérea prolongada era prácticamente imposible. Actualmente disponían de helicópteros en todas partes, incluso en países donde la mayoría de la población todavía vivía en chozas de barro.

Además, la captura era sólo uno de los elementos. Para ello bastaba una pequeña unidad, de tres o cuatro soldados. Era imprescindible organizar una ruta de escape, preferiblemente aérea. Se precisaba algo capaz de volar a suficiente velocidad para huir con rapidez, manteniéndose por debajo de la cobertura del radar enemigo.

¿Y si fallaba la operación? ¿Cuántos hombres eran necesarios para un equipo de apoyo? ¿Quería el equipo de Net Force entablar un tiroteo con las fuerzas de una nación supuestamente amiga? ¿Qué repercusiones tendría eso?

Howard meneó la cabeza. Había muchas cosas que debía tener en cuenta, y por mucho que se esmerara, sabía que algo le pasaría inadvertido. Podría ser algo pequeño, imperceptible al sistema, o suficientemente grande para asfixiarlo. Una idea poco reconfortante.

Sonó un timbre en el ordenador. La nueva operación había concluido. Posibilidades de éxito: cincuenta y cuatro por ciento.

Eso equivalía prácticamente a tirar una moneda al aire.

-Ordenador, conserva los parámetros anteriores, cambia la hora de la operación a las 23.00, ejecuta.

Volvió a sonar el timbre del ordenador y empezó a procesar la operación.

Howard echó a andar de nuevo. Probablemente no se llevaría a cabo. No confiaba demasiado en que Michaels ordenara una intervención militar en este caso. Tenía demasiadas personas ante las que responder en la jerarquía de mando, y todos eran civiles. Una cosa era intervenir en un país extranjero, con el conocimiento de las autoridades locales aunque fingieran no estar al corriente, pero ofreciendo su aprobación tácita. Otra muy distinta era introducir tropas en territorio extranjero, con la reprobación explícita de las autoridades locales. Los chechenos eran susceptibles en ese sentido desde la invasión rusa de hacía unos años, y no recibirían con los brazos abiertos a un equipo de ataque norteamericano en su país, por muy encubierto que fuera. Si salía a la luz, provocaría un gran escándalo. Rodarían cabezas y, con toda probabilidad, la suya sería la primera.

No obstante, había recibido una orden y procuraría cumplirla como mejor supiera. Era un soldado. A eso se dedicaba.

Jueves, 7 de octubre, 21.02 horas
Washington, D. C.

La Sirena no podía esperar que los equipos que protegían al objetivo utilizaran la misma ruta a su casa dos veces seguidas. Sin embargo, cuanto más se acercaban, menos opciones

tenían. Sólo había dos calles principales que conducían al barrio, y para llegar al mismo, debían pasar por una de ellas. Si no utilizaban una hoy, probablemente lo harían mañana.

Tuvo suerte. Hoy eligieron esta ruta.

Estaba en una cabina telefónica, junto a una tienda de ultramarinos, a un kilómetro y medio de la casa de Michaels, con su nueva bicicleta al lado. Iba vestida de hombre, con unas botas, vaqueros holgados, una chaqueta extra grande, una barba falsa, corta y pulcra, y cuando los guardaespaldas la vieron ella les daba la espalda, sin dejar de vigilarlos por el retrovisor de la bicicleta, sujeto al casco que llevaba puesto. No le prestaron la menor atención.

Tal como suponía, habían aumentado el nivel de protección. Había dos coches de escolta cercanos, uno delante y otros detrás de la limusina blindada del objetivo. No quiso arriesgarse a pasar en coche frente a su casa, pero debía suponer que estaba rodeada de una tupida red de seguridad. No podría volver a fingirse una anciana que paseaba por la calle, ni lograría saltar la valla trasera del jardín e introducirse sigilosamente en la casa. Además, esos individuos desenfundarían con mayor rapidez que el guardaespaldas del mafioso. Dispararían inmediatamente al verla.

Permaneció un minuto en la cabina y tuvo la suerte de ver otro vehículo de vigilancia, con dos agentes en su interior. Tal vez hubiera también un cuarto coche, más adelante, que le había pasado inadvertido.

Dado el emplazamiento y la logística del barrio, la Sirena descartó la casa del objetivo como lugar donde llevar a cabo la aniquilación. Tal vez podría encontrar un lugar desde donde dispararle con un rifle cuando subiera o bajara de la limusina en su casa, pero eso sería arriesgado. El equipo de vigilancia probablemente ya lo habría previsto y cubriría todos los sitios posibles. No podría eludir su vigilancia y disponer de una línea de tiro; no había ningún edificio alto, ni promontorios en las cercanías. Y aunque lograra efectuar el disparo, la huida a continuación constituiría el mayor problema. Escapar era el objetivo prioritario, más importante que la aniquilación.

No, la casa quedaba descartada.

Colgó el teléfono, montó en su bicicleta y se dirigió al motel donde había alquilado una habitación. Estaba a unos tres kilómetros y se había registrado con su identidad masculina, por si estaban a la expectativa de una mujer sola.

Intentar atacar un convoy también era arriesgado. La única forma práctica era con explosivos. Un misil Stinger, o tal vez un cohete antitanque, o una bomba. Para poder disparar un cohete o un misil, debería exponerse a la vista de los vigilantes. Si éstos detectaban a alguien con un lanzacohetes en la calle o en alguna ventana, con toda seguridad dispararían primero y luego interrogarían al cadáver. Además, los cohetes eran poco fiables. Había oído casos en los que los misiles habían alcanzado un parabrisas corriente a cierto ángulo y habían rebotado sin estallar. Con las balas ocurría frecuentemente.

¿Y una bomba? Apostaría cualquier cosa a que los equipos del FBI o de Net Force, encargados de proteger al objetivo, mandarían a alguien con antelación para inspeccionar las bocas de alcantarilla y los contenedores de basura a lo largo de la ruta elegida, en busca de paquetes sospechosos. Además, una bomba activada por control remoto no alcanzaría necesariamente a alguien dentro de una limusina debidamente blindada. Una carga suficientemente grande para garantizar la destrucción del objetivo probablemente sería detectada por un sensor electrónico, o incluso por un perro policía. Si descubrían con certeza que la Sirena todavía perseguía a su objetivo, lo trasladarían a un lugar seguro donde permanecería durante semanas o meses. No quería esperar tanto. En otra época habría sido tan paciente como fuera necesario, pero después de tomar la decisión de jubilarse, deseaba terminar cuanto antes con aquello y seguir su camino. Unos pocos días, tal vez una semana, era cuanto estaba dispuesta a dedicarle. Y dado su fracaso anterior, quería resolverlo de un modo cercano y personal. El bastón quedaba descartado, pero un cuchillo o sus propias manos tenían cierto atractivo.

Un coche tocó la bocina cuando viraba bruscamente para adelantarla. Ella saludó al conductor con la mano, procurando dar la impresión de que lamentaba haberse cruzado en su camino. El individuo al volante gritó algo por la ventana, sin reducir la velocidad, pero sólo

captó las últimas palabras:

-¡... estúpido cabrón!

La Sirena sonrió. El conductor del coche no tenía la menor idea de lo peligroso que habría sido detenerse para agredir al pequeño ciclista, que lo había obligado a reducir la velocidad más de lo que deseaba. Ella no quería utilizar la pistola que llevaba en la riñonera contra un conductor enojado, pero siempre era una opción si no podía vencerlo a pesar de su entrenamiento.

No, ahora la única alternativa viable para la aniquilación consistiría en hacerlo donde el objetivo no estuviera rodeado permanentemente de guardaespaldas y de forma que nadie se percatara de que lo había alcanzado hasta que ella hubiera tenido suficiente tiempo para huir.

Dadas sus alternativas, el único lugar propicio era un sitio considerado seguro.

Debería asesinarlo dentro del cuartel general de Net Force.

Treinta y seis

Viernes, 8 de octubre, 9.05 horas
Quantico

Penetrar o introducir algún objeto ilegal en una zona de seguridad donde se suponía que uno no debía estar no era tan difícil como creía la gente. Así, por de pronto, la Sirena conocía al menos cuatro maneras distintas de introducir una arma de fuego en un avión, incluso sin recurrir a una pistola de cerámica, como la que llevaba ahora bajo el elástico de sus bragas. Era una pistola de tres disparos, con un triple cañón de dos pulgadas, fabricada ilegalmente en Brasil para sus agentes de los servicios exteriores, con la misma clase de cerámica que utilizaban los japoneses para los cuchillos que permanecían permanentemente afilados. Era del calibre nueve corto, con munición sin cartucho de bórax y resina y detonador rotativo de cuarzo. Sus cortos cañones eran incluso estriados, aunque con unas balas tan ligeras se descartaba la opción de disparar a larga distancia. Tenía un alcance de veinte metros con precisión, más allá del cual era preciso confiar en la suerte para alcanzar el blanco deseado.

A corta distancia, la pistola de cerámica era tan letal como el mayor revólver de acero de los vaqueros.

El arma constaba de dos piezas principales: los cañones y la armazón; los pivotes, las bisagras, el gatillo y el percutor eran también de cerámica. En teoría, podía cargarse de nuevo y volverse a utilizar, pero en la práctica era de un solo uso. Después de disparar su carga inicial, la cerámica interior era un poco frágil. Era mucho más sensato utilizar una nueva pistola, que arriesgarse a que la vieja fallara en un momento crítico. El metaloide bórax trivalente de las balas contenía menos metal que un empaste dental. No pasaría inadvertida por un detector de objetos duros, pero de pie probablemente lo haría por un detector fluorescente, porque desde ese ángulo no tenía aspecto de arma y podía pasar por cualquier detector de metales del planeta sin activar ninguna alarma. Sobre la mesa, parecía casi una pastilla de jabón esculpida.

Sujeto al interior de su muslo derecho, casi en la entrepierna, llevaba un puñal envainado, también de cerámica, de espiga completa, con empuñadura de plástico. Tenía una hoja estilo Tanto, de punta angular, corta y muy gruesa. La cerámica tendía a ser quebradiza y debía ser gruesa para que no se rompiera si se utilizaba como puñal, y no sólo para degollar.

Las medidas de seguridad en la mayoría de los edificios gubernamentales -que, después de todo, dependían de unos presupuestos limitados para dichas funciones-incluían etiquetas de identificación con fotografía o huellas dactilares, detectores de metales y guardias uniformados. Si uno acudía a dichos lugares sin trabajar en los mismos, el proceso era tan minucioso como las fuerzas de seguridad estuvieran dispuestas a aplicarlo. Se efectuaba un control de identidad por ordenador, un registro de la persona y lo que llevara consigo, y luego alguien del interior la acompañaba mientras permaneciera en el edificio; éstas eran las medidas básicas para acceso al «nivel tres». La mayor parte del edificio de nivel uno de Net

Force precisaba medidas del nivel tres; eso significaba que para entrar en el edificio bastaba con las medidas del nivel tres. En zonas más privadas se tomaban otras medidas, como escáners de las palmas de las manos o de la retina, lectores de nudillos, detectores de voz y cosas por el estilo. Ella no se proponía pasar esos controles hasta el despacho del objetivo y llamar a su puerta, o al menos no sin disponer de mucho tiempo para prepararse. Pero tampoco era necesario.

No era preciso acercarse al objetivo, si el objetivo cooperaba y se acercaba a ti.

Bastaba el conocimiento informático más elemental para encontrar empleados de bajo nivel, como secretarias, recepcionistas o personal de mantenimiento que trabajaban en Net Force desde hacía poco. Encontrar una soltera que viviera sola y a la que pudiera parecerse resultó todavía más fácil. Después de todo, la Sirena podía parecerse prácticamente a cualquiera...

Y así fue cómo Christine Wesson, una morena de veintinueve años, relativamente guapa y de ojos castaños, llegó al final de su vida, corta y probablemente mediocre. Y ahora, otra mujer suficientemente parecida a Wesson para pasar por ella ante cualquiera que no la conociera muy bien, con su ropa, llegó a la entrada suroeste del cuartel general de Net Force, que era la más transitada. Se respiraba la euforia propia de un viernes y los empleados del turno de día habían formado una cola, a la espera de introducir sus tarjetas de identidad en la ranura del detector de acceso. La máquina era rápida. Un pase de la tarjeta, una luz verde y dentro.

La Sirena ya sabía que la tarjeta era válida, porque le había permitido entrar en el aparcamiento con el destartalado Ford de ocho años de antigüedad que pertenecía a la difunta Christine Wesson.

La propia Christine estaba en su bañera envuelta en bolsas de plástico, bajo unos cincuenta kilos de hielo picado que se fundía lentamente y que debía evitar que los vecinos se quejaran del mal olor, por lo menos hasta que la Sirena hubiera terminado su trabajo y hubiera desaparecido.

Una vez dentro del edificio, había varios lugares que precisaba inspeccionar y otros donde pudiera instalarse, para no deambular por los pasillos.

Dos años antes, en el Pentágono, habían descubierto que el personal de seguridad se divertía mirando vídeos de mujeres, y de algunos hombres, filmados subrepticiamente en los servicios del edificio. La protesta pública fue sonora e inmediata, aunque los militares ya estaban muy acostumbrados a hacer caso omiso de los caprichos momentáneos de la gente no uniformada. Sin embargo, les molestó enormemente la idea de que alguien pudiera ver el falo de algún general de cuatro estrellas cuando éste acudiera al retrete. ¿Y quién sabía si había cámaras de vigilancia parecidas en los lavabos del Congreso? Es asombrosa la rapidez con que pueden elaborarse y aprobarse las leyes, cuando son realmente importantes. En consecuencia, se limitó la vigilancia en los edificios federales, y como mínimo se prohibieron las cámaras en los servicios. La falsa Wesson podía instalarse perfectamente un par de horas en un retrete con un libro, deambular a la hora del almuerzo por la cafetería, salir a la zona de fumadores -aunque mal vista por los demás, pero todavía legal- para consumir un cigarrillo bajo en nicotina y en alquitrán, del paquete que Wesson llevaba en su bolso. Con su etiqueta de identidad sujeta a la blusa, pasaría inadvertida. Nadie la conocía y allí había muchos funcionarios.

Si bien el objetivo estaba a salvo en la zona de alta seguridad, sin duda saldría a una parte del edificio con menores medidas de seguridad, si encontraba la razón adecuada.

De algún modo, debía hallar la forma de hacerlo durante las próximas horas.

Tarde o temprano, en la oficina donde trabajaba Wesson con toda probabilidad se percatarían de su ausencia. Tal vez llamaran a su casa y les respondería el contestador automático. No importaba, a no ser que por alguna razón a los responsables se les ocurriera consultar el ordenador de seguridad del edificio. En tal caso, comprobarían que Christine

Wesson había llegado al trabajo a la hora habitual y eso provocaría cierto asombro. Si había llegado, ¿dónde estaba? Para evitar esa contingencia, la Sirena le había pedido a Christine, de forma más o menos educada, que hiciera algo por ella, a lo que Christine se mostró más que dispuesta. Entonces Christine Wesson había llamado a su supervisora en la sección de suministros donde trabajaba, para comunicarle que llegaría con algunas horas de retraso al trabajo, porque debía resolver un asunto médico personal importante. Eso no preocupó a la supervisora, y unas horas podían extenderse fácilmente hasta el mediodía. Entonces llegaría un correo electrónico sincronizado de Wesson a la terminal de la supervisora, explicándole que todo se había retrasado. Mucho más de lo que cualquiera pudiera imaginar, salvo la Sirena.

Por lo menos el e-mail le concedería el resto del día, lo cual debería ser más de lo necesario.

Viernes, 8 de octubre, 12.18 horas
Quantico

Toni practicaba sus djurus, con una pausa después de cada uno para su correspondiente sambut. Era la única mujer en el gimnasio. Había unos pocos hombres, pero Rusty no estaba entre ellos. Cuando le comunicó que no volvería a acostarse con él, creyó que se lo había tomado bastante bien. No dio ninguna muestra evidente de enojo ni de llanto, sólo profirió una exclamación de sorpresa. Mucho mejor de lo que temía o esperaba.

Pero desde entonces no había sabido nada de él. Le había comunicado que hoy intentaría ir al gimnasio y confiaba en que él también aparecería, porque hasta ahora nunca se había perdido una clase.

Estaba sorprendida. Tal vez no había ido tan bien como ella suponía.

Se incorporó al concluir el tercer djuru, lanzó un golpe vertical con el antebrazo derecho, seguido de un puñetazo y siguió levantándose mientras alternaba ambos golpes.

Esperaba que Rusty no abandonara las clases. Había disfrutado al tenerlo como alumno y había aprendido mucho con la enseñanza.

Pero, evidentemente, eso dependía de él.

¿Qué les ocurría a los hombres, que podían ser amigos y luego amantes, pero entonces no podían volver a ser lo primero si lo segundo fracasaba?

Concluyó la serie y agitó las manos. Todavía estaba tensa.

Una morena con ropa de oficina se acercó sonriente al grifo para tomar agua y saludó a Toni con la cabeza. Toni no la reconoció, pero le devolvió distraídamente el saludo. Resolver el problema de Rusty no había resuelto el de Alex. ¿Cómo lograría que se fijara en ella?

La morena entró en el vestuario. Toni dejó de pensar en ella, pero al cabo de un momento reapareció, muy alterada.

-Disculpe, señorita -dijo-. Ahí hay una mujer que tiene problemas... ¡parece que sufre algún tipo de ataque! He llamado a los servicios médicos, pero temo que se lastime. ¿Podría ayudarme?

-Por supuesto -asintió Toni y siguió a la morena al vestuario.

Viernes, 8 de octubre, 12.18 horas
Quantico

Jay Gridley y John Howard se habían reunido con Michaels, en la pequeña sala de juntas. Sabía que, desde el punto de vista del protocolo, debía celebrar aquellas dos reuniones por separado con tal de revelar sólo lo indispensable a cada uno. Los espías siempre insistían en eso, pero decidió que sus principales ayudantes necesitaban saber lo que ambos hacían. Además, si a Jay Gridley se le antojaba, no había mucho que no pudiera averiguar en un sistema informático diseñado e instalado por él.

-Jay?

-Sí, jefe, así es como se presenta la situación -respondió Jay, mientras gesticulaba para activar el ordenador de presentación-. Hemos logrado reconstruir parte del itinerario de Plekhanov durante los últimos meses. Puedo facilitarte los detalles y mostrarte lo brillantes que hemos sido estableciendo esos vínculos, si lo deseas.

-Yo decidiré si sois brillantes -repuso Michaels-. Vamos al grano.

-De acuerdo. Esto es cuestionable, compréndelo, pero parece que lo que pretende es comprarse uno o dos gobiernos.

Michaels asintió. Los grupos de presión lo hacían constantemente, y siempre y cuando se mantuvieran dentro de los límites establecidos por la ley, era perfectamente aceptable.

-Algunas de las personas con las que conectó Plekhanov no son tan precavidas como él. Creemos que tiene bastantes probabilidades de decidir quiénes serán los presidentes y los primeros ministros en las próximas elecciones, de dos o tal vez tres países de la CEI, incluida Chechenia, donde reside. No tenemos ninguna prueba directa, evidentemente; para ello necesitaríamos sus ficheros.

-¿Qué probabilidades tendríamos de que nos lo entregaran, si el jefe del gobierno a quien lo solicitáramos estuviera realmente en deuda con Plekhanov? -preguntó Howard.

Era una pregunta retórica.

-Esto no me gusta, Jay -dijo Michaels.

-Entonces detestarás lo que viene a continuación.

Algunas de esas personas a las que hemos logrado vincular con Plekhanov... entre ellas hay un par de generales.

-Estupendo -exclamó Howard, mirando a Jay.

-¿Crees que planea algún tipo de golpe de estado? -preguntó Michaels.

Jay se encogió de hombros.

-No puedo asegurarlo, pero dada su forma de actuar, yo diría que sí, que la posibilidad existe.

-¿Coronel? -preguntó Michaels.

-Tendría sentido, señor. Sería más fácil ganar unas elecciones, pero si yo estuviera en su lugar y dispuesto a cometer grandes robos y sabotajes informáticos, y puede que cosas peores, querría disponer de un plan de apoyo. A veces, cuando las urnas no funcionan, lo hacen las balas. Un jefe militar clave en tu bando, el control de los medios de comunicación y nadie sabe lo que sucede hasta que es demasiado tarde; sería un buen seguro.

Michaels los miró sucesivamente a ambos.

-De modo que, aunque lográramos obtener pruebas de que ese individuo estaba a punto de comprar unas elecciones y luego conseguir que alguien en el poder nos creyera...

-Probablemente abandonaría las elecciones y en su lugar iniciaría una guerra civil -respondió Howard-. Cuando llegara alguien del exterior, la fiesta habría acabado y asunto resuelto.

-Mierda.

-Sí, señor -asintió Howard-. Creo que eso lo resume a la perfección.

Michaels dio un gran suspiro. Joder. ¡Qué problema tan peliagudo!

-Bien, coronel. ¿Tiene usted noticias más agradables para mí?

-Relativamente, señor. Mi mejor simulacro para la operación de recogida del señor Plekhanov arroja un setenta y ocho por ciento de probabilidades.

-Eso es bueno, ¿no es cierto?

-Preferiría un porcentaje más alto, pero por encima del setenta por ciento se considera militarmente aceptable. Aunque ningún plan de batalla sobreviva más allá del primer contacto con el enemigo.

-Me gustaría verlo.

-Sí, señor, aquí está.

Entró en el despacho la secretaria de Alex. -Comandante, Toni Fiorella por la línea privada. Michaels le indicó con la mano que se retirara.

-Caballeros, debo atender esa llamada.

El coronel y Gridley asintieron y se concentraron de nuevo en las presentaciones.

-Dime.

-¿Comandante Michaels? Habla Christine Wesson, de suministros. Estaba haciendo ejercicio en el gimnasio y la subdirectora Fiorella me ha pedido que lo llamara; lo estoy haciendo desde su móvil. Ha sufrido un accidente, la ayuda médica está en camino, pero creo que tal vez se ha fracturado una pierna.

¿Toni, herida?

-¿Una pierna fracturada?

-Una de las máquinas de hacer ejercicio se le ha caído encima. Ella dice que está bien y sólo quería que supiera que llegará tarde a la reunión. Pero, francamente, creo que le duele bastante.

-Voy inmediatamente -dijo Michaels.

Los dos presentes levantaron la cabeza para mirarlo, después de oír sus últimas palabras mientras fingían estar ocupados.

-¿Toni está bien? -preguntó Jay.

-Eso creo. Ha habido algún fallo con los aparatos del gimnasio. La ayuda médica está en camino, pero quiero comprobarlo personalmente. Ustedes reflexionen sobre este asunto y procuren sacar algo en claro. Volveré dentro de unos minutos.

-Desde luego, jefe.

-Sí, señor.

Michaels se dirigió al pasillo.

Viernes, 8 de octubre, 12.28 horas
Quantico

Con un pie en el plato de la ducha y otro en el exterior, la Sirena apuntaba con su pistola a la mujer sentada con las piernas cruzadas en el suelo embaldosado del cubículo. Si entraba alguien, no vería a Fiorella ni tampoco la pistola. La Sirena tenía la tentación de dispararle, pero no quería arriesgarse a hacer tanto ruido, ni a malgastar su preciada munición. Si algo fallaba, podría necesitar la pistola para escapar. También podría necesitar a la mujer para atraer al objetivo; luego, Fiorella estaría tan muerta como Michaels. La Sirena utilizaría el robusto puñal de cerámica, que llevaba sujeto al muslo bajo la falda, para aniquilarlos a ambos. Luego los encerraría en el cubículo de una ducha, se enjuagaría cualquier mancha de sangre y habría cruzado medio Maryland antes de que alguien descubriera los cadáveres. Un doble asesinato en el interior del cuartel general de Net Force; se hablaría de ello eternamente.

Fiorella se movió.

-No separes las manos de la cabeza -ordenó la Sirena.

-No te saldrás con la tuya.

-Si vuelves a moverte, no vivirás para contarlo.

-Sabemos quién eres.

-No me digas.

-No eres tan buena como crees, Mora Sullivan.

Eso la sorprendió. ¿Cómo diablos lo habían averiguado? Sintió un acceso de pánico, pero lo dominó. Ahora Sullivan no era más que otro nombre, otra identidad desechable. Sin embargo...

-Vamos a tener que charlar un poco antes de marcharme -dijo la Sirena.

-No lo creo -respondió Toni, a pesar de estar lógicamente asustada.

Otra mujer con agallas. Maldita sea. Lástima que tuviera que matarla.

-¿Toni? -dijo una voz desde la puerta del vestuario.

-¡Aquí! -respondió la Sirena-. ¡De prisa! Oyó los pasos que se acercaban y sonrió.

Treinta y siete

Viernes, 8 de octubre, 20.37 horas
Grozny

Plekhanov no tenía que utilizar la realidad virtual para percatarse de que habían saltado fusibles por todos sus senderos. Sabían quién era y exploraban todos los aspectos de su vida a su alcance. No creía que pudieran descubrir gran cosa, pero estaba un poco más preocupado que antes. Puede que ese maldito crío que trabajaba en Net Force fuera más rápido que inteligente, pero a alguien más lúcido podrían llamarle la atención algunas de las pautas y llegar a una conclusión a la que Plekhanov no quería que llegaran. 0 puede que introdujeran toda la información en un AI analógico y dejaran que el ordenador estableciera el vínculo que la inteligencia humana no alcanzaba a descubrir. Esto no era realmente de su agrado.

Y estaba tan cerca; faltaban sólo unos días para que se celebraran las elecciones especiales. Lo único que precisaba era entretenerlos un poco más. Luego no importaría lo que supieran. Incluso ahora, probablemente ya era demasiado tarde para que le pararan los pies, pero era un hombre precavido. Le habían dicho que era demasiado cauteloso, que se entretenía excesivamente antes de dar el salto, pero se equivocaban. ¿Dónde estaban ahora los que decían esas sandeces? No en su lugar, a punto de controlar el destino de millones de personas.

No, agregaría un nuevo elemento de seguridad, algo que los obligara a reflexionar. Un nuevo obstáculo para que tropezaran y no pudieran recuperarse a tiempo de capturarlo.

Llamó al Rifle.

Viernes, 8 de octubre, 12.37 horas
Quantico

No hay que subestimarlo, pensó la Sirena. En el momento de ver la pistola, comprendió lo que sucedía. Volvió a apuntar rápidamente a la mujer en la ducha.

-Si te mueves, ella muere.

El objetivo asintió.

-Comprendo. No voy armado -dijo, separando las manos, para mostrar que estaban vacías.

La Sirena meneó la cabeza. Menuda estupidez no ir armado.

-Bien. Acércate despacio.

Michaels sintió el miedo en las entrañas como fragmentos de cristal helado, pero sabía que, de todos modos, debería enfrentarse a la asesina. Debía evitar que le disparara a Toni. Y si iba a morir, lo haría de pie, no huyendo del peligro, sino acercándose a él.

Respiró hondo. Retuvo el aire en sus pulmones...

Toni permanecía sentada, inmóvil, a la expectativa. Pronto tendría que entrar en acción. Procuraba respirar con sosiego y regularidad, pero no era fácil. Esa mujer era la asesina, la que había eliminado a Ray Genaloni, la que había intentado hacer lo mismo con Alex y la que tal vez había matado a Steve Day. Lo que estaba claro era que, si Toni no hacía nada, los mataría a ella y a Alex. La pistola era uno de esos artefactos de cerámica, pero no por ello menos mortífera.

Podía incorporarse desde su posición de sentada con las piernas cruzadas, lo había hecho millares de veces en sus ejercicios. Un practicante del silat debía ser capaz de actuar desde el suelo. Si la mujer estuviera un palmo más cerca, podría alcanzarla con una patada.

Si, si...

-¿Toni? ¿Estás bien? -preguntó Alex.

-Sí.

Alex estaba cada vez más cerca. La pistola apuntaba todavía a Toni, que era perfectamente consciente de que si se movía le dispararía, pero eso le concedería a Alex un par de segundos. Debía hacerlo.

Toni se llenó lentamente los pulmones de aire y lo retuvo. Se preparaba...

-¡Alto! ¡FBI! -exclamó una voz.

Toni observó el reflejo en la puerta de la ducha. ¡Rusty...!

La Sirena reaccionó sin pensar, fue casi un acto reflejo. Cuando aquel individuo irrumpió en el vestuario, apuntándola con lo que parecía una pistola, ella volvió su propia arma y disparó. La pequeña pistola, a pesar de su poco peso, tenía mucho retroceso, pero la bala alcanzó al individuo en el centro de su masa. Se desplomó. No llevaba chaleco antibalas...

El objetivo se precipitó hacia ella y soltó un grito.

Demasiado rápido para coger el puñal. Volvió la pistola y le disparó...

-¡No! -exclamó Toni desde la ducha, al tiempo que se lanzaba contra la Sirena y ambas salían volando.

Perdió su pistola, se golpeó contra un banco, dio una voltereta y se levantó, al tiempo que Fiorella también se incorporaba.

La Sirena se quitó los zapatos de un puntapié, se arrancó la falda, agarró el puñal de su funda sujeta al muslo y lo levantó, dispuesta a cortar o clavar. Miró de reojo al objetivo, estaba en el suelo con lo que parecía un impacto en la pierna y no suponía ningún peligro para ella. El peligro era esa tal Fiorella. Estaba de pie, entrenada, preparada.

La Sirena se volvió para enfrentarse a ella, con el puñal en la mano. Debía darse prisa. Los disparos habrían llamado la atención.

Su primer maestro de pelea callejera había sido su propio padre, que había sobrevivido a varios combates cuerpo a cuerpo. Luego se había entrenado con media docena de luchadores, incluidos un par de filipinos, expertos con palos o navajas. Podía apuñalar a esa mujer, acabar con el objetivo y salir corriendo. Si se apresuraba, todavía lograría huir aprovechando la confusión.

Se acercó a Fiorella...

Michaels sintió el impacto de la bala, como un punto ardiente en la parte frontal de su muslo derecho. Se desplomó. Realmente no le dolía, pero no podía ponerse en pie. La pierna lastimada se negaba a funcionar.

Delante de él, Toni se enfrentaba a esa mujer, que se había arrancado la falda y ahora empuñaba una arma blanca. La asesina se acercaba cautelosamente a Toni. No había terminado. Debía hacer algo...

¡La pistola! Se le había caído la pistola. ¿Dónde estaba...?

En realidad, Toni estaba ahora más tranquila. Enfrentarse a un agresor con una navaja era algo que había practicado muchas veces en sus ejercicios. Arriba, abajo.

Lo más importante era controlar el cuchillo. No se podía intercambiar un puñetazo por un navajazo, de modo que era preciso tomar una línea alta y otra baja, parar el brazo del cuchillo en dos puntos, alto y bajo, para controlarlo...

La Sirena se acercó, manteniendo el equilibrio. Fiorella la observaba, inmóvil, a la espera, y parecía saber lo que se hacía. No importaba. Debía concluir aquel asunto y marcharse.

La Sirena fingió dar un puntapié y atacó...

¡El reverso del brazo, el reverso del brazo, donde hay menos vasos sanguíneos para cortar! Recordó las instrucciones de su gurú, con claridad cristalina, tan imperiosas como la hoja que se acercaba: «Un experto te cortará. Ofrécele un objetivo enjuto».

El puntapié era fingido, pero la estocada también. Cuando Toni levantó el brazo izquierdo para parar el golpe, la asesina movió el cuchillo hacia atrás, produciendo un hondo corte en la zona exterior del antebrazo de Toni, junto al codo.

No importaba; no era una herida como para desangrarse. Su mano seguía funcionando. Movió los pies y esperó.

Fiorella no dejó de observar a la agresora, sin prestar atención a la herida, ni siquiera mirarla. La Sirena sonrió. Era buena, pero se le acababa el tiempo.

Había una secuencia de ataque, consistente en dos fintas, cambio del puñal a la otra mano, cuchillada al corazón entre las costillas y corte del revés en la garganta.

Siempre funcionaba en las prácticas, y también había matado así a un hombre en un combate real.

La fiesta había terminado. Había llegado el momento de hacer lo que mejor sabía y marcharse.

La Sirena avanzó...

La agresora atacó de nuevo, fintó dos veces y cambió el cuchillo de mano, cuando Toni se disponía a parar el golpe. A Toni le habría impresionado verlo desde el exterior, pero ahora no tenía tiempo de impresionarse. ¡Sus muchos años de práctica debían tomar la iniciativa, ya no disponía de tiempo para pensar...!

Toni cambió de posición, pasó por alto las fintas y agarró el brazo armado de la agresora, con la llave de bloqueo y rotura. Su brazo derecho paró el golpe a la altura de la muñeca: bajo. La sangre brotaba de su brazo herido cuando golpeó a aquella mujer debajo del codo, con el reverso de su muñeca izquierda: alto.

El brazo se rompió y el cuchillo cayó al suelo. Toni se acercó, por encima del brazo partido, y le propinó un codazo en la cara. La siguió cuando se precipitaba de espaldas contra las taquillas, le dio un rodillazo en la barriga, seguido de un sapu luan y la arrojó contra el suelo. La agresora se golpeó fuertemente, pero dio una voltereta, se lanzó hacia donde estaba el cuchillo, lo agarró con la mano de su brazo ileso, se incorporó y cogió la hoja entre los dedos para lanzarlo. Tenía la nariz rota y sangraba, una ceja partida...

Ahora sabía que no podía vencer a Fiorella en un combate cuerpo a cuerpo, aunque su brazo no hubiera estado partido. Una oportunidad. No era el mejor puñal para lanzarlo, pero obligaría a esa mujer a retroceder si la alcanzaba, con la hoja o la empuñadura. Había perdido, pero todavía podía huir...

Dirigió el codo hacia su objetivo, con el puñal sujeto por la hoja junto a su oreja...

Michaels encontró la pistola blanca, rodó sobre su pierna herida, que ahora le dolía, y levantó el arma.

-¡Eh! -exclamó, para llamar la atención de la mujer que estaba a punto de arrojar el puñal.

La mujer no se inmutó e inició el lanzamiento. El apretó el gatillo.

El retroceso le hizo saltar el arma de la mano, y el ruido fue tan fuerte que parecía que una bomba hubiera estallado junto a él.

El tiempo se detuvo. Transcurrió una eternidad. Nadie se movió.

El puñal salió volando, pero cayó al suelo a poco más de un metro.

La había alcanzado en medio de la espalda. La mujer se desplomó de rodillas, intentó alcanzar la herida de su espalda con una mano, pero no pudo. Volvió la cabeza para mirarlo, más que nada, perpleja. Luego se derrumbó de costado.

Toni se acercó corriendo a Alex.

-¿Alex?

-Estoy bien, estoy bien, sólo me ha dado en la pierna. Oyeron voces excitadas que se acercaban.

-¿Estás herida? -preguntó Alex.

-Sólo un corte. Parece peor de lo que es -respondió Toni-. No te muevas, voy a por unas toallas.

-No voy a ninguna parte.

Toni se puso en pie, se acordó de Rusty y corrió hacia donde yacía. Sus ojos estaban completamente abiertos, sin parpadear. Tenía una herida sangrante en medio del pecho, no respiraba, ni tenía pulso en el cuello.

Entraron corriendo dos hombres del gimnasio. -¡Necesita ayuda! -exclamó Toni, señalando a Rusty, al tiempo que caía de rodillas.

Llegó un tercer individuo.

-Nosotros nos ocupamos de él, Toni -dijo uno de ellos-. Ve a vendarte esa herida.

Alex se había arrastrado hasta donde yacía la mujer y la volvió de espaldas al suelo. La asesina gemía. Lo miró. Toni regresó junto a Alex y la asesina, encontró una toalla y la apretó contra la herida en la pierna de Alex.

-¡Ay! Gracias -dijo Alex, antes de mirar de nuevo a la asesina.

-Hijo de... puta -masculló, probablemente con sangre en los pulmones.

-¿Quién te pagó para matar a Steve Day? -preguntó Alex.

La mujer se estaba muriendo, pero se rió con un borboteo líquido.

-¿Quién?

-Day, Steve Day.

-No reconozco ese nombre -dijo-. Nunca olvido a mis víctimas. No es... uno de los míos.

-¿Tú no mataste a Steve Day? -insistió Alex.

-¿Estás sordo? Me contrataron para matarte a ti.

Yo... Genaloni. Lo maté. Y algunos otros. No he...

Y, sin más, dejó de respirar. Lo que intentara decir quedó en suspenso. Emitió un último borboteo y abandonó este mundo.

Alex y Toni se miraron mutuamente. Alguien de la enfermería entró corriendo. Parecía estar todo lleno de gente. Toni sintió un fuerte deseo de abrazar a Alex. Lo hizo.

El no se resistió. También la abrazó.

Treinta y ocho

Viernes, 8 de octubre, 13.02 horas
Quantico

La enfermería del centro, donde trabajaban un médico y varias enfermeras, disponía además de su propia ambulancia para casos que excedieran sus competencias. A Toni le desinfectaron la herida del brazo, le dieron dieciocho puntos entre internos y externos, una vacuna antitetánica y le dijeron que volviera a los cinco días para quitarse los puntos.

Una radiografía de la pierna de Michaels mostró que la bala había entrado y había salido. Había penetrado ligeramente hacia el exterior de su muslo derecho, había rozado el fémur sin quebrarlo y luego había salido al borde del glúteo, todo ello sin causar daños mayores, salvo un par de orificios del tamaño de la punta del dedo meñique. El médico desinfectó las heridas, las vendó sin suturarlas, le administró una inyección antitetánica, le dio un par de muletas y le aconsejó que no jugara al fútbol en un par de semanas. Ordenó a su enfermera que les entregara a ambos pastillas analgésicas y les advirtió que al día siguiente les dolería bastante más que ahora. Si les apetecía pasar un par de horas en el servicio local de urgencias para recibir una segunda opinión, allá ellos.

Tanto Toni como Michaels decidieron ahorrarse el desplazamiento a urgencias.

En su lugar, regresaron al despacho de Michaels. El se sentó en el sofá, apoyado en el costado ileso. Toni permaneció de pie junto a la puerta.

-¿Hay algo que te preocupa, Alex?

-¿Además de que me hayan disparado?

-No me he sentido particularmente heroico en ese vestuario.

-¿Qué dices?

-Debería haber hecho algo más.

-Acudiste en mi ayuda. Te enfrentaste a una asesina armada y tú ibas desarmado. Lograste dispararle después de que te hirió. ¿Hasta dónde pretendes que llegue tu heroísmo? ¿Te propones saltar por encima de los rascacielos de un solo brinco?

Michaels la miró con una tímida sonrisa.

-Sí, bueno, me recordó a Larry y Curly en busca de un asesino.

Toni lo miró con la expresión en blanco.

-Dos de «Los tres bufones» -aclaró-. «¡Hola, Larry! ¡Hola, Moe! Menudo susto, ¿no?»

-Ah, claro. Mis hermanos solían mirar esos viejos vídeos. Debe de ser cosa de hombres. A mí nunca me parecieron graciosos. Demasiado violentos -sonrió irónicamente.

-Siento mucho lo de tu amigo, el recluta del FBI.

-¿Qué le vamos a hacer?

Se hizo una larga pausa.

-¿La crees? -preguntó finalmente Michaels-. ¿Respecto a Steve Day?

Toni se encogió de hombros.

-No lo sé. Confesó lo de Genaloni y otros. ¿Por qué iba a mentir sobre Day?

-Tal vez para confundirnos -respondió Michaels.

-Eso es algo que debemos tener en cuenta. ¿Tú la crees?

-Sí -asintió Michaels-. Antes ya no me parecía que el asesinato de Day fuera su estilo y esto para mí lo confirma.

-Por lo menos, a partir de ahora ya no irá a por ti.

-No. Pero lo que esto significa es que el responsable de la muerte de Day es otro.

-Alguien que, al parecer, quería hacernos creer que era obra de la mafia -dijo Toni.

Michaels asintió.

-¿Recuerdas aquel asunto de la desaparición del ayudante de Genaloni? ¿Cuando creyeron que el FBI lo había detenido?

-Sí.

-Apuesto a que el que hizo desaparecer a su ejecutor, lo hizo para enfurecer a Genaloni. Y quienquiera que fuese sabía cómo echarnos la culpa a nosotros.

-Parece que funcionó -reconoció Toni-. Si Genaloni creía que Net Force lo acosaba, pudo haber contratado a alguien para contraatacar. En su mundo, cualquier problema se resuelve con dinero o violencia.

Michaels cambió ligeramente de posición. La pierna empezaba a dolerle bastante. Pensó en tomar un analgésico, pero decidió no hacerlo. Era más importante tener la mente clara que estar drogado y sin dolor.

-Entonces, respecto al asesinato de Day, volvemos al punto de partida -agregó Toni.

-No. Sé quién lo hizo.

-¿Quién? -preguntó Toni, asombrada.

-El ruso, Plekhanov.

-¿Cómo has llegado a esa conclusión? -preguntó Toni, después de reflexionar unos instantes.

-Ha formado parte de su plan en todo momento, brindarle a Net Force otras cosas en que ocuparse, mientras él daba los pasos necesarios para hacerse con el poder. Los atentados contra Day y contra nuestros puestos de escucha, todas las bribonadas que ha arrojado en nuestros caminos en el mundo entero. Quería mantenernos ocupados, para que no nos percatáramos de lo que estaba haciendo. En cierto modo, todo tiene cierto sentido.

-No lo sé, Alex. Es posible, pero...

-Es él. Lo sé. Está dispuesto a provocar fallos en sistemas informáticos que causan muertes. De eso a contratar a un asesino sólo hay un pequeño paso. Mirábamos en la dirección equivocada, donde Plekhanov quería que miráramos. Es listo.

Toni lo miró.

-Pero, aun suponiendo que estuvieras en lo cierto, ¿cómo lo demostraríamos? Si es tan buen informático como dice Jay, no podemos entrar en sus ficheros. Sin ningún documento, lo único que tenemos son pruebas circunstanciales y escasas.

-Plekhanov podría abrirnos sus ficheros. Él tiene la clave.

-No tiene ninguna razón para hacerlo; aunque estuviera en nuestras manos, que no es el caso.

-Estudiaremos la forma de preguntárselo cuando esté en nuestro poder.

Toni meneó de nuevo la cabeza.

-Los altos mandos no lo consentirán, Alex. Walt Carver está demasiado metido en política

para arriesgarse. Y aunque estuviera dispuesto a hacerlo, no lograría convencer a la Junta de Operaciones Encubiertas en el Extranjero de la CIA. La JOEE se ha quemado demasiadas veces en esa clase de operaciones. Desde hace dos años no han aprobado ninguna operación militar que no contara con la colaboración de las autoridades locales, o por lo menos si éstas no estaban dispuestas a hacer la vista gorda, como en el caso de Ucrania.

-Ese individuo ordenó el asesinato de Steve Day y es el responsable de las muertes de otras personas. Está a punto de amañar unas elecciones que legalmente lo convertirán en intocable. ¿Y no podemos capturarlo por alguna mierda administrativa?

-Sé cómo te sientes, pero sería una pérdida de tiempo molestarse siquiera en preguntarlo -dijo Toni.

-Bien. Entonces no lo preguntamos -afirmó Michaels.

-¡Alex...! -exclamó Toni, mirándolo fijamente.

-Hay una diferencia entre la ley y la justicia. De la única forma que ese individuo se saldrá con la suya será por encima de mi cadáver. Esta conversación no ha tenido lugar, Toni. Tú no sabes nada al respecto.

Toni sacudió la cabeza.

-Oh, no, ni lo sueñes. No te librarás de mí tan fácilmente. Quieres cometer una estupidez y voy a asegurarme de que lo hagas debidamente. Estoy contigo.

-No tienes por qué hacerlo.

-Steve Day también era mi jefe. Quiero que su asesino pague por su muerte.

Ambos guardaron silencio durante lo que pareció una eternidad.

-Más vale que llamemos a John Howard -dijo finalmente Michaels.

-¿Crees que consentirá?

-Tampoco se lo diremos. Trabaja para mí. Si algo ocurre, será mi cabeza la que rodará. Lo que no sepa no puede perjudicarle.

-¿Te parece justo?

-Eso lo protegerá. Recibirá lo que cree que es una orden legítima y estará cubierto.

-La decisión es tuya.

-Efectivamente. Ya es hora de que tome un par de decisiones que sirvan para algo.

Sábado, 9 de octubre, 5.00 horas
En el aire, sobre la bahía de Hudson

-Bien, sargento Sabelotodo, oigámoslo otra vez.

Howard conocía el plan, él lo había elaborado, pero nunca está de más inculcarlo en la memoria. Una nueva pasada en busca de errores.

Julio Fernández sonrió y adoptó el tono de un recluta ante su oficial de instrucción.

-¡Sí, señor, a sus órdenes, coronel Howard! -exclamó, antes de bajar la voz-. Chechenia no tiene salida al mar, limita al oeste con Inguchetia, al norte con Rusia, con Daguestán al este y al sur con Georgia. La frontera occidental del país se encuentra aproximadamente a trescientos kilómetros al este del mar Negro. Su capital y mayor ciudad es Grozny, de la que el coronel puede ver planos callejeros detallados de la CIA en su pantalla, si lo desea.

»La población es predominantemente chechena o rusa. Es decir...

-Deje la historia geopolítica, sargento. Pasemos, por favor, a la estrategia y las tácticas.

-Como ordene el coronel -sonrió, relajado-. Está previsto que a las 19.00 un reactor de transporte descargue nuestros viejos Huey UH-1H en Vladikavkaz, al norte de Ossetia, a cambio de cuyo favor las autoridades locales esperan obtener ciertas cortesías recíprocas por parte de Estados Unidos. Puesto que deseamos tener amigos en la zona, dichas cortesías acabarán indudablemente por materializarse.

»Una vez en tierra y operativos, deberemos violar unos quince kilómetros de espacio aéreo inguchetiano para llegar a Chechenia. Nuestro puesto de mando estará situado a las afueras de Urus-Martan, que está otros veinticinco kilómetros dentro de Chechenia. En total, hablamos de volar unos cuarenta kilómetros sobre territorio enemigo.

»Evidentemente, ambos países disponen de radar y de cierta fuerza aérea; sin embargo, al nivel de las copas de los árboles en la oscuridad, es improbable que alguien detecte siquiera el vuelo de nuestros helicópteros, salvo algunas cabras. Debería ser pan comido, aunque viajemos un poco apretujados.

»Disponemos de un camión que nos espera en Grozny, al que los cuatro miembros de nuestro equipo de recogida llegarán desde Urus-Martan en dos motos rusas, que transportaremos con nosotros en los helicópteros negros. Copias de la Vespa, según tengo entendido. No son muy rápidas, pero hay sólo doce kilómetros desde Urus-Martan hasta Grozny, y volverán en el camión. En realidad, es un negocio bastante bueno: dos motos a cambio de un asesino ruso. Las autoridades locales salen ganando.

Howard le indicó con la mano que prosiguiera.

-Llegaremos, si no hay ningún contratiempo, a las 22.00 horas, instalaremos nuestra base táctica en una antigua granja lechera, propiedad de nuestros amigos espías. Ellos no saben que la utilizaremos, de acuerdo con la política NSCN de esta misión.

Howard, que no había oído nunca aquellas siglas, frunció el entrecejo.

-¿NSCN?

-No se lo digas a nadie -aclaró Fernández-. Especialmente a la CIA -sonrió.

-Acaba de inventárselo, ¿no es cierto?

-Me ofende que el coronel crea que yo haría tal cosa.

-Sargento Fernández, estoy convencido de que usted sería capaz de cortarle el pelo a un oso polar estilo caniche y llamarlo Fiji.

Fernández se rió.

-Sí, señor. Esa granja no tiene vecinos en un radio bastante amplio. Si todo funciona como está previsto, nuestro equipo de recogida se traslada en las motos a la ciudad, recoge el camión, captura al ruso, regresa y pocos minutos después de la medianoche, estaremos todos en el aire de regreso a este cómodo 747, que para entonces ya nos esperará cargado de combustible en el aeropuerto de Vladikavkaz. Como gesto de buena voluntad, dejamos nuestros helicópteros de transporte para nuestros nuevos amigos ossetianos del norte, subimos a nuestro avión y regresamos a casa. Todo según lo previsto.

-Si no surge ningún contratiempo... -dijo Howard.

-Se preocupa demasiado, señor. Los miembros de nuestro equipo hablan perfectamente el ruso y un poco del dialecto local. Tienen los documentos de viaje y de identificación adecuados, y a diez pasos son capaces de volarle las pelotas a un mosquito. Lo capturarán. Y si surge algún problema que no pueden resolver, para eso estaremos las dos docenas de hombres limpiando nuestras armas en la granja, ¿no le parece?

Howard asintió. Le había sorprendido que se diera el visto bueno a la misión, dada la confusión de la política en Washington. No quería verse envuelto en ningún tiroteo con los chechenos. Independientemente de quién pudiera ser el culpable, él era quien estaba al mando y quien pagaría las consecuencias. No, en aquel momento no quería una guerra. Lo que quería era una incursión limpia y, como había dicho Fernández, regresar a casa. La situación era demasiado delicada para cualquier otra cosa.

Sábado, 9 de octubre, 10.00 horas
Springfield, Virginia

Ruzhyó y Grigory el Serpiente, estaban en una estación de servicio de la I-95, no muy lejos del centro comercial regional de Springfield. Según el mapa que tenía Ruzhyó, el viejo campo de pruebas de Fort Belvoir se encontraba a pocos kilómetros, en dirección a Quantico. ¿Qué aspecto tendría un campo de pruebas norteamericano?, se preguntaba. Dependería de lo que se propusieran, de qué clase de arma o de vehículo quisieran poner a prueba.

Winters, el texano, se había ido a su casa, a Dallas, a Fort Worth, o a dondequiera que según él viviera. Dijo que si lo necesitaban en los próximos días, comprobaría los mensajes en su número de seguridad.

Habían parado en la estación de servicio porque Grigory tenía una necesidad urgente de ir al retrete. A juzgar por los gemidos apagados que emitía cuando orinaba, Ruzhyó supuso que Zmeyá padecía alguna dolencia en su propia serpiente. Probablemente gonorrea, la enfermedad venérea más común que produce dolor al mear. En su época de soldado, Ruzhyó había oído a muchos hombres gemir de ese modo en el retrete, generalmente entre uno y tres días después de haber disfrutado con prostitutas cuando estaban de permiso.

Esa era la recompensa del Serpiente por sus aventuras en Las Vegas.

Grigory salió del lavabo, con el rostro colorado.

-Necesito penicilina, Mikhayl.

-¿Valía la pena?

-Entonces, sí; ahora, no.

-No creo que puedas comprar penicilina sin receta -dijo seriamente Ruzhyó, aunque lo que quería era sonreír.

Ese imbécil se lo tenía merecido.

-Cerca de aquí hay una tienda de animales de compañía -dijo Grigory-. Allí podremos conseguirla.

-¿Una tienda de animales de compañía?

-Da. Los norteamericanos tienen reglas para la venta de antibióticos para las personas, pero no para los animales. Puedes comprar penicilina, tetraciclina, estreptomicina, o incluso cloranfenicol para los peces de tu pecera. Abres las cápsulas y arrojas el contenido al agua. Estos medicamentos no son tan puros como los elaborados para uso humano y son caros, pero resultan igualmente eficaces.

Ruzhyó meneó la cabeza. Asombroso. No sólo que los norteamericanos hicieran tal cosa -ya no le sorprendía lo estúpidos que podían llegar a ser-, sino que el Serpiente lo supiera. Realmente fascinante. ¿Cómo lo había averiguado?

Ruzhyó se lo preguntó.

-He tenido problemas con el sexo unas cuantas veces -reconoció Grigory.

Ruzhyó lo miró fijamente. Alguien que no sabía más era simplemente ignorante y eso tenía remedio. Pero ¿cuando alguien lo sabía y lo hacía de todos modos? Eso era pura estupidez y no tenía fácil solución.

-Muy bien. Iremos a esa tienda de animales de compañía, para que puedas comprar medicamentos para los peces y curar tu enfermedad. Luego buscaremos un lugar al alcance del cuartel general de Net Force. Creo que nos convertiremos en marines estadounidenses. ¿Qué mejor disfraz en un lugar como Quantico?

-Lo que tú digas, Mikhayl, cuando haya conseguido mi penicilina.

Sábado, 9 de octubre, 22.48 horas
Urus-Martan, Chechenia

Howard consultó su reloj y miró luego por la ventana de la dilapidada granja. Sus hombres había logrado introducir los helicópteros en el enorme y decrépito establo. En otra época había habido hileras de compartimentos para ordeñar las vacas, pero los espías habían dejado sólo el esqueleto del edificio, para poder ocultar en el mismo cosas como los viejos Huey. No eran bonitos, pero estaban en buenas condiciones mecánicas. Estaban pintados de un color oscuro, verde militar, no negro, pero eran vehículos encubiertos. No llevaban armas, ni siquiera ametralladoras. Se utilizaban únicamente como transporte. No un transporte muy rápido -un Huey cargado podía llegar a alcanzar los ciento veinte nudos-, pero eran aparatos sólidos y fiables. En todo caso, con cualquier aparato provisto de rotor, era imposible superar la velocidad de un misil aire/aire o tierra/aire. No podían luchar, ni volar demasiado de prisa, pero nadie podía dispararte si no te veía. En esta situación, ocultarse era mejor que disparar.

-¿Situación, sargento? -preguntó Howard, después de alejar la mirada de la ventana.

Julio estaba detrás de tres especialistas informáticos, sentados en taburetes frente a un banco de cinco ordenadores de campaña montados sobre sus propias patas telescópicas.

Estaban abiertos como grandes maletas, con la pantalla en la tapa de las mismas. Los aparatos también eran feos, de color verde militar, pero lo importante no era la estética. Eran aparatos de última generación de 900 MHz, con los nuevos chips bioneuronales FireEye, una enorme cantidad de memoria óptica y baterías con una autonomía de catorce horas, si la red eléctrica local no funcionaba.

-Señor, la señal del GPS de nuestro equipo los sitúa en este lugar -respondió el sargento, señalando el mapa en la pantalla, aproximadamente en cuyo centro parpadeaba un punto rojo-. A dos kilómetros de su destino.

-¿Informe?

-Hace tres minutos, su señal codificada ha indicado que todo estaba en orden.

-Bien.

-Recibimos señal de vídeo del satélite espía Big Bird enfocado a la zona -anunció uno de los informáticos-. Ahí están.

En una de las pantallas apareció la imagen fantasmagórica, verde fosforescente, de un camión que circulaba por una calle oscura. Mientras lo observaban, el camión giró a la derecha, pasó bajo una farola y apareció una imagen en el techo del vehículo. El informático soltó una carcajada.

-¿De qué se ríe? -preguntó Howard.

El técnico tocó los controles, congeló la imagen y la amplió.

-La enfocaremos un poco... así -dijo el informático-. Mire ahí. Un mensaje del equipo.

Sobre el techo del camión había un dibujo rudimentario, suficientemente definido para que Howard lo distinguiera. Era una mano con dos dedos levantados en forma de uve.

La uve de la victoria. Howard sonrió.

-Me debe cinco, sargento -dijo el técnico. Howard levantó una ceja.

-Hemos hecho una pequeña apuesta sobre lo que el equipo dibujaría en el techo del vehículo, señor -explicó Fernández-. Estoy seguro de que este técnico debe de haberlos sobornado.

-¿Qué apostaba usted que dibujarían? -preguntó Howard.

-Bueno, una ilustración parecida a ésta, señor. Pero un poco diferente.

-Con un solo dedo levantado, señor -aclaró el técnico, con una expresión inmutable.

Howard sonrió de nuevo. Dondequiera que estuvieran y fuera lo que fuese a lo que se enfrentaran, los soldados siempre encontraban la forma de aliviar la monotonía... o la tensión.

-Siga -dijo Howard, antes de regresar a la ventana.

Sábado, 9 de octubre, 23.23 horas
Grozny

Plekhanov se cepillaba los dientes antes de acostarse, cuando sonó el timbre de su casa. Era una casa pequeña, pero bien equipada, en un barrio de viviendas semejantes. Pronto podría tener una dos veces mayor, en un barrio mucho más elegante. Pero cada cosa a su debido tiempo.

Sonó de nuevo el timbre de la puerta, con cierta insistencia.

Era muy tarde para recibir visitas. No podían ser buenas noticias.

Se enjuagó la boca, se secó la cara y se puso un albornoz sobre el pijama. Se detuvo junto al pequeño escritorio cerca de la entrada, abrió el cajón y sacó la pistola Luger que su abuelo había traído del frente alemán en 1943.

Pistola en mano, acercó el ojo a la mirilla de la puerta.

Vio a una joven muy atractiva. Iba despeinada y con la cara embadurnada de carmín. Llevaba una blusa oscura por fuera de los pantalones, desabrochada y completamente abierta, con los pechos al aire; la cremallera de sus pantalones, unos vaqueros, estaba abierta, y los sujetaba con una mano, mientras agarraba con la otra un sujetador acolchado. Parecía estar llorando. Mientras la observaba, la joven pulsó de nuevo el botón del timbre. Vio que sollozaba.

Cielos. ¿La víctima de una violación?

Plekhanov bajó la pistola y abrió la puerta.

-Diga. ¿Puedo ayudarla?

Un hombre apareció de la nada. También llevaba vaqueros, camiseta oscura y una cazadora azul. Apuntó a Plekhanov a la cara con una pistola.

-Sí, señor, puede ayudarnos -dijo en ruso, pero no en un acento local.

Extendió la mano y le quitó suavemente la Luger.

-Bonita pistola -agregó-. Probablemente tiene mucho valor.

A los pocos momentos, otros dos hombres se reunieron con la mujer y el pistolero. Parecían materializarse de los arbustos y la oscuridad. Los dos últimos parecían del mismo estilo: jóvenes, atléticos y con ropa deportiva.

¿Qué sucedía? ¿Se trataba de un atraco? Últimamente había habido mucha delincuencia. ¿Qué querían?

La mujer se subió la cremallera de los pantalones y se los abrochó. Se quitó la blusa, se puso el sujetador, una especie de prenda deportiva de una sola pieza, se lo ajustó, se puso de nuevo la blusa, se la abrochó y la introdujo en los vaqueros. Uno de los hombres le entregó una cazadora azul oscuro.

-No tienes por qué hacer todo esto por nosotros, Becky -dijo el joven de la pistola.

-Nilo sueñes, Marcus -respondió la mujer.

-¿Le importaría entrar de nuevo en la casa, doctor Plekhanov? -dijo el pistolero.

Su pronunciación era correcta, pero Plekhanov todavía no había localizado el acento.

-Usted no es ruso, ni checheno -observó Plekhanov.

-No, señor -respondió, ahora en inglés.

A Plekhanov le dio un vuelco el corazón. ¡Eran norteamericanos!

-Dentro, profesor -ordenó, gesticulando con la pistola-. Supongo que querrá ponerse algo más adecuado para viajar. Vamos a hacer una larga excursión.

Sábado, 9 de octubre, 23.28 horas
Urus-Martan

-¡Ya lo tienen! -dijo Fernández-. Están en camino, hora estimada de llegada en veinte minutos.

Los presentes vitorearon. Howard se lo permitió, pero luego dijo:

-Bueno, no nos anticipemos a los acontecimientos. Preparen los helicópteros. Lo celebraremos cuando estemos en nuestra propia tierra.

Diez minutos más tarde, Howard estaba fuera, en la oscuridad, viendo cómo los pilotos preparaban los helicópteros, cuando Fernández salió corriendo de la granja.

-Señor, tenemos un pequeño problema.

Howard sintió que se le revolvía el estómago y se llenaba de centenares de mariposas, ávidas por salir todas al mismo tiempo.

-¿Qué?

-El vehículo de nuestro equipo acaba de averiarse. El capitán Marcus cree que se ha quemado la junta de la culata.

Howard lo miró fijamente. ¿El camión se había averiado? ¡Eso no sucedía siquiera en la simulación! ¡Válgame Dios!

Treinta y nueve

Domingo, 10 de octubre, 0.40 horas
Urus-Martan

-Dónde están? -preguntó Howard.

El técnico estaba ahora plenamente pendiente de su trabajo, sin el menor vestigio de humor en el tono de su voz.

-Según el GPS, señor, están en la ciudad, al sur del viejo Tets Komitern, en la nueva zona de almacenamiento de petróleo Visok Stal, cerca del río Sunzha.

-¿A qué distancia de aquí?

-Una larga caminata con un preso reticente, señor. Según mis cálculos, unos dieciocho kilómetros.

-Estupendo.

-Un momento. Recibimos transmisión de voz. La descodifico -dijo el técnico, mientras pulsaba unas teclas.

Si el jefe del equipo estaba dispuesto a romper el silencio radiofónico, aunque fuera con una transmisión codificada, eso significaba que todo se había ido, o estaba a punto de irse, al infierno.

-Wolf Pack, aquí Cub Omega Uno, ¿me recibe? -Aquí Alpha Wolf, Cub. Adelante.

-Señor, se nos ha averiado el vehículo en medio de unos depósitos gigantescos de petróleo y hay dos guardias de seguridad a cien metros que se acercan en bicicleta.

Policías en bicicleta. Estupendo.

-Sigan los planes previstos, Omega Uno. Sonrían educadamente y muéstrenles su documentación, pasarán la inspección.

-Sí, señor. ¡Oh, mierda!

-¿Puede repetirlo, Cub Omega Uno?

Se oyó de nuevo la voz del capitán, pero no hablaba con Howard:

-¡Que alguien le cierre esa jodida boca!

-¡Omega Uno, informe!

Se hizo un silencio sepulcral muy duradero.

-Cub Omega Uno, responda.

-Aquí tenemos una... situación, Alpha. ¡Nuestro pasajero se ha puesto a chillar como un loco y esos malditos policías estúpidos han abierto fuego!

-Maldita sea, ¿qué clase de polis cabrones son esos que disparan sin la menor provocación? -dijo Fernández-. No tienen forma de saber con quién están tratando.

-Alpha, hemos devuelto el fuego, repito, hemos devuelto el fuego. Omega Cubs, todos ilesos; repito, no hay heridos en nuestro equipo, pero uno de los policías locales ha caído y el otro... -no encontraba la palabra adecuada- se ha escondido tras un jodido depósito de petróleo, señor. No se retire. ¡Barnes y Powell, flanco derecho, Jessel, izquierdo, vamos, vamos!

Howard esperó durante lo que parecieron otro par de milenios, intercambiando miradas con Fernández.

-Señor, el policía local caído está... muerto -agregó el capitán Marcus por la radio-. Llevaba un teléfono en la cintura y debemos suponer que su compañero también dispone de un equipo de comunicación, pero lo hemos perdido. Sospecho que pronto tendremos compañía desagradable, Alpha. Espero sus órdenes.

Howard miró a Fernández. No había otra elección. Nadie abandonaría allí a sus compañeros.

-¡Recójanlo todo! ¡Despegamos en tres minutos!-ordenó Howard a sus hombres, antes de dirigirse de nuevo al jefe del equipo por la radio-. Aguanten, Omega. La manada está en camino.

-Recibido, Alpha. Gracias, señor.

-Vámonos, Julio.

-¡Sí, señor!

Howard y Fernández corrieron hacia los helicópteros.

Sábado, 9 de octubre, 16.10 horas

Quantico

Michaels y Toni estaban en la pequeña sala de juntas, vaciando su segunda cafetera. Como había pronosticado el médico, Michaels sentía mucho más dolor que inmediatamente después de recibir el disparo. Le dolía cuando se movía, cuando se levantaba y cuando se sentaba. Había tomado analgésicos en casa, para poder dormir, pero quería conservar la mente clara mientras durara la operación de Howard. Por fin había decidido sacar un par de pastillas de su envoltorio de plástico y tragárselas con su quinta o sexta taza de café hacía aproximadamente una hora, y el dolor intenso que sentía se había convertido en una molestia más tolerable. A pesar de haber tomado tanto café, estaba relativamente tranquilo.

-¿Cómo está tu brazo? -le preguntó a Toni.

-Fue un corte limpio. No duele mucho -respondió ella-, pero pica.

Le había dado las gracias después de lo ocurrido, pero había tenido mucho tiempo para reflexionar desde entonces.

-Me salvaste la vida en los vestuarios -dijo Michaels-. Si no hubieras atacado a esa mujer, me habría matado.

-Rusty nos salvó a ambos. No podría haberme enfrentado a ella si él no hubiera entrado gritando, con una pluma en la mano como si fuera una pistola -respondió Toni, meneando la cabeza.

-Lamento muchísimo lo del agente Russell -dijo Michaels-. Sé que le enseñabas tu arte marcial. ¿Había mucha... intimidad entre vosotros?

Toni titubeó un instante.

-No, realmente no -respondió, con la mirada fija en la cafetera-. Sus padres van a trasladar el cadáver a Jackson, Mississippi, para el funeral y el entierro. Era su tierra. Parecen buena gente. Me gustaría ir, si es posible. Tendrá lugar en un par de días.

-Por supuesto. Cuando hayamos resuelto esto, si es que lo resolvemos, me preguntaba si estarías dispuesta a enseñarme un poco eso que haces, el silat.

Toni levantó la mirada de la cafetera. -Últimamente, no sé por qué, he sentido la necesidad de aprender un poco más sobre autodefensa. Michaels sonrió y Toni le devolvió la sonrisa.

-Estaré encantada de hacerlo.

-Puede que tarde unas semanas en dejar de cojear -dijo Michaels, con la mano en su pierna vendada. -Esperaré.

Tomó otro sorbo de café, pero entonces decidió que si seguía bebiendo necesitaría un trasplante de vejiga. Dejó la taza sobre la mesa.

-Me pregunto cómo progresa la operación. Ahora ya deberían haber terminado.

-Estoy segura de que llamarán cuando puedan. -No lo dudo. Y tengo plena confianza en que el coronel Howard ejecutará su misión.

Toni sonrió de nuevo.

-¿Qué ocurre? -preguntó Michaels.

-Nada. Recordaba algo de hace mucho tiempo.

-¿Ah, sí?

-Durante mi segundo curso en John Jay, me trasladé a un piso con otras dos estudiantes. Mi hermano Tony acababa de perder su empleo y su esposa se instaló en casa de nuestros padres con sus dos hijos, mientras él iba a Maine en busca de trabajo. La casa estaba un poco abarrotada. Tuvimos la suerte de encontrar un piso de alquiler controlado, que incluso tenía calefacción y ventanas que se abrían. Probablemente aquel edificio se ha convertido ahora en un aparcamiento, pero era ideal para tres chicas que abandonaban su casa por primera vez.

»El caso es que una de mis compañeras de piso, italiana como yo, se llamaba Mary Louise Bergamo y era de Filadelfia; la otra era una negra alta y desgarbada de Texas, que se llamaba Dirisha Mae Jones y jugaba a voleibol. Era la persona más graciosa que he conocido en mi vida. Siempre salía con pequeñas homilías populares que había sacado de algún lugar. Una noche estábamos bebiendo vino barato y armando mucho barullo, cuando nos definió el significado de «seguro de sí mismo».

»-Bien, muchachas, tenemos a ese negro llamado Ernest, casado con una mujer hermosísima llamada Loretta, pero Loretta está decidida a abandonarlo, porque Ernest ha

perdido su trabajo, aunque no por culpa suya.

Michaels sonrió. La imitación del acento tejano de su amiga era bastante buena.

-De modo que Ernest se levanta una mañana -prosiguió Toni-, se pone su mejor corbata, su única camisa blanca, sus pantalones de domingo y sale de la casa para acudir a una entrevista de trabajo. Ernest sabe que, si no consigue el empleo, su mujer lo abandonará. También sabe que el encargado de contratar al personal no siente mucha simpatía por los negros y, por consiguiente, debe destacar.

»Pero ha llegado la hora del almuerzo. De camino a la entrevista, Ernest se detiene en Rick's Pit Barbecue, donde pide una ración doble de costillas de cerdo y una cerveza. Mientras espera a que James, el camarero de Rick's, le sirva las costillas, inmersas en unos dos litros de salsa picante y grasienta, que son indiscutiblemente las mejores del este de Texas y prácticamente también las mejores del centro y del oeste de Texas, que es mucho decir, Ernest se acerca al teléfono, llama a Loretta y le dice: «Cariño, desempolva tu vestido azul, esta noche vamos a bailar para celebrar mi nuevo empleo».

»-Muchachas, un hombre que come costillas de cerdo, con una camisa blanca que sabe que debe estar limpia, está seguro de sí mismo.

Michaels se rió.

-Me gusta verte hacer eso, Alex. Reírte. Deberías hacerlo más a menudo.

Michaels sintió un pequeño pinchazo a través de sus analgésicos. Algo en la voz de Toni. El le gustaba. Eso hacía que se sintiera un poco incómodo, pero no demasiado.

-Ha habido tiempos mejores. Pero, dime, ¿qué ocurrió con esas chicas, tus compañeras de piso?

-Mary Louise ingresó en la Facultad de Derecho de Harvard y luego regresó a su casa, para incorporarse al bufete de su padre. Formaba parte del equipo que el año pasado llevó el caso del Estado contra Pennco Housing al Tribunal Supremo y ganaron.

-¿Y la tejana?

-Dirisha se convirtió en jugadora profesional de voleibol inmediatamente después de licenciarse. Jugó tres años, formaba parte del equipo de Nike que ganó un par de veces el campeonato femenino al aire libre. Se retiró del circuito, escribió un libro sobre sus aventuras y consiguió un trabajo como redactora en The New York Times. Se casó hace unos años y tuvo un hijo. ¿Adivinas cómo se llama?

-Dímelo tú.

-Ernest.

-Te lo has inventado.

Toni levantó la mano en señal de juramento. -Es la pura verdad, te lo prometo.

Michaels se rió de nuevo. Toni tenía razón: debía reírse más a menudo.

Ahora, sin embargo, estaba un poco nervioso. ¿Dónde estaba Howard? Ya debería haber llamado. Consultó su reloj.

Aunque todo fuera como la seda, Michaels debería maniobrar con agilidad y pericia, para evitar que Carver lo estrangulara cuando lo descubriera. Si después de todo fracasaban en su intento de capturar a Plekhanov, definitivamente estaría de mierda hasta la coronilla.

En el supuesto de que fracasara esta operación, indudablemente dispondría de muchísimo tiempo para practicar su risa, con toda probabilidad muy alejado de todo lo relacionado con Net Force. Aunque no creía que tuviera ganas de reírse durante una buena temporada.

Domingo, 10 de octubre, 0.12 horas
Grozny

-Ahora vamos a toda velocidad, señor -exclamó el piloto, por encima del ruido del rotor y del viento.

Esos vídeos en los que se veía a la gente manteniendo una conversación normal en un gran helicóptero con las puertas abiertas, como un par de aristócratas tomando té en un Rolls Royce con aire acondicionado, eran pura fantasía. Estaban elaborados por personas que

probablemente no habían visto siquiera un helicóptero de cerca. Incluso era dificil oír la radio por los auriculares.

-¿Cuánto falta? -preguntó Howard a gritos.

-Dos o tres minutos -chilló el piloto-. Delante, a la derecha, se ve el borde de los depósitos de combustible. Ahí está el río. Vamos a cruzar la carretera principal.

Los diez hombres asignados a aquel aparato llevaban metralletas H&K y pistolas Browning de nueve milímetros a la cintura, así como navajas Cold Steel. Llevaban monos sin distintivos, pero también chalecos antibalas, así como cascos y botas de Kevlar genéricos. Todo el material se podía encontrar en tiendas: las metralletas procedentes de Alemania, las pistolas de Bélgica, los chalecos de Israel y las navajas de Japón. Este no era un vuelo oficial, y si abandonaban algún artículo, no señalaría a Estados Unidos.

Los hombres llevaban placas de identificación, pero eso no importaba, porque no abandonarían a nadie. Regresarían todos o ninguno.

-¡Ahí está el camión! -exclamó Fernández. -Y hay problemas -agregó Howard.

Un convoy de vehículos estilo militar, tres en total, se acercaba rápidamente al camión averiado desde la dirección opuesta. El primer vehículo era una imitación de un Jeep, con una ametralladora ligera instalada en el centro del mismo, atendida por un individuo con uniforme de camuflaje. El segundo vehículo era un coche de policía, con su correspondiente luz azul parpadeante. El tercero era una furgoneta de mayores dimensiones estilo SWAT, también con una luz parpadeante sobre el techo. Incluso por encima del ruido del helicóptero, se oían las sirenas.

-Mierda -exclamó Fernández.

-¿Puedo comunicarme con C2 por mis cascos? -preguntó Howard a gritos, dirigiéndose al piloto.

-Sí, señor, debería poder hacerlo.

Howard activó su comunicador para dirigirse al comandante del segundo helicóptero.

-C2, habla Alpha Wolf, ¿me recibe?

-Alpha Wolf, lo recibo.

-C2, quiero que se mantenga alejado; repito, manténgase alejado. Retroceda y lo llamaremos si lo necesitamos. Sería absurdo ofrecerles dos blancos.

-Sí, señor.

-Aterrice, Loot -ordenó entonces Howard a su piloto-. Entre nuestro camión y los que se acercan.

-Sí, señor.

A Howard le dio un vuelco el corazón, cuando el aparato descendía hacia la carretera. Sintió que se le tensaba la piel.

-¡Que nadie dispare, si no disparan ellos primero! Dispérsense como una red y manténganse alerta.

Howard observó la carretera que se acercaba. No había donde ponerse a cubierto, pero no empezaría a disparar en mitad de un depósito de petróleo, aunque fuera de su propiedad. Confiaba en sorprender al comandante de la fuerza chechena y en su sentido de la responsabilidad. Si él fuera el encargado de defender un lugar semejante y lo hubieran llamado para investigar un tiroteo en plena noche, y a su llegada se encontrara con un helicóptero sin distintivos y hombres armados sin identificar, titubearía antes de abrir fuego, a no ser que los otros dispararan primero. Habría ciertas preguntas importantes que querría formularles: ¿Quiénes eran? ¿Qué hacían? ¿Podrían ser sus propios hombres en una operación encubierta? Antes de empezar a disparar, se precisaba cierta información. Una cosa era dispararles a unos delincuentes en un camión que podían retener a un rehén, y otra muy distinta, abrir fuego contra sus propios hombres, lo cual podría ser muy perjudicial para su carrera. Acribillar un depósito de petróleo con munición pesada y derramar gran parte de su contenido también podía ser grave. Si estuviera en el lugar del checheno, Howard se apresuraría a hacer unas llamadas, para intentar averiguar lo que sucedía.

El Huey tocó tierra.

-¡Cierren y carguen! -ordenó Howard.

Comprobó su propia arma para asegurarse de que estaba lista, antes de ir a recoger a sus hombres y a su rehén.

Cuarenta

Domingo, 10 de octubre, 0.18 horas
Grozny

Los tres vehículos chechenos se detuvieron en seco, cuando Howard y sus hombres se dispersaban con las armas en la mano, pero sin apuntar. Los chechenos tenían ventaja al apearse de sus vehículos, porque podían ocultarse tras los mismos. Eran quince o tal vez dieciocho hombres uniformados, que se desplegaron apuntando sus armas tras el Jeep de imitación, la furgoneta y el coche de policía.

Los hombres de Howard estaban en campo abierto y corrían un gran peligro. La carrocería de un coche puede proteger de muchas armas ligeras, pero no el aire.

-¡Marcus! -exclamó Howard, sin levantar la voz, con la esperanza de que no lo oyeran los chechenos-. Traslade el paquete al helicóptero y nos marcharemos.

A su espalda, el equipo llevó apresuradamente a Plekhanov al Huey. Marcus era un experto en idiomas, y después de dejar al ruso a bordo, saltó de nuevo a tierra para acercarse a Howard.

A sesenta metros de distancia, alguien de la fuerza chechena empezó a gritar en ruso. Howard entendía lo suficiente para reconocer las palabras:

-¿Quién diablos sois?

-¿Cómo se llama su policía secreta? -preguntó Howard en voz baja, dirigiéndose a Marcus.

-Zhálit Kulk, señor.

-Dígales que eso es lo que somos. Dígales que realizamos una misión secreta. Dígales que, si no se retiran inmediatamente, nos comeremos sus pelotas para desayunar.

Howard no creía que se lo tragaran, pero los obligaría a reflexionar. ¿Y si era cierto? ¿Podían arriesgarse?

-Sí, señor -respondió Marcus, antes de soltar una parrafada en ruso.

Howard mantuvo su tono moderado, pero suficientemente fuerte para que sus hombres lo oyeran, por encima del ruido de los motores del Huey:

-Regresen al aparato de dos en dos. Los últimos en salir serán los primeros en regresar.

Cuando los dos primeros hombres subieron al helicóptero, el comandante checheno dio alguna orden y sus hombres apuntaron sus armas con mayor precisión.

-Me parece que no quieren que nos marchemos -indicó Fernández.

De pronto, Howard tuvo la sensación de que su estómago se había llenado de hielo seco y nitrógeno líquido. Asintió. Pero cuanto más tiempo permanecieran ahí, más peligrosa sería la situación. Alguien podría ponerse nervioso, podría resbalarle el dedo y a los primeros disparos, seguirían ráfagas por ambos lados.

Con mucho cuidado y serenidad, Howard activó su comunicador y abrió el canal del segundo Huey. Esperaba que no estuviera demasiado lejos para captar la señal de su transmisor portátil.

-C2, aquí Alpha Wolf.

Se hizo un momento de silencio absoluto.

-C2, conteste.

-Lo recibo, Alpha, aquí C2. Howard reprimió un suspiro de alivio. -Necesitamos una distracción. Hay una gran furgoneta con una luz azul parpadeante, unos sesenta metros al norte de nuestra posición junto al Cl. Les agradecería que se acercaran por el norte y que alguien dispare un par de ráfagas al techo de ese vehículo.

-Delo por hecho, Alpha. Ahí vamos.

-¿Tiempo estimado?

-Cuarenta y cinco segundos, señor.

No se habían alejado demasiado y en aquel momento se lo agradecía enormemente.

-Nos vamos, muchachos -dijo Howard, lo suficientemente alto para que sus hombres lo oyeran, sin que ya no le importara que llegara también a oídos de sus rivales-. Cuando dé la orden, de dos en dos, tan rápido como puedan.

Vio que algunos de los chechenos levantaban la cabeza, para mirar a su espalda. Debían de oír los motores del Huey que se acercaba; los Pratt y Whitney podían desarrollar casi mil doscientos caballos en un abrir y cerrar de ojos y, acelerados, no eran silenciosos.

-Preparados... -ordenó Howard.

A la luz reflejada de los vehículos chechenos y las farolas amarillas alrededor de los depósitos de combustible, Howard vio el rugiente Huey que viraba de costado a veinticinco metros del suelo. Al cabo de un momento, vio los rápidos fogonazos de color amarillo anaranjado, de dos o tres metralletas en la puerta abierta del aparato.

Sus hombres sabían disparar. El techo de la furgoneta vibró bajo el impacto de las ráfagas.

Los chechenos se volvieron para enfrentarse al nuevo peligro más inmediato.

-¡Corran, corran!

Los hombres de Howard subieron al helicóptero. Los chechenos dispararon contra el helicóptero que sobrevolaba su posición...

Todos los hombres de Howard estaban ya a bordo, salvo él y Fernández.

-¡Suba, Julio!

-Hay que respetar las canas, señor.

Howard sonrió y subió a bordo. Fernández tropezó con él después de cruzar la puerta.

-¡Despegue, despegue! -ordenó Howard. El piloto aceleró y el Huey se elevó hacia el firmamento.

Los chechenos se percataron de que el ataque aéreo había sido una maniobra de distracción. Empezaron a disparar en ambas direcciones. Algunas balas alcanzaron el helicóptero.

-¡Manténganse agachados! -ordenó Howard.

Fernández, que era quien más cerca estaba de la puerta, disparó su H&K moviendo el cañón de un lado para otro, como si fuera una manguera. Los chechenos se pusieron a cubierto. Las balas impactaron en sus vehículos.

El Huey de mando se ladeó para alejarse en un ángulo cerrado y elevarse lentamente en espiral. Todavía recibieron otros dos impactos de bala, pero al cabo de un momento estaban fuera de su alcance.

-¿C2? -preguntó Howard por su micrófono.

-Pisándole los talones, Alpha.

-¿Bajas en su equipo?

-Negativo, señor.

-Sargento?

-¿Algún herido? -preguntó Fernández a gritos. Al parecer no había ninguno.

Howard dejó escapar un gran suspiro y sonrió. ¡Lo habían logrado! ¡Estupendo!

-¡Esto es un secuestro! ¡No pueden hacer eso! Howard miró al ruso, indignado, y sintió un profundo odio en las entrañas.

-¡Han cometido una estupidez que originará un conflicto internacional! ¡Tengo amigos influyentes! ¡No lograrán salirse con la suya!

Howard lo miró fijamente.

-Ya lo hemos logrado.

El ruso empezó a blasfemar en su idioma. Howard reconoció algunas de sus palabras y no estaba dispuesto a escucharlo. Levantó la mano para que guardara silencio. El ruso se calló y lo miró con ceño.

-Usted mató a un hombre que me gustaba y a quien respetaba. Si no se calla inmediatamente, puede que se caiga accidentalmente de este aparato. A esta velocidad y altitud, rebotará como una pelota de goma cuando llegue al suelo.

Al parecer, el ruso decidió que no tenía más que decir.

Sábado, 9 de octubre, 18.54 horas
Quantico

Sonó el teléfono en la sala de juntas. Michaels, que estaba solo, contestó:
-Diga.
-Señor, le paso al coronel Howard -dijo una voz.
-Comandante?
-Aquí estoy, coronel.
-Misión cumplida, señor. Estamos en el aire, de camino a casa.
Michaels sintió un profundo alivio.
-¡Estupendo! Lo felicito, coronel. ¿Algún problema?
-Nada que valga la pena comentar, señor. Un paseo por el parque.
Toni entró de nuevo en la sala. Michaels señaló el teléfono y levantó el pulgar, para indicar que la operación había sido un éxito.
-Nos veremos dentro de unas dieciséis horas, comandante.
-Lo espero con entusiasmo. Lo felicito una vez más, coronel. Buen trabajo.
Michaels colgó, miró a Toni y sonrió.
-Lo han capturado. Están de regreso. Llegarán mañana.
-Voy a llamar a Jay Gridley -dijo Toni-. Quiere saber cómo les ha ido.
-Adelante.
-¿Y ahora, qué, Alex? Si estás en lo cierto, tenemos al hombre que mató a Steve Day, aunque no podamos demostrarlo. Y la mujer que confundió la situación está muerta.
-Volveremos a nuestra rutina habitual, supongo -respondió Michaels-. Si sobrevivo a la reunión con Carver, después de contarle lo que hemos hecho.
-Claro que sobrevivirás. Lo que le importa al director son los resultados. Esto es como el pacto entre Bush y Noriega, o aquel iraquí capturado en Bagdad durante los últimos días de la administración Clinton. Nuestro presidente actual quería que atrapáramos a ese individuo y lo hemos hecho. Ahora es un problema del Departamento de Justicia.
-Después de que nosotros hayamos hablado un poco con él.
-Por supuesto, pero básicamente todo ha acabado.
-Sí -reconoció Michaels-. Todo ha acabado. Y, en general, no lo hemos hecho tan mal, ¿no te parece?
-No, no lo hemos hecho tan mal.
Se sonrieron mutuamente.

Epilogo

Domingo, 10 de octubre, 11.30 horas
Quantico

Ruzhyó, con el uniforme de faena de un marine de Estados Unidos, estaba junto a la parte exterior de la alambrada que rodeaba el edificio del cuartel general de Net Force. Se encontraba a trescientos metros de la entrada, pero el rifle de caza mayor que llevaba en la bolsa que tenía a los pies era más que suficientemente preciso para alcanzar un objetivo de tamaño humano a esa distancia. No era un Winchester, sino un Remington, también del calibre 30-06, y de cerrojo, como el que había utilizado en Oregón para asesinar al informático. Su diferencia principal era la mira, que era óptica y no holográfica, de diez aumentos y calibrada a trescientos metros. Había elegido el lugar desde donde efectuar el disparo antes de calibrar el rifle.
Allí había una parada de autobús, todavía tan nueva que ni siquiera tenía grafitti. Podía permanecer allí unos minutos, sin que nadie le prestara atención. Incluso en domingo, circulaban suficientes personas para que un marine que esperaba el autobús no llamara la

atención.

Si el comandante de Net Force no salía para almorzar, Ruzhyó se marcharía y volvería luego en bicicleta, para intentar verlo al terminar la jornada. Si tampoco lograba verlo entonces, tal vez buscaría otro lugar en el camino de su casa. Siempre había un sitio.

Una furgoneta Dodge de color blanco, con matrícula oficial, se detuvo cerca de la entrada. Ruzhyó llevaba en el bolsillo un diminuto catalejo Bushnell de ocho aumentos, suficientemente pequeño para ocultarlo en una mano. Se apoyó de costado en la verja y se lo llevó al ojo.

La puerta del edificio se abrió y apareció una atractiva morena, que se situó junto a la furgoneta. Inmediatamente después salió Alexander Michaels, acompañado de dos individuos que parecían sus guardaespaldas.

Ruzhyó estaba de suerte. Debía actuar con rapidez. Un hombre que apuntaba con un rifle desde la verja llamaría la atención, aunque pareciera un marine. Se agachó y abrió la cremallera de la bolsa. El rifle estaba a punto. Lo único que debía hacer era levantarlo, introducir el cañón por la alambrada, que le ofrecería un excelente punto de apoyo, alinear la cruz de la mira y disparar. Todo en cinco segundos si se daba prisa, tal vez diez, si se lo tomaba con calma.

La suavidad de movimientos era la clave. Ninguna sacudida. Sólo levantar el arma, introducir el cañón por un agujero de la verja, llenarse los pulmones de aire, retenerlo y encontrar al objetivo. Empezó.

La calidad óptica de la mira Leupold era excelente. La imagen era clara y precisa.

Ahí estaba.

Ruzhyó situó la cruz de la mira sobre el pecho del objetivo...

A esa distancia, el campo circular de visión de la mira era suficientemente grande para que Michaels no lo llenara. Ruzhyó veía también a la mujer, a uno de los guardias y a un militar uniformado que se apeaba de la furgoneta.

Dejó escapar la mitad del aire de sus pulmones. Empezó a apretar el gatillo...

¡Mierda! Ruzhyó retiró el dedo del gatillo. El militar, un negro, llevaba a otro hombre cogido del brazo. ¡Era Vladimir Plekhanov!

Ruzhyó se percató de que debía decidir si disparar o no y debía hacerlo rápido. No podía seguir ahí.

De modo que, a pesar de su pericia, habían averiguado que Plekhanov era su enemigo, y no sólo eso, sino que lo habían capturado.

Plekhanov estaba preso. Ruzhyó había hablado con él hacía sólo dos días. Asombroso.

El momento se prolongaba.

¿Debía dispararle a Michaels? ¿O debería dispararle a Plekhanov? Podría delatarlo cuando lo interrogaran. Ruzhyó sabía que existían drogas, instrumentos capaces de sonsacar los secretos de los labios mejor cerrados. Los norteamericanos no solían utilizarlas, pero podían hacerlo si lo deseaban.

Entonces. ¿Disparar?

No. No mataría a Vladimir. Si el ruso decidía delatarlo a los norteamericanos, que así fuera.

¿Y al comandante de Net Force? Tampoco tenía sentido matarlo ahora. Eso no ayudaría a Plekhanov. No cumpliría función alguna. A pesar de hacer lo que hacía, Ruzhyó no mataba sin razón alguna.

Retiró el rifle de la verja, se agachó y lo guardó en la bolsa. Miró a su alrededor. Tal vez habían transcurrido unos quince segundos desde que había sacado el arma de su escondite. Nadie parecía haberlo visto. Cerró la cremallera y se incorporó.

Se acercaba un autobús. Lo cogería, alquilaría otro coche en la próxima ciudad y conduciría hasta encontrar un lugar donde sentarse a reflexionar. Evidentemente disponía del otro coche que había alquilado, pero no quería volver a utilizarlo. Era un caluroso día de octubre y el interior del maletero probablemente ya empezaba a oler mal.

El autobús se detuvo con un silbido y se abrió la puerta de fuelle. El conductor le sonrió. Ruzhyó le devolvió una pequeña sonrisa, provocada esencialmente por la idea que cruzó su

mente.

Por lo menos ya no tendría que volver a escuchar jamás a Grigory el Serpiente, presumiendo de sus condecoraciones en Chechenia. Y cuando alguien abriera el maletero del coche y descubriera lo que había en su interior, Ruzhyó estaría lejos, muy lejos.

Tal vez en el desierto.

F I N